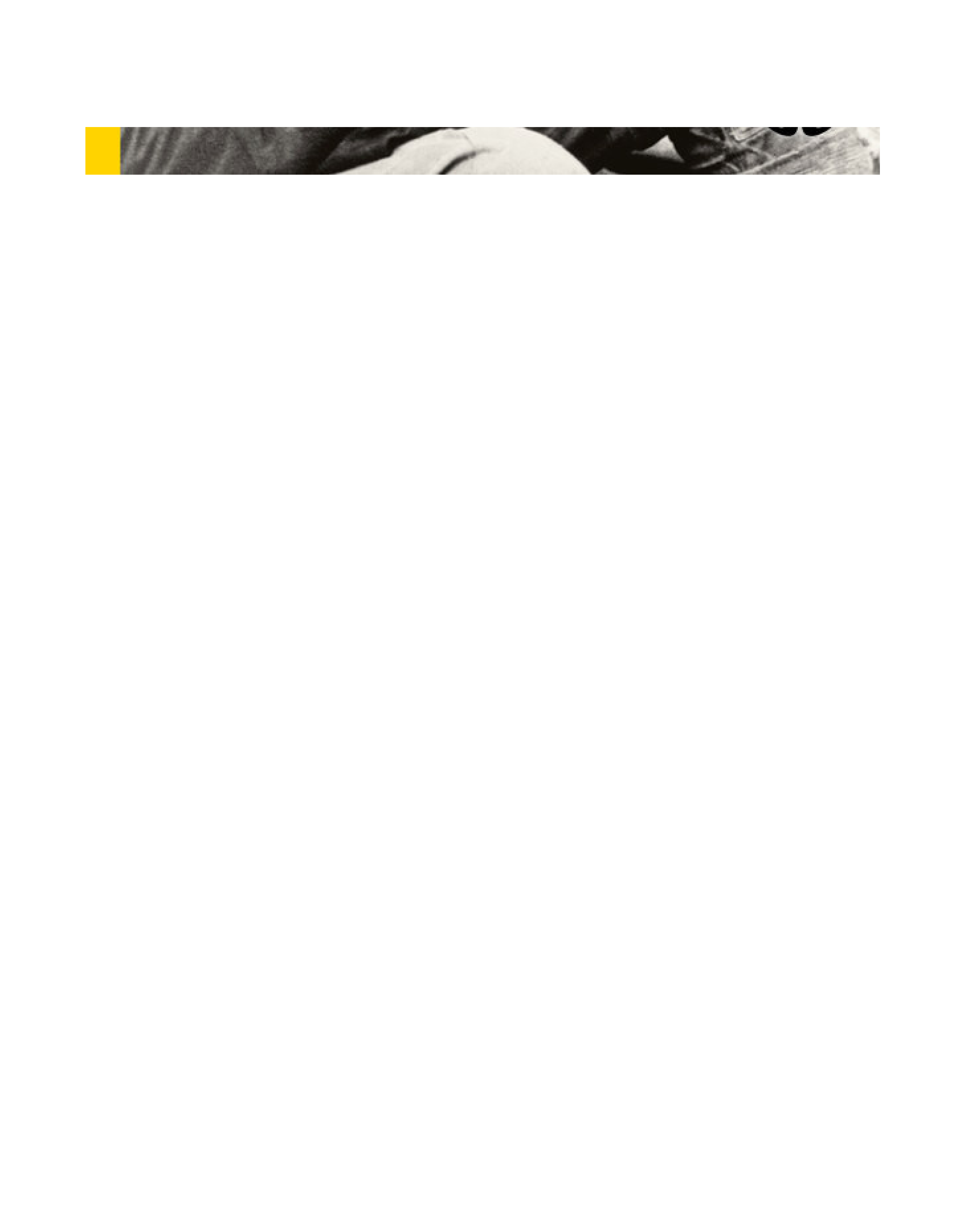

LA OTRA HISTORIA
DE LA SEGUNDA
GUERRA MUNDIAL
RESISTENCIA CONTRA IMPERIO
Donny Gluckstein


LA OTRA HISTORIA
DE LA SEGUNDA
GUERRA MUNDIAL
RESISTENCIA CONTRA IMPERIO
Donny Gluckstein



Durante años, la historiografía oficial de la segunda guerra mundial se ha centrado en las acciones desarrolladas por los ejércitos regulares de las potencias aliadas. En este libro se da cuenta de otra lucha, la de las milicias populares no sólo contra el fascismo, sino también contra el colonialismo y el imperialismo.

Dos guerras paralelas: por una parte una guerra imperialista para repartirse el mundo, y por otra una guerra popular, por mejores condiciones, derechos y libertades. Un buen ejemplo de esta dicotomía ocurrió en Grecia donde la resistencia local derrotó a los nazis y el ejército británico suprimió la resistencia matando 50 000 personas. O en Alemania, donde las numerosas comunidades antinazis fueron ignoradas.

El abismo entre la motivación de los gobiernos aliados y la de los que lucharon contra la barbarie, opresión y dictadura resultó insalvable. Los acontecimientos que sacudieron el mundo entre 1939 y 1945 no constituyeron pues un solo combate, si no que fueron dos guerras distintas. Ésta es la otra historia, la olvidada.



Donny Gluckstein

La otra historia de la segunda Guerra Mundial

Resistencia contra imperio

ePub r1.0

jasopa1963 29.11.14

Título original: *A People’s History of Second World War. Resistance versus Empire*
Donny Gluckstein, 2012
Traducción: Joan Andreano Weyland

Editor digital: jasopa1963
ePub base r1.2



A Penny.

PREFACIO.

Existe una versión oficial de la segunda guerra mundial que es relativamente fácil de desenterrar. Junto a los registros escritos, el *establishment* aliado proclama felizmente su triunfo en monumentos públicos como el Cenotafio de Londres. Desfiles públicos, películas, libros y series de TV como *Hermanos de sangre*[1a] dan también fe de la victoria aliada. Otros son más callados. Westerplatte, a las afueras de Gdansk, Polonia, donde comenzó la segunda guerra mundial, tiene una atmósfera sombría, como la de la Iglesia Memorial Káiser Wilhelm, en ruinas, que aún hoy en día rememora el poder de los bombardeos aéreos sobre el centro de Berlín.

Por el contrario, la otra guerra, la guerra del pueblo, ha quedado en gran parte escondida. De modo que desenterrarla ha sido un desafío tanto en tiempo como en espacio. Escribir este libro ha llevado tanto tiempo como la segunda guerra mundial, y ha implicado viajar a los países enumerados en el índice, así como a otros excluidos por limitaciones de espacio. A veces la ocultación es deliberada, como en el caso del radiotransmisor de la resistencia escondido en el tejado de un almacén en Bergen, Noruega. A veces los motivos son más perniciosos. En el Museo Militar de Atenas no se hace ni una sola referencia al movimiento de resistencia que liberó al país, porque su política era demasiado radical.

Cuando a la narrativa oficial le conviene, hay museos de la resistencia, que van desde el espectacular Museo del Alzamiento de Varsovia al futurista Museo del Alzamiento Nacional Eslovaco en Banská Bystrica, pasando por el Museo de la Resistencia Danesa de Copenhague o el diorama del Museo Vredeburg de Yogyakarta, en Indonesia. Sin embargo, la mayoría de museos de la resistencia son pequeños, habitualmente una o dos habitaciones en pueblos y aldeas perdidos. Más a menudo son sencillas

placas que cuentan la historia: desde la dedicada al Ejército Nacional Indio en un silencioso parque en Singapur a la bulliciosa plaza central de Bolonia. Otras pruebas van desde los cementerios a los recuerdos directos de participantes, o incluso los talleres para los descendientes de las personas lesionadas genéticamente por el Agente Naranja durante la larga guerra de Vietnam. Allá donde se luchó (y eso es casi en todas partes) hay algo que se puede hallar si se busca.

La diferencia entre las dos guerras (la guerra imperialista y la guerra popular) queda bien simbolizada en mi ciudad natal, Edimburgo. Elevándose por encima de las calles en Castle Rock se encuentra el Monumento Nacional Conmemorativo de la Guerra. Cientos de metros más abajo, bajando una escalera mal iluminada, en una esquina, bajo un árbol, cerca de las vías del tren, hay una placa de metal, apenas más grande que este libro. Está dedicada a quienes murieron luchando contra el fascismo en la guerra civil española. Espero que esta obra ponga ambos aspectos bajo una perspectiva más equilibrada.

INTRODUCCIÓN

La imagen de la segunda guerra mundial: una paradoja

La segunda guerra mundial es única entre los demás conflictos del siglo XX. Otras guerras, como la primera guerra mundial, la guerra de Vietnam o la de Afganistán, comenzaron en medio de un amplio apoyo popular, azuzado por unos medios de comunicación sumisos, pero este apoyo se fue perdiendo en cuanto la mortal realidad y las auténticas motivaciones de los gobiernos se abrieron paso a través de la cortina de humo propagandística. La segunda guerra mundial escapa de este paradigma. Su reputación fue positiva de principio a fin, e incluso hoy en día permanece inmaculada.

Hubo una comprensible alegría, en los países bajo dominio del Eje, ante la derrota de Alemania, Italia y Japón. Pero los encuestadores de los Estados Unidos observaron que la popularidad de la guerra no hacía sino crecer conforme aumentaba el número de muertos. Mientras que el apoyo al presidente Roosevelt nunca bajó del 70 por ciento, el apoyo a iniciativas de paz descendía[1].

Una situación similar se dio en Gran Bretaña, donde los voluntarios de «Mass Observation[2a] medían la opinión pública. De manera asidua registraban conversaciones y calibraban actitudes. Un comentario «típico» del periodo de la «guerra falsa» (cuando se habían declarado las hostilidades pero no se había llevado a cabo ninguna acción) era: «no comprendo por qué no hacemos nada… Por qué no atacamos Italia o comenzamos algo en Abisinia». Un observador anotó «la abrumadora

aclamación con que se recibía cualquier noticia de una acción ofensiva».[2]» Hoy en día los imperialistas no se dedican a hacer caceroladas por las calles para financiar sus operaciones de bombardeo, pero en 1940 se estableció un «Fondo para Aviones de Caza» cuya «característica más llamativa era la manera en que todo el mundo se sumaba a la recogida de fondos…»[3]. Años de durísima lucha y enormes pérdidas de vidas no hicieron disminuir el entusiasmo. Las noticias de los desembarcos en Normandía del Día D, en 1944, provocaban una alegría general:

> El niño exclamó, excitado: «¡Papá! ¡El segundo frente ha comenzado!». «Papá» se lanza escaleras arriba a la carrera, forcejea con el dial de la radio y pregunta: «¿Hemos invadido? Nada de bromas. ¿No estarás bromeando?». La familia se sienta para el desayuno pero están todos demasiado excitados para comer. Sentíamos la necesidad urgente de correr por todas partes, de llamar a las puertas de los vecinos para averiguar si la invasión había comenzado[4].

Hasta el final de la guerra, los voluntarios de Mass Observation fueron incapaces de detectar cansancio o hastío[5].

A miles de kilómetros de distancia, Dmitriy Loza, un oficial del Ejército Rojo, elogiaba la guerra contra el nazismo como una «guerra sagrada»:

> [La guerra] llegó a nosotros en 1941, trayendo consigo sangre y lágrimas, campos de concentración, la destrucción de nuestras ciudades y aldeas y miles, decenas, cientos de miles de muertes… Si hubiera sido posible recoger todas las lágrimas (…) que fluyeron durante los cuatro años de la guerra y verterlas sobre Alemania, ese país habría quedado anegado bajo un profundo mar[6]…

Incluso a setenta años de distancia, la fascinación hacia la segunda guerra mundial permanece. Como Loza predijo, «diez, incluso cien generaciones de verdaderos patriotas no olvidarán nunca esta guerra»[7]. Ningún otro acontecimiento militar ha generado tantas obras de historia, ficción o teatro. Casi la mitad de todas las películas bélicas tratan acerca de la segunda guerra mundial. Los porcentajes de la primera guerra mundial, Vietnam y Corea son, respectivamente, del 12 por ciento, el 2 por ciento y el 2 por ciento. Las demás guerras (desde la Antigua Roma hasta la ciencia ficción) se llevan el tercio restante[8].

La popularidad de la segunda guerra mundial es sorprendente, teniendo en cuenta su enorme capacidad destructiva. A la hora de comparar cifras de víctimas deberíamos tener en cuenta la advertencia de este comentarista japonés: «no deberíamos convertir las muertes en cifras. Cada uno de ellos era un individuo. Tenían nombres, caras… Puede que mi hermano sea sólo una fracción entre muchos millones, pero para mí era el único Hermano Mayor del mundo. Para mi madre era el único Hijo Mayor. Compilad a los muertos uno por uno»[9].

En cualquier caso, las estadísticas son sorprendentes. La guerra de 1914-1918 causó hasta 21 millones de muertos[10]. El saldo de veinte años de combates en Vietnam fue de 5 millones[11] mientras que la guerra liderada por EE.UU. en Irak ha costado 655 000 vidas en tres años.[12], Aunque no existen cifras seguras para el periodo entre 1939 y 1945, una fuente sugiere unos 50 millones de muertos, de los que 28 millones eran civiles. Sólo las pérdidas sufridas por los chinos equivalen a las de Alemania, Gran Bretaña y Francia en la primera guerra mundial, sumadas[13].

¿Cómo es que tal masacre no ha mellado la reputación de la segunda guerra mundial? La respuesta reside en la extendida y duradera creencia de que se trató de una «buena guerra» en que la rectitud triunfó sobre la injusticia; la democracia, sobre la dictadura; la tolerancia, sobre el racismo, y la libertad, sobre el fascismo. La historia oral de América de Terkel[3a] capta este espíritu:

> «No era como cualquier otra guerra», reflexionaba en voz alta un *discjockey* en la radio (…) Muchos de nosotros creíamos profundamente que no era «imperialista». Nuestro enemigo era evidentemente obsceno: el autor del Holocausto. Era una guerra que muchos que se habrían opuesto a «las otras guerras» apoyaban de manera entusiasta. Era una «guerra justa», si es que existe algo así[14].

En el Frente Oriental, Loza lo corroboraba: «el pueblo levantó un muro contra los represores, agresores, ladrones, torturadores, saqueadores, contra la basura fascista, la hez de la humanidad. ¡Lanzó toda su antipatía contra la cara de este enemigo detestado y odiado!»[15].

De modo que un aspecto fundamental de la segunda guerra mundial fue que inspiró a millones y millones de personas a resistir contra el genocidio, la tiranía y la opresión fascista, y que en ningún momento se sintieron engañados en sus creencias. Esta absoluta repulsión por los métodos y objetivos de Hitler y sus colaboradores estaba plenamente justificada. La famosa película propagandística estadounidense de Frank Capra, *Por qué luchamos* (1943), explicaba que las potencias del Eje querían «conquistar el mundo»[16]. Esto era cierto, se tratara del *Lebensraum* para Alemania, un nuevo Imperio romano para Italia o la cínicamente bautizada Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental de los japoneses.

Unos cuantos ejemplos demuestran qué habría supuesto para el mundo una victoria de las potencias del Eje. Los nazis empleaban el racismo como pegamento unificador para su movimiento, y el resultado fue que se rapaba a las mujeres judías que llegaban a Treblinka, para poder emplear su pelo en colchones, antes de asesinarlas en las cámaras de gas a un ritmo de entre 10 000 y 12 000 al día. Se intentaba que el tiempo transcurrido entre su llegada y su exterminio fuera de diez minutos[17]. Sin embargo:

> [D]ado que los niños pequeños aferrados a los pechos de sus madres eran una molestia durante el afeitado, se separaba a los bebés de sus madres en cuanto bajaban del tren. Llevaban a los niños a una enorme zanja; cuando habían juntado un número suficiente de ellos los mataban a tiros y los arrojaban al fuego… Si las madres conseguían mantener a sus hijos con ellas y esto interfería con el rasurado, un guardia alemán arrancaba al niño sujetándolo por las piernas y lo aplastaba contra una pared de las barracas hasta que no quedaba más que una masa sanguinolenta[18].

Aunque el fascismo italiano era menos manifiestamente racista, la invasión de Abisinia entre 1935 y 1936 dio lugar al empleo de métodos aberrantes, incluido el gaseamiento. El hijo de Mussolini, un piloto, describía así esta conquista:

> Un deporte magnífico… un grupo de jinetes me dio la impresión de una rosa al abrirse cuando las bombas cayeron entre ellos y los volaron en pedazos. Fue excepcionalmente divertido[19].

El ataque japonés sobre China culminó con la famosa «violación de Nankín» de 1937. En un periodo de dos meses, el ejército violó brutalmente

a como mínimo 22 000 mujeres (matando a la mayoría después) y asesinó a 200 000 hombres[20].

Sin embargo, incluso si las fuerzas aliadas pusieron fin a estas atrocidades, existe un problema en contemplar la segunda guerra mundial inequívocamente como una «buena guerra». El Eje no poseía el monopolio sobre la barbarie, y el bombardeo de Hiroshima por los EE.UU. es sólo un ejemplo. Por otra parte, no es que quienes dirigieran los ejércitos aliados compartieran necesariamente los mismos objetivos que la gente común. Dejando de lado la retórica oficial, era absurdo creer que los gobiernos de Gran Bretaña, Francia, Rusia o los EE.UU. se opusieran a los principios de «conquista mundial».

Tengamos en cuenta, por ejemplo, el destino de la Carta del Atlántico, saludada por *The Times* como la «Reunión de las Fuerzas del Bien en el mundo. Libertad y restauración para las naciones oprimidas»[21]. En agosto de 1941, el presidente estadounidense, Roosevelt, y el Primer Ministro británico, Winston Churchill, se comprometieron conjuntamente a respetar «el derecho de todos los pueblos a elegir la forma de gobierno bajo la que deseen vivir». Tampoco a Stalin le costó muchas dificultades declarar la «plena adhesión de la Unión Soviética a los principios de la Carta del Atlántico»[22].

Sin embargo, cuando Churchill presentó la Carta en la Cámara de los Comunes, subrayó que «no afectaba de ningún modo a las diversas declaraciones políticas que se han hecho [con respecto al] Imperio británico (…) Sólo se aplica a los Estados y naciones de Europa actualmente bajo el yugo nazi»[23]. Incluso esta restrictiva interpretación se ignoró en cuanto su aplicación se hizo posible. En octubre de 1944, los líderes británico y ruso se encontraron para tomar decisiones que el primero admitió «eran tan crudas, incluso crueles, [que] no podrían ser la base de ningún documento público (…)»[24]. La vanidad acabó por vencer a Churchill y publicó esta narración del «acuerdo de los porcentajes».

> El momento era propicio para la negociación de modo que dije: «Vamos a resolver nuestros asuntos en los Balcanes. Sus ejércitos están en Rumania y en Bulgaria. Nosotros tenemos allí intereses, misiones y agentes. No vamos a pelearnos por detalles. En lo que respecta a Gran Bretaña y Rusia, ¿qué les parece que ustedes tengan una supremacía del 90 por ciento en

Rumania, que nosotros tengamos la misma supremacía en Grecia y que vayamos a medias en Yugoslavia?». Mientras traducían esto escribí en una cuartilla:

Rumania		
	Rusia	90 %
	Los demás	10 %
Grecia		
	Gran Bretaña.	90 %
	(de acuerdo con Estados Unidos)	
	Rusia	10 %
Yugoslavia		50-50 %
Hungría	50-50 %	
Bulgaria		
	Rusia	75 %
	Los demás	25 %

Le pasé la cuartilla a Stalin, que ya había escuchado la traducción. Hubo una breve pausa. Entonces, con su lápiz azul, trazó en ellas un signo grande indicando su aprobación y nos la devolvió. Todo quedó resuelto en menos tiempo del que se tardó en formularlo (…) Al final dije: «¿No pensarán que resulta demasiado cínico si parece que hemos resuelto estas cuestiones, que afectan a millones de personas, con tanta ligereza? Quememos el papel». «No —dijo Stalin—, consérvelo usted.»[25]

Aunque no formaban parte de las conversaciones en Moscú, los EE.UU. fueron igual de cínicos en su enfoque de la paz. Como cierto líder político dijo: «Tal y como están yendo las cosas, la paz que haremos, la paz que parecemos estar haciendo, será una paz de petróleo, una paz de oro, una paz de embarques (…) sin propósito moral (…)»[26]. Es posible que sin propósito moral, pero Hull, secretario de Estado de Roosevelt, explicó que los EE.UU. liderarían «un nuevo sistema de relaciones internacionales (…) basado sobre todo en razones de puro interés nacional»[27].

Dos, no una

La argumentación de este libro es que el abismo entre la motivación de los gobiernos aliados y la de los que lucharon contra la barbarie, opresión y

dictadura, era insalvable. Por tanto, los acontecimientos que sacudieron el mundo entre 1939 y 1945 no constituyeron un solo combate contra las potencias del Eje, sino que fueron dos guerras distintas.

Aunque poco convencional, esta premisa se basa en el dictado plenamente establecido de Clausewitz, según el cual «la guerra no es tan sólo un acto político; es también un instrumento político real, una continuación de la negociaciones políticas, una manera de llevar a cabo lo mismo por otros medios»[28].

Al ser «una política que libra batallas en lugar de escribir notas (…) ninguno de los principales planes que se requieren para una guerra puede llevarse a cabo sin un conocimiento de las relaciones políticas»[29]. En el caso de la segunda guerra mundial, las relaciones entre estados generaron la guerra entre el Eje y las potencias aliadas, pero las relaciones políticas entre los gobiernos y los pueblos produjeron otra guerra, librada por éstos para sus propios fines. Este fenómeno se hace más evidente en los movimientos de resistencia que operaron más allá del control de gobiernos formales.

La tesis de dos guerras distintas difiere de otras interpretaciones de la segunda guerra mundial. Las versiones oficiales de los Aliados sugerían que ellos y sus poblaciones eran uno. Por ejemplo, cuando el Primer Ministro (PM) británico dio la bienvenida a Rusia al bando aliado, insistió en que todos sus anteriores desencuentros estaban ya olvidados:

> El régimen nazi es indistinguible de las peores características del comunismo, [pero] el pasado, con sus crímenes, locuras y tragedias, desaparece (…) No tenemos sino un solo objetivo, un propósito único e irrenunciable. Estamos decididos a destruir a Hitler y todo vestigio del régimen nazi (…) Ésta no es una guerra de clases, sino una guerra en que el Imperio británico al completo, junto con la Commonwealth, se encuentra envuelto sin distinción, de raza, credo o partidismo. [Es] la causa de los hombres libres y de los pueblos libres de todos los rincones del mundo[30].

Pese a las tales diferencias ideológicas, Stalin estaba de acuerdo en que el único objetivo era «la destrucción del régimen de Hitler[31]» y no mostró resentimiento ante el insulto del PM. Ambos hombres *eran* tenaces en su oposición a la coalición del Eje, no porque amenazara a los «hombres libres y los pueblos libres de todos los rincones del mundo», sino porque

Alemania y sus socios amenazaban el control aliado de todos los rincones del mundo.

Una interpretación diametralmente opuesta de la segunda guerra mundial la ve como una guerra imperialista al 100 por ciento. Trotski fue un oponente encarnizado y duradero del fascismo y comprendía «el legítimo odio de los trabajadores» hacia él: «mediante sus victorias y barbaries, Hitler provoca de manera natural el acerado odio de los trabajadores del mundo entero». Sin embargo, negaba que los Aliados lucharan para eliminar el fascismo. Luchaban para continuar con su propia dominación. Por tanto,

> [L]a victoria de los imperialistas de Gran Bretaña y Francia no sería menos terrible para el destino final de la humanidad que la de Hitler y Mussolini (…) La tarea que la Historia nos impone no es apoyar a una parte del sistema imperialista contra la otra, sino acabar con el sistema como un todo[32].

La oposición de Trotski a la segunda guerra mundial no se basaba en convicciones pacifistas. Apoyaba las «guerras progresistas, justas (…) que sirven a la liberación de las clases o naciones oprimidas y por lo tanto impulsan la cultura humana»[33]. Más aún, no rechazaba la democracia: «los bolcheviques también defendemos la democracia, pero no el tipo de democracia gobernada por sesenta reyes no coronados». De modo que Trotski aseguraba que, como guerra imperialista que era, había que oponerse a la segunda guerra mundial, pero además había que sustituirla por una guerra antifascista popular: «primero limpiemos nuestra democracia de magnates capitalistas, después defendámosla hasta la última gota de nuestra sangre»[34]. A Trotski lo asesinó un agente de Stalin en 1940, de modo que no vivió para comprobar que los dos procesos de que hablaba discurrían en paralelo en lugar de hacerlo separados en el tiempo.

Howard Zinn y Henri Michel adoptan una tercera vía que reconoce la presencia simultánea de elementos antifascistas e imperialistas en la segunda guerra mundial. Zinn los divide en factores a largo plazo y factores a corto plazo.

> Podemos debatir hasta el fin de los tiempos acerca de si había alguna alternativa a corto plazo, si se podría haber resistido al fascismo sin una guerra con 50 millones de muertos. Pero

> el efecto a largo plazo de la segunda guerra mundial en el pensamiento mundial fue profundo y pernicioso. Hizo que la guerra, tan desprestigiada tras la masacre sin sentido de la primera guerra mundial, fuera nuevamente algo noble. Permitió a los líderes políticos, sin importar a qué miserable aventura nos guiaran, sin importar qué desastre provocaran a otros pueblos (2 millones de muertos en Corea, al menos otro tanto en el sudeste asiático, cientos de miles en Irak), invocar la segunda guerra mundial como modelo[35].

La Guerre de l'ombre; La Résistance en Europe, de Michel, es una obra de enorme influencia que también reconoce las complejidades de la segunda guerra mundial, pero que aun así subraya su unidad fundamental: «durante la segunda guerra mundial se libraron dos tipos de combates. El primero abarcaba los enormes ejércitos regulares de ambos bandos, enfrentados (…) El segundo tipo de combate se libró en la oscuridad de lo subterráneo (…) En el bando aliado, *estas dos partes de un todo* eran tan diferentes como el día y la noche»[36].

Ninguna de estas explicaciones resuelve de manera satisfactoria el contradictorio carácter de este fenómeno[37]. El *todo* (se trate de unidad patriótica, puro imperialismo, una combinación de factores a corto y largo plazo o la guerra oficial y la guerra subterránea) se rompe en pedazos cuando se estudia cada caso en detalle.

Más que una unidad contra el Eje, lo que había era una inestable mezcla de corrientes que, bajo ciertas circunstancias, podían coagular en elementos separados y mutuamente excluyentes. Gabinetes y campesinos, cuarteles y barracas, consejos de administración y trabajadores: cada uno libraba una guerra diferente: una, imperialista; la otra, popular.

Estos términos se emplean para cubrir muchas situaciones diferentes, de modo que requieren una definición y un contexto histórico. El imperialismo abarcaba tanto la política estatal de dominación exterior como las estructuras internas económicas y políticas que soportaban y generaban esta política exterior. Teniendo esto en cuenta, una característica notable de los preliminares de la segunda guerra mundial era el grado en que Aliados y Eje *compartían* motivaciones imperialistas. Esto no quiere decir que fueran simétricos. Un jugador de ajedrez se ve envuelto en el mismo juego que su contrincante, incluso cuando, tras unos cuantos movimientos, sus piezas están dispuestas de manera completamente diferente.

Reflexionemos en primer lugar sobre los Aliados. En 1939 Gran Bretaña poseía la mayor aglomeración de personas y tierras de la historia, un imperio en el que «el sol nunca se pone, pero la sangre nunca se seca»[38]. Francia poseía el segundo imperio de ultramar más extenso, con un 10 por ciento de la superficie del mundo. La URSS cubría una sexta parte del planeta, con una mayoría de su población no rusa. Bajo Stalin, como en los tiempos del Zar, era nuevamente una «prisión de los pueblos», y posteriormente añadiría la mayor parte de la Europa oriental. El momento álgido del imperialismo de los Estados Unidos quedaba aún relegado al futuro, pero en 1939 estaban todavía ocupados estableciendo la preeminencia económica con la que dominar el mundo y fundar una maquinaria militar que hoy en día posee 737 bases de ultramar y más de 2,5 millones de personas en todo el mundo.

Comparadas con Gran Bretaña, Francia y Rusia, las potencias del Eje eran unas recién llegadas al juego imperialista. Japón emergió de un aislamiento autoimpuesto en 1867; Italia tan sólo se unificó en 1870, y Alemania, un año después. El mundo ya estaba repartido, y tan sólo podían afirmar su estatus internacional desalojando de manera agresiva a sus competidores ya establecidos. Alemania intentó hacerlo en la guerra de 1914 a 1918 y fracasó, y el Tratado de paz de Versalles la castigó posteriormente. Italia y Japón habían apoyado a la Entente durante la primera guerra mundial con la esperanza de obtener las migajas de la mesa de los vencedores, pero se llevaron una amarga decepción. La segunda guerra mundial representaría un segundo esfuerzo por parte de las tres para obtener poder imperialista.

En el plano nacional, la cara del imperialismo era menos despiadada en el bando aliado que en el Eje. Gran Bretaña y Francia jugaban con los instintos democráticos de sus ciudadanos porque protegían los frutos de agresiones anteriores, y podían, por tanto, adoptar una postura defensiva. Los gobiernos de Estados Unidos y Rusia justificaron también en la agresión externa su implicación.

Ése no era el caso del Eje. Las clases dirigentes de Alemania, Italia y Japón sabían que una nueva apuesta por el poder mundial requería una ideología más extremadamente ultraderechista y autoritaria que antes para

movilizar a sus poblaciones. La falta de un imperio, que dejaba a los gobiernos del Eje sin capacidad para desplazar a los pueblos colonizados el peso de la crisis de entreguerras, tan sólo intensificaba esta necesidad. Por lo tanto se enfrentaban a tremendas tensiones y graves luchas de clases exacerbadas por el movimiento internacional comunista que siguió a la Revolución rusa de 1917. En consecuencia, todas las potencias del Eje adoptaron algún tipo de régimen fascista o militarista. En Alemania e Italia, el *establishment* tuvo que aceptar compartir el poder con foráneos populistas como Hitler y Mussolini. En Japón el poder emanó de dentro del estamento militar. Los tres gobiernos del Eje sabían que arrebatar y consolidar tierras frente a las potencias imperialistas reconocidas no dejaba lugar para fachadas humanitarias, ya fuese en el propio país o fuera. El dominio del Eje sería brutal. Gran Bretaña, Francia y Rusia habían construido sus imperios a un ritmo mucho más pausado y podían, por lo tanto, emplear ideologías más sofisticadas, ya fuesen religiosas, raciales o políticas, para disimular sus acciones.

Despojada de retórica, desde este ángulo la segunda guerra mundial no fue una lucha contra la dominación del mundo. Fue una disputa entre los gobiernos Aliados y los del Eje por quién dominaría. De esta manera, la creencia de la gente común de que el tema era el enfrentamiento entre fascismo y antifascismo, era en gran parte irrelevante para los mandatarios de ambos lados del enfrentamiento entre Aliados y Eje. Los acontecimientos antes, durante y después de la guerra corroboran esto. Las intenciones y métodos del Eje eran obvias, pero sus oponentes no formaron una orden de caballeros dedicada a rescatar al mundo de las fauces del dragón del fascismo. Eran una combinación accidental, y, en efecto, bastante improbable, que tan sólo se alió unos dos años *después* de que la guerra hubiera comenzado. El mismo concepto de que los Aliados fueran aliados era una quimera.

Antes de la segunda guerra mundial, los Estados Unidos eran diplomáticamente aislacionistas y seguían el lema de Coolidge de que «los asuntos de América son sus negocios»[39][4a] El presidente Roosevelt era «indiferente al resto del mundo»[40]. hasta que fue obvio qué significaría

una victoria del Eje. El dominio nazi sobre Europa no se vería confinado a ese continente.

Es más: Gran Bretaña, que casi cae en bancarrota a causa de la primera guerra mundial, dependía ahora de la ayuda estadounidense para sobrevivir a la Segunda, con lo que se la pudo obligar a ceder su estatus de potencia mundial a América. En Asia, Japón estaba en competencia directa con los Estados Unidos en cuanto a influencia. Zinn cita un memorando del Departamento de Estado que advertía de que la expansión japonesa implicaba que «nuestra posición diplomática y estratégica, en general, quedaría considerablemente debilitada», llevando a «insoportables restricciones en cuanto a nuestro acceso al caucho, estaño, yuta y otras materias primas vitales de las regiones de Asia y Oceanía»[41]. En consecuencia, Roosevelt interpuso un embargo de petróleo a Japón, forzándole a elegir entre sus ambiciones imperiales o represalias. Japón escogió este segundo camino en Pearl Harbor, en diciembre de 1941.

Hasta 1939, Gran Bretaña percibió el comunismo como una amenaza más importante a su poder que el nazismo. De modo que rechazó las súplicas de Stalin para formar una alianza antinazi, y de manera continuada apaciguó a Alemania. Miró para otro lado mientras Hitler desafiaba todas las convenciones del Tratado de Versalles a partir de 1935. Primero Gran Bretaña firmó un acuerdo que aprobaba una ampliación de la marina alemana; luego accedió cuando, desobedeciendo las restricciones, el tamaño de la Wehrmacht se quintuplicó y se fundó la fuerza aérea prohibida, la Luftwaffe; y apenas gruñó cuando Alemania se anexionó Austria. En 1939, el Primer Ministro británico, Neville Chamberlain, exigió simultáneamente a Checoslovaquia que cediera territorio a Alemania y declaró la «paz para nuestra época[5a]» con el Führer. Gran Bretaña se vio obligada a actuar, pese a sus renuencias, cuando la invasión de Polonia demostró que el apetito nazi por la expansión era insaciable. La pragmática amistad con Rusia sólo comenzó cuando Hitler invadió la URSS y proporcionó a ambos países un enemigo común.

Por su parte, hacia 1939 Stalin había decidido que Gran Bretaña y Francia estaban demasiado predispuestas al apaciguamiento como para ayudarle a oponerse al *Lebensraum*[6a] nazi (un imperio alemán ocupando

suelo ruso). De modo que ese mismo año firmó un notable tratado de paz con Hitler que, según expresó en el 18.º Congreso del Partido Comunista, en un conflicto futuro «permitiría a las partes beligerantes hundirse profundamente en el lodazal de la guerra (…) permitiendo que se agotaran y debilitaran mutuamente; y entonces, cuando fueran suficientemente débiles, aparecer en escena con fuerzas renovadas…»[42].

Los sufrimientos compartidos por los Aliados en la segunda guerra mundial no consiguieron superar las tensiones entre ellos a largo plazo. Esta banda de hermanos mal avenidos sólo duró mientras la batalla rugía[7a]. Tras 1945, incapaz de mantener sus posesiones lejanas, Gran Bretaña aceptó a regañadientes su papel como socio imperialista menor de los EE.UU. Ese país, con sus bombas atómicas, establecía su estatus como superpotencia porque, en palabras de Truman, sucesor de Roosevelt, los EE.UU. estaban «en posición de dictar nuestros propios términos al acabar la guerra»[43].

Su antiguo amigo ruso era ahora apodado «el imperio del mal», y una generación entera vivió sujeta a los temores de un holocausto nuclear y a los rigores de la Guerra Fría. Esto colocó a Moscú en una carrera por desarrollar su propio arsenal nuclear tanto para disuadir como para amenazar a sus antiguos aliados.

El concepto de imperialismo se aplica a algo más que a los protagonistas principales. Hay que incluir en él a muchos Estados sin imperios porque actuaron como satélites de las grandes potencias. En efecto, varios gobiernos en el exilio operaban desde Londres o El Cairo. Además, el imperialismo era un sistema social en el que el capitalismo estaba fuertemente entretejido con la política de Estado. La Francia ocupada proporciona un ejemplo de las maneras en que las políticas nacionales e internacionales podían interactuar durante la segunda guerra mundial. Desde su exilio en Londres, De Gaulle abogaba por la restauración de la *grandeur* imperial de su país mediante la expulsión de los nazis, mientras que el régimen de Vichy prefería la colaboración con el imperialismo germano a fin de suprimir a su clase trabajadora. Cada uno representaba un aspecto diferente del imperialismo. La guerra imperialista tenía también sus propios métodos característicos: el empleo de métodos de combate

tradicionales o convencionales (a menudo del tipo más bárbaro). Eran muy diferentes de los métodos empleados por los movimientos de resistencia.

La «guerra popular» es más problemática como idea y puede parecer poco rigurosa. Sólo es necesario recordar cómo Stalin llamaba a los estados de Europa oriental que controló a partir de 1945 «democracias populares» para darse cuenta de hasta qué punto puede emplearse incorrectamente la palabra «popular»[8a]. Por lo tanto, para afinar bien la definición de la «guerra popular», es necesario primero responder a una serie de preguntas.

La primera es ¿quién era exactamente «el pueblo»? Ese tipo de guerra no conllevó un activismo generalizado. Bajo la ocupación, la difícil tarea de contactar con un movimiento necesariamente secreto, así como el riesgo de ser arrestado por la Gestapo o su equivalente, hacían que sólo una minoría estuviera directamente implicada. Sin embargo, los resistentes organizados gozaban de las simpatías de amplias capas de la población por su heroísmo y sacrificio personal. En los países aliados no ocupados, amplios grupos de personas luchaban entusiastas por la libertad y por una sociedad mejor, incluso si seguían las órdenes de autoridades que pensaban de manera bastante diferente. En Asia las poblaciones luchaban contra el colonialismo (tanto contra sus amos europeos como contra sus amos japoneses). El aspecto clave es que la guerra, la librara en mayor o menor medida *el* pueblo, se libró *para* el pueblo.

Una segunda cuestión es: ¿qué distingue la guerra popular de la guerra de clases o la guerra nacional? La definición marxista de clase (un grupo social que comparte una relación común con respecto a los medios de producción) no era aplicable a la guerra popular, ni siquiera allá donde la acción obrera era destacable, como por ejemplo Italia. Los resistentes procedían de todo el espectro social. Sin embargo, y de la misma manera, una guerra popular no era una guerra nacional. No se limitaba a un objetivo de independencia, sino que siempre intentaba ir más allá de la mera preservación o resurrección de los antiguos Estado y sociedad.

De modo que ni guerra de clases, ni guerra nacional: la guerra popular era una *amalgama*. Como fenómeno de clase, su ideología era un rechazo radical al sistema de preguerra y a favor de las clases más bajas (sin importar los orígenes sociales de los individuos). Como fenómeno nacional,

los guerreros populares insistían en que las masas, más que las viejas y desacreditadas élites, representaban la nación. El fracaso de las autoridades aliadas a la hora de oponerse a los opresores extranjeros, y su prontitud para colaborar con el Eje (mediante el apaciguamiento, antes de la guerra, o tras la ocupación) reforzaban esta convicción.

Por supuesto sería conveniente separar limpiamente la guerra de clase de la guerra nacional, pero esto no era posible por las razones arriba mencionadas. De igual manera sería útil poder separar limpiamente las luchas de liberación de las influencias imperialistas, pero a menudo ambos aspectos estaban tan enredados como para tener que descartarlo.

Aunque en un buen número de excelentes estudios nacionales, como *The People's War*, de Angus Calder, sobre Gran Bretaña, se apunta la idea de guerras paralelas, el análisis no se ha aplicado nunca a la segunda guerra mundial en toda su extensión porque en los campos de batalla convencionales quienes daban las órdenes y quienes las obedecían actuaban en concierto, sin importar cuán diferentes fueran sus ideas. Así, ambas guerras eran indistinguibles incluso para quienes estaban implicados en ellas. Había, sin embargo, circunstancias especiales que iluminaban esta separación como si lo hiciera un relámpago. En los países dominados por el Eje, los movimientos de resistencia de masas surgieron de forma independiente, para desesperación de los imperialistas Aliados; en el Asia colonial la autoridad quedó socavada por la guerra en Europa o por la invasión japonesa. Otro momento revelador llegó en 1945. Los gobiernos Aliados querían una reconstrucción basada en su victoria en la guerra imperialista, lo que significaba reinstaurar el *statu quo* de preguerra, pero las poblaciones locales querían un mundo de posguerra basado en sus éxitos en la guerra popular.

No es posible escribir una historia estándar y completa dentro de los límites de esta obra. A diferencia de libros que se centran en las batallas, tecnologías, generales y ejércitos de la segunda guerra mundial, o de aquellos que tratan de sus grandes líderes (Hitler, Stalin, Roosevelt o Churchill) y naciones, en foco, aquí, recae en los momentos en que ambos conflictos pueden discernirse con más facilidad. Es inevitable que muchos países se hayan omitido[44].

La omisión más significativa es Rusia. Jugó un papel decisivo en la derrota de Hitler, pero no experimentó guerras paralelas por dos razones. En primer lugar, las políticas asesinas de los invasores nazis llevaron a la población al régimen estalinista en su frenética lucha por la supervivencia. A diferencia de los demás movimientos de resistencia en otros lugares, los cientos de miles de partisanos soviéticos que libraron bravas batallas tras las líneas alemanas nunca supusieron una alternativa a Moscú. En segundo lugar, el Estado ruso era intensamente represivo. Por ejemplo, grupos étnicos enteros que se consideraban una amenaza fueron deportados hacia el este en condiciones infrahumanas. Esto no dejó espacio para una expresión independiente de la guerra popular. Las únicas fuerzas considerables que se opusieron a Moscú, como los soldados renegados que se unieron al uniforme del general Vlásov[9a], no fueron sino instrumentos pasivos del imperialismo nazi. Esta falta de una guerra popular tendría lamentables consecuencias para quienes cayeron bajo el yugo del Ejército Rojo una vez éste barrió a los alemanes de Europa oriental.

Por tanto, aunque este libro no ofrece un análisis en profundidad de la propia Rusia, este país tuvo una enorme influencia en las guerras paralelas. Los partidos comunistas eran preeminentes en casi todos los movimientos de resistencia, y guiaron, inspiraron y murieron por la guerra popular. Sin embargo, la lealtad a la Rusia de Stalin significó que sus objetivos imperialistas en cuanto al exterior les influyeran fuertemente. Esto les llevó a aceptar dramáticos giros de política. Hasta mediados de la década de 1930, la URSS abogó por una «línea del Tercer Periodo»: la guerra abierta de clases era el único asunto en aquel momento; todos los demás partidos, desde los fascistas hasta los reformistas de extrema izquierda, eran instrumentos del capitalismo a los que oponerse por igual. Cuando este desastroso análisis contribuyó al ascenso al poder de Hitler, se impuso la adopción de una política de Frente Popular. La clase era ahora completamente irrelevante y todo aquel que no fuera un fascista declarado (incluyendo imperialistas conservadores de Gran Bretaña, Francia o cualquier otro lugar) debía unirse por el interés nacional y defender también a la Unión Soviética.

Con una breve interrupción ocasionada por el pacto entre Hitler y Stalin de 1939[10a], la política de Frente Popular continuó a lo largo de toda la segunda guerra mundial. Produjo situaciones extraordinarias. Más que ningún otro grupo, los comunistas organizaron y dirigieron la resistencia popular contra el fascismo, y animaron las esperanzas de trabajadores y campesinos de un mundo mejor tras la guerra. Pero al mismo tiempo refrenaron algunas luchas con tal de no alarmar a los Estados imperialistas de los que Rusia era aliada. Crearon y a la vez castraron los movimientos de masas, ayudando a la derrota del fascismo pero permitiendo conservar el poder a élites desacreditadas, a expensas del pueblo llano.

El que los comunistas representaran una intersección entre la guerra popular y las potencias imperialistas demuestra que los partidarios del imperialismo no se alinearon uniformemente en un bando, y los de la guerra popular, en el otro. Ambos se mezclaron y coexistieron dentro de movimientos, organizaciones e individuos. De modo que la cuestión de guerras paralelas no se puede trazar de manera simplista.

Otro gran país que no se trata en este libro es China. Su lucha a tres bandas entre los japoneses, los chinos nacionalistas y los ejércitos del Partido Comunista presentan características comunes a muchas de las tratadas en este libro. Sin embargo, los acontecimientos clave, que culminaron en la victoria del Ejército Popular de Liberación de Mao en 1948, quedan fuera de nuestro marco temporal.

Con un poco de suerte, y pese a estas omisiones, los ejemplos aquí descritos, tomados de una variedad de contextos, serán suficientes para justificar la visión de las guerras paralelas como una descripción general válida de la segunda guerra mundial.

1

EL PRELUDIO ESPAÑOL

En la parte en que la segunda guerra mundial fue realmente una lucha a favor de la democracia y en contra del fascismo, no comenzó en 1939 en Polonia, sino en España tres años antes. Fue el momento en que dio inicio una guerra popular contra la rebelión del general nacionalista Franco. Él mismo aceptaba esto en 1941, cuando dijo a Hitler que en la segunda guerra mundial, «la primera batalla se ha ganado aquí, en España»[1]. Desde el bando opuesto, un voluntario antifascista estadounidense escribió: «para mí, la segunda guerra mundial comenzó el 18 de julio de 1936. Fue cuando se realizó el primer disparo en Madrid»[2]. No es el punto de partida convencionalmente aceptado tan sólo porque los Aliados aún no habían empuñado las armas. Por tanto, a los estadounidenses que regresaron de la guerra civil española se los tachó de «antifascistas prematuros» y se los llevó ante el predecesor del Comité de Actividades Antiamericanas de McCarthy[3]. Su crimen: oponerse a un golpe de estado que, según el periódico nacionalista *El Correo Español*, «está obrando (…) para liberar a Europa de esa porquería de la democracia»[4].

Aunque Franco era más una figura militar que un líder fascista al estilo italiano o alemán, su vínculo con el fascismo y el nazismo fue visible desde el principio. Sin los aviones Junkers 52 de Hitler para transportar soldados desde Marruecos, la rebelión podría haberse desinflado[5]. Mussolini tampoco tardó en proporcionar aviones, armas y barcos[6] Los nacionalistas[11a]. («nacionales») dependieron del Eje a lo largo de toda la

contienda, recibiendo municiones complementadas por 16 000 militares alemanes y 80 000 italianos.

Si bien Franco declaró su movimiento «no exclusivamente fascista», admitía, no obstante, que el fascismo era parte de él y la «inspiración del nuevo Estado»[7]. Los «nacionales» se hacían eco del lema nazi («*Ein Reich, Ein Staat, Ein Führer*») sustituyéndolo por «una patria, un Estado, un caudillo»[8]. Así, se ha calificado la ideología franquista de «amalgama de fascismo, corporativismo y oscurantismo religioso»[9].

Además, los métodos de los «nacionales» prefiguraron las políticas asesinas del Eje en el mundo. Un falangista admitía: «la represión en zona nacional se llevaba a cabo a sangre fría, con una dirección y de manera metódica»[10]. En Málaga, una ciudad que se entregó sin resistencia, se fusiló a 4000 personas en una semana[11].

Tan extremado y violento fue este proceso que:

> Incluso los italianos y alemanes criticaban una represión tan indiscriminada, calificándola de «cortedad de miras», y sugerían que los nacionales debían reclutar trabajadores para un partido fascista en lugar de masacrarlos (…) El declive del número de fusilamientos en zona nacional en 1937 se ha atribuido también a que simplemente no quedaba nadie relevante a quien matar[12].

Cuando la lucha finalmente cesó el 1 de abril de 1939, 300 000 personas yacían muertas[13].

Aunque España no se unió a la coalición del Eje y permaneció oficialmente neutral, tan sólo fue así porque el país estaba completamente exhausto y Hitler no estaba dispuesto a pagar el precio que Franco exigía por la alianza. Sin embargo, éste sí que envió la División Azul, de 47 000 efectivos, a combatir junto a la Wehrmacht en Rusia[14].

La guerra civil española no se libró conforme al modelo estándar de ejército contra ejército, sino al de ejército contra revolución[15]. Un anarquista que pasó 20 años en las cárceles de Franco describía cómo tuvo lugar la guerra popular en Barcelona, no sólo para derrotar a los «nacionales», sino también en oposición al gobierno republicano electo que Franco buscaba derrocar.

> Se esperaba el golpe de estado de los generales desde hacía meses. Todo el mundo sabía que querían derrocar a sus jefes de la República y establecer su propia dictadura, inspirada en la línea de las potencias fascistas. «El Gobierno no puede salir de ésta», había dicho todo el mundo. «Ahora tendrá que armar al pueblo.» En lugar de eso, el gobierno del Frente Popular pidió al ejército que permaneciera leal. Cuando finalmente se rebeló, devolvimos el golpe. ¡Barcelona fue nuestra en veinticuatro horas[16]!

Se trataba, por tanto, de una guerra popular que combinaba la resistencia contra Franco en el frente y la guerra de clases tras las líneas. Las columnas de milicianos marchaban a combatir contra el ejército rebelde, pero se enfrentaban a sus jefes cuando regresaban. En Barcelona, el 80 por ciento de las empresas se colectivizaron[17] bajo un decreto que rezaba: «la victoria del pueblo significará la derrota del capitalismo»[18]. En diciembre de 1936 George Orwell experimentó los resultados:

> La clase trabajadora tenía el poder (…) Todas las tiendas y cafeterías mostraban un cartel que indicaba que habían sido colectivizadas; se había colectivizado incluso a los limpiabotas, y se había pintado sus cajas de rojo y negro. Camareros y dependientes te miraban a la cara y te trataban como a un igual. Las formas serviles y ceremoniosas de hablar desaparecieron temporalmente… Las propinas se prohibieron por ley (…)[19].

Un aspecto de la guerra civil fue la transformación del papel de la mujer, una de las cuales señalaba: «las mujeres ya no eran objetos, eran seres humanos, personas al mismo nivel que los hombres (…) Éste fue uno de los avances más notables de la época (…)»[20].

El conflicto que comenzó en 1936 ya era, en cierto sentido, una guerra mundial. Puesto que, junto a la clase trabajadora española que combatía a Franco, Hitler y Mussolini, estaban las Brigadas Internacionales, que contaban un total de 32 000 personas de 53 países diferentes[21]. El mayor contingente de voluntarios procedía de la vecina Francia, pero importantes cantidades de exiliados antifascistas de Italia y Alemania estaban enrolados en ellas. Se formaron en respuesta a una llamada de la Internacional Comunista[22]. Las simpatías por la causa española inspiraron a liberales, socialistas y demócratas, aunque un 85 por ciento de brigadistas eran miembros del Partido[23]. En Gran Bretaña, por ejemplo, el Partido Laborista ofreció «todo el apoyo posible (…) para defender la libertad y la democracia en España»[24] mientras que las encuestas revelaban una

opinión favorable al Frente Popular republicano en proporción de 8 a 1 con respecto a Franco.[25],

Aun así, los futuros Aliados de la segunda guerra mundial no necesitaban esta guerra popular antifascista. En lugar de alinearse con el gobierno elegido democráticamente, franceses e ingleses promovieron un Comité de No Intervención. Oficialmente respaldado por todos los países de Europa[26] debía impedir el envío de armas y combatientes a ambos bandos de la contienda española. Neville Chamberlain aseguró que «no tenemos ningún deseo ni intención de interferir en los asuntos internos de ninguna otra nación».[27], En realidad, la presunta neutralidad favorecía a Franco, pues la República había perdido sus principales arsenales a manos de los rebeldes y ahora se veía incapacitada para comprar armas en el mercado internacional, pese a ser el gobierno legítimo.

Aún más: cuando Italia y Alemania violaron flagrantemente las reglas, no se hizo nada para detenerlas, puesto que incluso antes de 1936 el *establishment* británico había resuelto que en España «se están minando las bases de la civilización [porque] está comenzando la revolución (…)»[28]. Francia había elegido a su propio gobierno del Frente Popular en 1936 con Blum, quien originalmente quería ayudar a la República Española.

Sin embargo, no sólo temía provocar a las fuerzas derechistas de su propia casa[29], sino que necesitaba a Gran Bretaña como aliada ante Hitler. Advertido de un «fuerte sentimiento a favor de los rebeldes en el gabinete británico», fue Blum quien dio inicio al proceso de no intervención[30].

Los EE.UU. podrían haber vendido armas a la República, dado que su Ley de Neutralidad no se aplicaba a guerras civiles. Sin embargo, Washington declaró que «por supuesto, nos abstendremos escrupulosamente de cualquier tipo de interferencia en la lamentable situación española»[31]. Roosevelt describió los acontecimientos en España como «un contagio [y] cuando una epidemia de enfermedad física comienza a extenderse, la comunidad aplica unánime una cuarentena (…)»[32] Algunas fuentes aseguran que lamentaba una política que favorecía a Franco[33] y que preparó un plan luego abortado para enviar suministros militares encubiertos.[34]. Es posible. Pero en la práctica se hizo todo lo posible para desalentar el apoyo a la República. Por vez primera en la historia

americana, se impusieron restricciones al viaje, y se estampaba la frase «No válido para el viaje a España» en los pasaportes estadounidenses[35]. Mientras el gobierno de los EE.UU. obstruía toda ayuda a la República, sus grandes empresas ayudaban a Franco con 3 millones de toneladas de combustible y miles de camiones fundamentales para su maquinaria bélica[36].

La guerra civil española ofreció pistas de la actitud que adoptaría Rusia en el futuro hacia la guerra popular. Los brigadistas internacionales comunistas se ofrecieron voluntarios por su compromiso hacia el internacionalismo socialista, pero lo que motivaba a Stalin eran las necesidades del capitalismo estatal ruso. Esperaba domar las ambiciones de Hitler a través de una alianza con Gran Bretaña y Francia, que amenazaba con una guerra en dos frentes. Una victoria republicana española que trajera consigo la «muerte del capitalismo» alienaría a estas potencias occidentales; una victoria de Franco con apoyo nazi resultaría igualmente lesiva. Hugh Thomas concluye: «con una precaución digna de un cangrejo, por tanto, Stalin parece haber llegado a una conclusión, y sólo una conclusión, con respecto a España: no permitiría que la República perdiera, incluso si no la ayudaba a ganar»[37].

Además de México, la URSS fue el único otro apoyo militar de cierta entidad para la República, y para equiparar los suministros fascistas a los «nacionales», Stalin debería haber proporcionado seis veces más hombres y tres veces más tanques[38] de los que envió[39]. Incluso así, cualquier tipo de apoyo era maná caído del cielo, de modo que la influencia de Rusia creció hasta el punto de poder maquinar la caída del atribulado líder republicano, Largo Caballero, y su sustitución por el más proruso Juan Negrín. La idea rusa era una democracia (del tipo parlamentario, aceptable para Gran Bretaña y Francia) pero se oponía a la revolución que inspiraba la lucha generalizada contra Franco.

En este choque entre las necesidades de política exterior de Stalin y la revolución popular se vería la interacción entre guerra imperialista y guerra popular. Herbert Matthews, reportero del *New York Times*, tenía sin duda justificación cuando negaba que los comunistas «eran meros robots obedeciendo órdenes (excepto por los escasos líderes rusos implicados).

Aún sostengo que luchaban contra el fascismo y, en aquella época, por la democracia que conocemos»[40]. Sin embargo, su lealtad hacia el que consideraban el único Estado socialista del mundo los atrapaba en una posición contradictoria: seguir el estalinismo y ensalzar la democracia capitalista convencional, y sin embargo luchar y morir por una guerra popular que iba tanto más allá de ella. Esta posición la resumía brillantemente un brigadista comunista escocés:

> En aquella época yo veneraba, literalmente, la Unión Soviética. Y cuando finalmente tenías un rifle del que te podías fiar para matar fascistas, en lugar de matarte a ti mismo, con una hoz y un martillo grabados en él, sentías un auténtico escalofrío de orgullo. Allí estaba la gran República de los Trabajadores ayudando al pueblo español en su lucha por conservar la democracia en su propio territorio. Porque, por favor, tengan esto en cuenta: la lucha en España no era una lucha por establecer el comunismo[41].

Había un aspecto técnico, militar, en la interacción de las dos guerras en la lucha republicana. Preston asegura que «tras las tempranas derrotas de las entusiastas y heroicas, pero desorganizadas y sin instrucción, milicias obreras, muchos republicanos moderados, socialistas, comunistas e incluso algunos anarquistas abogaron por la creación de estructuras militares convencionales»[42].

Sin embargo, el asunto clave era político. ¿Debía la guerra llevarse de manera que no alienara a las potencias occidentales (que simpatizaban con Franco) o derrocar el podrido sistema que había causado tantos Francos a lo largo de los años? Estas dos concepciones llegaron a las manos en Barcelona durante mayo de 1937. Los comunistas, aliados con los socialistas y los burgueses republicanos, reprimieron a la CNT anarquista y al POUM (un movimiento más o menos ligado al trotskismo). Cientos murieron, el NKVD (la policía secreta rusa) persiguió a los supervivientes y las esperanzas revolucionarias de los primeros días de la guerra civil fueron aplastadas.

Iba a ser difícil para la República triunfar, teniendo en cuenta su continuo aislamiento, las maquinaciones de Rusia, la perversa indiferencia de los Aliados occidentales y la ayuda del Eje al enemigo. Pero aplastar la revolución apagó el entusiasmo popular por la lucha, y ya no fueron eficaces en el combate contra los «nacionales».

Éstos ganaron en 1939.

Aunque Gran Bretaña y Francia estaban oficialmente en guerra contra el fascismo desde ese mismo año, no cambiaron de actitud hacia el gobierno español respaldado por el fascismo. Como Glyn Stone escribe, «[Los gobiernos Aliados] habían comenzado la guerra en septiembre de 1939, retando las intenciones de la Alemania nazi de dominar el continente europeo, más que con la intención de crear un nuevo orden democrático en Europa, y por ello, en tanto la España de Franco mantuviera su neutralidad, su régimen no tenía nada que temer (…)»[43].

En 1940. Churchill aún hablaba bien de los «nacionales»: «como en los días de la guerra peninsular, los intereses y la política de Gran Bretaña se basan en la independencia y la unidad de España, y esperamos ansiosos verla ocupar su lugar correspondiente tanto como una gran potencia mediterránea como un miembro famoso y destacado de la familia europea y del mundo cristiano»[44]. Franco agradeció estas insinuaciones con su apoyo entusiasta a Hitler y a su guerra «contra el comunismo ruso, esa terrible pesadilla de nuestra generación»[45] enviando a la División Azul como ayuda. Advirtió a los EE.UU. de que la entrada en la guerra constituiría una «locura criminal» y afirmaba que los Aliados «han perdido».[46],

Los gobiernos británico y francés ni se inmutaron. Concluyeron tratados comerciales y continuaron apoyando al más débil de los regímenes fascistas porque, en palabras del embajador británico, cualquier cambio «sólo llevaría a más confusión y peligros»[47]. La guerra civil había dejado al país con una enorme dependencia con respecto a la importación de alimentos, y mientras la India moría de hambre, los Aliados corrieron a socorrer las escaseces españolas con cientos de miles de toneladas de trigo[48] y a enviar grandes cantidades de bienes industriales y petróleo. Un comentarista estadounidense llegó a la conclusión de que los españoles disfrutaban del mayor nivel de consumo de petróleo de Europa.[49],

Es concebible que la política aliada se justificara en términos estrictamente estratégicos. La neutralidad oficial de España dejaba Gibraltar en manos británicas, protegiendo la entrada al Mediterráneo. Sin embargo este razonamiento dejó de ser válido tras 1945, cuando, como el embajador británico comentaba, «con la eliminación de otros gobiernos totalitarios de

Europa, la anomalía española era cada vez más llamativa»[50]. Cuando Rusia pidió la eliminación de Franco[51], y los expertos británicos y estadounidenses hablaban de emplear su dependencia del petróleo para moderar su tiranía, Churchill sopesó el asunto con ésta diatriba: «lo que están ustedes proponiendo es poco menos que atizar una revolución en España. Se comienza por el petróleo y rápidamente se acaba con sangre (…) Si ponemos las manos sobre España (…) los comunistas se convertirán en dueños de España [y] debemos saber que la infección se extenderá rápidamente por Italia y Francia»[52].

Dejar a Franco incólume permitió que el cruel asesinato judicial de republicanos continuara sin trabas. En 1945 se dictaban 60 sentencias de muerte por semana, y en un solo día en Madrid se ejecutaron 23[53].

Una posible objeción a la idea de una segunda guerra mundial en la que se da una guerra popular podría ser que, en términos de propaganda, *todas* las modernas guerras imperialistas se presentan como «progresistas» y «democráticas». La experiencia española demuestra que las guerras populares que se manifestaron durante la segunda guerra mundial tenían orígenes independientes, y que, en efecto, se desarrollaron pese a la antipatía de los gobiernos Aliados hacia ellas.

Parte 1

YUGOSLAVIA, GRECIA, POLONIA Y LETONIA. ENTRE LOS BLOQUES.

2

YUGOSLAVIA: PODERES EN EQUILIBRIO

A primera vista Yugoslavia no parece conformarse a un patrón de guerras paralelas. En las fases finales del combate, el ejército de resistentes de Tito, con suministros británicos y ayudado por el Ejército Rojo, se enfrentó al Eje y lo derrotó. La apariencia, sin embargo, engaña. Antes de su triunfal conclusión hubo una amarga lucha armada entre los partisanos de Tito y los *chetniks* de Mihailović. Se trató de una lucha por el verdadero significado de la segunda guerra mundial.

Al conquistar Yugoslavia en marzo de 1941, Hitler entraba en uno de los países más atrasados y oprimidos de Europa. El 80 por ciento de su población de 16 millones de habitantes eran campesinos. La distribución de la tierra era muy desigual: apenas 7000 terratenientes poseían tanta tierra como un tercio de toda la población. Los trabajadores del país, 1,1 millones, trabajaban más horas que nadie en Europa, mientras que 500 000 se encontraban sin trabajo. Todo esto estaba presidido por un autoritario gobierno monárquico que había prohibido el Partido Comunista Yugoslavo (PCY) ya en 1921[1]. Ocho años más tarde el rey Alejandro abolió el Parlamento y se hizo con el poder absoluto. Fue asesinado y le sucedió su hijo Pedro II, quien, al ser demasiado joven para gobernar, cedió el poder a su primo, el príncipe regente Pablo. En los años previos a la segunda guerra mundial el país oscilaba peligrosamente entre los bloques de las potencias Aliadas y el Eje[2] Esto llevó a que en 1940 un oficial británico sugiriese sobornar al Estado Mayor porque «corre el rumor de que varios generales

yugoslavos se han hecho construir mansiones con dinero suministrado por los alemanes. Quizás podríamos ayudarles a añadirles nuevas alas».[3]. Con el estallido de la segunda guerra mundial, las autoridades estaban entusiasmadas con la posibilidad de quedar en el bando ganador, aunque nadie sabía cuál de ambos sería. Finalmente, en 1941 el gabinete del príncipe Pablo apostó por el Eje, y optó por firmar el Pacto Tripartito. Otra parte del *establishment*, dudando del valor de esta alineación, impulsó un golpe de estado militar. Depusieron al príncipe Pablo y lo sustituyeron por el aún menor de edad rey Pedro. Masivas manifestaciones antifascistas dieron la bienvenida a este resultado, pero, signo inequívoco de su falta de convicción, el nuevo gobierno intentó ganar tiempo adhiriéndose al Pacto y, a la vez, negociando con los Aliados[4] Los representantes británicos lamentaban «las noticias sorprendentes y a la vez descorazonadoras procedentes de Belgrado. ¡El Gobierno parece haber emitido un mensaje de que su política exterior no ha cambiado!».[5].

En esta caótica situación Hitler demostró una decisión típicamente brutal y lanzó la «Operación Castigo» para conquistar el país.

La derrota militar fue rápida porque el régimen se negó a armar a la población o aceptar ayuda de la izquierda. En privado se admitía que el gobierno tenía menos miedo de los ocupantes que del pueblo, algo demostrado ya en el trato a la población en Belgrado[6]. Djilas, un líder comunista, describía cómo, bajo una lluvia de bombas,

> La policía y los nacionalistas serbios [*chetniks*] vagaban por las calles en camiones e intentaban establecer «el orden» en una ciudad que había pasado de 300 000 habitantes a 30.000. Disparaban a la gente, purgando a la ciudad, según ellos, de la «quinta columna» y de desertores (…). Los mismos policías que habían maltratado a estudiantes y trabajadores en años recientes se movían ahora por toda la ciudad con la insignia de los *chetniks*. Los comunistas teníamos que escondernos, pese a ser los más fieros defensores del país[7].

Djilas añadió que cuando el gobierno del rey Pedro huyó a Londres dejó tras de sí un sentimiento de «gran amargura»: «había algo podrido en ese gobierno. Una profunda desintegración moral que supuraba del aparato estatal, de los más altos rangos militares»[8].

El Eje procedió entonces a desmembrar Yugoslavia. Se estableció un estado títere en Croacia/Bosnia Herzegovina bajo el feroz mando de los

ustachas, las milicias de Pavelić; Eslovenia se dividió en zonas de influencia alemanas e italianas; Italia tomó Montenegro. Serbia, bajo la plena ocupación alemana, y gobernada por el régimen colaboracionista de Nedić[9], cedió territorio a Hungría, Bulgaria y Albania.

De este tumulto surgieron dos fuerzas de resistencia. Los *chetniks* de Serbia eran un grupo de oficiales del ejército que tomaban su nombre de las bandas que luchaban contra los turcos durante la primera guerra mundial. Estaban dirigidos por el coronel Mihailović, al que el gobierno monárquico en el exilio no tardó en nombrar ministro de la Guerra[10]. Aunque aseguraba que «como soldado, la política nunca me ha interesado»[11], pronto adoptó el eslogan «Con fe en Dios, por el Rey y la Madre Patria»[12]. Posteriormente adoptó un programa más completo:

1. Luchar por la libertad de todo el país bajo el cetro de Su Majestad el rey Pedro II.
2. Crear una gran Yugoslavia, y en ella, una gran Serbia, étnicamente pura dentro de sus fronteras (…)
3. Limpiar el territorio del Estado de todas las minorías nacionales y elementos no nacionales[13].

Como en las corrientes proimperialistas de cualquier otro lugar, la lógica del programa de los *chetniks* era recuperar la independencia nacional, a fin de restaurar el orden nacional de preguerra con sus contornos divisorios de etnias. Sin embargo, la derrota militar y la huida al exilio habían desacreditado a la vieja maquinaria estatal. Esto dio alas a sus oponentes domésticos y, a la vez, disminuyó la capacidad de los *chetniks* para suprimirlos. Como el rey Pedro, Mihailović no se atrevió a movilizar a la población local para luchar por la independencia. Sin esa opción, su única esperanza de éxito era esperar a los Aliados para que expulsaran a los invasores. Se ha etiquetado este tipo de política, que se dio en muchos países, como «de espera».

En 1941 Mihailović tenía razones para esperar ayuda británica a gran escala. Con el pacto Hitler-Stalin en vigor, Francia derrotada y los EE.UU. neutrales, Gran Bretaña se encontraba aislada e incapaz de llevar a cabo

operaciones militares en el continente. De modo que Churchill creó la Dirección de Operaciones Especiales (SOE) para impulsar movimientos de resistencia que debían «incendiar Europa»[14]. Los informes de las actividades de Mihailović, que llegaron a Gran Bretaña en primavera de 1942, constituyeron las primeras noticias de guerra de guerrillas tras las líneas del Eje. Esto convirtió al serbio en «un héroe de la resistencia europea, y (…) un brillante ejemplo para los demás (…)»[15].

Churchill tenía un motivo adicional para ayudar a los *chetniks*. Cuando Hitler lanzó la Operación Barbarroja (la invasión de la Rusia soviética), Stalin rogó que se abriera un segundo frente en Francia, para aliviar la presión que los alemanes ejercían en el frente oriental. El primer ministro británico necesitaba una coartada para rechazarlo. Dijo a Roosevelt: «la principal tarea que tenemos ante nosotros es, en primer lugar, conquistar las costas africanas del Mediterráneo para [desde ellas] atacar el bajo vientre del Eje con suficiente fuerza y en menor tiempo posible»[16]. El área de los Balcanes era ese bajo vientre y también quedaba convenientemente enclavada en la ruta británica hacia la India.

Los partisanos de Tito eran un grupo de resistencia rival de los *chetniks*. Las visiones acerca de este grupo tienden a polarizarse de modo extremo. Por ejemplo, un historiador norteamericano ha ridiculizado recientemente su aseveración de tratarse de una «coalición de todos los partidos democráticos y progresistas» y ha sugerido que su intención era «la imposición de un régimen comunista sobre el pueblo de Yugoslavia»[17]. En el momento de los hechos, Jones, un mayor canadiense que se había lanzado en paracaídas sobre su campamento como oficial de enlace, expresaba un punto de vista opuesto: «era la unidad de la comunidad, simbolizada en el comité local que era la fuerza del Movimiento por el Frente de Liberación de Yugoslavia. Era democracia en su máxima expresión. La gente de cualquier comunidad libre era absolutamente libre de hacer lo que quisiera (…)»[18].

El movimiento partisano estaba liderado por el comunismo, de modo que es esencial un conocimiento básico del PCY. Djilas ha descrito su conversión. Comenzó con «una profunda insatisfacción con respecto a las condiciones existentes y un irrefrenable deseo de cambiar la vida…»[19].

«Comenzamos compartiendo rumores y extendiendo noticias exageradas acerca tanto de temas insignificantes como de importantes: el coste del vestido de bodas de la Reina, dientes de oro en la boca del perro de un ministro (…) ¿Debía gente así gobernar mi país? (…) A cada paso que uno daba se encontraba con miseria y lujo, fuerza bruta y desesperación (…).»[20]

El despotismo tan sólo reforzaba el sentimiento de «solidaridad, un espíritu luchador, la dedicación a los ideales del pueblo trabajador y los esfuerzos por mejorar sus vidas»[21].

La conferencia clandestina del PCY de 1940 demostró cuánto habían sacrificado sus 8000 miembros. Pijade, que acababa de cumplir más de 14 años en prisión y campos de concentración, abrió la sesión. De los 101 delegados, el 80 por ciento había sido detenido alguna vez y el 40 por ciento había sido condenado a sentencias de más de dos años[22]. La guerra no trajo consigo ningún descanso. Cuando Belgrado fue liberada en 1944, en una operación conjunta entre el Ejército Rojo y los partisanos, estos últimos no hallaron:

> a ningún —literalmente, a ninguno— miembro del Partido. Había miles de simpatizantes, incluso grupos de comunistas no afiliados, pero se había exterminado a los miembros del partido en campos de concentración, en camiones-cámara de gas y en campos de ejecución. En el campo de ejecución de Jajinici, noche tras noche —cada noche, durante tres años y medio— cientos de rehenes y patriotas, la mayoría comunistas y simpatizantes, habían sido ejecutados (…)[23].

Los comunistas tenían un enfoque único hacia el espinoso tema de la etnia. Cuando Yugoslavia se formó en 1918 el monarca y el mando del ejército eran serbios, una tradición que Mihailović deseaba continuar. Sin embargo, como indicaba su nombre oficial («Triple Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos»)[24], Yugoslavia contenía muchos grupos, de los que los principales eran los serbios (39 por ciento) y los croatas (24 por ciento). Una reacción al dominio serbio era asegurar la autonomía étnica, como expresaba el líder del Partido Campesino Croata: «todos los campesinos croatas están igualmente unidos contra vuestro centralismo y contra el militarismo, e igualmente a favor de una república…»[25].

Tito y sus partidarios rechazaban la exclusividad étnica tanto de los *chetniks* serbios como de los *ustachas* croatas. Él mismo era hijo de madre eslovena y padre croata[26], y en la región más diversa (Bosnia) el llamamiento de los partisanos era «ni serbio, ni croata, ni musulmán, sino serbios, musulmanes y croatas»[27].

Reforzado por un urgente deseo de distraer fuerzas del Eje del frente ruso, Tito se oponía también a la estrategia de los *chetniks* de esperar un desembarco británico-americano. La importancia de la URSS para los comunistas no se puede infravalorar. En palabras de Djilas:

> No nos enseñaron la «verdad» bíblica de que una vida justa en este mundo prepara a un hombre para el otro. Nos enseñaron algo mucho más grande: a esperar un paraíso en este mundo… que era lo que aquellos que habían estado en la Unión Soviética y visto la «verdad» en la práctica nos dijeron. Y nos lo creímos. La tristeza y la desesperación nos rodeaban por todas partes, y cuanto más insoportable se volvía la vida, más cerca estábamos del nuevo mundo[28].

Esta adulación tuvo consecuencias contradictorias. Aunque los partisanos rechazaban tanto la ocupación del Eje como un regreso a las condiciones de vida de preguerra, el PCY se tragó la línea oficial rusa de dejar de lado las demandas sociales hasta haber derrotado a los invasores y sus colaboradores[13a] Tito fue explícito: «era incorrecto llamar revolución antifascista a la Lucha por la Liberación Nacional».[29] La lucha no se daba «en términos de clase sino en términos de Lucha por la Liberación Nacional».[30]. Si bien esto limitaba el papel de la guerra popular, en el sentido en que disuadía las demandas sociales y económicas, no era, sin embargo, menos cierto que tras una retórica compartida de unidad contra el invasor, los movimientos *chetnik* y partisano luchaban por objetivos fundamentalmente distintos.

Esto salió a la luz durante el primer encuentro entre Mihailović y Tito, cuando el líder comunista tendió la mano de la amistad. Como él mismo explicó más tarde: «Nuestra idea, deseo e intenciones era unir todas las fuerzas en la lucha contra los invasoresMihailović era un hombre inteligente y muy ambicioso. Le ofrecí el mando supremo».[31]. Mihailović rechazó ostentosamente la oferta, reprendiendo a los partisanos por destruir los registros de propiedad de las tierras y apoyar el desorden[32].

Se rechazó incluso la cooperación militar. Mihailović proclamó que de nada serviría montar operaciones conjuntas entre los *chetniks* y los partisanos. En primer lugar, una derrota del Eje parecía muy lejana[33]. En segundo lugar, él sólo estaba obligado a defender a los serbios de la violencia de los *ustachas*, y justificaba la inacción contra los nazis haciendo referencia a la promesa de Hitler de que por cada pérdida alemana se sacrificaría a cien yugoslavos.

Podía señalar la masacre de 5000 civiles en Kraljevi y Kragujevac en represalia por 20 víctimas alemanas[34].

El que Tito se desprendiera de esos temores ha llevado a un crítico a acusarle de emplear las atrocidades nazis para sus propios fines: «las personas que escapaban de tan terribles represalias se convertían en útiles reclutas, y la ruptura de la normalidad social es una piedra angular de la revolución (…)»[35]. La acusación carece de base. Los comunistas estaban implicados en una lucha total contra el Eje porque cuanto más tiempo estuviese éste en el poder, más civiles inocentes morirían. El rechazo de Mihailović a actuar junto a Tito surgió porque temía que una victoria de los partisanos amenazara el orden social, algo que tenía prioridad por encima de su deseo de liberación nacional.

Se dice que Mihailović dijo: «sus principales enemigos eran los partisanos, la Ustacha, los musulmanes y los croatas (en ese orden) y que sólo cuando se hubiera deshecho de ellos volvería su atención a los alemanes e italianos»[36]. Las prácticas de los *chetniks* confirman esta política, y justifican la sospecha, expresada por Djilas en marzo de 1942, de que:

> Para proteger sus privilegios, los caballeros serbios de Londres han comenzado una guerra de clases. Su táctica es destruir a su oponente más poderoso (es decir, al Partido Comunista y al movimiento partisano) colaborando momentáneamente con sus demás oponentes (…) Los partidarios del gobierno de Londres han tenido que tomar el sendero de la colaboración directa con el invasor debido a la fuerza y alcance del alzamiento nacional contra la invasión[37].

Una diferencia importante entre *chetniks* y partisanos era el respaldo a sus movimientos. Si Mihailović miraba hacia el gobierno exiliado en Londres, las fuerzas de Tito dependían de un masivo apoyo popular. El

proceso comenzó con un levantamiento general en Montenegro en julio de 1941. Djilas se encontraba presente:

> Toda la población (los que tenían rifles y los que no) se levantó contra el invasor. Los hombres llegaban (jóvenes y viejos, agrupados en familias, aldeas y clanes) a los puntos de reunión de siempre y se enfrentaban a las guarniciones italianas de cada ciudad. Pobremente organizados pero entusiastas, los comunistas les cedieron el liderazgo. No todo el mundo estaba de acuerdo con que los comunistas lideraran, pero nadie era lo suficientemente fuerte como para desafiarlos. Los comunistas no tan sólo eran la única fuerza organizada, sino que eran una nueva fuerza, sin compromisos. Su propaganda acerca de la corrupción en los partidos gobernantes se había visto confirmada en la reciente guerra. Ningún otro movimiento político podría haber llevado a cabo el esfuerzo, pues todos los demás se veían confinados por límites regionales o arrastrados por un exceso de nacionalismo étnico[38].

En septiembre de 1941 fracasaron posteriores intentos de salvar el abismo entre las posturas de Tito y de Mihailović. El 1 de noviembre, fuerzas *chetniks* atacaron los cuarteles de los partisanos en Uzice. El contraataque llegó a 1 km del cuartel general de Mihailović en Ravna Gora, el 12 de noviembre[39] Al día siguiente el representante de los *chetniks* se sentaba con el jefe de Inteligencia alemán para pedir ayuda para combatir el comunismo.[40].

Los dados se habían lanzado y pronto el campamento de Mihailović comenzó a emitir mensajes como éste:

> Hemos rechazado el intento de los comunistas de penetrar en Serbia y nos disponemos a ampliar nuestras operaciones hasta exterminarlos, lo que se puede conseguir si nuestras unidades no entran en conflicto con fuerzas exteriores. Las tropas alemanas no han interferido con nosotros en esta última operación pese a que no hemos tenido ningún contacto ni acuerdo con ellas. A fin de no dificultar o poner en peligro las operaciones planeadas contra el grupo comunista, es necesario detener todas las acciones contra los alemanes, si bien la propaganda debe continuar[41].

El «exterminio» de los partisanos requería armas, y los *chetniks* no eran muy quisquillosos con respecto a de dónde procedían. Un oficial de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS, el equivalente americano de la SOE británica) movilizado junto a los *chetniks* informó de ejemplos en que la Wehrmacht les prestaba camiones llenos de armas[42] Otro agente alegaba que los *chetniks* estaban «luchando con los alemanes e italianos contra los partisanos».[43]. Las intercepciones demostraron que «los alemanes recibían

informes de inteligencia de manera regular de algunas unidades *chetniks* con respecto a la localización y movimientos de las fuerzas partisanas» e identificaron «comandantes *chetniks*, en especial, en operaciones conjuntas con los alemanes contra los partisanos»[44].

Pese a esto, es importante no agrupar a Mihailović con figuras colaboracionistas[14a] como el mariscal Pétain de Francia o el mismo Nedić en Yugoslavia. El líder *chetnik* reflejaba los intereses de un gobierno Aliado en el exilio, y se vio obligado a colaborar por la lógica de las guerras paralelas.

Los alemanes colaboraron con los *chetniks* contra los partisanos, pero no deseaban que el número de soldados *chetniks*, 60 000[45], creciese. De modo que no mucho después de la reunión con la inteligencia alemana, en 1941, Mihailović sufrió un ataque alemán casi mortal.

Lejos de volver su atención hacia los alemanes, esto reforzó su determinación de esperar a los Aliados, y ordenó a sus seguidores o bien volver a casa y esperar órdenes o bien protegerse de las fuerzas de Nedić. Los historiadores han debatido acerca de si este movimiento implicaba colaboración o autoprotección. Sus apologetas aseguran que combatir para Nedić era un «camuflaje» necesario[46] y que «la mayoría de los hombres de esas unidades eran leales a Mihailović»[47] Sus críticos ven una clara política en que «los *chetniks* y el gobierno Nedić colaboraran en la lucha contra los partisanos (…)».[48]. Sea cual sea la interpretación correcta, los *chetniks* no eran principalmente antifascistas, sino que luchaban para restablecer el antiguo orden, de acuerdo a las potencias imperialistas.

¿Y qué hay de los partisanos? Se vieron implicados en una guerra cuyo salvajismo era sorprendente incluso para la segunda guerra mundial. El recuento total de muertos en Yugoslavia pasaba de 1,7 millones de muertos, más del 11 por ciento de la población[49]. En un enclave partisano que visitó, Jones halló mujeres con cicatrices emocionales por «el recuerdo de los hombres de su pueblo, reunidos en la iglesia local con la excusa de ofertas de trabajo de los oficiales italianos, y una vez allí, encerrados, mientras lanzaban latas de gasolina por las ventanas y se les prendía fuego, con ametralladoras rodeando la pira para que nadie escapase»[50] La

sangrienta Ustacha croata exhibió «una ferocidad que horrorizó incluso a las autoridades alemanas e italianas».[51].

Hacia finales de 1943 unos 300 000 partisanos dominaban a unos 200 000 alemanes y unos 160 000 soldados auxiliares[52] Pero el coste fue alto. Los partisanos perdieron 305 000 hombres y más de 400 000 resultaron heridos.[53]. Aun así, no se los ha de pintar como angelitos. Por ejemplo, el propio Djilas se sentía incómodo ante algunos de sus métodos, porque «las ejecuciones sumarias e imprudentes, junto al hambre y el cansancio de la guerra, contribuían a reforzar a los *chetniks*. Incluso más horrible e inconcebible era asesinar a parientes y arrojar sus cuerpos a barrancos (…)»[54].

Además, el propio Tito no estaba por encima de negociar con los ocupantes, quienes estaban siempre dispuestos a emplear tácticas para dividir y vencer. En la primavera de 1942 las conversaciones para un intercambio de prisioneros con los alemanes se convirtieron en algo más ambicioso. Los partisanos habían estado dándose a la fuga y a duras penas habían sobrevivido a una crucial batalla contra los *chetniks* en el río Neretva. Esperaban que la Wehrmacht aceptase un alto el fuego que les permitiría regresar a Serbia, su base de origen.

Djilas fue uno de los negociadores y describe el enfoque de Tito en estos términos: «No se pronunció una sola palabra acerca del alto el fuego entre los alemanes y nosotros, pero se daba por sentado»[55]. Al final no se materializó ninguna tregua y sólo se dio un intercambio de prisioneros porque «los alemanes no permitirían nuestra estabilización y expansión, y nosotros no podíamos permitirles reforzarse (…)»[56].

Hablando de las debilidades y fortalezas de los partisanos, Basil Davidson, un oficial de la SOE que pasó tiempo en Yugoslavia, ha argumentado:

> No digo que fueran santos, ni siquiera personas extraordinarias en el curso de los acontecimientos, ni que no se hicieran cosas terribles (…) [pero] la participación en el compañerismo de la resistencia contra el mal se convirtió, en sí misma y por su propia naturaleza, en algo más que la mera unión de voluntades. Pasó a dar forma a un nuevo estado mental. Se convirtió en un compromiso mental y moral con el bien que se opone al mal[57].

Pese a los nazis, a los *chetniks*, a los colaboracionistas y a la Ustacha, los partisanos triunfaron porque eran un genuino movimiento de liberación. Muchos testimonios dan fe de su popularidad:

> La pobreza, el atraso y la devastación causados por la guerra estaban por todas partes. Pero los campesinos del lugar estaban orgullosos de recibir a su propio ejército, aunque significara privar a sus hijos de leche y trigo, y a sus ovejas de corderos. Los ancianos y las jóvenes del gobierno local y de las organizaciones (los jóvenes estaban, todos, en el ejército) trabajaban duro y de modo competente. Todo el mundo les obedecía sin coacciones, lo que mantuvo unida a la comunidad e hizo posible llevar a cabo la guerra[58].

Como en el caso de todos los movimientos de resistencia que se enfrentan a la maquinaria del Estado organizado, el suministro de armas era fundamental, y esto dependía del reconocimiento por parte de los Aliados. Un obstáculo era la reputación de Mihailović como representante del gobierno legítimo en el exilio, un estatus que incluso Rusia aceptaba. Tito juzgó esto una ofensa y protestó a Moscú: «Una lucha incesante ha dejado a nuestros partisanos exhaustos (…) ya no les queda munición. El pueblo al completo maldice al gobierno yugoslavo en Londres que, a través de Draza Mihailović, colabora con el invasor. Por todas partes el pueblo pregunta por qué la Unión Soviética no envía ayuda».

El líder comunista objetó a que la BBC hablara de «lucha común» de partisanos y *chetniks* contra el invasor: «Eso es una mentira terrible. Por favor, hagan todo lo posible por exponer esta horrible traición y cuéntensela al mundo entero (…)»[59].

Gradualmente, sin embargo, los Aliados reconocieron las contribuciones relativas realizadas por cada movimiento de resistencia. En 1943, el general Donovan, que dirigía la OSS, resolvió que el historial de los partisanos resaltaba «favorablemente en contraste a la relativa falta de actividad de Mihailović y su escaso recorrido»[60] Ese mismo año un oficial de enlace de la OSS informó de que el movimiento partisano era «de mucha mayor importancia militar y política que lo que se suele reconocer en el mundo exterior» y que su lucha contra las fuerzas del Eje estaba «a veces más allá de nuestra imaginación».[61].

Pero estas noticias eran ya viejas en Londres. En el verano de 1942 la SOE británica informaba cínicamente: «Como ya sabemos, toda actividad

en Yugoslavia debería atribuirse a los partisanos. Pero de cara a la opinión pública no vemos que se haga ningún daño atribuyendo parte de esto a Mihailović»[62]. Durante el invierno de 1942 a 1943 aún se mantenía esta política pese a que, como el secretario de Asuntos Exteriores admitía sin ambagesMihailović «no está combatiendo a nuestros enemigos».[63] Se lo debía respaldar «para evitar la anarquía y el caos comunista tras la guerra».[64] Un oficial añadía: «Creemos que este apoyo debe darse *independientemente de que continúe o no rehusando tomar un rol más activo en la resistencia y en atacar a las fuerzas del Eje en Yugoslavia* (…)».[65],

El tema central de derrotar a los nazis tan sólo desplazó al anticomunismo cuando los planes británicos para un desembarco en los Balcanes maduraron. Esto convirtió a Mihailović en una responsabilidad cada vez mayor. Se le dio una última oportunidad para probar su valía y se le pidió que organizara acciones de sabotaje contra los alemanes. El líder *chetnik* se puso brevemente manos a la obra pero pronto regresó a la inacción, empleando los suministros militares de los Aliados contra los partisanos en lugar de contra el Eje. Finalmente el Foreign Office[15a] resolvió que la guerra popular era preferible a ninguna guerra: «La única manera en que podemos hacer que las cosas mejoren para nosotros es liberarnos de inmediato de nuestros compromisos en relación con Mihailović, para lo que no tenemos ninguna justificación de cara a la opinión pública británica (…)»[66]. El argumento quedó corroborado por un «rompedor» informe del enviado de Churchill, Fitzroy Maclean, un diputado *tory*[16a]. A diferencia de los *chetniks*, esbozó a los partisanos como «una fuerza militar y política considerablemente mayor de lo que nos habíamos imaginado[67] y que gozaba «del total apoyo de la población civil» y dominaba «la mayor parte de Yugoslavia».[68]»

De modo que en noviembre de 1943 los Aliados, reunidos en Teherán, finalmente anunciaron: «Se ayudará a los partisanos de Yugoslavia tanto como sea posible con suministros y materiales…»[69]. La decisión se veía venir desde hacía ya mucho tiempo.

A partir de ese momento los partisanos recibieron cada vez más apoyo militar de Gran Bretaña. El cambio de las suertes de ambos grupos se

refleja claramente en los envíos de armas. Mihailović había sido el único receptor entre 1941 y junio de 1943, periodo en que recibió 23 toneladas[70] Entre julio y septiembre de 1943 se entregaron 103 toneladas a Mihailović y 73 a Tito.[71]. En 1944 sólo se le suministró a este último. Se realizó un tardío intento de salvar la situación política impulsando un acuerdo entre Tito y el rey yugoslavo, pero pese a los acuerdos formales la realeza no se restableció.

Si a los británicos les llevó su tiempo romper con Mihailović y apoyar a la resistencia activa, los EE.UU. se anduvieron con rodeos durante incluso más tiempo, y mantuvieron una misión con él hasta noviembre de 1944. Una vez más, el factor determinante no era qué movimiento luchaba más vigorosamente contra el Eje. Cuando el apoyo británico se decantó hacia los comunistas de Tito, el Departamento de Estado de los EE.UU. siguió del lado de los *chetniks* porque entonces «tanto los rusos como los británicos pueden tener intereses en los Balcanes que preferiríamos no apoyar»[72]. Añadían, posteriormente: «no aprobamos ningún plan para reforzar las fuerzas de Tito a expensas de los serbios» [es decir, los *chetniks*].[73]

Mientras que las políticas de americanos y británicos estaban influidas por una buena dosis de anticomunismo, no cabría esperar de Rusia las mismas dudas con respecto a los partisanos. Sin embargo, la historia de sus relaciones con el PC yugoslavo también confirma la tesis de las dos guerras. Stalin tenía una actitud puramente instrumental hacia los partidos comunistas extranjeros. A finales de la década de 1930 consiguió eliminar mediante purgas a los líderes del partido emigrados a Moscú y poner a votación su disolución[74]. Tito, el único superviviente, halló que «durante la guerra era más fácil, porque al menos durante la guerra sabías quiénes eran tus enemigos». «Cuando iba a Moscú nunca sabía si regresaría con vida.»[75]

Tito, prudentemente, celebró «las victorias del Ejército Rojo» y puso a su partido tareas como «una mayor popularización de la URSS y la construcción del socialismo»[76]. Pero seguía habiendo un problema. Stalin no se dejaba llevar, en sus cálculos, por principios políticos generales sino por la necesidad de buenas relaciones con los Aliados, y por tanto había reconocido la administración del rey Pedro el día antes de la invasión nazi.

Por su parte, Tito se daba cuenta de que la victoria dependía de la lucha popular tanto contra la monarquía (incluido su ministro de Guerra, Mihailović) como contra los fascistas:

> Nuestra lucha no sería tan tenaz ni tendría tanto éxito si los pueblos de Yugoslavia no vieran en ella no sólo la victoria sobre el fascismo sino también sobre todos aquellos que han oprimido, y aún intentan oprimir, a los pueblos de Yugoslavia (…) si no tuviera el objetivo de traer la libertad, igualdad de derechos y fraternidad a todos los pueblos de Yugoslavia[77].

Para Moscú este enfoque era incómodo. En agosto de 1942 el Kremlin criticó la formación de un Comité de Liberación partisano[78]. Más adelante, Dimitrov, el enlace de Tito con el Kremlin, le dio instrucciones de «no sacar a colación la cuestión de la abolición de la monarquía» ni «lanzar ningún eslogan republicano»[79]. Durante mucho tiempo, la emisora libre de Radio Yugoslavia, controlada por Moscú, evitó mencionar la colaboración de los *chetniks* con el Eje o dar publicidad a las luchas de los partisanos[80] Cuando se fundó la Primera Brigada Proletaria (compuesta de tropas móviles de choque extraídas del núcleo del ejército partisano) Rusia se quejó de que provocaría las sospechas británicas de que «el movimiento partisano toma un carácter comunista con el objetivo de una sovietización de Yugoslavia».[81].

Ninguna ayuda práctica mitigaba el dolor de las críticas provenientes de Moscú. Un exasperado Tito telegrafió a Dimitrov que «cientos de miles de refugiados se ven amenazados con la muerte por inanición. ¿Es realmente imposible, tras veinte meses de luchas heroicas, casi sobrehumanas, hallar alguna manera de ayudarnos?» La respuesta fue una evasiva: «En cuanto se den las condiciones haremos todo lo que sea más urgente. ¿Acaso lo duda?»[82]. En agosto de 1942 Tito preguntó por qué no se emitía por radio nada acerca del «traicionero papel del gobierno yugoslavo y de los sobrehumanos sufrimientos y penurias de nuestro pueblo, que lucha contra los invasores, los *chetniks*, la Ustacha, etc. ¿Acaso no se creen lo que les decimos diariamente?»[83]

El Kremlin tardó hasta la Conferencia de Teherán, cuando lo peor de la guerra en Yugoslavia ya había pasado, en ir más allá de criticar desde la barrera. Al menos los suministros llegaban y el Ejército Rojo se unió a los

partisanos para liberar Belgrado. En ese momento las guerras paralelas convergieron con Gran Bretaña, EE.UU. y Rusia apoyando los esfuerzos de los partisanos en el acto final de la liberación.

El que Tito no dependiera de una sola potencia imperialista, sino que pudiera equilibrarlas a unas contra las otras, junto con el éxito de una masiva y tenaz guerra popular, demostró ser importante a la larga, y proporcionó la base para un Estado auténticamente independiente tras 1945. Yugoslavia fue capaz de mantenerse al margen de los enredos de la Guerra Fría y quedar fuera de los bloques dominados por Occidente y Rusia. En la década de 1990 este equilibrio llegó a su fin y el país fue desgajado nuevamente por las crisis y las rivalidades imperialistas internas.

3

GRECIA: ALIADOS EN GUERRA CONTRA LA RESISTENCIA

Aunque, como Yugoslavia, la resistencia griega desafió con éxito la ocupación alemana, el resultado no podría haber sido más diferente. Mientras los Aliados celebraban el triunfo de Tito, bombardeaban Atenas a fin de destruir el principal movimiento de resistencia, el EAM (Frente de Liberación Nacional) y su brazo militar ELAS (Ejército Popular de Liberación Nacional). Este acusado contraste se originó en las diferentes maneras en que el imperialismo interactuó con la guerra popular.

Hoy en día el petróleo ha convertido a Oriente Medio en el principal campo de batallas del mundo. En el siglo XIX y principios del XX eran los Balcanes los que presenciaron los conflictos más encarnizados. Era aquí donde se superponían las placas tectónicas de los imperios ruso, británico, austro-alemán y turco. En esta inestable zona, Grecia ocupaba un lugar único. En 1821, inspirados por las revoluciones liberales de América y Europa, los griegos obtuvieron una frágil independencia de Turquía. Sin embargo, para soportar la presión de sus vecinos eslavos, influidos por Rusia, siempre dependió de una estrecha alianza con Gran Bretaña. Ésta proporcionaba el apoyo con gusto porque Grecia era un punto de tránsito clave en la ruta hacia la India, de modo que Londres defendía una monarquía títere en Atenas incluso si ello suponía la opresión de su propio pueblo[1].

En 1936 el rey griego designó a un dictador fascista, el general Metaxás, para anticiparse a una huelga general. Como otros gobernantes antes que él, procedió a arrestar a unos 50 000 simpatizantes del partido comunista[2] (KKE). La autobiografía de un miembro del Comité Central durante el periodo de entreguerras registra 15 arrestos diferentes, a menudo acompañados de largas sentencias de cárcel, palizas y torturas[3]. Metaxás imitó a conciencia al Tercer Reich con su impulso a la «Tercera Civilización Helénica», y mantenía que «si Hitler y Mussolini estuvieran realmente luchando por la ideología que predican, estarían ayudando a Grecia con todas sus fuerzas»[4]. Woodhouse, un oficial de enlace enviado a la Grecia en guerra para impulsar intereses británicos, defendía que Metaxás tenía «motivos benevolentes» y «de altura para hacerse con el poder absoluto». El dictador murió en 1941, para gran consternación de Woodhouse: «sus cinco años no fueron suficientes»[5].

Woodhouse debió de haberse sentido aliviado cuando el rey declaró que «todos los campos de actividad política y militar (…) continuarán en la misma línea que antes»[6]. Los británicos apoyaban la dictadura porque, como explicaba otro oficial de enlace en 1944, los griegos «son, fundamentalmente, un pueblo inútil y sin salida, sin futuro ni perspectivas de establecer ninguna forma sensata de vida en un plazo razonable. (…) No es posible salvarlos de sí mismos ni son dignos de hacerlo por sí mismos. Ésta es también la opinión unánime de todos los oficiales de enlace que llevan tiempo en el país»[7].

Pese a su gobierno fascista, Grecia entró en la segunda guerra mundial en el bando Aliado, porque Italia invadió lo que consideró un objetivo de fácil conquista. Aquí hay nuevas pruebas de que, pese a su retórica, los gobiernos no consideraban la segunda guerra mundial como una guerra entre fascistas y antifascistas. El general británico Wilson era consciente de la ironía. «Era realmente una paradoja que en nuestra lucha contra el totalitarismo apoyáramos a un gobierno fascista en contra de otro.»[8] Sin embargo, en el primer gran contratiempo que ningún ejército fascista hubiera experimentado hasta entonces, las tropas de Mussolini fueron repelidas. Para evitar nuevas humillaciones, Hitler entró en escena[9], ante lo cual la monarquía griega huyó a El Cairo, bajo protección británica.

La ocupación nazi de Grecia produjo un sufrimiento comparable al de Rusia, Polonia y Yugoslavia. Costó la vida a un 8 por ciento de la población (550 000 personas) y el 34 por ciento de la riqueza nacional. Quedaron destruidas 402 000 casas y 1770 aldeas, dejando a 1,2 millones de personas sin hogar. Además, el 56 por ciento de las carreteras, el 65 por ciento de los automóviles privados, el 60 por ciento de los camiones y el 80 por ciento de los autobuses quedaron inutilizados[10]. Un episodio especialmente angustioso fue la hambruna de 1941-1942, que se cobró las vidas de 250 000 personas y golpeó a Atenas de manera especialmente cruenta[11]. Dimitros Glinos, un portavoz del EAM, describía cuántos «se han convertido en esqueletos (…) de repente todos han envejecido y una negra preocupación y una agonía mortal asoman a sus ojos. El abismo entre sus ingresos y los gastos mínimos necesarios se ha vuelto espantoso. [Un] sueldo entero no llega para comprar comida…»[12].

La clase dirigente griega se encontraba dividida en su respuesta a la ocupación. Había colaboracionistas declarados[17a] como los primeros ministros Tsolákoglu y Rallis. Otros miembros más cautos de las clases dirigentes actuaban «asegurándose de financiar discretamente a todos los posibles ganadores».[13], El rey y sus ministros practicaron una política de espera. Glinos escribió:

> La interpretación más amable que podría achacarse a esos líderes es la de un fatalismo pasivo y la de dejar pasar el tiempo. «Dejemos que otros nos liberen (…)» [Pues] por encima de todo temen al propio pueblo. Temen que despierte, temen su participación activa, temen, quizás, conforme el pueblo toma sus libertades por sí mismo, que ya no serán los líderes de su futura vida política. Pues han estado acostumbrados, hasta ahora, a gobernar desde arriba[14]…

A diferencia de sus líderes, la gente común de Grecia no podía disfrutar del lujo de la contemplación pasiva, y surgieron los movimientos de resistencia. El más grande fue el EAM/ELAS. Halló, entre los británicos, incluso menos simpatías que Tito, a quien finalmente se permitió fundar una república independiente, pese a ser menos obediente que el EAM/ELAS. Esta discrepancia causa, a primera vista, perplejidad. Tito, un conocido líder del PC, nunca aceptó órdenes de los británicos. El liderazgo del ELAS, por otra parte, comprendía a tres personas de las que sólo una (el

representante del EAM) tenía vínculos cercanos con el KKE[15]. Los otros eran Stefanos Sarafis, inicialmente un oficial del ejército no comunista, y Aris Velujiotis, un *kapetan*. Los *kapetanios* eran un grupo de «[cabecillas] valientes, carismáticos y fieramente independientes que habían apreciado las posibilidades de resistencia armada antes que nadie»[16]. Aris era nominalmente comunista, pero pasó la guerra entera en rebeldía contra sus órdenes, y el secretario general del KKE lo llegó a describir como «un aventurero, una persona sospechosa [que] ayuda a las fuerzas de la reacción (…)»[17]. Además, a diferencia de los partisanos de Yugoslavia, el ELAS firmó un acuerdo por el que se ponía «a las órdenes del gobierno griego [y] del comandante supremo de las Fuerzas Aliadas»[18].

Gran Bretaña acusó al ELAS de brutalidad y lo ejemplificaba en Aris, a quien se había descrito como «un hombre sádicamente violento[19]» que ejecutaba a la gente por robar gallinas[20] ganado[21] o seducción y violación.[22], En su defensa, sin embargo, un oficial británico de enlace reconoció que las tácticas de Aris instauraban una disciplina marcial y eran «su eficaz manera de dar vida al creciente movimiento de resistencia contra el enemigo»[23]. La guerra popular tenía, inevitablemente, su parte de excesos y crueldad, aunque éstos palidecían ante la inhumanidad de los imperialistas en Auschwitz o Hiroshima.

Woodhouse interpuso otra objeción al ELAS. Aseguró que el principal objetivo del ELAS era destruir a los movimientos de resistencia rivales en una apuesta por monopolizar el poder de posguerra. Los métodos estalinistas, ciertamente, estaban ya muy asumidos, y el ELAS obligó a otros grupos de resistencia más pequeños como el EKKA (Liberación Social y Nacional) a unírseles o disolverse[24]. Aun así, no habría que llevar esta crítica demasiado lejos. Con respecto a su mayor rival, el EDES, el ELAS propuso la unidad y ofreció a su líder el puesto de comandante en jefe compartido[25]. Él rehusó. Ignorante de este hecho, Woodhouse llegó a la conclusión de que para el ELAS «combatir a los alemanes es una tarea secundaria, aunque impostergable (…)»[26]. La realidad era más bien diferente. La enemistad británica hacia el ELAS no procedía de una escasa eficacia ante los alemanes, sino de que era parte de una empresa mucho más grande.

Se trataba tan sólo del brazo armado del EAM, un movimiento político de amplia base fundado en octubre de 1941. Éste llevó la resistencia al corazón mismo de la sociedad. Glinos informaba de que «la lucha es diaria y abarca todos los niveles de la existencia. Tiene lugar en el mercado del pueblo, en el comedor social, en la fábrica, en los caminos y en los campos, en todo tipo de trabajo»[27]. Hacia el final de la guerra el EAM aseguraba tener dos millones de miembros[28] y el apoyo de cerca del 70 por ciento de una población de siete millones.[29],

Como ya hemos visto, sus detractores acusaban al EAM/ELAS de no ser sino una fachada del KKE. Aunque su asociación con el comunismo era menos directa que la de los partisanos yugoslavos, el EAM/ ELAS tenía relación, en efecto, con el KKE. Este Partido comenzó la guerra con tan sólo 5000 miembros, pero al poseer una organización internacional, saber cómo moverse en la clandestinidad y, por encima de todo, creer en la lucha común, hacia 1945 los miembros del partido llegaban ya a 350.000[30]. Sin embargo, sugerir que el KKE sencillamente manipulaba a la población para sus propios fines era injusto. El Partido, que comprendía sólo una pequeña fracción del total de miembros del EAM[31], sólo podía liderarlo si las masas libremente aceptaban su política. Además, el EAM comprendía a muchos otros partidos, como la Unión de Democracia Popular y el Partido Socialista Griego. Aunque el KKE constituía el componente mayoritario durante la fundación de EAM, en septiembre de 1941, hacia 1944 el Partido Agrario lo había superado[32].

Por último, como explica un escritor, el EAM era una organización paraguas para una vasta red de cuerpos sociales «en cada aldea, ciudad, en cada huerto, al parecer»[33]. Esto daba como resultado un estado de resistencia colectiva que operaba directamente delante de las narices de los nazis. Una de estas entidades era el Frente Obrero de Liberación Nacional (EEAM). Woodhouse, que de ningún modo era un simpatizante, escribe que «donde quiera que hubiera población obrera, el EEAM la inspiraba a actuar contra las autoridades de ocupación»[34]. El ejemplo más dramático vino cuando Alemania intentó captar trabajadores a la fuerza para el Tercer Reich. Eudes capta el espíritu del momento: «el mar de Atenas fluía hacia el centro de la ciudad desde todas las direcciones (…) 200 000 hombres,

una cuarta parte de la población de Atenas, marchando con las manos desnudas bajo una lluvia de balas (…) Los atenienses cargaron, algo estúpido pero irresistible, transportados hacia su objetivo con un demente ímpetu de batalla que no se veía afectado por la sangre, por los muertos aquí y allá (…)»[35].

Como resultado de la manifestación, Grecia fue el lugar en que el reclutamiento forzoso de trabajadores por los nazis sufrió su más amplia derrota[36]. El EAM se ocupaba de otros asuntos de importancia inmediata relacionados con la resistencia a la ocupación. Según un testigo, «el primer objetivo que se había fijado el EAM era luchar por la supervivencia: contra el hambre (…) La primera canción que oí fue *Por la vida y la libertad, pan para nuestro pueblo*»[37].

Otra característica que, por comparación, puede parecer una sorprendente distracción en medio de una conflagración mundial, fue la transformación de las relaciones de género. Antes de la segunda guerra mundial se veía a las mujeres virtualmente como esclavas[38] Sus vidas estaban estrictamente reguladas (con asesinatos de honor a escondidas) y en las zonas rurales tres cuartas partes eran analfabetas.[39]. Una participante recordaba, en la década de 1990, que gracias a la resistencia «nosotras las mujeres estábamos, socialmente, en una posición mejor, en un escalafón más alto que ahora (…) Nuestra organización y nuestro propio movimiento (…) dieron tantos derechos a las mujeres que sólo mucho más tarde, décadas más tarde, se nos concedieron»[40] Por primera vez las mujeres votaron y tomaron parte en la elección de un gobierno provisional para la Grecia Libre.[41]. Este organismo anunció: «Todos los griegos, hombres y mujeres, tienen los mismos derechos políticos y civiles»[42] Se eligieron mujeres como diputadas y jueces y se decretó la igualdad de salarios.[43].

Esto era política práctica. El EAM/ELAS no podía permitirse pasar por alto la contribución de la mitad de la población, y una vez implicadas, las mujeres cambiaron:

> No podía ir a ningún lugar sin que mis padres supiesen a dónde iba, con quién, cuándo volvería. Nunca iba a ninguna parte sola. Es decir, hasta que llegó la ocupación y me uní a la resistencia. Entre tanto, como estábamos justo en medio del

> enemigo, teníamos una prensa clandestina en casa. (…) Era muy peligroso, pero [mis padres] tuvieron que apoyarnos[44].

> La equidad no era un regalo paternalista:

> En el momento en que os enfrentáis al mismo peligro que un chico, en que *vosotras también* escribís eslóganes en las paredes, en cuanto *vosotras también* distribuís panfletos, en cuanto *también vosotras* asistís a manifestaciones con los chicos y en cuanto los tanques también matan a algunas de vosotras, ya no pueden deciros «Tú, tú eres una mujer, así que quédate sentada en casa mientras voy al cine». Ganasteis vuestra igualdad cuando demostrasteis que podíais soportar dificultades, peligros, sacrificios, tan valientemente y con el mismo grado de astucia que un hombre. Las viejas ideas cayeron. Es decir, «la resistencia siempre intentó colocar a la mujer junto al hombre, no detrás de él. Ellas realizaron una doble lucha de liberación (…)»[45].

Por tanto, los partisanos (llamados, en griego, *andartes*) incluían un regimiento de mujeres[46]. Esto perturbaba a Woodhouse, que se quejó a Londres de que «se malgastan muchas armas en manos de mujeres (…)»[47]. Pero el nuevo papel de la mujer en Grecia reflejaba una característica recurrente de la guerra popular. También se había visto en Yugoslavia, como en muchos otros lugares, porque la guerra no era sólo contra el nazismo, sino también por un mundo diferente.

La resistencia griega generó un activismo masivo también en otras áreas. Las zonas bajo control del EAM organizaron autogobiernos a gran escala. Los aldeanos escogían a los consejeros municipales y a los jueces en asambleas masivas. Un movimiento muy popular fue obligar a los tribunales a prescindir de abogados caros: ambas partes presentaban su caso y prevalecía la justicia natural[48]. En la administración de la Grecia Libre, el *demótico* (el lenguaje empleado por la gente corriente) sustituyó al formal griego de la élite culta, el *katharevousa*.

Uno de los logros más espectaculares fue una elección general que movilizó a un millón de votantes[49] y que se llevó a cabo ante las narices de los ocupantes nazis. Mazower advierte contra una «idealización» de este acontecimiento, dado que «los procedimientos de voto guardaban escasa relación con la práctica en tiempos de paz»[50]. Los colegios electorales y las urnas eran imposibles, de modo que los votos se recogían puerta a

puerta. Pero los comicios fueron, sin embargo, notables. Crearon el Comité Político de Liberación Nacional (PEEA) que, a diferencia de los parlamentos oficiales de preguerra, representaba transversalmente a toda la población. Sus 250 delegados incluían dos obispos y dos sacerdotes, 22 trabajadores, 23 granjeros, 10 periodistas, 10 científicos, 9 maestros de escuela, etc[51].

La lucha de resistencia era costosa en términos de comida e impuestos. De modo que no hay razones para dudar de la aseveración de un escritor de que «bajo el dominio de los *andartes*, a muchos les debe de haber parecido que una forma de Estado había reemplazado a la otra en la lucha por el control del suministro de alimentos»; y que «uno no discute cuando se enfrenta a hombres armados»[52]. Sin embargo, incluso Woodhouse admitía: «el éxito del movimiento rebelde va ligado al apoyo de las aldeas: si las aldeas no fueran leales al movimiento, éste no podría haber tenido un comienzo con éxito (…)»[53]. Los beneficios eran recíprocos. Las reformas del EAM impulsaban a los aldeanos a equipar al ELAS, su ala militar, con lo necesario para subsistir, y esto soportaba el escudo defensivo que permitía al EAM implantar las reformas.

En un párrafo muy citado, Woodhouse escribía, más tarde, con admiración a regañadientes, que:

> La iniciativa del EAM/ELAS justificaba su predominio, si bien no su tiranía. Tras hacerse con el control de casi todo el país, excepto las principales vías de comunicación empleadas por los alemanes, le dieron cosas que nunca antes había conocido. Las comunicaciones en las montañas, sin hilos, por correo y teléfono, nunca habían sido tan buenas, ni antes ni después. (…) Las ventajas de la civilización y la cultura llegaron a las montañas por primera vez. Escuelas, gobierno local, tribunales y servicios públicos, que la guerra había destruido, funcionaban otra vez. (…) Se podían contemplar todas las virtudes y males de tal experimento; pues cuando la gente a la que nadie jamás ha ayudado comienza ayudarse a sí misma, sus métodos son vigorosos, y no siempre agradables. Las palabras «liberación» y «democracia popular» llenaban el aire con sus especiales connotaciones[54].

Si el EAM representaba la lucha política, la tarea del ELAS personificaba el lado militar de la guerra popular. Un informe alemán sobre «la situación política en Grecia» de julio de 1943 describía al ELAS como «el máximo responsable de todo el movimiento de resistencia contra las

potencias del Eje [y] representa el mayor peligro para las fuerzas de ocupación»[55]. Woodhouse estaba de acuerdo:

> [E]ntre octubre de 1943 y agosto de 1944, además de represalias puramente punitivas, [Alemania] lanzó nueve operaciones suficientemente serias como para recibir nombres en clave, todos en el norte de Grecia. Con la excepción del último caso (en agosto de 1944) todas estas operaciones (…) se dirigían principalmente contra el ELAS, porque los comunistas ignoraron la orden de los Cuarteles Generales [británicos] de Oriente Medio de abstenerse de operaciones ofensivas[56].

El ELAS sufrió cuatro quintas partes del total de víctimas infligido por el Eje[57] Los propios nazis sufrieron 19 000 muertos y tuvieron que comprometer un 10 por ciento de sus fuerzas contra la resistencia sólo para el ELAS.[58]. Esto era incluso más impresionante si se tiene en cuenta que el ELAS recibía muy poca ayuda. Su comandante afirmaba que podría haber doblado sus 50 000 *andartes* si estuviera bien equipado[59], y el predecesor de Woodhouse como jefe de oficiales de enlace, Myers, calculó que Londres proporcionaba menos de una sexta parte de las armas del ELAS[60]. Escribió que pese a «no recibir, en la práctica, ningún suministro de guerra», el ELAS liberó cuatro quintas partes de la Grecia continental[61].

Londres esperaba encontrar en el EDES (Liga Republicana Nacional de Grecia) un movimiento de resistencia alternativo que ayudara en la guerra. A diferencia del ELAS, el EDES despreciaba el socialismo radical y la movilización de masas, y aseguraba ocuparse tan sólo de la lucha militar. Así evadía la cuestión fundamental de la monarquía y su pasado fascista. Según el asesor político del EDES, los intentos de formular un programa se encontraban siempre con «una tenaz oposición. (…) Nada se oía excepto el eslogan “Fe en el líder. Todo por el líder. Todo desde el líder”»[62]. El líder era Napoleón Zervas, quien, según la Misión Militar Británica, requería «persuasión» para acudir al combate. Cuando 24 000 soberanos de oro[63] resultaron insuficientes, se tuvieron que emplear tácticas «cercanas al chantaje» para hacerle luchar[64].

Los 12 000 efectivos del EDES dependían por completo de la generosa ayuda de Gran Bretaña[65]. Cuando el ELAS se quejó del tratamiento poco equitativo, un oficial británico le respondió: «es natural que reforcemos a Zervas, dado que él es nuestro sirviente»[66]. Aunque el EDES montó algunas operaciones serias contra los alemanes[67], al igual que los *chetniks* de Yugoslavia, estaban deseosos de colaborar con el ocupante. Una carta a la Wehrmacht rezaba: «No estamos combatiéndoos a vosotros, alemanes, estamos combatiendo a los comunistas. Nosotros somos auténticos fascistas»[68] y Woodhouse halló que el EDES albergaba «colaboracionistas declarados» en Atenas.[69], Así que no es de sorprender que el EDES realizara escasos avances contra los alemanes. Para cuando el ELAS los expulsó de Grecia, el EDES poseía tan sólo «una minúscula franja de treinta y cinco millas de largo por veinticinco de ancho (…) un San Marino en Grecia»[70]. Pese al respaldo Aliado al EDES, al ELAS le llevó tan sólo un par de semanas vencer al ejército de Zervas en una corta guerra civil. Sus tropas finalmente se retiraron a Corfú en barcos británicos[71].

La diferencia en el tratamiento dispensado por Londres a los partisanos de Tito y al ELAS tiene su origen en el «acuerdo de los porcentajes» entre Stalin y Churchill[72]. Éste asignaba una influencia de británicos y rusos, respectivamente, de 50/50 en Yugoslavia, y otra del 90/10 en Grecia. De modo que su propia fuerza como movimiento de resistencia determinó a Londres para aplastar al ELAS. ¡*Era demasiado eficaz*! La estrategia se llevó a cabo en dos fases: al principio se trató en igualdad de condiciones a ELAS y EDES. Cuatro agentes británicos, 45 *andartes* del EDES y 115 del ELAS llevaron a cabo una espectacular operación para volar el viaducto y vía férrea sobre el río Gorgopotamos en noviembre de 1942.

Cortaron la línea de suministros a Rommel durante seis semanas, privándole de suministros esenciales durante la batalla de El-Alamein[73]. El nivel más alto de cooperación tuvo lugar en verano de 1943, durante la «Operación Animales», una ofensiva de la resistencia que engañó a los alemanes, haciéndoles creer que habría desembarcos aliados en Grecia en lugar de Sicilia.

Sin embargo, la actitud británica estaba gobernada por un cálculo cínico, tan bien descrito por el brigadier Barker-Benfield que vale la pena citarlo entero:

> Nuestra política a largo plazo con respecto a Grecia es mantenerla como esfera de influencia británica, y que una Grecia dominada por Rusia no encajaría con la estrategia británica para el Mediterráneo oriental. (…) Nuestras actuales doctrinas política y militar son, a primera vista, contradictorias. Aquélla está diseñada para, mediante propaganda y discursos públicos, señalar nuestra desaprobación hacia el EAM. Por tanto, podemos esperar que si el EAM llega al poder, será antibritánico. Las consideraciones militares, sin embargo, exigen que demos el máximo apoyo al ELAS, que son la única organización de la resistencia en posición de apoyar seriamente nuestros intentos de acoso al enemigo. Por tanto, nuestra doctrina militar apoya al EAM.
>
> Aunque estas dos políticas parecen ser diametralmente opuestas, ése no es el caso, puesto que se trata tan sólo de una cuestión de cálculo de tiempo.
>
> Nuestra política inmediata debería ser la puramente militar de proporcionar apoyo a las organizaciones guerrilleras para permitirles colaborar en la liberación de su país y asegurar que Grecia siga siendo una esfera de influencia británica. Esto debería dar lugar a la doctrina política de no apoyar al EAM en cuanto se consiga la liberación.
>
> El cambio de una a la otra será una causa segura de oposición por parte del ELAS, y sólo se podrá llevar a cabo con éxito si se envía tropas británicas a Grecia en el momento adecuado. Estas tropas tendrían dos roles: en primer lugar, el de golpear a los alemanes donde son más débiles, y en segundo lugar, asegurar un control militar británico de todo el país[74].

El «cambio radical» de «doctrina militar» a «doctrina política» se puede fechar en mediados de 1943. Hasta ese momento, el general Wilson agradecía la ayuda del ELAS, con un «¡*Bravo*[18a] por la guerrilla!». Después de ese momento ordenó que «todas las operaciones cesen de inmediato [y] todos los guerrilleros guarden silencio (…)»[75] El cambio de actitud de Churchill fue igualmente notorio. Una vez había descrito al ELAS como «galantes guerrilleros que contienen a treinta divisiones enemigas». Ahora eran «en muchos casos indistinguibles de bandoleros».[76].

En abril de 1944 se sometió a una nueva política al gobierno griego en el exilio. Gran Bretaña y los EE.UU. insistieron en que el rey debía ser repuesto, aunque sabían bien que aparte de los republicanos no había «en Grecia otras organizaciones visibles sin ayuda de un microscopio»[77]. Cuando la Segunda Brigada protestó[78], Churchill los acusó de «una indigna, incluso escuálida exhibición de indisciplina, que muchos atribuirán

a un indigno miedo a ser enviados al frente»[79]. La realidad era lo opuesto. Hacía mucho que pedían ser enviados a la acción, y en su lugar ahora se los amenazaba con desarmarlos. Respondieron: «Sostenemos nuestras armas para liberar nuestro país. No deseamos rendir las armas que glorificamos con nuestra sangre en Albania, en Macedonia, en Creta y en El-Alamein. Exigimos que se rescinda la orden de desarmarnos y que se nos envíe de inmediato al frente a combatir»[80].

Sin embargo, la política imperialista importaba más que derrotar al fascismo. Churchill ordenó que la Brigada fuese «rodeada por la artillería y fuerzas superiores, y que el hambre haga su parte»[81]. Sometidos por la inanición, hasta 20 000 hombres acabaron enviados a campos de concentración en el norte de África[82] Después se purgó al resto del ejército griego de disidentes.[83].

Los esfuerzos que Gran Bretaña realizaría para asegurar la derrota del ELAS se revelaron con el comienzo de la retirada de la Wehrmacht, en 1944. Neubacher, el máximo oficial alemán en Grecia, se quedó perplejo ante la estrategia que adoptaron los Aliados:

> [H]asta ahora han permitido que nuestras fuerzas se trasladen de las islas al continente sin casi oposición en el mar ni por aire, pero movilizan a las hordas rojas contra nuestras rutas de escape en el continente. Así, aparentemente, pretenden mantener fuerzas alemanas en la isla griega hasta el momento en que su propia operación sea posible, y de este modo pretenden evitar una revolución general[84].

El comandante del Grupo F del ejército alemán informó de «repetidas ofertas de negociación con respecto a la evacuación de Grecia»[85] En lo que Mazower califica de «uno de los episodios más extraordinarios y potencialmente explosivos de toda la guerra»[86]. un oficial aliado, con pleno conocimiento por parte del SOE-El Cairo, se reunió con el jefe de la Policía Secreta Militar alemana para evaluar posibles acciones conjuntas (aunque no salió nada del encuentro).

Frases de oficiales británicos corroboraban los informes alemanes: «sería inconveniente que los alemanes en Grecia quisieran rendirse de inmediato, dado que no queremos que se derrumben hasta que estemos

preparados para enviar tropas a Grecia. De otro modo, habrá una pausa que el EAM aprovechará plenamente»[87].

Finalmente este plan estuvo a punto de fallar porque los alemanes realizaron una ignominiosa retirada. Hacia septiembre de 1944, el ELAS controlaba grandes áreas, mientras que los británicos llegaron a Atenas recién el 14 de octubre.

Que los británicos, sin embargo, consiguieran su objetivo es revelador acerca de la política del EAM/ELAS y del KKE. Como muchos movimientos en aquella guerra, habían movilizado grandes cantidades de hombres para luchar, no sólo contra la ocupación, sino también por un mundo de posguerra diferente. ¿Por qué, si habían triunfado en lo primero, sus líderes fracasaron a la hora de implementar lo segundo? La respuesta estaba en Moscú, donde la política exterior se moldeaba de acuerdo a la alianza angloamericana, y los partidos comunistas locales lo sabían. El líder del KKE, Zachariadis, veía Grecia entre «dos polos: los Balcanes europeos, con la Unión Soviética en su centro, y Oriente Próximo, con su centro en Gran Bretaña. Una política correcta sería unir ambos polos»[88]. Cuando enviaron a Zachariadis al campo de concentración de Dachau, recayó en Siantos implementar la política actualizada de reparto de influencia 90/10. «Grecia pertenece a una región de Europa en que los británicos asumen todas las responsabilidades (…)»[89]. Tras su liberación en 1945, Zachiariadis asumió nuevamente el mando y se enorgulleció en declarar: «desde el primer día, el movimiento de liberación popular ha realizado sinceros esfuerzos e intentado llegar a un entendimiento y cooperación con Gran Bretaña (…) para ayudar a esa nación a superar sus grandes dificultades, la crisis por la que estaba pasando en el Mediterráneo»[90].

De modo que los líderes de la guerra popular griega estaban mentalmente desarmados ante el imperialismo británico. El PEEA, el cuerpo creado mediante las elecciones clandestinas, es un perfecto ejemplo de ello. Hablaba en términos conciliadores, declarando su apoyo a la Carta del Atlántico y a la Conferencia de Teherán de los Aliados, y sólo pidió ser incluido en un futuro gobierno griego de coalición[91].

En este punto los encuentros cara a cara entre el gobierno monárquico en el exilio y los guerrilleros se hicieron posibles cuando un aeródromo en

las montañas comenzó a permitir a los representantes de la resistencia realizar viajes al exterior. Cuando se encontró con el gobierno en el exilio, la resistencia griega (incluidos tanto EAM/ELAS como EDES) descubrieron que habitaban en mundos diferentes[92] El primer ministro griego estaba «muy inseguro con respecto a la existencia misma de la resistencia. (…) Sería mejor urgir a los guerrilleros a regresar a sus aldeas [y] cultivar la tierra».[93] Los oficiales británicos presentes se mostraron de acuerdo: «nunca ha habido ninguna duda con respecto a que nuestros intereses políticos a largo plazo se beneficiarían de una política de sabotaje inactiva».[94]. Tras oírse esto se despidió abruptamente a la delegación de la resistencia. Incluso el delgado del EDES se mostró ultrajado: «Nos transportaron como prisioneros al aeropuerto… Como perturbábamos la política británica y los planes del rey, éramos unos "indeseables"»[95].

El EAM/ELAS debía ahora escoger entre continuar con su gobierno de la Grecia Libre, basado en las aspiraciones del pueblo durante la guerra, o la cooperación con Gran Bretaña. Escogió esto último[96]. Un cambio marginal en la monarquía suavizó el cambio: para recuperar algo de apoyo en casa, tendría que trabajar temporalmente con los guerrilleros. El resultado fue el acuerdo de Caserta, por el cual miembros del PEEA se unieron al gobierno en el exilio (ahora rebautizado como «Gobierno de Unidad Nacional»). A cambio, la resistencia tenía que acordar que «todas las fuerzas guerrilleras que operan en Grecia se ponen a las órdenes del Gobierno Griego de Unidad Nacional, [el cual, a su vez] pone estas fuerzas a las órdenes del general [británico] Scobie, quien ha sido designado Comandante General en Jefe de las Fuerzas en Grecia»[97].

Para demostrar su sinceridad, el EAM/ELAS prohibió «todo intento, por parte de cualquier unidad bajo su mando, de tomarse la justicia por su mano. Tal acción será tratada como un delito y se castigará como tal»[98]. Rusia jugó su papel. El EAM/ELAS había esperado ansiosamente una misión militar soviética, no sólo por sus aparentemente compartidas creencias políticas, sino como fuente alternativa de ayuda militar[99]. Cuando llegó, la misión asestó un «abrupto golpe»[100]. No ofreció ningún apoyo, sino que ordenó a la resistencia entrar en el gobierno del detestado rey[101].

El sacrificio de la guerra popular se criticó desde dentro de la propia resistencia. En una reunión de crisis en verano de 1944 incluso el secretario comunista del EAM denunció la traición[102]. Woodhouse cuenta que: «dentro del KKE, quienes apostaban por la acción directa, liderados por Aris Velujiotis, hablaban abiertamente de una nueva lucha; quienes apostaban por la infiltración política, liderados por Siantos, se preguntaban si perseverar con el gobierno en el exilio»[103].

En la narración de los hechos de Eudes, la discusión se ha interpretado como una división entre imaginativas tácticas partisanas o una política de lucha urbana doctrinariamente correcta. Los *andartes* y *kapetanios* eran «poco ortodoxos (…) comparados con el ideal estalinista» y «rechazaban espontáneamente ante el centralismo y la organización cuasi-industrial de la ortodoxia revolucionaria».

El Comité Central del KKE estaba «preparado para renunciar [a la guerrilla] en el momento decisivo a fin de conservar una abstracción»[104]. Puede haber habido algo de esto en juego. Una de las tensiones incluidas en toda guerrilla de resistencia era la que se daba entre sus fuerzas motrices sociales y las exigencias de la estrategia militar. Aunque el axioma de Clausewitz es correcto, la política y su expresión militar no son idénticas. En muchas partes de Europa, la organización comunista tenía sus bases en la clase trabajadora urbana, pero, hasta el momento final, la guerrilla partisana evitó las concentraciones de la Wehrmacht, localizadas siempre en ciudades. De modo que había una disyuntiva entre las dos, lo que significaba que la resistencia guerrillera no seguía un modelo proletario. Esto era cierto en la Grecia continental, donde los *andartes* operaban en zonas montañosas[105].

Sin embargo, esta división campo/ciudad no era capital. Un factor más importante era la contradictoria posición de los líderes del KKE, atrapados entre la guerra popular y la guerra imperialista. Esto demostró ser una debilidad fatal llegado el momento de la retirada de los nazis.

Cuando los británicos llegaron a Atenas, sólo 48 horas después de la partida de los nazis, el gobierno monárquico carecía virtualmente de representación sobre el terreno. Más allá de un pequeño enclave controlado por el EDES y zonas fronterizas disputadas, «el resto de Grecia estaba en

manos del EAM/ELAS, que ocupaba las ciudades, pueblos y provincias»[106]. El desmoronamiento nazi había sido un tanto precipitado para los Aliados. Sin embargo, habían planeado meticulosamente este momento. Ya desde mayo de 1944 Churchill estaba organizando el envío de miles de soldados británicos, oficialmente «para restaurar la ley y el orden»[107].

Georgios Papandreu, el primer ministro griego, deseaba participar en esta empresa. Escribió a Churchill que estaba «seriamente preocupado» por el éxito del EAM/ELAS. «Sólo la inmediata aparición de una impresionante fuerza británica en Grecia, y hasta la frontera con Turquía, sería suficiente para alterar la situación»[108]. Este telegrama se envió sólo tres semanas después de la formación del «Gobierno de Unidad Nacional», ¡con miembros del EAM incluidos como ministros!

Sin embargo, tal era su desprecio por todos los griegos que los británicos decidieron llevar a cabo el golpe de estado solos. La opinión de Churchill era que «es más deseable golpear de repente, sin ninguna crisis previa aparente. Es la mejor manera de adelantarse al EAM: el gobierno griego no sabe nada de este plan y bajo ningún concepto se le debe decir nada»[109]. Aunque Churchill plantó una pantalla de humo de retórica democrática para justificar la «Operación Maná», el general Alan tenía claro que el papel de las fuerzas Aliadas era «asegurar el establecimiento de un gobierno que consideremos el más idóneo, pero no hay garantías de que el pueblo griego sea de la misma opinión»[110].

No se trataba de una simple operación política, como se decía, sino de imperialismo clásico. Los británicos querían dominar físicamente una tierra extranjera. Los comandantes Aliados habrían deseado emular los métodos de los nazis, pero temían la oposición de sus propios soldados. Como uno de ellos dijo, «podríamos haber ido más rápidos si nos hubiéramos abierto paso por las calles con los tanques y "rotterdamizado[19a]" barrios enteros bombardeando desde el aire, como habrían hecho seguramente alemanes y rusos en la misma posición. Pero, además de las desventajas de tal política, nuestras tropas se hubieran negado a hacerlo»[111].

Sin embargo, Churchill comentó al general Scobie: «no dude en disparar a cualquier hombre armado en Grecia que ataque a las autoridades

británicas o griegas (…) actúe como si estuviera en una ciudad conquistada experimentando una rebelión»[112] Incluso el primer ministro griego estaba indignado[113]. y amenazó con dimitir. Churchill dijo a su embajador en Atenas: «fuerce a Papandreu a mantenerse en su puesto. (…) Si dimite, enciérrelo hasta que recupere su sentido común»[114].

Para consolidar su dominio, las fuerzas británicas y sus colaboradores griegos emplearon «Batallones de Seguridad». Una de las razones por las que el ELAS aceptó el desarme fue el acuerdo de Caserta: «Los Batallones de Seguridad se considerarán como instrumentos del enemigo y se los tratará como a formaciones enemigas»[115]. Nunca se cumplió. Estas fuerzas represoras provenían directamente de la época de la ocupación nazi. Reclutadas por el gobierno colaboracionista, las habían equipado y dirigido los alemanes. El juramento de lealtad del Batallón rezaba: «Realizo por Dios el sagrado juramento de que obedeceré totalmente las órdenes del comandante supremo del Ejército alemán, Adolf Hitler»[116].

La opinión privada de Churchill de estas milicias era extraordinaria: «Me da la impresión de que los colaboracionistas griegos hicieron todo lo posible, en muchos casos, para proteger a la población griega de la opresión alemana…»[117]. En público no se mostraba menos comunicativo, diciendo al Parlamento: «Los Batallones de Seguridad se crearon (…) para proteger a los aldeanos griegos de las depredaciones de algunos de aquellos que, disfrazados de salvadores de su país, vivían entre sus habitantes y hacían muy poco por luchar contra los alemanes»[118]. En otras palabras, ¡prefería a los colaboracionistas que a los antifascistas, y a los colaboradores de los nazis antes que a la resistencia popular! Otras fuerzas reaccionarias empleadas incluían lo que quedaba del ejército griego tras su purga: la ultraderechista Sagrada Compañía y las Brigadas de Montaña[119]. Aunque estas fuerzas crearon el terror, se ordenó al ELAS disolverse por ser una «milicia privada» (a la que por casualidad apoyaba el 70 por ciento de la población).

El líder del EAM suplicaba: «los británicos deben dar a los griegos al menos la impresión de que son un pueblo libre (…)»[120], pero el KKE comprendió que el nuevo gobierno estaba movilizando «fascistas, fascistas encubiertos y simpatizantes de la dictadura de Metaxás»[121]. Sin embargo,

aún esperaba poder evitar la confrontación, y ante la abierta violencia de los gobiernos británico y griego dijo a sus miembros: «Comunistas: os distinguisteis como campeones del alzamiento nacional y popular. Erigíos ahora en (…) patriotas, unidos en la finalización de la liberación de Grecia junto al ELAS y a *nuestros aliados bajo nuestro Gobierno de Unidad*»[122].

La Operación Maná se desató completamente cuando una masiva manifestación protestó por la violación de los términos acerca de las nuevas fuerzas de seguridad. La policía disparó contra al menos diez personas, y entre las víctimas había incluso niños desarmados[123]. En el tumulto, el ejército británico actuó, efectivamente, como si se hallara «en una ciudad conquistada bajo una rebelión». Durante las primeras 24 horas disparó 25 000 proyectiles hacia las áreas residenciales de Atenas, causando 13 700 víctimas[124]. Scobie lanzó octavillas como ésta:

> Todos los civiles quedan informados de que a partir de las 9 A.M. de mañana toda arma rebelde que dispare, esté en la ciudad o en sus alrededores, será objetivo de todas las armas a mi disposición (es decir, artillería terrestre, artillería naval, aviones, cohetes y bombas). Este ataque continuará hasta destruir las armas. Por su seguridad personal, todos los civiles de las áreas afectadas deben alejarse a una distancia de al menos 500 metros (545 yardas) de la posición de cualquier arma rebelde. No se darán más avisos[125].

Para cuando los «acontecimientos de diciembre» acabaron, Scobie había hecho honor a su palabra. Hubo 50 000 muertos griegos y 2000 víctimas británicas[126]. Aunque parezca increíble, Churchill proclamó que «nuestras tropas están actuando para evitar el derramamiento de sangre»[127].

El choque entre las dos guerras fue tan crudo que causó un clamor popular en Gran Bretaña. Un congresista señaló que «soldados británicos y patriotas griegos yacen muertos lado a lado, cada uno de ellos con una bala aliada en su corazón [porque] la política británica parece inclinada a apoyar a muchos de los antiguos regímenes de Europa, incluso contra las fuerzas populares que han surgido». Otro sugería que el gobierno «respaldaba a elementos reaccionarios e incluso colaboracionistas para postergar el reconocimiento a los genuinos movimientos democráticos de Europa»[128]. Incluso *The Times* opinó que era «inconcebible que los ejércitos de liberación británicos (…) sean obligados a coaccionar o conquistar a una sección de un pueblo liberado y aliado que, sólo hace unas semanas, estaba

implicado en la activa y galante resistencia contra los alemanes». La represión de Atenas llegaba «a expensas de la guerra contra Alemania» porque sus fuerzas estaban, en ese momento, realizando un peligroso avance en las Ardenas durante la «Batalla del Saliente»[129][20a]. Mientras que el ataque de Gorgopotamos había ayudado a la lucha británica en el norte de África, el ataque a Atenas desvió numerosas tropas de Italia y castigó la ofensiva Aliada allí[130].

Los americanos adoptarían posteriormente el papel de árbitro imperial en Grecia, pero en aquella época estaban horrorizados. En Atenas, el embajador McVeagh acusó a Churchill de tratar «a este país fanáticamente amante de la libertad (que nunca ha soportado los dictados con resignación) como si estuviera compuesto de nativos del Raj Británico (…)». También entendía que tras el conflicto estaban aquellos «con posesiones, por una parte» y aquellos «sin posesiones, pero hambrientos, sin casa y con armas por la otra»[131].

La batalla por Atenas no fue tan sencilla como Churchill hubiera deseado. El 21 de diciembre *The Times* informaba de cuarteles de la RAF «arrasados tras una batalla que duró toda la noche (…) por una fuerza que, según se ha anunciado oficialmente hoy, incluía mujeres, chicos y chicas completamente armados»[132]. Según Woodhouse, «en algún momento el ELAS poseyó la mayor parte de Grecia salvo unas pocas millas cuadradas en Atenas»[133]. En casa, un asediado Churchill se lamentaba: «no conozco ningún otro caso (…) en que un gobierno británico haya sido tan calumniado y sus motivos, tan tergiversados, en su propio país, por importantes órganos de la prensa o entre su propio pueblo»[134]. Ante la perspectiva de una moción de confianza en el Parlamento, se volvió retóricamente hacia Stalin, su única fuente de apoyo restante, sugiriendo que Gran Bretaña estaba atrapada «en una lucha para evitar una terrible masacre en el centro de Atenas, en el que todas las formas de gobierno habrían sido barridas y despojadas, instalándose, triunfal, el trotskismo»[135].

Finalmente Churchill tuvo que volar en persona a Grecia para evitar el desastre. Aun así, el EAM no aprovechó su ventaja militar. Un complot al estilo Guy Fawkes[21a] para volar su hotel finalmente se abandonó y los

batallones del ELAS entregaron sus armas[136]. El Comité Central del EAM envió este servil mensaje al primer ministro británico: «Su Excelencia, el pueblo griego ha experimentado, con la feliz ocasión de su visita, un sentimiento del más profundo alivio (…) El pueblo griego no ha dejado ni por un momento de mirar con fe inamovible y gran cariño a nuestros aliados y, en especial, a Gran Bretaña…»[137].

A diferencia de Yugoslavia, en Grecia la cuestión de las dos guerras se saldó decisivamente a favor del imperialismo. Es cierto que los británicos pospusieron por un tiempo el regreso del rey, y que por el acuerdo Varkiza del 12 de febrero de 1945 prometieron un régimen de «libertad de expresión», «amnistía para los crímenes políticos», una «purga» de colaboracionistas y un «plebiscito y elecciones» que se «llevarían a cabo con total libertad». Pero, a cambio, «las fuerzas armadas de resistencia de desmovilizarán, en especial las del ELAS, tanto regulares como reservistas (…)»[138]. El ELAS cumplió con su promesa, y rindió más armas de las que estipulaba el acuerdo[139]. El otro bando no hizo lo mismo. En el año siguiente a Varkiza, un reinado del terror ultraderechista asesinó a 1289 personas, hirió a 6671, arrestó a 84 931 y torturó a 31 632 griegos[140]. Las promesas de elecciones libres se convirtieron en una broma sin gracia. Una delegación de ministros británicos informó de que:

> A lo largo de nuestra visita hemos constatado que, con excepción de los ultraderechistas, todo el mundo decía que las elecciones se habían llevado a cabo mediante trampas, perjurio, terrorismo, asesinatos y toda forma posible de prácticas corruptas. (…) [L]a asignación de puestos oficiales en el Estado, la gendarmería y la policía a notables colaboracionistas con el enemigo [implica] que nada similar a unas elecciones limpias es posible[141].

Las mujeres, que habían vislumbrado la liberación en las filas del EAM/ELAS, ahora se enfrentaban a violaciones, torturas y la muerte. Por ejemplo, entre 1948 y 1950 se ejecutó a 17 de ellas por subversión, la más joven, de sólo 16 años de edad[142]. Otras estuvieron encarceladas hasta bien entrados los años sesenta. Sus acusadores, ahora trabajando con las fuerzas estadounidenses de contrainsurgencia, habían florecido bajo dominio británico, y previamente bajo el Eje. Un senador de los EE.UU. describió lo que estaban haciendo: «En Grecia tuvimos que apoyar no a los

buenos, sino a los malos, para ponerlo lisa y llanamente. No apoyamos al pueblo»[143]. Sobre el terreno, una mujer de la resistencia lo confirmaba: «Tras la liberación (…) nosotros, que luchamos contra la ocupación, nosotros éramos los malos, y aquellos que habían colaborado con los nazis, eran los buenos. El gobierno los recompensó y nos castigó a nosotros»[144]. Eventualmente la guerra civil costaría 158 000 vidas griegas[145] pero significó que en 1947 un periódico americano pudiera informar de que: «la victoria de Churchill es completa (y limpiamente subrayada por cientos de millones de dólares americanos). ¡Tan sólo sería ligeramente más completa si hubiera sido del mismo Hitler!».[146],

Lo que ocurrió en Grecia no fue una diferencia de opinión dentro de un solo conflicto mundial. Fue dos tipos de guerra chocando entre ellas hasta tal punto que las bombas, los tanques, la tortura, las violaciones y las prisiones decidieron el resultado.

4

POLONIA: EL LEVANTAMIENTO DE VARSOVIA

La experiencia de Grecia parecería indicar que el conflicto clave en el bando aliado, durante la segunda guerra mundial, se dio entre comunistas y anticomunistas, en lugar de implicar guerras paralelas e incluso opuestas. El Alzamiento de Varsovia de 1944 constituye un útil campo de pruebas a estas argumentaciones, puesto que el principal protagonista del imperialismo aliado fue la propia Rusia.

A principios del siglo XVII Polonia era una importante potencia europea, con una población comparable a la de Francia y un territorio que rivalizaba con el de Rusia. Sin embargo, como comenta un historiador:

> carecía de las ventajas de una posición geográfica periférica como la que había permitido a España o a Suecia, por ejemplo, retirarse a sus conchas duras y relativamente intactas una vez sus ambiciones de expansión fueron derrotadas. Con una localización central y que ejercía de pivote, Polonia estaba condenada a ser aniquilada como Estado en la segunda mitad del siglo XVIII (…)[1].

El país fue dividido no menos de tres veces (1772, 1793 y 1795) y Rusia, Prusia y Austria se repartieron los despojos. Pese a una serie de heroicas revueltas (en 1794, 1830, 1848, 1863 y 1905) la partición continuó hasta la primera guerra mundial[2].

La Polonia actual no comenzó a surgir hasta la Revolución rusa de 1917, cuando Lenin comenzó a aplicar el principio de «autodeterminación»:

«reconocer no tan sólo la completa igualdad de derechos de todas las naciones en general, sino también la igualdad de derechos para formar Estados independientes, es decir, el derecho de las naciones a la autodeterminación, a la secesión (…)»[3]. Esta política atrajo críticas desde un lugar inesperado: la revolucionaria polaca Rosa Luxemburgo adujo que perseguir la independencia nacional, con pobres y ricos uniéndose para oponerse al control extranjero, era menos progresista que el internacionalismo socialista, la unión de obreros rusos y polacos contra un enemigo capitalista común. Lenin se mostró de acuerdo con que era el objetivo último, pero aseguró que no se conseguiría si los trabajadores polacos sentían que su antiguo opresor imperialista les denegaba el derecho a la independencia[4].

Tuviera la razón quien la tuviera, en términos generales, las advertencias de Rosa Luxemburgo acerca del potencial reaccionario de Polonia dieron fruto cuando se restableció el país plenamente, tras el derrumbamiento de los imperios austríaco y alemán. El mariscal Pilsudski, su primer gobernante, ayudado por el general francés Weygand (posteriormente famoso por capitular ante los nazis) atacó la Rusia soviética y capturó un área habitada por seis millones de ucranios, una tierra mucho más allá de las fronteras originales de 1772 que originalmente se reclamaban[5] Incluso aprovechó la invasión alemana de Checoslovaquia de 1939 para apropiarse de Cieszyn.[6]. De esta manera, en el estallido de la segunda guerra mundial, una tercera parte de los ciudadanos polacos pertenecían a minorías nacionales[7]. En el frente doméstico, Pilsudski fundó Sanacja («Sanación política»), una dictadura[22a] que le sobrevivió y que todavía gobernaba Polonia al estallar la segunda guerra mundial.

Irónicamente, aprovechar el desmembramiento de Checoslovaquia no fue sino el preludio para que la propia Polonia se convirtiera en objetivo de la agresión nazi. En ese momento Francia y Gran Bretaña decidieron apoyar la independencia polaca, mediante la guerra si fuese necesario. Stalin, sin embargo, se distanció, arguyendo que no se vería «arrastrado a la guerra por belicistas acostumbrados a que otros les saquen las castañas del fuego»[8]. Su reserva no tenía nada que ver con el antiimperialismo bolchevique. La contrarrevolución estalinista había borrado toda huella de eso. En realidad,

Moscú estaba señalando su disposición hacia el Pacto Hitler-Stalin de agosto de 1939, un trato cuyos protocolos secretos dividían Polonia entre Alemania y Rusia[9].

Sin duda, la política de apaciguamiento anglo-francesa había convencido a Moscú de que no había más alternativa que conciliarse con Berlín. Sin embargo, el Pacto fue un acto de una audacia impresionante. El nazismo y el bolchevismo eran polos opuestos. Los nazis habían asesinado a miles de comunistas alemanes. Todo esto se dejó de lado, y la Unión Soviética proporcionó a Hitler materias primas vitales a cambio de armas[10]. Al oír que el pacto estaba firmado, un Hitler alborozado «comenzó a golpear las paredes con los puños, pronunciando grititos sin sentido, para finalmente aullar, exultante: "¡Tengo el mundo a mis pies!"»[11].

Cuando comenzó la reconquista de Polonia, los rusos dejaron que la Wehrmacht se encargara del combate, minimizando así sus propios riesgos y enmascarando su avaricia[12]. Se pidió a los nazis que indicaran «lo antes posible para cuándo podían contar con la conquista de Varsovia», puesto que sería la señal para que Rusia se hiciera con su parte[13]. Pero erraron los cálculos y Moscú atacó diez días antes. De manera embarazosa, el desfile conjunto soviético-nazi de la victoria en Brest-Litovsk precedió a la caída de la capital, el 27 de septiembre[14]. Sin embargo, Stalin proclamó, vergonzosamente, que el Ejército Rojo sólo había intervenido «para apartar al pueblo polaco de la desafortunada guerra a la que se ha visto arrastrado por sus estúpidos líderes, y para permitirles tener una vida pacífica»[15]. En privado, se jactaba de que la amistad germano-rusa se había «sellado con sangre»[16]. Se trataba de la muerte de 216 000 polacos. En la campaña, Alemania perdió 60 000 hombres, y Rusia, 11.500[17].

Una vez hubo acabado la lucha, Stalin tenía el 52 por ciento del territorio polaco, y Hitler, el 48 por ciento[18]. Ambos acordaron que no tolerarían «agitaciones por parte de los polacos que afecten a los territorios de la otra parte», y que «suprimirían, en todos los territorios, todos los conatos de tal agitación (…)»[19]. Pese a esto se desarrolló una poderosa lucha de resistencia. Era diferente tanto de la griega como de la yugoslava porque *el espacio entre el gobierno imperialista local y la resistencia*

antifascista era mínimo. La base de la diferencia reside en los inusuales papeles que jugaron los comunistas polacos y las élites gobernantes.

Mientras que los PC griego y yugoslavo eran fundamentales en sus guerras populares, los comunistas polacos no lo eran. En 1938 habían sido físicamente liquidados por Moscú, y el partido se disolvió formalmente en cuanto la propia Polonia se extinguió[20]. Por si acaso, se fusiló a un cuarto de millón de polacos de la Unión Soviética antes de que comenzase la guerra[21]. La foto cambió en 1941, cuando Hitler se hizo con la porción de Polonia de Stalin e invadió la misma Rusia. Ahora Moscú apoyaba a un PC subordinado, el Partido Polaco de los Trabajadores (*Polska Partia Robotnicza*, PPR) aunque realizó pocos progresos debido a su íntima asociación con una antigua potencia ocupante[22].

En otros países ocupados, las élites despreciaban la guerra popular y preferían el colaboracionismo o la política de espera. Ni en el sector ruso ni en el alemán ésta era una opción cómoda para la clase dirigente. Hitler consideraba a todos los polacos «más como animales que como seres humanos»[23]. Cuando colonizó Polonia occidental eliminó o esclavizó a sus ocupantes. Un enfoque casi genocida implicó la «limpieza de las casas» (es decir, la deportación) de casi 90 000 personas por parte de la Wehrmacht. En algunas áreas incluso se prohibió hablar en polaco[24]. A los niños se les obligaba tan sólo a escribir su nombre, saber contar hasta 500 y recitar: «es mandato divino que seamos obedientes con Alemania (…)»[25].

Polonia Oriental experimentó la brutalidad del mandato ruso. En este caso, a Stalin lo dominaba el deseo del control absoluto, no el fanatismo racista. Pero, como en la Polonia ocupada por los nazis, «no se hicieron distinciones políticas, y los comunistas polacos (…) trabajaron y perecieron junto a sacerdotes católicos y profesores universitarios, granjeros y obreros ferroviarios (…)»[26] El incidente más famoso de la ocupación rusa fue la ejecución de varios miles de oficiales polacos en Katyn.[27] Hasta 2 millones de personas (un 9 por ciento de la población) fueron deportadas a trabajos forzados.[28]. Muchos nunca regresaron.

Un reciente estudio comparativo de las ocupaciones alemana y rusa llegó a la conclusión de que, aunque la última fue menos violenta, «los paralelismos persistieron, especialmente en la aplicación del terror selectivo

hacia colectivos»[29]. En efecto, las SS alemanas y la policía secreta rusa (la OGPU) coordinaron sus enfoques[30]. Entre Escila y Caribdis, Polonia sufrió más de seis millones de muertos, la proporción de muertes más amplia de cualquier país durante la segunda guerra mundial. De éstos, el 90 por ciento eran civiles[31], y la mitad eran judíos. Como afirmaba una octavilla de la resistencia en 1940: «la Historia ha enseñado a la nación polaca una terrible lección. Para nosotros, ahora, el camino de la libertad pasa por las salas de tortura, la Gestapo y la OGPU»[32]. Los polacos podían, pues, proclamar que «la presencia de Quislings, colaboracionistas y compromiso [era] imposible»[33]. Una tragedia común engulló a todas las secciones de la sociedad.

Por tanto, la resistencia, en Polonia, comenzó en la institución clave de la dictadura de preguerra, la Sanacja: los militares[34]. El general mayor Tokarzewki, un pilsudskista, organizó el que se convirtió en el Ejército Nacional clandestino (Armja Krakowa o AK)[35]. Esto influyó en su desarrollo futuro. Según un autor, «a lo largo de su existencia, [el AK estuvo] comandado y organizado, sobre todo, por miembros del ejército de preguerra, [los cuales] llevaron consigo a la resistencia ideas, actitudes, tradiciones y doctrinas y estándares profesionales que adquirieron durante su servicio en el ejército de preguerra (…)»[36]. En otras palabras, los mandos del AK estaban atados a una tradición de dictadura reaccionaria y de políticas imperialistas.

Aunque subraya correctamente la importancia del AK, Norman Davies va demasiado lejos al asumir que todo el movimiento antifascista queda absorbido por esta formación militar: «El mayor movimiento de resistencia europeo, que en enero de 1940 adoptó el nombre de Unión por la Lucha Armada (ZWZ) y en febrero de 1942 el de Ejército Nacional (…) era una rama de las fuerzas armadas regulares polacas (…)»[37] Sus logros fueron impresionantes. 380 000 combatientes[38]. llevaron a cabo 25 000 actos de sabotaje en sólo tres años[39] y hacia 1945 habían matado a 150 000 alemanes.[40],

Sin embargo, si ésta fuera toda la historia habría habido poco espacio para una guerra popular. Pero había otros dos elementos de notable importancia. Uno era el Estado clandestino liderado por el general Sikorski,

un opositor a la Sanacja[41]. Sikorski explicaba: «El movimiento no ha de confinarse a la mera función de resistencia [militar], sino que ha de tomar la forma de un auténtico Estado. Se ha de crear todo el aparato del Estado y mantenerlo al coste que sea, sin importar cuán terrible sea»[42].

Los resultados fueron impresionantes. Aunque sus cuarteles estaban en Londres, se reprodujo todo un conjunto de instituciones gubernamentales en Polonia. El Ministerio de Educación, por ejemplo, educó a un millón de niños, y hacía funcionar universidades en Cracovia, Leópolis y Vilna. El 30 por ciento de los ingresos disponibles iba a parar a bienestar social[43] El Estado poseía un Parlamento en la sombra: la Representación Política. Un «Directorado de Resistencia Civil» funcionaba como sistema judicial que juzgaba y sentenciaba a colaboracionistas.[44] También operaba una vasta prensa clandestina con numerosos titulares.[45].

El tercer bloque de la resistencia lo formaban los partidos Socialista, Campesino, Socialcristiano y Nacional Demócrata. Mientras que los tres primeros habían estado situados a la izquierda de la Sanacja, los nacional-demócratas eran seguidores de Dmowski. Se trataba de un antisemita de derechas que denunciaba «la amenaza del socialismo en nuestra nación, así como la proveniente del elemento judío [que] representa fuerzas internacionales que no pueden hacer nada bueno, pero sí pueden causar mucho daño»[46]. Es sintomático de la duradera influencia de Dmowski que, incluso tras los horrores de 1939-1945, Bor-Komorowski, comandante de la AK, recurriera al antisemitismo en sus memorias, asegurando que los judíos «sin duda habían sido un cuerpo extraño dentro de la comunidad polaca»[47]. En conjunto, estos partidos políticos representaban a la mayor parte de los polacos políticamente activos.

Incluso teniendo en cuenta estos elementos de la resistencia fuera del control del ejército-Sanacja, aún puede dar la impresión de que la resistencia polaca no incluye la guerra popular. Un reciente estudio histórico contrarresta esta impresión:

> Cientos de organizaciones clandestinas (…) se establecieron «desde abajo», en conjunción con lazos ya existentes de familia, trabajo, amistad y vecindad. Cientos de redes conspirativas surgieron así, como expresión de una rebelión espontánea contra esta humillación, y no se las

> creó «desde arriba» [aunque] la proporción numérica entre ambos tipos de organización nunca quedará clara[48].

Un participante directo recordaba que «cualquiera con un poco de imaginación, iniciativa y algo de ambición así como mucho coraje, podía, y a menudo lo hacía, fundar una organización propia (…)»[49].

Es sintomático de la compleja interacción entre elementos de guerra popular y de guerra imperialista que se haya debatido tanto acerca del equilibrio entre derecha e izquierda en la resistencia.

Una mujer judía declaró: «no me daban miedo los alemanes; los que me daban miedo eran los polacos»[50]. Al mismo tiempo, miembros de la resistencia ayudaban al Alzamiento del Gueto Judío de Varsovia de 1943 y cobijaban a los supervivientes[51] Se ocultó a entre 15 000 y 20 000 judíos más allá de los muros del gueto[52] y la organización Zegota (para el rescate de judíos) estaba íntimamente ligada al gobierno polaco en el exilio.[53] Un libro llegó a la conclusión de que «no existe ningún grupo nacional acerca del cual se den tantos informes (frecuentemente contradictorios) y juicios de valor como se dan acerca de los polacos».[54].

Polonia era única por tener una implicación activa en los movimientos de resistencia de las clases altas y bajas, aunque había poderosas tensiones internas en juego[55]. La superposición entre guerra popular y guerra imperialista nunca fue del todo completa ni cómoda. Al igual que con la división entre partidos de derecha y de izquierda, y entre movimientos «desde arriba» y «desde abajo», los militares partidarios de *Sanacja* se sentaban, incómodos, junto a civiles que culpaban a ese sistema de la ignominiosa derrota polaca[56]. Un ejemplo de esta tensión se vivió en un momento crítico del Alzamiento de Varsovia. El comandante supremo polaco, Sosnowski, se ausentó a fin de tramar un golpe de estado contra el jefe del Gobierno civil, Mikolajczyk. Sosnowski temía que se estuviese preparando un acuerdo con los rusos[57]. Otro caso fue el énfasis, por parte de la resistencia, en el nacionalismo polaco, lo que alienaba al tercio de la población de origen no polaco que vivía dentro de las fronteras de antes de 1939.

Pese a los obstáculos para la política de espera anteriormente descritos, el AK tuvo tentaciones de probarla, y por las mismas razones que otros movimientos de resistencia «oficiales»: sobre todo, el temor a que acciones masivas pudieran desatar peligrosas fuerzas sociales, pero también miedo a represalias nazis (que fueron especialmente atroces en Polonia). Así, Bor-Komorowski basó su estrategia inicial «en la suposición de que antes o después el frente occidental alemán caería, dándonos una oportunidad favorable para una insurrección con éxito»[58]. En otras palabras, el éxito anglo-francés debía preceder a cualquier acción seria. Sintió que la derrota francesa de 1940 era «el final de nuestra organización, [dado que] todos nuestros planes se derrumbaban» y se decidió por «una política a largo plazo. Nuestra principal tarea sería una labor de inteligencia, prensa y acciones de propaganda»[59].

La política de espera, sin embargo, se demostró insostenible. Cuando los nazis comenzaron a eliminar a todos los polacos de las regiones de Lublin y Zamosc para instalar colonos alemanes, no hubo más opción que autorizar la creación de unidades partisanas. Su acción detuvo las expulsiones. Aun así, el AK resistió a acciones más drásticas[60]. Finalmente, la presión de los acontecimientos le arrastró a adoptar tácticas de guerra popular.

Un factor fue la traición a la causa polaca por parte de Gran Bretaña, el país en que residía el gobierno en el exilio, y en el cual ponían sus esperanzas los partidarios de la política de espera. Aunque la defensa de la soberanía de Polonia fue la razón oficial de la entrada en guerra en 1939, Gran Bretaña estaba más ocupada en seducir a Moscú, otra gran potencia, pese al pacto Hitler-Stalin. Ya en octubre de 1939 Londres indicaba que creía que Rusia debía quedarse con el 90 por ciento de sus ilegales ganancias en Polonia[61]. Cuando Rusia se pasó al bando aliado, Churchill presionó a Sikorski para que firmara un tratado con Stalin que implícitamente reconocía sus conquistas[62]. Las noticias de la masacre de Katyn perjudicaron la forzada amistad, pero no causaron cambio alguno en la política británica en general.

¿Apoyaría Roosevelt a la resistencia, teniendo en cuenta el amplio electorado polaco de los EE.UU.? Se mostró incluso más solícito con Stalin

que Churchill. Hasta 1944 no envió ningún tipo de ayuda. Conforme el Alzamiento de Varsovia se acercaba, los EE.UU. colocaron 10 millones de dólares (los polacos habían pedido 97) a condición de que colaboraran con el Ejército Rojo. No comenzó a enviar dinero hasta que el Alzamiento iba ya por su tercera semana[63].

Un emisario del Estado clandestino, Karski, que se jugó la vida para llegar al oeste y revelar su existencia a los Aliados, comentaba amargamente su falta de simpatía: «Pronto me di cuenta de que el mundo exterior nunca comprendería. (…) Nunca entendería o estimaría el sacrificio y heroísmo implícito en el total rechazo de nuestra nación a colaborar. (…) La noción del Estado clandestino, en sí, les resultaba a menudo ininteligible»[64]. Esta comprensión no procedía de una falta de imaginación, sino de los intereses comunes de los Aliados imperialistas.

La actitud negativa de los Aliados debilitó el potencial para combate de la resistencia polaca. Aunque el ejército clandestino adquiría parte de su equipamiento de sus propios talleres secretos[65] en 1944 sus cientos de miles de voluntarios tan sólo disponían de 32 000 armas.[66], Dado que era improbable que Rusia suministrase más armamento, el AK se volvió hacia Gran Bretaña. La excusa que se dio para rehusarse fue la distancia geográfica, aunque seguramente fueron más decisivas las conversaciones directas entre los servicios secretos ruso y británico. Así, en el periodo previo al Alzamiento de Varsovia, la cantidad de suministros recibidos por el AK fue de una décima parte de la entregada a Grecia y una decimoctava parte de la enviada a Francia, respectivamente[67].

Este desdén hacia las aspiraciones polacas llevó a desacuerdos entre los exiliados en Londres, íntimamente ligados a las potencias Aliadas, y los comandantes del AK, sujetos a presiones populares en casa. Compárense los pronunciamientos gubernamentales con los realizados en Varsovia en vísperas del Alzamiento. Los primeros se encuadraban perfectamente en el campo anglo-francés: «Una Polonia libre (…) se convertirá en un eficaz puntal para los países eslavos de cultura occidental y para las pequeñas naciones situadas entre Alemania y Rusia»[68]. Esta frase se aleja deliberadamente de todo radicalismo.

En Varsovia se podría haber esperado del general Bor-Komorowski que se expresara en términos similares. Lo habían escogido comandante del AK por tratarse de un aristocrático oficial de caballería conocido por sus ideas de derechas[69]. Además, hasta un momento bastante tardío había tratado de incorporar a la fascista NSZ a sus fuerzas, pese a que habían estado asesinando a partidarios izquierdistas del gobierno en el exilio, así como a comunistas[70]. Sin embargo, Bor-Komorowski había tenido que lidiar con el hecho de que, conforme pasaba el tiempo, los éxitos del Ejército Rojo creaban un sentido de impaciencia que permitía al PPR comunista comenzara abrirse paso[71]. Un historiador explica que Polonia experimentaba «un auge de sentimientos radicales (…) que compartía el deseo de todos los movimientos de resistencia europeos de un mundo más limpio tras la guerra, de igualdad social y pleno empleo»[72]. Un signo del estado de ánimo fue que en agosto de 1943 los Nacional Demócratas, de derechas, por increíble que parezca, se mostraron de acuerdo con una declaración que proponía «una economía planificada (…) en un Estado con el derecho a nacionalizar servicios públicos, transportes, industrias clave y banca. (…) La expropiación de todas las propiedades privadas de más de cincuenta hectáreas (…) pleno empleo, salud, educación y servicios sociales»[73].

El general Bor-Komorowski siguió esta tendencia. Temía un enfrentamiento entre su «grupo profesional autónomo» de oficiales de derechas y las tropas de base del AK, «gente de todas las extracciones y profesiones de la vida (…)»[74]. En julio de 1944 Bor advirtió a Londres contra la inacción, porque «en tal caso la iniciativa de luchar contra los alemanes puede recaer en el PPR (comunistas) y una considerable cantidad de ciudadanos mal informados puede unírseles. En tal caso el país es susceptible de moverse hacia la colaboración con los soviéticos y nadie será capaz de detenerlo»[75].

A fin de ponerse a la cabeza de la guerra popular, Bor-Komorowski pidió una Polonia «gobernada por los intereses de las masas trabajadoras»[76]. No pidió a la gente que muriera para hacer de Polonia «un eficaz puntal para los países eslavos de cultura occidental» como los exiliados. En lugar de ello pidió expropiaciones sin indemnización para las

grandes posesiones rurales, un Estado del Bienestar, la nacionalización de la industria y asambleas de trabajadores[77].

Como explica Ciechanowski, hacia 1944 el AK se enfrentaba a «una situación peligrosa y explosiva. Intentaba evitar que el PPR ganase terreno y mantener la lealtad de las masas aumentando sus operaciones contra los alemanes. Veían como su tarea suprema la preparación de una insurrección antialemana»[78].

Ahora Bor subrayaba: «la única oportunidad de ganar algo era la constante demostración de nuestra voluntad de luchar contra los alemanes hasta el final, sin ahorrarnos ningún esfuerzo, pese a todas y cada una de las adversidades»[79]. Con una Rusia poco amigable y las fuerzas angloamericanas demasiado lejos para un desembarco como el del Día D, la política de espera, ese refugio de los gobiernos en el exilio, había hecho estragos en Varsovia.

Al aunar una resistencia activa masiva, sin embargo, el liderazgo polaco doméstico se situó en rumbo de colisión contra el imperialismo Aliado, representado por Rusia. Esto se hizo evidente por vez primera en la Operación *Burza* («Tempestad»). Las unidades del AK debían surgir de la clandestinidad en cuanto el Ejército Rojo entrase en Polonia y recibir a los comandantes soviéticos con estas palabras: «Actuando bajo las órdenes del Gobierno de la República de Polonia me acerco a usted (…) con la proposición de coordinar operaciones militares contra el enemigo común, con el Ejército Rojo penetrando en territorio de la República de Polonia»[80].

El general Bor-Komorowski explicaba que *Burza* demostraría «nuestra voluntad de manifestar nuestra lucha contra los alemanes» y «nuestra voluntad de manifestar a los soviéticos la presencia de elementos representantes de la soberanía de la República»[81]. La relativa importancia atribuida a una guerra popular antifascista o a una restauración de la Polonia de preguerra quedaba poco clara en esta fórmula. Bor aún realizaba incómodos equilibrios entre ambas.

Burza se desató en la región de Volinia, que Borodziej ha tratado en detalle. Aquí la población era en cinco sextas partes ucrania y sólo una sexta parte polaca. Esta desafortunada zona había soportado siglos de

imperialismo (principalmente zarista, luego polaco y en aquellos momentos alemán). Para ganarse la colaboración local, Berlín había explotado hábilmente la hostilidad ucrania hacia sus vecinos polacos, de los que 50 000 fueron asesinados. Antes de *Burza*, el papel de AK en Volinia no había sido atacar a los alemanes, sino defender a la minoría polaca mediante el contraterrorismo: como consecuencia murieron 20 000 ucranios[82]. ¡Fue allí, y tras esos desastrosos acontecimientos, que el AK propuso restablecer la soberanía de la República [de Polonia]!

Una genuina guerra popular, imbuida de internacionalismo y que subrayase el interés común de la gente sencilla al oponerse a *todas* las clases dirigentes (o al menos un énfasis, a imagen de Tito, en una resistencia multiétnica) podría haber generado un apoyo masivo en Volinia.

El AK nunca iba a llegar tan lejos, de modo que cuando el Ejército Rojo apareció en escena barrió fácilmente a los guerrilleros a un lado.

El patrón de Volinia se repetiría por todas partes: los mandos del Ejército Rojo agradecían la ayuda del AK durante el combate contra los alemanes, pero en cuanto la batalla estaba ganada exigían que la resistencia se disolviese o se uniera a un ejército polaco títere al mando del general Berling. Se encarcelaba o ejecutaba a quienes se negaban[83]. Stalin quería recuperar Polonia oriental tras la guerra, y no deseaba facciones rivales armadas. El AK no sólo era débil en términos de tecnología militar, sino que en las regiones orientales no podía apelar al nacionalismo polaco. De modo que *Burza* fracasó allá donde se intentó.

Varsovia era harina de otro costal. La capital poseía menos diversidad étnica, especialmente tras la eliminación de su notable comunidad judía. Sin embargo, a lo largo de la operación *Burza*, y en realidad hasta el mismo momento de la erupción del Alzamiento de Varsovia, nadie propuso el combate a gran escala en ella[84] Bor-Komorowski fue explícito: «he enviado órdenes para evitar que nuestras actividades de diversión se conviertan en un intento espontáneo de insurrección armada bajo condiciones desfavorables».[85] Prueba de que los líderes del AK no planearon el Alzamiento con antelación fue que armamento de gran valor se envió afuera de Varsovia en las semanas precedentes.[86] El 14 de julio Bor dijo: «con la actual situación de las fuerzas alemanas en Polonia y los

preparativos para el Alzamiento [éste] no tiene ninguna oportunidad de triunfar. Sólo podemos confiar en que los alemanes se desmoronen y su ejército se deshaga».[87].

Todo un caleidoscopio de presiones, y no un solo acontecimiento, hicieron variar esta postura. Se creía que los alemanes estaban a punto de deportar a grandes cantidades de jóvenes de Varsovia, lo que habría desmantelado el AK. El Ejército Rojo se aproximaba a la ciudad y el 29 de julio los comunistas polacos emitieron una declaración: «el momento de la acción ya ha llegado». Pedía «la lucha activa y directa en las calles» para «acelerar la hora de la liberación final y que podamos salvar las vidas de nuestros hermanos»[88]. Al día siguiente el lenguaje era incluso más fuerte: «Varsovia tiembla hasta los cimientos por el rugido de las armas. Las tropas soviéticas avanzan con fuerza y se aproximan a Praga [el barrio, situado al otro lado del río Vístula, encarado hacia el centro de la ciudad]. Vienen a traeros la libertad. (…) Gente de la capital, ¡a las armas!»[89]. El coronel Monter, subordinado de Bor, hizo la misma afirmación (que se demostraría falsa) en una crucial reunión de los líderes del AK[90]. Finalmente se tomó la decisión de llevar a cabo una insurrección en Varsovia, y comenzó el 1 de agosto de 1944.

Ese día el Ejército Nacional y la población civil se arrojaron a la mayor insurrección de toda la segunda guerra mundial. Los historiadores no se ponen de acuerdo acerca de su idoneidad. Davies la ve como un intento justificado de sacudirse el yugo alemán, con la expectativa razonable de que la retórica de los Aliados se convirtiese en ayuda real. Kolko sugiere que los mandos del AK y el gobierno en el exilio estaban maniobrando para conservar su poder en el sistema de potencias estatales: «El Alzamiento era en realidad contra alemanes y rusos, y por tanto, condenado al fracaso desde el principio. Fue el macabro resultado de la lógica que los polacos, tanto los de Londres como los del Ejército Nacional, intentaron emplear durante años como parte de su diplomacia de *grandeur*»[91].

Existen pruebas a favor de ambas interpretaciones. Por ejemplo, el general Bor-Komorowski creía: «La sed generalizada de venganza por los años de humillaciones y tragedias sufridas a manos de los alemanes era arrolladora, y casi imposible de detener. La ciudad entera guardaba el

aliento esperando una llamada a las armas (…)»[92]. Pero también hizo un guiño a la «diplomacia de *grandeur*» cuando describió la insurrección como «el último triunfo de la baraja que tenemos en este juego, en el que la apuesta es la independencia del país»[93].

El ALK sólo tenía armamento para una pequeña parte de sus 40 000 hombres, y podía [¿pudo?] resistir poco más de una semana[94]. Sin embargo, con el Ejército Rojo cerca y el máximo dirigente polaco en Moscú desde dos días antes, se creía que la ayuda rusa estaba en camino[95]. La necesidad de ayuda externa del AK era evidente. Sólo en el primer día de combate perdió el 10 por ciento de los hombres movilizados, a un coste de cuatro combatientes por cada soldado alemán[96].

Esto no apagó el entusiasmo popular por un ajuste de cuentas con los alemanes. Un testigo ocular escribía acerca de la:

> alegría que sentíamos en aquella ocasión. Surgía como consecuencia del tormento de la ocupación, como resultado del dolor y la humillación sufridos durante casi cinco años. Estábamos preparados para cualquier cosa. (…) Los años de ocupación nos habían enseñado a ser indiferentes a los peligros que nos acechaban a cada paso. Pero, por encima de todo, la creencia de que el movimiento armado polaco haría que el Ejército Rojo apurase su marcha hacia Varsovia para forzar a los alemanes a abandonar la ciudad de inmediato nos daba fuerzas[97].

Un oficial del AK describía el:

> fervor con que los habitantes construían barricadas a prueba de tanques, organizaban comedores populares con poca antelación para alimentar a los soldados y a quienes no eran capaces de regresar a sus casas, atrapados allí donde el Alzamiento los hubiera sorprendido. El estado de ánimo en la calle recordaba el de una continua fiesta (…). Todo el mundo, a su manera y dentro de los límites de sus capacidades, tomaba parte en esta decisiva lucha[98].

Tres días después del Alzamiento, Bor-Komorowski informaba de cómo hombres y mujeres corrían a alistarse en el AK, presentándose voluntarios para todo tipo de tareas, como apagar incendios, alimentar a los combatientes y fabricar bombas caseras de gasolina para compensar la falta de armamento[99]. Entre muchos otros, los «soldados grises» (el movimiento *scout* polaco) jugó un papel predominante y pagó el precio[100].

Fuesen cuales fuesen los diferentes factores tras la decisión de actuar, un oficial del AK presenció en Varsovia un aspecto crucial de la guerra popular: «la frontera entre combatientes y participantes se ha borrado»[101]. Un observador británico lo corrobora: «Hoy está teniendo lugar una batalla que, creo, a la nación británica le costará entender. Es una batalla que lleva a cabo la población civil, además del AK»[102]. De cada siete combatientes uno era mujer, y, en palabras de Bor-Komorowski, «la mayoría eran obreros, ferroviarios, artesanos, estudiantes y dependientes de fábricas, oficinas y vías férreas»[103] De modo que los métodos del AK no se pueden «comparar con los de ningún ejército regular. Poseía todo el empuje y entusiasmo de un movimiento revolucionario [y] atribuimos nuestro éxito de los primeros días al impetuoso fervor de esta primera masacre. Compensaba de sobras la baja calidad de nuestro armamento».[104].

Esto no significa que la unión del movimiento «desde abajo» y «desde arriba», cimentada por un odio común hacia la dominación nazi, no pudiese disolverse. Un informe para el gobierno en el exilio emitido desde Varsovia indicaba que a mucha gente no le importaba tanto si el gobierno polaco se asociaba con los Aliados occidentales o con Rusia como que pudiera poner en marcha reformas sociales. El informe advertía, por tanto, que las promesas radicales no debían incumplirse[105].

Todo giraba, en aquel momento, en torno a la actitud de los rusos. Con el destino de Polonia aún sin determinar por el famoso lápiz azul y el papel de los porcentajes, ¿harían causa común con los insurgentes e impulsarían la guerra popular, como con los comunistas de otros lugares, o trataría Stalin a Varsovia con la misma hostilidad con la que Churchill trató a Atenas? Para comparar a ambos hombres emplearemos la narración personal del primer ministro británico, de su *La segunda guerra mundial*.

El 4 de agosto Churchill informó a Stalin de la ayuda británica al AK, dado que «esto puede ser útil para su operación»[106] La respuesta de Stalin al día siguiente fue que [la información polaca acerca del] Alzamiento «es muy exagerada y no inspira confianza» porque «no disponen de artillería ni de aviones ni de carros de combate».[107]. Exactamente ésa era la cuestión: el Alzamiento se había sincronizado con la esperada llegada del Ejército Rojo, con su artillería, aviones y carros de combate. El plazo límite de una

semana que el AK había previsto como límite de su resistencia se cumplió y quedó atrás, y no había señales de avance ni ayuda rusas. De modo que los insurgentes improvisaron toda una serie de ingeniosas técnicas, y dado que se empleaban las armas de quienes caían en combate, el alto número de muertos en realidad sirvió para aumentar la proporción de tropas armadas del AK. Entre tanto, la fuerza de los sentimientos populares mantenía la moral[108].

Pero también la decisión de los nazis se vio reforzada. Las órdenes de los alemanes eran ahora: «1. Se ejecutará a todos los rebeldes tras su captura. 2. Se masacrará indiscriminadamente a la parte no combatiente de la población»[109]. El gobernante nazi local, Hans Frank, añadió: «Varsovia ha hecho méritos para ser completamente destruida»[110].

El 12 de agosto Churchill intentó suavizar la postura de Stalin presentando una petición de auxilio enviada desde Varsovia:

> Hemos recibido de parte vuestra sólo un pequeño envío [de suministros]. En el frente ruso-alemán silencio desde el día 3. Nos encontramos por tanto sin apoyo material ni moral, con la excepción de un corto discurso del viceprimer ministro polaco (en Londres); no hemos recibido de vosotros ni siquiera un reconocimiento a nuestra acción. Soldados y habitantes miran desesperanzados a los cielos esperando ayuda de los Aliados. Sobre el humeante fondo sólo ven aviones alemanes. Están sorprendidos, se sienten profundamente deprimidos y comienzan a maldecir… Repito enfáticamente que sin apoyo inmediato, consistente en envíos de armas y municiones, bombardeo de objetivos en control del enemigo y desembarco aéreo, nuestra lucha llegará a su fin en pocos días.

Churchill suplicó: «¿No les puede proporcionar más ayuda?»[111] El día 16 llegó la respuesta de Stalin: «(…) estoy convencido de que esta acción representa una aventura temeraria y terrible (…)».[112].

Cierto era que Rokossovsky, el comandante del Ejército Rojo en el frente polaco, se enfrentaba a una dura resistencia por parte de la Wehrmacht en aquel momento. Incluso Davies, el historiador que más simpatiza con el Alzamiento, asegura que inicialmente hubo «un decidido contraataque alemán al este del Vístula (…) [y] escasas posibilidades de que Rokossovsky hubiera podido cruzar el Vístula fácilmente por la fuerza»[113]. Sin embargo, el Alzamiento continuó hasta el 2 de octubre y en ese tiempo surgieron numerosas oportunidades para que los rusos proporcionaran ayuda.

Arrojar suministros desde aviones era una opción y Churchill y Roosevelt enviaron esta petición conjunta a Stalin: «Nos preocupa la opinión mundial si de hecho se abandona a los antinazis que están en Varsovia. (…) Esperamos que lance de inmediato suministros y municiones para los polacos patriotas de Varsovia o que acepte colaborar con nuestros aviones para hacerlo rápidamente»[114]. Los soviéticos no opusieron obstáculo alguno para que aviones británicos y americanos de suministros volaran los 1250 km desde su base más cercana, en Italia, pero no les permitieron aterrizar ni repostar en Rusia. De igual modo, los rusos no tenían la menor intención de volar los 30 km que separaban sus posiciones de Varsovia para ayudar[115] Los Aliados occidentales montaron una serie de misiones virtualmente suicidas pero no pudieron alterar de manera radical el resultado final.[116].

A mediados de septiembre los rusos finalmente se avinieron a proporcionar una ayuda limitada. Churchill fue capaz de ver qué había tras esta tardía maniobra: «Querían que los polacos no comunistas quedaran totalmente destruidos pero al mismo tiempo mantener viva la idea de que iban a rescatarlos»[117]. Harriman, embajador de los EE.UU. en Moscú, estaba indignado por el enfoque del Kremlin: «Estos hombres se encuentran ahítos de poder y creen que podrán forzar su voluntad sobre nosotros y sobre todos los países para que aceptemos sus decisiones sin rechistar (…)»[118].

Tras dos meses, finalmente los insurgentes capitularon. El gobierno polaco explicó el desastroso resultado en estos términos: «No recibimos apoyo eficaz… Nos han tratado peor que a los aliados de Hitler en Rumania, Italia y Finlandia. (…) [Nuestro] alzamiento se hunde en un momento en que nuestros ejércitos ayudan a liberar Francia, Bélgica y Holanda…»[119].

Sin el menos sentido de la ironía, el primer ministro británico, que bombardeó Atenas para destruir la resistencia griega, se hacía eco de su argumento:

> Inmortal es la nación que puede lograr un heroísmo tan universal. (…) Estas palabras son indelebles. La lucha en Varsovia había durado más de sesenta días. De los cuarenta mil hombres y mujeres del Ejército polaco clandestino murieron alrededor de quince mil. De una

> población de un millón de personas hubo casi doscientas mil bajas. Suprimir la revuelta le costó al ejército alemán diez mil muertos, siete mil desaparecidos y nueve mil heridos. (…) Cuando los rusos entraron en la ciudad tres meses después no encontraron casi nada más que calles destrozadas y muertos insepultos. Así liberaron Polonia, donde gobiernan actualmente[120].

El trágico fin del Alzamiento de Varsovia fue consecuencia de muchos factores, incluidos errores de cálculo del AK y la inesperada fuerza de la Wehrmacht. Sin embargo, no cabe duda de que la acusación de Deutscher contra Rusia era precisa. El bloqueo de ayuda a Varsovia «extendió un escalofrío de terror por los países aliados [como] una demostración de insensibilidad [que] sorprendió incluso a los admiradores de Stalin en Occidente»[121].

Polonia experimentó una repetición del patrón ya visto en Grecia, pese al contexto político completamente diferente. Más allá de la posición ideológica formal de los gobiernos aliados implicados, los imperialistas se opusieron a los movimientos de resistencia cuando éstos no se avinieron a sus intereses. Esto refuerza la idea de que la segunda guerra mundial experimentó en paralelo guerras populares e imperialistas que podían hallarse en directa oposición. En Grecia, Gran Bretaña atacó a la población. En Polonia, Rusia permitió a los nazis que le hicieran el trabajo sucio. En ambos casos el resultado fue el mismo. Fue un amargo consuelo que, como expresaba una emisión polaca, «al menos los alemanes no pueden volver a tomar Varsovia. Todo lo que queda es un montón de ruinas. (…) Varsovia ya no existe»[122].

5

LETONIA: PONIENDO LA HISTORIA PATAS ARRIBA

Aunque la segunda guerra mundial abarcó dos conflictos únicos y diferenciados, éstos no se manifestaron en todas partes. Letonia sólo experimentó la guerra imperialista, de modo que, en palabras de un historiador: «la narrativa de la “guerra justa” sencillamente no funcionó»[1]. Es un caso demostrativo porque, comparado con Yugoslavia, Grecia y Polonia, se revelan los prerrequisitos para una guerra popular.

Lo especial del papel de Letonia se corrobora por el atolladero en que los historiadores contemporáneos se meten cuando intentan aplicar las categorías convencionales de la segunda guerra mundial al pasado de su país. Así, una reciente antología realizada por «la Comisión de Historiadores de Letonia» asegura que el «único partido que se acercó a constituir un movimiento de resistencia en el sentido de los de Europa occidental» fue el Perkonkrusts. Se trata de la palabra letona que designa Esvástica[2], y en un país donde una cuarta parte de su población pertenecía a minorías étnicas, la política de su líder, Celmins, era «en *una Letonia letona* sólo habrá letones [porque] el problema de las minorías no existirá (…)»[3]. Los miembros de Perkonkrusts buscaron ese objetivo organizando los notables batallones auxiliares de policía, así como comandos a petición de los nazis. Éstos asesinaron a 70 000 judíos letones[4]. ¿No resulta extraño describir al partido Esvástica como «un movimiento de resistencia en el sentido de los de Europa occidental»?

Se presenta a Valdmanis como otro resistente. Como ministro del régimen colaboracionista de Letonia designado por los nazis, invitó públicamente a sus compatriotas a «participar en la guerra por la liberación de Europa y poner el destino del pueblo letón en manos de Adolf Hitler»[5] En privado escribía: «preferiríamos recibir la independencia de Letonia de manos de Alemania que de otras potencias (…)».[6]. Para el biógrafo de Valdmanis, «el colaboracionismo se hizo cada vez más indistinguible de la resistencia»[7] Una historia oficial coincide: «se podía ser simultáneamente un colaboracionista y un activo miembro de la resistencia».[8].

Un enfoque tan extravagante, incluso sobrecogedor, sólo es explicable (aunque no justificable) porque Letonia fue ocupada por Rusia de 1939 a 1941, y de 1944 a 1991. Por tanto, estos historiadores ven a quienes se oponían a Rusia como «resistentes». Y al contrario, aquellos letones que se opusieron al nazismo son calificados de «colaboracionistas, más que miembros del movimiento de resistencia»[9].

Los historiadores rechazan el «consenso de Núremberg», y aseguran que el enjuiciamiento a los criminales de guerra nazis constituye una «postura de los ganadores» que ignora las tropelías de los soviéticos[10].

Esta argumentación a la contraria tiene repercusiones incluso hoy en día. Un historiador letón disidente advierte de que «la realidad acerca del Holocausto y de los asesinatos en masa que también tuvieron lugar en Letonia durante la segunda guerra mundial se ignora, de manera deliberada o no intencionada»[11]. En mayo de 2010, a petición del gobierno letón, el Tribunal Europeo se opuso a la excarcelación de Kononov, el único partisano antinazi jamás condenado como criminal de guerra. Había liderado un ataque sobre una aldea sospechosa de proteger a colaboracionistas con los nazis, en el que se mató a nueve personas, entre ellas una mujer embarazada. El Estado de Letonia argumentó que «el Tribunal debería tener en cuenta los acontecimientos políticos e históricos antes y después de la segunda guerra mundial», incluyendo la ocupación soviética[12].

La confusión surge de la ausencia de una guerra popular en Letonia, ausencia cuya raíz se encuentra en la posición geográfica e histórica del país. Con una superficie de sólo 1/264 parte de la de Rusia, una séptima

parte de la de Alemania, estos poderosos vecinos la oprimieron durante mucho tiempo. Los caballeros teutónicos tomaron el control del país en el siglo XIII, y aunque los germanos bálticos representaban apenas un 4 por ciento de la población a principios del siglo XX, aún dominaban económica y socialmente. Por encima de ellos había un régimen zarista autoritario que perseguía agresivamente políticas de rusificación. Incluso tras la independencia, en 1918, las minorías étnicas controlaban más de tres cuartas partes de las empresas privadas[13].

En esta situación, la propia actitud hacia el imperialismo es crucial. El enfoque adoptado por el principal y mayor partido político del país, el Partido Obrero Socialdemócrata Letón (POSL) era el internacionalismo de izquierdas. El POSL tenía una política similar a la de [Rosa] Luxemburgo. Argumentaba que, en tanto existieran el imperialismo alemán o ruso, las demandas de independencia de Letonia eran poco prácticas en un país tan débil. Sólo una alianza con obreros revolucionarios que lucharan para derrocar a esas potencias imperialistas desde dentro podía tener éxito. De modo que Stucka[23a], líder del POSL, no quería «la guerra de nacionalidades sino la de clases»[14]. Esta política hizo que durante la Revolución rusa de 1905, los obreros de Riga se unieran en masivas huelgas que sacudieron al zarismo. Simultáneamente, los campesinos (el grupo social más numeroso) desafiaban el poder de los terratenientes alemanes[15].

Pero el imperialismo se recuperó y durante la primera guerra mundial, Letonia se convirtió en un campo de batalla disputado por Alemania y Rusia. Sólo escapó a la masacre cuando la insurrección bolchevique de 1917 retiró a Rusia de la guerra. Durante este episodio, los fusileros letones jugaron un destacado papel como «guardia pretoriana» de los bolcheviques. Sin embargo, por el tratado BrestLitovsk de 1918 se forzó a Moscú a ceder los Estados bálticos de Estonia, Lituania y Letonia a Alemania. Mientras los bolcheviques fueron demasiado débiles para hacer nada más, este acto probablemente evitó que tuviera lugar una revolución con éxito en Letonia, con amplio apoyo popular[16].

En 1918, con la influencia de la izquierda en retroceso, la iniciativa pasó a los nacionalistas letones, que tendían a pertenecer a las clases medias y alta. Temían a los trabajadores letones y a su internacionalismo, y estaban

dispuestos a aliarse con cualquier potencia imperialista que les garantizase un Estado con los empleos, estatus y poder necesarios para frenar a sus rivales domésticos. Gran Bretaña era hostil tanto al comunismo como al Káiser, de modo que en octubre se convirtió en la primera nación en acordar con Letonia reconocimiento diplomático[17]. Apenas unos días después de la capitulación de Alemania, los vencedores de la primera guerra mundial otorgaron independencia plena a Letonia.

Ésta comenzó el periodo de entreguerras con una democracia parlamentaria, pero tras la visita del presidente Ulmanis a la Alemania nazi en 1934, se introdujo el fascismo[18]. Su primer objetivo fueron los comunistas, cuyo apoyo a un gobierno extranjero fue tildado de «antipatriótico». Finalmente se prohibieron todos los partidos políticos (incluidos el Perkonkrusts y su propia formación). Aunque Ulmanis evitó el antisemitismo virulento, se alineó claramente con el lema general del Perkonkrusts impulsando eslóganes como «Letonia para los letones[19] y «Letonia es un Estado letón».[20]»

El pacto entre Hitler y Stalin otorgó los Estados bálticos a Rusia, y en 1940 tropas soviéticas derrocaron a Ulmanis. En una declaración digna de Orwell, el recién fundado «Gobierno Popular de Ciudadanos Libres de Letonia» declaró: «la presencia del Ejército Rojo en territorio de Letonia y la feliz bienvenida que nuestros habitantes han dispensado al Ejército Rojo son pruebas sólidas y garantía de nuestras estables relaciones y amistad fraternal con la URSS (…)»[21]. Unos comicios dieron por resultado un sonoro 98 por ciento de voto de confianza al «Bloque de Trabajadores del Pueblo». Sin embargo, se trataba del grupo del Partido Comunista Letón, el único partido legalizado. En aquella época el Partido tenía sólo 400 miembros, de los que apenas 50 eran étnicamente letones[22] En agosto de 1940 se admitió a Letonia en la URSS y su «comunidad de grandes tierras hermanas y socialistas y afortunadas naciones».[23].

Algunos letones se tragaron la retórica oficial. La excelente historia de la ciudad de Daugavpils escrita por Swain muestra cómo llegaron a creer que el dominio ruso implicaba luz verde a los soviets: consejos de trabajadores y soldados.

En las factorías Italia los soviets recortaron horas de trabajo, readmitieron a un obrero víctima del régimen fascista y aseguraron el pago de los sueldos de los días de la «revolución». En los barracones se mejoró la calidad de la comida, se purgaron los «elementos fascistas» y se promulgó igualdad de oportunidades de promoción para todas las nacionalidades, así como vacaciones[24]. Sin embargo, estas ilusiones se destruyeron rápidamente. Se impuso a la Letonia rusa lo que Swain llama «un plan de cinco años en cinco meses»[25] Se restauró en el poder a los antiguos directores de las fábricas y los comités del Partido reemplazaron a los soviets de amplias bases.[26] El racionamiento acompañó a un alza del 300 por ciento en el precio de los alimentos. Mediante el movimiento estajanovista se instó a los trabajadores a multiplicar su productividad y la policía secreta los espió.[27]. Mientras el pacto Hitler-Stalin se mantuvo, se dijo a los comunistas que «su tarea ya no era formar parte del movimiento mundial contra el fascismo, sino persuadir a un populacho escéptico de los beneficios de incorporarse a la Unión Soviética (…)»[28] Se incorporó rápidamente a las economías de los países del Báltico en los preparativos para la guerra de la URSS. En julio de 1940 el gobierno se apropió («nacionalizó») todas las grandes compañías y bancos.[29]. Siguieron cambios en la propiedad de las tierras que, aunque no llegaron a la colectivización total, hicieron sospechar a muchos campesinos que el Estado pronto se quedaría con sus tierras[30].

Dado que los Estados del Báltico estaban cerca de Leningrado y contenían minorías alemanas que Hitler podía emplear para justificar una invasión[31], se tomó la decisión de deportarlos, así como a otros «elementos peligrosos». La deportación de miles de ciudadanos causó un intenso resentimiento. El proceso se llevó a cabo en cuatro oleadas[32] que culminaron entre el 13 y el 14 de junio de 1941 con el envío de 15 000 personas (entre ellas 2400 niños menores de 10 años) a Siberia en condiciones infrahumanas.[33], Fue la última gran actuación del régimen.

Los círculos oficiales letones aún hoy en día llaman al periodo de las deportaciones «el año del terror»[34], y algunos implícitamente acusan a los judíos por lo que ocurrió. Una persona escribe: «parte de la población judía, en especial miembros del movimiento socialista judío, dieron la bienvenida

y colaboraron activamente con el régimen soviético»[35] Teniendo en cuenta la alternativa nazi esto apenas es sorprendente. Otros apuntan a «la evidente posición de los judíos en el nuevo régimen [que] provocó que los letones identificaran a la totalidad de la comunidad judía con el odiado régimen soviético».[36]. Un tercero señala que «tres de las principales figuras del aparato de seguridad eran de ascendencia judía, y esto creó un estereotipo común en la Letonia ocupada (…)». Un relato más mesurado subraya que «los letones, en Letonia, sólo vieron que los que perpetraban esto eran no sólo rusos y letones, sino también judíos… ¡Nuevamente esos judíos!»[37].

Como suele ser habitual, el estereotipo era falso. Los judíos de Letonia estuvieron entre los que más sufrieron. Constituían el 5 por ciento de la población, pero fueron el 11 por ciento de los deportados[38]. Su mayor cantidad se debía a su posición en la estructura económica, posición que se veía como un impedimento para el monopolio ruso: «los soviéticos veían a todos los pueblos conquistados como una posible amenaza que debía ser incorporada por la fuerza en el sistema comunista. Con respecto a los judíos, a los que no se otorgaba el estatus de nacionalidad en la ideología soviética, el objetivo era asimilarlos lo antes posible, deshaciendo las organizaciones comunales y religiosas judías»[39].

Y sin embargo, los judíos volvieron a ser las víctimas cuando, en ausencia de una alternativa viable al imperialismo, las acciones de un opresor (Rusia) empujaron a muchos en la población letona a los brazos de otro opresor (Alemania). Un libro explica que como consecuencia de las deportaciones «en un cortísimo periodo de tiempo, la percepción común de los alemanes (los “caballeros negros”[24a] como principales enemigos de Letonia (desarrollada a lo largo de siglos) se vio súbitamente sustituida por la percepción de que el principal enemigo de Letonia era Rusia y los comunistas. Este cambio de perspectiva definió la recepción a los alemanes cuando éstos invadieron».[40])

El régimen soviético de Letonia se desmoronó en 1941 bajo la masacre provocada por la Wehrmacht. Como antes, cuanto se derrocó el régimen de Ulmanis, hubo un breve periodo de transición en que ninguno de ambos imperialismos tenía todo el poder. Sin embargo, no surgió nada siquiera parecido a una resistencia contra los nazis. Aquellos que, a la izquierda, no

habían sido aplastados por el régimen fascista de Ulmanis, estaban desorientados o desacreditados por la fase estalinista. En lugar de ello, se formó espontáneamente un «movimiento partisano» nacional para hostigar al Ejército Rojo en retirada, colaborar con el avance alemán y arrestar a comunistas y judíos[41]. Los simpatizantes de los nazis crearon un Centro para Operaciones en Letonia para tomar el poder a escala local, pero los nuevos amos lo ignoraron[42].

Los nazis encontraban colaboracionistas entusiastas en todos los Estados que ocupaban: desde Quisling, en Noruega, hasta Pétain en Francia. Sin embargo, en la franja de territorios que habían experimentado recientes deportaciones por parte de los soviéticos, como los Estados bálticos y Ucrania, este fenómeno fue especialmente intenso. Aquí, escribe Dean, el autor estadounidense, «era relativamente fácil para los nazis reclutar localmente a gente dispuesta a implantar sus terribles políticas (…)»[43]. Los historiadores letones realizan terribles esfuerzos para asegurar que sus conciudadanos no se hubieran dedicado al genocidio sin un estímulo exterior.

En la mayoría de casos, el «interregno» entre control ruso y control alemán duró menos de un día, y no parece haber pruebas de asesinatos masivos espontáneos de judíos en ese breve tiempo[44]. Sin embargo, la velocidad de los acontecimientos es, a pesar de todo, sorprendente.

Se suele datar el Holocausto a finales de verano de 1941, y se generaliza a gran escala a partir de octubre. En Letonia, sin embargo, la Solución Final ya estaba en marcha desde el 23 de junio, dos días después de que los alemanes tomaran el poder. Para mediados de agosto una gran parte de los judíos de zonas rurales ya estaban muertos. En la región de Zemgale la proporción llegó al 100 por ciento. Esta exhaustividad sólo pudo darse gracias al conocimiento y estrecha colaboración de la población local. Como asegura Dean, en un sentido más amplio, «había un elemento de conocimiento de las víctimas por parte de quienes perpetraron las masacres [que] les otorgaba un carácter de cruel intimidad»[45] Los Comandos Letones de Autodefensa (una vez más suena a Orwell) identificaban y rodeaban a las víctimas. Se habían formado 700 unidades en tan sólo unas semanas.[46]. Es evidente que los invasores no tuvieron ningún problema

para encontrar voluntarios. Un estudio de la zona de Krustpils describe cómo funcionaban las cosas a pequeña escala:

> Tanto quienes ejecutaban como quienes daban las órdenes procedían de Krustpils o zonas adyacentes. Por norma general, los alemanes no solían estar presentes en operaciones que implicaran grupos pequeños de judíos. En lugar de ello permitían a sus esbirros tener «iniciativa» y les daban «rienda suelta». En todas las regiones de Letonia los asesinos locales ayudaban a aliviar la presión psicológica de los verdugos procedentes de la «raza superior». Lamentablemente, a menudo intentaban complacer a las autoridades ocupantes haciendo más de lo que se esperaba de ellos[47].

Los colaboracionistas letones se organizaban solos. Trabajando junto a los *Einsatzgruppen* alemanes había unidades como el Comando Arajs, de 1600 hombres, dirigido por un antiguo miembro del Perkonkrusts[48] Fue directamente responsable de asesinar a 26 000 personas y estuvo implicado en las muertes de 34 000 más.[49]. Aunque factores como la codicia, el sadismo y el antisemitismo pueden haber motivado al Comando Arajs, el testimonio ante los tribunales de un voluntario resulta revelador y a la vez típico. Se unió «para luchar contra las unidades del Ejército Rojo que se hubieran quedado atrás, contra activistas soviéticos y otros partidarios del régimen soviético (…)»[50].

La población general no necesariamente compartía los ideales genocidas de los escuadrones de «autodefensa». Otro voluntario del Comando Arajs sugiere que aunque sus miembros «se daban cuenta de que se asesinaría a un número incontable de personas», también sabían que el grueso de la población no apoyaba los asesinatos de mujeres y niños, pese a que el antisemitismo era generalizado[51]. Oficiales alemanes se quejaban de que los letones «se comportaban de manera pasiva hacia los judíos» y de que, pese a las expectativas, las tropas locales sólo habían liquidado espontáneamente a «unos cuantos miles»[52]. En efecto, se ha identificado a unos 400 individuos letones que, corriendo un gran riesgo personal, protegieron a judíos de la persecución[53].

Las relaciones entre nazis y letones estaban determinadas por el hecho de que los Estados bálticos eran la única parte del este de Europa que se pretendía incluir en el Reich tras la «germanización» (una combinación entre asimilación del 50 por ciento que se consideraba «racialmente

idóneo» con exilio o exterminio del resto)[54]. Por tanto, las autoridades nazis priorizaban a los letones por encima de otros europeos del Este, pero por la misma razón se oponían a su independencia. ¿Podía este bloqueo de las aspiraciones nacionales constituir la base para una guerra popular?

En Riga los alemanes establecieron una «Administración Propia» al mando del general Dankers. La mayoría de historiadores tratan estos entes como regímenes marioneta[25a], pero algunos historiadores letones describen la Administración Propia como una fuente de «resistencia». ¿Era ése el caso? Cuando los ocupantes pidieron que se crearan batallones de policía, el ministro Valdmanis sugirió que los letones deberían exigir concesiones por parte de los alemanes a cambio de su cooperación[55]. Resulta difícil alegar que poner un precio a la colaboración, en lugar de proporcionarla gratuitamente, constituya resistencia como tal, pero en cualquier caso Dankers revocó a Valdmanis. Hacia el final de la guerra había 49 batallones, con unos 15 000 individuos, en estado operativo. En realidad, «batallón de policía» era un nombre incorrecto, dado que las tareas que asumían incluían combatir en el frente del Este, vigilar el gueto de Varsovia y transportar judíos de Treblinka al campo de exterminio[56].

El cobarde enfoque por el que abogó Dankers no hizo disminuir un ápice la explotación que sufrió Letonia. Los nazis la trataron tan brutalmente como los rusos. Cuando la aldea de Audrini escondió a soldados del Ejército Rojo, se asesinó a sus 235 habitantes y se incendiaron los edificios[57]. La operación Magia de Invierno, contra los partisanos, en la frontera con Rusia, implicó aplanar una franja de 40 km de tierra de nadie. Todas las mujeres y niños que no huyeron fueron deportados a campos de concentración o a Alemania, mientras que a los hombres se los deportó o se los fusiló[58] La explotación económica fue igualmente desvergonzada. Los alemanes se quedaron con propiedades expoliadas bajo la ocupación soviética como «botín de guerra».[59] Posteriormente se ha calculado que Alemania le costó a Letonia 660 millones de dólares (en comparación con los 1000 millones que costó Rusia):[60] se utilizó a 265 000 letones como mano de obra en el Reich.[61] Cuando se acabaron los voluntarios hubo lo que Swain llama «una caza de personas (…)

Escuadrones de secuestro atrapaban a quien se encontrara más cerca y le obligaban a montarse en el camión a punta de pistola».[62].

La gente de la época hacía una comparación directa con la ocupación rusa. Un oficial alemán creía que las actividades de su país eran «tan brutales que los métodos empleados pueden, ciertamente, compararse con los métodos de la checa [rusa]»[63]. Un prisionero comunista dijo a sus carceleros: «hemos tratado mal a nuestra gente. Tan mal que sería casi un arte tratarlos peor. Vosotros los alemanes lo habéis logrado». Otro sospechaba que los nazis «no eran en absoluto alemanes, sino rusos que lucían otros uniformes»[64]. Todo esto debería haber dado multitud de razones para combatir contra los alemanes.

Y sin embargo es difícil encontrar oposición. En un desesperado intento de encontrarla, algunos historiadores letones aseguran haber descubierto el huidizo elemento antifascista en un ente propuesto por Himmler en mayo de 1943, la «Legión de Voluntarios Letones de la SS», una tropa de 150 000 efectivos[65] La describen como «el centro legal de resistencia contra el dominio alemán».[66]. ¿Por qué? En primer lugar, insisten en que no se trataba de una fuerza voluntaria porque el grueso de la Legión era de conscripción[67]. Incluso si es correcto, esto no convierte a los conscriptos en resistentes. La segunda táctica es sugerir que los letones se enfrentaron a los alemanes acerca de su formación. Cuando la Administración Propia consideró por primera vez la propuesta de Himmler se renovó el debate previo acerca de «más reclutas como precio por concesiones, o concesiones como recompensa por más reclutas»[68]. Valdmanis quería que Alemania diera a Letonia un estatus títere mejorado, como recompensa por la aportación de 100 000 soldados[69], pero la Administración Propia realizó una propuesta más modesta: que se diera el mando al general letón Bangerskis. La propuesta fue rechazada, pero la Administración Propia cedió y aprobó la Legión. A cambio los nazis realizaron la mínima concesión posible. Se nombró a Bangerskis inspector general con rango de SSGruppenführer y teniente general de las Waffen-SS[70].

Así pues, ¿qué queda de lo de «centro legal de resistencia»? Sólo esto: «desde el principio, en la Legión prevaleció un espíritu letón». Por ejemplo, las órdenes se daban en letón, los rangos, las listas y las plegarias eran los

mismos que en el antiguo ejército letón[71]. ¡Se supone que hemos de creer que luchar junto a los nazis era resistencia, siempre y cuando que los himnos se cantaran en letón!

Un análisis apenas un poco más creíble de la Legión es que: «aunque luchaban con un aliado no deseado, los soldados letones lucharon heroicamente contra su mayor enemigo, los comunistas»[72]. Un estudio sobre veteranos extranjeros de las Waffen-SS corrobora esto, al mostrar que, aunque pocos noruegos o finlandeses eran entusiastas partidarios de la «cruzada contra el bolchevismo» nazi, el 100 por ciento de los letones citaron el anticomunismo como su motivación[73].

¿Adquiere siquiera un destello de plausibilidad la noción de resistencia a través del hecho de que los alemanes reprimieron a ciertos líderes letones? Es cierto que a los nazis no les gustaban quienes ponían un precio a la colaboración. Cuando Celmins se opuso a que se prohibiera su partido Perkonkrusts, lo enviaron al campo de concentración de Flossenburg. A Valdmanis lo deportaron en 1943. Pero a Celmins lo trataron como a un «preso de honor»[74] a diferencia de los 1100 letones que fueron asesinados en el campo.[75], Para Valdmanis, la deportación supuso su realojamiento en el hotel más prestigioso de Berlín[76]. Es ridículo comparar a estas personas con los verdaderos resistentes de cualquier otro lugar, que se enfrentaban a la tortura y a la muerte.

Nuestro candidato final a resistencia antinazi es el Consejo Central de Letonia (CCL). Bilmanis, embajador de Letonia en los EE.UU. en la preguerra, afirmaba estar a favor de «los principios de la Carta Atlántica [y] seguía una política basada en la próxima victoria de Gran Bretaña y los Estados Unidos (…)»[77]. Respaldado por los cuatro partidos políticos letones más grandes de preguerra, el CCL era, según la historia oficial actual, «la mayor y más importante organización de resistencia [cuya] más importante postura era la lucha contra ambas potencias ocupantes: los nazis y los soviéticos». Lamentablemente, las pruebas acerca de esta equitativa oposición al totalitarismo son escasas. Incluso quienes afirman lo anterior admiten que el CCL no luchó contra los nazis[78] porque «la acción militar tan sólo serviría para debilitar a la Alemania nazi y propiciar, por tanto, el regreso del régimen soviético»[79].

El programa político del CCL, firmado por 190 individuos prominentes, es muy aplaudido, pero pocos lo citan. En realidad es cualquier cosa menos una declaración de oposición al nazismo. El prólogo advierte: «El enemigo del Este se aproxima nuevamente, amenazante, a Letonia». Luego se queja de que el bloqueo nazi a las aspiraciones nacionalistas letonas está perjudicando «la completa movilización de los habitantes de Letonia en las fuerzas armadas alemanas»[80]. Y la declaración era una súplica dirigida, ni más ni menos, que al mismísimo SSGruppenführer letón y teniente general de las Waffen-SS, Bangerskis. Éste era el hombre al que se dirigieron los alemanes en sus momentos finales para que encabezar una administración *ersatz*[26a] que actuara de tapadera de sus actos ilegales[81]. Con toda probabilidad es un signo de la debilidad de la resistencia el que los nazis de la región letona de Curlandia (Kurzeme) se rindieran un día *después* de que lo hiciera la propia Alemania, con lo que acababa oficialmente la segunda guerra mundial en Europa.

Había otra fuerza que se arrogaba el manto de la resistencia en Letonia: los partisanos prosoviéticos. Un detallado estudio, que mostraba que tuvieron dificultades para arraigar más allá de las ciudades de Riga, Liepaja y la zona fronteriza de Latgale, sugiere que eran una herramienta de Moscú y que, por tanto, tenían muchos problemas para reclutar[82]. Cuando el Comité Central en el exilio del PC letón intentó fundar bases en el país, los partisanos que ya se encontraban sobre el terreno declararon que era imposible, de modo que durante un prolongado periodo las operaciones se iniciaban en la vecina Bielorrusia[83]. Finalmente la brutalidad nazi aportó reclutas, primero procedentes de la población de etnia rusa y posteriormente de capas más amplias[84]. Hacia 1943 había ya más voluntarios que armas con las que equiparlos, debido a que, en palabras de un informe de los partisanos, «en Latgale todo el mundo espera el regreso del Ejército Rojo, debido a los impuestos, a los altos precios y a las exigencias de los alemanes»[85]. Hacia el final de la guerra, unidades como la Flecha Roja, compuesta por paracaidistas del Ejército Rojo, comunistas letones y desertores de la Legión, realizaban ofensivas en varias zonas[86]. En época de Stalin se daba la cifra de 20 000 partisanos[87] pero una cifra más realista

es la ofrecida por ellos mismos tras su disolución en octubre de 1944: 5900.[88].

Por último queda mencionar a los más de 40 000 letones que lucharon en las filas de la División de Fusileros Letones del Ejército Rojo y otras unidades. Sin embargo, no eran más independientes, con respecto al imperialismo, que la Legión Letona de las SS. Al respecto, el choque de imperialismos y la falta de una alternativa popular dieron por resultado una guerra civil letona en que ambas partes mataban a sus compatriotas a las órdenes de un opresor extranjero[89].

El régimen prosoviético que reemplazó a los nazis tras la segunda guerra mundial carecía tan a las claras de apoyo local que tuvo serias dificultades para hallar suficientes personas que hablaran la lengua local para sus oficinas. La mitad de los puestos clave del distrito de Daugavpils eran rusos, y sólo uno de cada seis era étnicamente letón[90]. Y sus acciones no hicieron mucho por ganarse la popularidad. Las deportaciones comenzaron nuevamente, con 150 000 personas enviadas a Siberia en los primeros cinco meses de 1945[91].

La experiencia de los civiles hace evidente la razón por la que no hubo una guerra popular. Se encontraron atrapados entre dos poderosos bloques imperialistas. El autor pudo comprobarlo en persona durante una entrevista en Riga a una mujer que tuvo un abuelo en la Legión SS y otro en el Ejército Rojo. En 1940 los soviéticos arrasaron la granja de su abuela, y en 1941 la Wehrmacht hizo lo mismo. Ambos ejércitos la saquearon, y en los últimos días de la guerra los partisanos se les unieron. Otra mujer describía la historia de su familia tras la llegada de los nazis en estos términos:

> [A] mi padre lo enviaron a prisión; a mi hermano menor lo deportaron a Alemania con 18 años de edad. Tras algún tiempo lo metieron en el campo de concentración de Stutthof, en Danzig[27a]. A mí me deportaron a Alemania para trabajar la tierra a la edad de 17 años. En 1944 los comunistas ocuparon Letonia por segunda vez. Con la confusión de la guerra no pude saber nada de mi familia. Más tarde me llegaron noticias de que habían deportado a mi padre a Rusia, a pie, con setenta y un años de edad, y que había muerto en algún lugar en la cuneta de la carretera[92].

El epílogo a la segunda guerra mundial en Letonia es igualmente desolador. Sin una guerra popular como contrapeso, el imperialismo

determinó totalmente el destino del pueblo. Los nacionalistas letones retiraron su lealtad a los derrotados alemanes en el último minuto, con la esperanza de contar con las simpatías de los Aliados. No hubo ninguna diferencia. Las conferencias de Teherán y Potsdam sellaron las ganancias que Stalin había obtenido con su pacto con Hitler. Esto minó a los «partisanos nacionales», de los que unos 20 000 desafiaron el control soviético tras 1944. Muchos habían sido entrenados por el contraespionaje alemán, y hacia 1953 habían matado a 3242 soldados del Ejército Rojo, una cifra aproximadamente equivalente a la de sus propias pérdidas[93].

Los letones que habían estado combatiendo junto a los alemanes constituyeron el grupo más numeroso de personal enemigo no alemán capturado[94]. Cuando la Guerra Fría se abrió paso, Gran Bretaña anunció que esos veteranos de las Waffen-SS del Báltico no eran, al fin y al cabo, criminales de guerra, sino «personas desplazadas». Aceptaron el argumento del embajador letón de preguerra de que personas como Arajs «eran grandes patriotas nacionales, hombres de medios bastante modestos; antibolcheviques, por supuesto, pero a los que no se podía describir como fascistas»[95] Los EE.UU. dieron empleo a Valdmanis basándose en que «nunca había participado en política y su carácter e historial eran excelentes».[96].

Los historiadores letones han tratado de normalizar la experiencia de su país intentando ligar una «resistencia» a su pasado. Esto no se puede hacer porque, a diferencia de la mayor parte de otros lugares, nunca hubo ningún movimiento independiente de los imperialismos de uno u otro pelaje. La consecuencia fue la aniquilación de los judíos y la devastación para los habitantes locales que quedaron con vida. Letonia es una especie de prueba en negativo del argumento de las guerras paralelas. Muestra cuán terrible pudo llegar a ser la segunda guerra mundial, y lo importante que fue, en los demás lugares, la guerra popular.

Conclusión

En esta sección hemos visto cuatro patrones de interrelación muy diferentes entre la guerra popular y la guerra imperialista. El contexto común fue que todos estos países fueron ocupados por el Eje, aunque la respuesta a ese problema varió enormemente.

A un extremo del espectro se halla Yugoslavia, donde la guerra popular fue capaz de aprovechar las fisuras internas del imperialismo para triunfar. En Grecia, el ELAS se enfrentó con éxito al imperialismo del Eje, pero el imperialismo británico le robó la victoria. La guerra popular polaca, el Alzamiento de Varsovia, carecía del armamento necesario para derrotar a los nazis si no se la ayudaba, y la potencia aliada que podría haberla ayudado la abandonó cínicamente. El caso de Letonia es quizás el más trágico, si no el mayor en escala. El peso aplastante de sucesivas invasiones imperialistas impidió que surgiera una alternativa popular. La consecuencia fue un terrorífico Holocausto en miniatura en que partes de la población local tomaron equivocadamente parte en uno de los bandos imperialistas, los nazis, en la creencia de que podrían castigar al imperialismo ruso asesinando judíos.

Los próximos ejemplos que tomaremos en cuenta son los países Aliados. Ni Gran Bretaña ni los EE.UU. soportaron una invasión por parte del Eje como Yugoslavia, Grecia o Polonia. Y, sin embargo, también allí surgió el fenómeno de las dos guerras.

Parte 2

FRANCIA, GRAN BRETAÑA Y LOS EE.UU.: DIVISIONES EN EL BANDO ALIADO

La coexistencia de las guerras imperialista y popular en Europa Occidental durante la segunda guerra mundial está íntimamente relacionada con el resultado de la Primera [Guerra Mundial], en la que se presenció un monumental enfrentamiento entre las potencias ya establecidas de Gran Bretaña, Francia y Rusia contra un ambicioso recién llegado: Alemania. Ese enfrentamiento entre los ricos y poderosos causó terribles sufrimientos a la gente común, de modo que cuando proletarios y campesinos se hicieron con las propiedades de los terratenientes y capitalistas rusos, en 1917, inspiraron una oleada general de revolución. Aunque la clase trabajadora no consiguió el poder en ningún otro país excepto Rusia, las élites se habían asustado lo suficiente como para apoyar un contragolpe ultraderechista.

En Alemania e Italia, donde se concentraban especialmente frustradas ambiciones imperiales y luchas de clases típicas de posguerra, rabiosos movimientos contrarrevolucionarios se hicieron con el poder. Hitler y Mussolini tenían un doble objetivo: construir nuevos imperios a expensas de los antiguos y aplastar la organización de la clase obrera. Así pues, en Europa Occidental la ofensiva del Eje significó tanto una renovada apuesta por la hegemonía como un crudo ataque a las clases trabajadoras. Esta doble amenaza inspiró una respuesta doble: la guerra interimperialista y la guerra popular antifascista.

6

FRANCIA: GLORIA IMPERIAL CONTRA IDEOLOGÍA DE LA RESISTENCIA

La aplastante derrota de Francia por Alemania en 1940 fue uno de los acontecimientos más dramáticos del siglo XX. Una poderosa potencia europea había sido humillada tras sólo seis semanas de *Blitzkrieg*[28a]. Se ha criticado mucho el conservadurismo de los generales franceses que pensaban en términos de trincheras de la primera guerra mundial en lugar de en la más moderna tecnología. Las fuerzas de Hitler se apoyaban en los aviones y en columnas de carros de combate que sortearon esos obstáculos con aterradora facilidad. Sin embargo, el desastre no puede explicarse solamente en términos militares. Al fin y al cabo, las fuerzas que se oponían estaban en igualdad de condiciones: Alemania puso sobre el terreno 114 divisiones y 2800 carros de combate; Francia, 104 divisiones y 3000 carros de combate[1].

El destino de Francia se vio también influido por un historial de guerra de clases en casa. El 6 de febrero de 1934, grupos de extrema derecha intentaron asaltar el Parlamento francés, pero la policía los bloqueó. En la lucha murieron 15 personas y 1400 resultaron heridas[2]. Aunque los disturbios no consiguieron llegar a su objetivo, propiciaron la caída del primer ministro Daladier. Una manifestación unitaria de protesta de la izquierda siguió a los acontecimientos. El movimiento se hizo imparable y una huelga general de 4,5 millones de personas demostró la determinación

de la clase trabajadora de resistir al fascismo[3]. No fue sino el preludio para otras huelgas aún más amplias. Sólo en junio de 1943 hubo 12 142 huelgas diferentes. Un participante describía sus sentimientos: «ir a la huelga es la alegría misma. Una alegría pura, sin más calificativos (…) La alegría de hacerle frente a tu jefe con la cabeza bien alta (…) de caminar entre las máquinas silenciosas, con el restablecido ritmo de la vida humana»[4]. Ese mismo año resultó elegido un gobierno de Frente Popular.

La cercana relación entre antifascismo, la lucha de los trabajadores y comunismo llevó a muchos elementos de las élites a pensar que la amenaza que suponía Hitler a la soberanía estatal francesa constituía el menor de dos males. De Gaulle, el futuro líder francés, describía así el fenómeno: «algunos círculos se inclinaban a ver más en Stalin que en Hitler un peligro. Estaban mucho más preocupados por cómo atacar a Rusia (…) que por cómo tratar con el Reich»[5].

Esto explica el titubeo francés durante los primeros días de la segunda guerra mundial. Pese a las declaraciones formales de beligerancia a causa de Polonia en septiembre de 1939, tanto Gran Bretaña (que había abandonado, a regañadientes, su política de apaciguamiento hacía muy poco) como Francia realizaron una *drôle de guerre* (guerra falsa). Esto implicaba acciones militares meramente nominales contra Alemania. No hubo tal timidez cuando hubo que oponerse al ataque ruso contra la lejana Finlandia. El plan del general Gamelin de enviar tropas sólo se frenó cuando los finlandeses negociaron la paz a principios de 1940[6].

Entre tanto, el gobierno francés inició una caza de brujas contra el Partido Comunista (Parti Communiste Français-PCF). En vísperas de la invasión nazi se suspendieron 300 ayuntamientos comunistas con 2778 concejales. Tras 11 000 redadas policiales, se prohibieron los diarios de tirada masiva *Ce Soir* y *L'Humanité* junto a otras 159 publicaciones comunistas[7]. Por primera vez se expulsó y encarceló a representantes electos de la Tercera República, y se condenó a muerte a siete líderes comunistas[8] Los empresarios emplearon este clima de intimidación para abusar de los activistas y huelguistas de 1936.[9].

Fue contra este telón de fondo que Alemania atacó en verano de 1940. Sus tácticas fueron aterradoramente eficaces, pero, aún más importante, el

gobierno francés se encontraba en un brete perfectamente resumido por un refugiado de los combates:

> La clase dominante, en cualquier país democrático (…) ha de apoyarse en las fuerzas de toda la nación, ha de poder llamar a todas las clases sociales, tiene que atraer, sobre todo, a la clase trabajadora. O puede intentar aceptar al agresor, apaciguarlo, llegar a un acuerdo con él, a fin de evitar un trauma en la estructura social (…)[10].

Los líderes franceses eran conscientes de la elección. El general Weygand, Comandante Supremo, comunicó a De Gaulle sus temores de que la organización militar del país «se derrumbara súbitamente y diera lugar a la anarquía y la revolución»[11]. Estaba preparado para rendirse, pero una persistente duda permanecía: «¡Ah! ¡Si sólo estuviese seguro de que los alemanes me dejarían las tropas necesarias para mantener el orden!»[12]. Finalmente, dejando la duda atrás, Weygand precipitó a sus colegas a rendirse asegurando que Maurice Thorez, líder del PCF, había dado inicio a la revolución y capturado el palacio presidencial… ¡Una pura invención[13]!

En medio de este tumulto, el mariscal Pétain exhibió un claro sentido histórico francés. Ya desde 1789 los gobiernos revolucionarios habían tenido que elegir entre la movilización general para repeler amenazas externas o la represión de la población para mantener el dominio de clase. En 1871, cuando la radical Comuna de París rehusó comprometerse con los invasores alemanes, Thiers se había aliado con éstos para ahogar en sangre a la clase trabajadora parisina. Siete décadas más tarde, Pétain argumentaba que, enfrentado con Hitler, «lo único que se podía hacer era acabar, negociar y, si se daba la oportunidad, aplastar la Comuna [es decir, la resistencia popular] al igual que, en las mismas circunstancias, había hecho Thiers»[14].

En un intento de inyectar algo de temple, Churchill propuso una unión franco-británica con ciudadanía conjunta para todos[15] El gabinete francés reaccionó con comentarios del estilo de «mejor ser una provincia nazi. Al menos sabemos qué significa».[16]. Su deseo se cumplió. El 22 de junio de 1940 se firmó un armisticio con Alemania que otorgaba a los nazis la zona norte (aproximadamente un 5 por ciento del territorio nacional) poniéndola

bajo su control directo. El régimen colaboracionista de Vichy, de Pétain, gobernaba el sur.

Entre la clase trabajadora, se había hecho evidente un cambio de punto de vista desde las manifestaciones de 1934 y las huelgas de 1936. Cuando los gobiernos británico y francés apaciguaron a Hitler con motivo de [la invasión de] Checoslovaquia, esta actitud provocó una lluvia de aplausos en los partidos de centro y derecha del Parlamento francés. El líder del PCF contraatacó: «Francia había cedido al chantaje, traicionado a un aliado, allanado el camino a la dominación alemana y, quizás irremediablemente, puesto en peligro sus propios intereses»[17]. Quinientos treinta y cinco diputados respaldaron la postura del gobierno, mientras que 75 (de los que 73 eran comunistas) votaron en contra.

Sin embargo, la izquierda quedó desarbolada con el pacto Hitler-Stalin. Mientras Rusia y Alemania saqueaban Polonia, los líderes del PCF pedían la paz con Hitler. Cuando ésta llegó y las botas claveteadas de los nazis sonaron por las calles de París, el PCF escribió:

> El imperialismo francés ha sufrido la mayor derrota de su historia. El enemigo, que en cualquier guerra imperialista se halla en casa, ha sido derrocado. La clase trabajadora de Francia y del resto del mundo ha de ver este acontecimiento como una victoria y comprender que ahora se enfrenta a un enemigo menos. Es importante hacer todo lo necesario para asegurar que la caída del imperialismo francés sea definitiva.

Había una aclaración añadida a este sorprendente anuncio:

> Una cuestión a tener en cuenta es si la lucha del pueblo francés tiene el mismo objetivo que la lucha del imperialismo alemán contra el imperialismo francés. Esto es cierto tan sólo en el sentido en que el imperialismo alemán es un aliado temporal[18].

No todos los comunistas aceptaron este sinsentido. Un tercio de los diputados del PCF rechazaron la idea de que Francia estaba ocupada por un «aliado temporal»[19].

El PCF tenía razón con respecto a algo: el imperialismo francés había sido derrotado por el imperialismo alemán, aunque su derrota no fue «definitiva». El 18 de junio, Charles De Gaulle, un joven brigadier general francés que había escapado a Londres, anunció la existencia de una

«Francia Libre» a través de la BBC: «ocurra lo que ocurra, la llama de la resistencia francesa no debe extinguirse[29a] y no se extinguirá»[20].

La idea de De Gaulle de en qué debería consistir esa resistencia era un tanto extraña. Emplazó al comandante en jefe francés del norte de África, al alto comisionado de Siria/Líbano y al gobernador general de la Indochina francesa a que formasen un «Consejo por la Defensa del Imperio»[21]. A la semana siguiente afirmó que «se pueden sentir poderosas fuerzas de resistencia en el Imperio francés». El 3 de agosto De Gaulle informó: «en numerosos lugares del Imperio, hombres valientes se alzan, dispuestos a conservar las colonias de Francia»[22].

No es sorprendente que comandantes en jefe, altos comisionados y gobernadores generales no respondieran de inmediato, y De Gaulle se vio obligado a repensar cómo podía salvar el imperialismo francés. Añadió dos nuevos componentes a su estrategia: en primer lugar hay que expulsar a los nazis, y no hay alternativa a la movilización de las masas, pero hay que evitar que se excedan. No abandonó su defensa inicial del Imperio. La siguiente es la formulación del propio De Gaulle:

> Estaría el poder del enemigo, que sólo podría ser derrotado tras un largo proceso. (…) Habría, por parte de quienes aspiraban a la subversión, la determinación de redirigir la resistencia nacional hacia el caos revolucionario. (…) Habría, por último, la tendencia de las grandes potencias a aprovechar nuestra debilidad para perseguir sus intereses a expensas de Francia[23].

De Gaulle se extendió sobre este último punto cuando pidió a los administradores coloniales franceses que «defiendan sus posiciones directamente contra el enemigo [y] desvíen a Inglaterra (y posiblemente un día a América) de la tentación de asegurarlos por cuenta propia»[24].

Aunque el brigadier general se convertiría en su símbolo, en Francia la resistencia se desarrolló de manera independiente. Comenzó como una «cadena de solidaridad» (rutas de escape para prisioneros que huían del ocupante). Luego aparecieron «redes» para pasar información a los Aliados. Pronto les siguieron movimientos organizados en torno a periódicos clandestinos[25].

En 1941, tras el ataque de Hitler contra Rusia, el PCF se unió a la lucha y el nivel de acciones directas y sabotajes subió de manera espectacular. Por ejemplo, en un periodo de solamente tres meses los comunistas aseguraron haber montado 1500 acciones (158 descarrilamientos, destrucción de 180 locomotoras y 1200 vagones llenos de materiales o tropas; sabotaje a 110 motores de locomotoras y 3 puentes, y 800 soldados alemanes muertos o heridos)[26]. En 1942, un intento de reclutar mano de obra francesa para Alemania llevó a muchos jóvenes a unirse a bandas de guerrilleros maquis. Por último, en 1944 la resistencia organizó importantes acciones de diversión para apoyar los desembarcos del Día D en Normandía. Este nivel de acción requería coraje. A los resistentes los cazaba la Gestapo en el norte y el régimen de Vichy en el sur. La tortura, el campo de concentración o la ejecución eran posibilidades reales: 60 000 miembros del PCF murieron[27].

La resistencia funcionó a la vez como un «movimiento» y «una organización»[28]. Como movimiento tenía un seguimiento masivo. La circulación diaria de su prensa era de 600 000 ejemplares en 1944, incluso cuando la posesión de un periódico clandestino podía significar ser arrestado por la Gestapo[29]. Los resistentes organizados eran menos, contabilizando un 2 por ciento de la población adulta[30].

¿Quiénes fueron estos individuos que, en palabras de un influyente periódico del norte, «sin jamás transigir [con los alemanes], probaron su valía bajo la ocupación alemana?»[31]. Aunque se ha estudiado a fondo la resistencia francesa, la pregunta resulta difícil de responder porque nadie portaba tarjeta de miembro. Las pruebas existentes resultan contradictorias. Con respecto a su composición social, Georges Bidault, presidente del Consejo Nacional de Resistencia, escribió:

> La resistencia incluía a todos los tipos, todas las clases, todos los partidos. Había obreros codo a codo con campesinos, maestros, periodistas, funcionarios, aristócratas, sacerdotes y muchos más. La mayoría de ellos se unió a partir de una elección personal, nacida de la rebelión de su conciencia[32].

Esta diversidad parece contradecir la aseveración de que había una guerra imperialista, liderada por las élites gobernantes, y una guerra popular respaldada por las masas. Sin embargo, esa conclusión es incorrecta.

La composición de la resistencia era heterogénea debido a la lucha por la independencia nacional, y la traición a esta lucha por parte de la clase gobernante enfureció a muchos estratos de la población. La lucha nacional y la lucha de clases se solaparon. Pero la composición social y las expectativas sociales de la resistencia no eran idénticas.

Sin importar lo amplio de su base, su perspectiva era marcadamente izquierdista, porque la élite francesa estaba «decididamente comprometida debido a su firme adhesión a Vichy y, consiguientemente, a la dominación alemana»[33]. Había resistentes aislados con ideas de derechas, incluso de ultraderecha, pero luchar contra el fascismo era algo más natural para los círculos izquierdistas[34],

> porque era cuestión de continuar una batalla en la que ya estaban implicados. (…) Quienes habían votado por el Frente Popular en Francia, y deseaban una victoria de los republicanos en España, eran inmediatamente hostiles no sólo a la Europa de Hitler, sino también a la Francia de Pétain[35].

Era de esperar que el componente del PCF emplease un lenguaje radical, pero no era el único. El resto de la resistencia producía documentos que, en palabras de un historiador, «eran virtualmente unánimes a la hora de predecir y declarar la revolución»[36]. Una y otra vez, las publicaciones de la resistencia ilustraban la radicalización causada por la ocupación y la capitulación. Un artículo titulado «Esta guerra es revolucionaria» explicaba que se trataba de «una lucha entre dos concepciones del mundo (…) la de la autoridad y la de la libertad»[37]. Continuaba: «las masas no actuarán a menos que sepan cuál es el objetivo, y tiene que ser un ideal que justifique sus esfuerzos, lo suficientemente grande para impulsar el supremo sacrificio. (…) LA LIBERACIÓN DE LA HUMANIDAD»[38]. Esto implicaba mucho más que la expulsión de los nazis:

- Liberación con respecto a la servidumbre material: hambre, sordidez, las máquinas
- Liberación con respecto a la servidumbre económica: la injusta distribución de la riqueza, crisis y desempleo
- Liberación con respecto a la servidumbre social: dinero, prejuicios, intolerancia religiosa
- Y respecto al egoísmo de los poseedores (…)[39].

Libération, el diario de D'Astier, un aristócrata exmilitar asociado a círculos sindicales y socialistas, tomaba una postura similar:

> Lucharemos y combatiremos, con armas en las manos, por la liberación respecto a nuestros enemigos internos y externos, la guerra y el imperialismo nacional, el poder del dinero y económico y las dictaduras imperialistas de todo tipo, ya sean estatales, sociales o religiosas[40].

Tales sentimientos no podían estar más alejados de De Gaulle, cuyos instintos eran claramente autoritarios. Su lema autoproclamado era: «La deliberación es obra de muchos hombres. La acción, de uno solo»[41]. Sin embargo, comprendió la necesidad de mezclar un lenguaje radical en su defensa del imperialismo francés si quería tener alguna opción de controlar el movimiento. De modo que salpimentó sus discursos con frases como ésta: «Al unirse para la victoria [el pueblo francés] se une para la revolución. (…) Para nosotros el final de la guerra no significará tan sólo la restauración total de nuestro territorio nacional y de su imperio, sino también la completa soberanía del pueblo»[42]. Pero sus palabras carecían de convicción y surgió una lucha por el poder entre De Gaulle, en el exilio, y el movimiento de resistencia en Francia.

Hasta su muerte a manos de la Gestapo en 1943, el emisario de De Gaulle fue Jean Moulin. Comunicaba respeto porque, cuando era prefecto del Departamento de Eure-et-Loire, al estallar la guerra, los nazis lo encerraron en una habitación con el torso mutilado de una mujer y lo torturaron para que firmara un documento acusando a los soldados franceses. Temiendo poder sucumbir a la presión, intentó suicidarse[43]. De Gaulle quería que Moulin se asegurase de que la resistencia trabajaba para los intereses de la Francia imperial en lugar de los del pueblo. Sus instrucciones eran «reinstaurar a Francia como combatiente, evitar la subversión (…)»[44].

El primer paso era obtener el control. Las órdenes de Moulin eran poner a los muchos grupos de resistentes bajo «una sola autoridad central»[45] sin la cual «podían deslizarse hacia la anarquía de las "grandes compañías" o (…) hacia la influencia del comunismo».[46], Primero amalgamó a los grupos no comunistas del sur en el Movimiento Unido de Resistencia

(MUR). En mayo de 1943 formó el Consejo Nacional de la Resistencia (CNR), que incluía a los comunistas.

La segunda tarea de Moulin era asegurar la autoridad política de De Gaulle en la esfera militar, excluyendo el debate ideológico y la discusión: «la separación de las actividades políticas y militares del movimiento debe dar como resultado una organización militar autónoma ligada a Londres, de donde recibirá órdenes que ejecutará»[47]. Éste sería el jerárquico «Ejército Secreto» con el que De Gaulle esperaba poder neutralizar la eficacia de los elementos radicales.

La resistencia aceptó una estructura más unificada en interés de acciones coordinadas, pero se opuso amargamente a la separación de las funciones militar y política.

Frenay, del MUR, insistía en que «el Ejército Secreto es parte integral del Movimiento Unido, porque este último creó todas las partes, determinó su estructura, su orientación, dio forma a sus cuadros y reclutó a sus tropas»[48]. La visión de la guerra de Frenay era radicalmente distinta a la de De Gaulle:

> Con nosotros la disciplina se consigue mediante la amistad y la confianza. La subordinación, en el sentido militar del término, no tiene sentido. No es posible (y tenemos una amplia experiencia en esto) imponer oficiales en ningún nivel de jerarquía. Lo que se puede conseguir en un regimiento o una oficina del gobierno es imposible aquí[49].

Ejércitos diferentes emplean técnicas diferentes, como explicaba otro líder de la resistencia:

> Por una parte estaban aquéllos, habitualmente antiguos oficiales, que veían como una cuestión de honor convertir a «sus chicos» (…) en un clásico ejército convencional. (…) Otros eran conscientes de estar participando en una guerra revolucionaria, y para algunos de ellos, una verdadera guerra civil internacional (…) y en el área de tácticas empleaban métodos de guerrilla[50].

Ninguna de ambas partes ganó directamente el debate, y siguió habiendo milicias separadas, que iban desde el Ejército Secreto de De Gaulle a los *Franc-Tireurs et Partisans*[30a] (FTP) liderados por el PCF. Otros, como el MUR, quedaban en medio. Cada una adoptaba una estrategia diferente. El Ejército Secreto serviría de herramienta de De

Gaulle y adoptó el clásico enfoque de política de espera. Aguardaba a que el brigadier general cruzara el Canal en el Día D (*Jour J* en francés)[51]. Esto iba tan en contra del espíritu de la resistencia que Moulin tuvo que desmentir rumores «de que la intención sea prohibir toda acción por parte de militantes del Ejército Secreto mientras esperan al Día D (…) algo que, en cualquier caso, es prácticamente imposible»[52].

Los movimientos liderados por comunistas ignoraron esta actitud de esperar y ver y lanzaron acciones de alto perfil, a menudo con un coste extraordinario para sí mismos[53]. Habrían podido conseguir tranquilamente la «influencia» que temía De Gaulle (y que obtuvieron en lugares como Yugoslavia y Grecia) si no hubiera sobrevenido la invasión del norte de África, liderada por los EE.UU., en noviembre de 1943 (Operación Antorcha).

Antorcha se desarrolló sin problemas porque en Argel oficiales progaullistas, de acuerdo con un movimiento de resistencia liderado por José Aboulker, arrestaron a los máximos oficiales del régimen de Vichy y tomaron los barracones y puestos de mando[54]. En cuanto los americanos desembarcaron iniciaron negociaciones con uno de los prisioneros, el almirante Darlan. Se trató de una decisión sumamente insensible. Incluso Funk, que alabó parcialmente la acción de los EE.UU., admitía que:

> Como arquitecto de la política de Pétain, Darlan [había] empleado todas sus habilidades para convencer al Eje de la disposición de Francia a cooperar con el Nuevo Orden nazi. (…) Seguía exactamente las mismas políticas por las que Laval, Pétain y otros representantes de Vichy fueron posteriormente acusados y por las que Laval murió en la horca. Para los resistentes franceses, Darlan era el máximo ejemplo de colaboracionista y de rendición[55].

Para colmo, Darlan era el heredero designado de Pétain, ¡y aun así los EE.UU. lo liberaron y le devolvieron el gobierno del norte de África! En privado, Morgenthau, secretario del Tesoro de los EE.UU., se quejaba de que «si vamos a sentarnos y favorecer a estos fascistas (…) ¿de qué sirve combatir si luego vamos a volver a poner a este tipo de gente en el poder?»[56].

El movimiento de la resistencia estaba anonadado, aunque este resultado se podría haber predicho. Roosevelt había mantenido contactos

cercanos con Vichy desde el principio, firmando un acuerdo de comercio en 1941[57] La entronización estadounidense de Darlan enfureció a la resistencia francesa: «de ningún modo consideraremos el cambio de opinión de quienes son responsables de traición política y militar como una excusa para sus crímenes en el pasado (…)».[58] La venganza llegó con el asesinato del almirante a manos de un resistente.[59]. Los EE.UU. se volvieron entonces hacia el general Giraud, quien al menos no había cortejado a los nazis y era respetado por una espectacular huida de su prisión. Sin embargo, según Funk, «la actitud de Giraud —respecto a Pétain, respecto a Vichy, respecto a la democracia, respecto al antisemitismo— no era muy distinguible de la de Darlan»[60]. Una interpretación caritativa de las acciones de Roosevelt sería que esperaba arrancar Vichy a los alemanes. Más probablemente, los EE.UU. querían colocar a sus propios clientes como alternativa al protegido de los británicos, De Gaulle. Ciertamente, Roosevelt rechazaba todo trato con «grupos disidentes que se establecen como gobiernos»[61], eufemismo dirigido a De Gaulle. Era evidente que los EE.UU. tomarían a cualquiera que les hiciera el trabajo antes que ver al imperialismo rival francés restaurado.

La Operación Antorcha no cumplió la promesa de la Carta Atlántica del «derecho de todos los pueblos a elegir la forma de gobierno bajo la que deseen vivir». Bajo Giraud, siete millones de argelinos continuaron bajo el yugo del imperialismo francés respaldado por los EE.UU. y sus 600 000 colonos franceses[62]. Las leyes antisemitas de Vichy continuaron intactas, al igual que los campos de concentración, que contenían cargos electos comunistas. Ahora se les unían los gaullistas, y las propias figuras de la resistencia que habían colaborado en el desembarco aliado[63].

En el continente europeo, los nazis respondieron a la Operación Antorcha podando la hoja de higuera que constituía el régimen de Vichy y asumieron el control de todo el país[64]. Al mismo tiempo, el *shock* producido por el incidente de Darlan acercó a todos los grupos de resistencia a De Gaulle. Esto le proporcionó una base lo suficientemente poderosa como para marginalizar a Giraud y establecer un gobierno provisional de Francia en el norte de África. La legitimidad que le confería el recién fundado CNR[31a] demostró ser crucial para convertir a De Gaulle

en la máxima figura nacional. Pero en cuanto aseguró su hegemonía olvidó por completo a sus seguidores. Moulin fue asesinado por la Gestapo y su sucesor, Bidault, recuerda que «envié cientos de telegramas codificados al gobierno francés en el exilio. (…) Sólo obtuve una respuesta, sólo una. La única respuesta que jamás me llegó fue "reduzca el tráfico"»[65].

Finalmente De Gaulle se dignó a comunicarse con «su» movimiento de resistencia durante la época de los desembarcos de Normandía, en verano de 1944. El general Eisenhower quería la máxima disrupción posible a la Wehrmacht desde dentro de Francia. Con un gran coste personal, todos los grupos de la resistencia se lanzaron al combate. En una lucha desigual, miles murieron en lugares como Vercors. Aun así, muchos más se unieron al combate, de modo que las «fuerzas del interior» pasaron, entre junio y septiembre, de 140 000 a 400.000[66]. La insurrección dependía en gran manera de los envíos de armas por los Aliados, pero las armas se distribuían según un patrón altamente selectivo. Incluso Frenay, un hombre mucho más cercano al gaullismo que al comunismo, se quejaba de que hasta muy poco antes del Día D sólo los representantes directos de De Gaulle, más dedicados a la política de espera que a la acción, recibían las vitales radios, así como dinero y armas[67] Es más: incluso cuando se aceleraron[68]. los envíos mediante paracaídas, los suministros siguieron siendo inadecuados, algo que se ha adscrito a la visceral «desconfianza» de los EE.UU. hacia la resistencia[69].

Córcega ofreció un destello de liberación mediante la guerra popular (contrapuesta a la Operación Antorcha). La isla estaba ocupada conjuntamente por tropas alemanas e italianas. Cuando Mussolini cayó, y el gobierno italiano cambió de bando, el amplio movimiento de resistencia iniciado por los comunistas pasó a la acción. Bandas de partisanos, en alianza con las tropas italianas, se enfrentaron a la Wehrmacht y entre el 9 de septiembre y el 4 de octubre de 1943 mataron a un millar de alemanes (con una pérdida de 170 maquis)[70]. Un alzamiento en la capital, Ajaccio, presenció la elección por asamblea de líderes que rechazaron negociar con ningún equivalente corso de Darlan: «No podemos organizar una defensa eficaz de nuestra isla a menos que patriotas demostrados se hagan cargo de

los resortes de poder. No podemos confiar en un gobierno local que no hizo nada para resistir en 1940. (…) ¡Expulsemos a los *vichistas*!»[71].

De Gaulle estaba espantado, no debido al rechazo al régimen de Vichy, sino a que él no controlaba la situación. Anunció que no quería «ver este precedente seguido, el día de mañana, en la Francia metropolitana»[72]. Esta diferencia entre su guerra y la de los corsos se hizo evidente a gran escala durante la liberación de París.

En agosto de 1944 la autoridad nazi se desintegraba en la capital francesa frente a una población inquieta[73]. De Gaulle temía que la resistencia liberara París antes de que las fuerzas imperialistas pudieran llegar. Cuando, a mediados de agosto[74], estallaron huelgas masivas de trabajadores de la policía, correos y el metro, De Gaulle les ordenó que «regresen inmediatamente al trabajo y mantengan el orden hasta que lleguen los Aliados»[75]. Esta orden se ignoró y el 19 de agosto dio inicio una insurrección general. Capitaneados por Rol-Tanguy, un comunista veterano de la guerra civil española, 20 000 combatientes (de los que sólo una décima parte estaban armados[76]) liberaron la capital en un periodo de ocho días.

El comandante alemán, Von Choltitz, tenía órdenes de demoler París antes de perderla. Pese a ser un veterano de Staligrado, y un hombre que había causado una terrorífica carnicería en Varsovia[77], se dio cuenta de que esa política no podía implementarse y que el resultado más probable era que sus tropas se vieran cercadas y destruidas. En el momento crítico, los gaullistas lanzaron un cable a Von Choltitz. Pese a la política aliada de rendición incondicional, le ofrecieron una tregua. Podía evacuar de manera ordenada si prometía no saquear la ciudad. Por tanto, se ordenó a la resistencia «detener el fuego contra el ocupante». Sus líderes estaban indignados. Uno llegó a escribir: «era imposible imaginar un mayor divorcio entre las acciones sostenidas por las masas y la camarilla que se había interpuesto entre ellas y el enemigo»[78].

En esta confusión, los alemanes recuperaron la iniciativa por primera vez. En la noche del 20 al 21 de agosto, veinte resistentes perdieron la vida ante cinco alemanes[79] De modo que al día siguiente la insurrección continuó y acabó el trabajo que había sido tan peligrosamente interrumpido.

Tan sólo en la mañana del 24 de agosto por la tarde tropas francesas regulares (la Segunda División Acorazada del general Leclerc) llegaba al corazón de la ciudad. El recuento final para la liberación de París fue de 1483 vidas francesas frente a las de 2788 alemanes.[80].

Con el enemigo derrotado, ¿desaparecerían las divergencias en el brillo de la unidad nacional? ¡En absoluto!

Mientras la triunfal resistencia esperaba a De Gaulle en el Hotel de Ville[32a], símbolo de las revueltas parisinas durante tres siglos, el brigadier general estaba en algún otro lugar. Primero se entrevistó con el ayudante de campo de Von Choltitz, después con destacados financieros, después, con el director del Banco de Indochina y después e dirigió al Ministerio de la Guerra[81]. Tan sólo tras felicitar a la Policía de París, que había ayudado a los nazis a mantener el orden, se dignó visitar el Hotel de Ville[82]. De Gaulle no aprovechó la ocasión para felicitar a los combatientes, sino para quejarse de que Rol-Tanguy había cometido la temeridad de recibir la rendición alemana como un igual junto al soldado «legítimo» y «regular», Leclerc[83].

Era un avance de lo que vendría. Tres días más tarde, De Gaulle se entrevistaba nuevamente con la resistencia. Según su propia narración, comunicó a los reunidos lo siguiente: «Las milicias ya no tenían más utilidad. Las existentes serían disueltas [y] tras tomar nota de las observaciones a favor o en contra de los miembros [del CNR] puse fin a la audiencia»[84]. No pasó mucho tiempo hasta que se desarmó a la resistencia. Aunque se hizo de forma menos violenta que en Grecia, el proceso fue básicamente el mismo. Con el PCF, el principal partido de la resistencia, aceptando el punto de vista de Stalin de que Francia quedaba en el campo occidental y capitalista, sus luchadores sencillamente aceptaron las órdenes de De Gaulle[85].

Las diferentes concepciones de la segunda guerra mundial hallaron una expresión más profunda en el mismísimo último día de la guerra en Occidente: en medio de las celebraciones, el 8 de mayo de 1945, tropas francesas abrieron fuego sobre alegres multitudes en Sétif, Argelia, matando a miles de personas.

Parecería que el imperialismo francés había aniquilado completamente la guerra popular, pero el impacto de ésta fue muy duradero. En palabras de un resistente, Stéphane Hessel, el programa de 1944 del CNR «sentó los principios y valores que formaron la base de nuestra moderna democracia» con sus amplias reformas en economía, bienestar y educación. En 2010 Hessel sugirió que, pese al paso de 65 años, fue necesaria la actual crisis económica para amenazar los últimos vestigios de esa herencia[86]. Esto es cierto para la mayor parte de Europa Occidental, donde tras 1945 prevaleció un «consenso social democrático» de posguerra, por el que hoy en día nuevamente se lucha.

7

GRAN BRETAÑA: EL MITO DE LA UNIDAD

A diferencia de Francia, Gran Bretaña nunca fue invadida por los nazis. Por tanto, no se desarrolló ningún movimiento radical de resistencia independiente de un gobierno en el exilio. Los amagos de tensión se suavizaron. Así, en vísperas de la guerra, cuando el laborista Arthur Greenwood se levantó para denunciar al archi-apaciguador primer ministro *tory* Neville Chamberlain, parlamentarios conservadores disidentes gritaron «¡habla por Inglaterra!», mientras que los parlamentarios laboristas gritaban «¡habla por los trabajadores!»[1]. En 1940 ambos se combinaron para respaldar una coalición con Churchill como nuevo Primer Ministro. Éste afirmó: «ésta no es una guerra de cabecillas o de príncipes, de dinastías o de ambiciones nacionales; es una guerra de pueblos y de causas»[2] y desde las filas laboristas el antiguo líder sindical Bevin prometió que «el laborismo británico no lucharía en una guerra imperialista».[3], La armonía nacional fue también el tema de *Britain Under Fire* («Gran Bretaña atacada»), un recuerdo fotográfico del *Blitz*[34a] Estaba encabezado por una foto con el siguiente pie: «Sus Majestades frente al palacio de Buckingham (…) sujetos a idénticos problemas y contratiempos».[4].

Esta enternecedora imagen pareció verse confirmada cuando Sus Majestades visitaron las ruinas de Southampton. Los periodistas informaron: «[una] excitada multitud llenaba las calles invernales y que se hacían eco, una y otra vez, de salvas de alegría y repetidos gritos de “Dios salve al Rey”»[5]. Sin embargo, los infatigables voluntarios de Mass

Observation de Southampton, que miraban más allá del discurso inflado de los medios para calibrar la actitud del pueblo, consideraban más típico este comentario: «si nos dieran nuevos muebles, buena comida y no hicieran mucho ruido estaríamos agradecidos de verdad»[6].

La naturaleza de la guerra moderna implicaba que incluso sin ocupación, el pueblo británico experimentaba la disyuntiva entre el imperialismo y sus propias necesidades de una manera no muy diferente a los franceses. En palabras de un escritor: «el Frente no es un lejano campo de batalla [sino] parte de nuestra vida cotidiana; sus refugios subterráneos y sus puestos de primeros auxilios están en cada calle; sus trincheras y campamentos ocupan partes enteras de los parques de cada ciudad y de los campos de cada aldea (…)»[7].

En Londres el Blitz amenazó con disipar el espejismo de la unidad. Un diplomático de alto rango señalaba en privado que en círculos gubernamentales: «todo el mundo está preocupado por el sentimiento popular en el East End[35a], donde hay mucho resentimiento. Se dice que incluso abuchearon al Rey y la Reina el otro día, cuando visitaban las zonas destruidas». Por tanto, se sintió enormemente aliviado cuando la Luftwaffe bombardeó también el mucho más acomodado West End[36a]: «si los alemanes hubieran tenido el sentido común de no bombardear más al oeste del Puente de Londres habría habido una revolución en este país. Pero han bombardeado Bond Street y Park Lane, y han equilibrado la balanza»[8].

Hacer creíble el mito de que todo el mundo, «sin importar riquezas ni privilegios, estaba unido en esto»[9], exigía cultivar la amnesia. Al convertirse en Primer Ministro, Winston Churchill advirtió a sus colegas: «si causamos una pelea entre el pasado y el presente, habremos perdido el futuro»[10]. Tenía razones para ser cauto. Había seleccionado un gabinete que incluía a famosos apaciguadores, como Chamberlain y Halifax, mientras que 21 de los 36 puestos ministeriales habían ido a parar a personas que habían servido a las órdenes del anterior primer ministro.

Churchill también guardaba esqueletos en el armario. Tras visitar a Mussolini en 1927 escribió que «no pude evitar sentirme seducido, como tanta otra gente, por su comportamiento amable y sin afectación y por su aplomo, calma y distanciamiento». Dijo al inventor del fascismo que «[s]i

yo fuera italiano, estoy seguro de que habría estado incondicionalmente con usted de principio a fin en su triunfante lucha contra (…) el leninismo»[11]. Nueve años después, durante la agresión italiana contra Abisinia, Churchill se opuso a las sanciones contra Italia y describió el pacto Hoare-Laval (un intento de apaciguar a los fascistas entregándoles gran parte del país) como «un acuerdo astuto y de gran alcance en el futuro (…)»[12]. Nada de lo que hizo Mussolini pudo disuadir a Churchill de su admiración. Pese a los amargos combates en África que culminaron en la batalla de El-Alamein, cuando el Duce cayó en 1943, el primer ministro británico juró que «incluso cuando la cuestión de la guerra se convirtió en realidad, los Aliados habrían dado la bienvenida a Mussolini»[13]. Evidentemente, la acción decidida contra el fascismo no era su motivación principal durante la segunda guerra mundial.

Los derechos de las naciones pequeñas tampoco eran un factor. Hablaremos de su desprecio hacia el nacionalismo indio más tarde, pero también lo que dijo acerca de la petición de independencia de Irlanda en 1921 es revelador: «Qué perspectiva tan estúpida y horrible se despliega ante nuestros ojos. Qué crimen cometeríamos si, en nombre de un breve intervalo de descanso de preocupaciones y luchas, nos condenásemos a nosotros mismos y a nuestros hijos, después, a tales infortunios. Estaríamos desgajando el Imperio británico»[14]. Por tanto, Eire «debe ser cercada sin fisuras por cordones de fuertes y alambre de espino; hay que poner en marcha una investigación sistemática y preguntar individuo por individuo»[15].

Y sin embargo Churchill estaba fuertemente en contra de apaciguar a Hitler y su «reinado de terrorismo y campos de concentración»[16]. Su oposición hacia el Führer era inamovible, pero sólo porque Alemania amenazaba el poder de Gran Bretaña[17]. Los discursos de Churchill durante la guerra son famosos, con razón, aunque las frases más conocidas se suelen sacar de contexto y muchas oraciones clave se citan de manera incompleta. He aquí algunos ejemplos:

> *No tengo nada que ofrecer excepto sangre, esfuerzo, sudor y lágrimas* (…) porque sin victoria no hay supervivencia. Que quede claro: no habrá supervivencia para el

> Imperio británico, no habrá supervivencia para todo lo que el Imperio británico ha defendido (…)[18].

> *La Batalla de Inglaterra*[37a] *está a punto de comenzar*. De esta batalla depende la supervivencia de la civilización cristiana. De ella depende nuestro propio modo de vida británico y la larga continuidad de nuestras instituciones y nuestro Imperio[19].

> Asumamos, por tanto, nuestro deber, y comportémonos de tal modo que, si la Commonwealth y el Imperio británico duran mil años, los hombres puedan decir: «*ésa fue su mejor hora*»[20].

Churchill no fue tan abiertamente franco como Amery, quien declaró, una vez la Batalla de Inglaterra, a la defensiva, se había ganado, que «ahora viene la batalla por el Imperio»[21]. Sin embargo, insistió: «Tenemos intención de conservar lo nuestro. No me he convertido en el primer ministro del Rey para contemplar la liquidación del Imperio británico»[22].

El carácter imperialista de la guerra del gobierno británico no era tan sólo una cuestión de predilección personal, sino que venía estructurado por una grandiosa estrategia en el pasado y en el presente. Durante siglos, las colonias de ultramar habían requerido una poderosa Royal Navy[38a] y, por tanto, el presupuesto militar estaba proporcionado de acuerdo a ello[23]. En el segundo lugar de la lista venía la RAF[39a], mientras que el Ejército, elemento clave en cualquier guerra en el continente europeo contra Alemania, quedaba en un modesto tercer lugar. Así, en el decenio 1923-1933 la flota absorbió un 58 por ciento del gasto militar, con un 33 por ciento para la fuerza aérea y sólo un 8 por ciento para el ejército[24]. Cuando comenzó la segunda guerra mundial, sólo 107 000 de los 387 000 soldados británicos estaban estacionados en Gran Bretaña[25] De modo que la Fuerza Expedicionaria enviada al continente europeo no podía proporcionar sino un apoyo auxiliar para soportar la guerra falsa junto a los franceses. Cuando esta *Sitzkrieg*[40a]. acabó, en 1940, tuvo que huir apresuradamente desde las playas de Dunquerque.

Tras esto, no quedaban muchas más alternativas que desgastar la maquinaria de guerra alemana desde la distancia. Un historiador sugiere que era fundamental «evitar *todo* riesgo de confrontación con el ejército alemán en cualquier lugar»[26]. Las escaramuzas con la Wehrmacht eran, por tanto,

accidentales más que buscadas. Un ejemplo es Noruega, que Gran Bretaña había intentado ocupar antes de que llegaran los nazis, pero que halló, al llegar, que ya había sido tomada. Las operaciones terrestres principales para Londres quedaban lejos de Europa, en el desierto de Libia, defendiendo la ruta a la India de los italianos. Y tan sólo cuando éstos pidieron las divisiones Panzer de Rommel se dieron allí combates con los alemanes.

En 1941, tras la invasión de Rusia por Hitler y la entrada de los EE.UU. en la guerra, se presentó una nueva oportunidad más ventajosa para enfrentarse a Alemania. Con 240 divisiones nazis combatiendo en el Este (en comparación con las sólo 50 que guardaban el Oeste) Stalin suplicaba que se enviaran soldados a través del Canal [de la Mancha] para abrir un segundo frente. Cuando Gran Bretaña se anduvo con rodeos, alguien la acusó de estar «contenta de luchar hasta la última gota de sangre rusa». La petulante, pero técnicamente precisa respuesta de Churchill fue que los rusos «no tienen, en verdad, ningún derecho a hacernos reproches. Ellos se buscaron su destino cuando, por el pacto con Ribbentrop, dejaron a Hitler suelto sobre Polonia y provocaron la guerra…»[27].

Además, acusó a los rusos de seguir «líneas de despiadado interés propio, a despecho de los derechos de los pequeños Estados por los que Gran Bretaña y Francia estaban luchando además de por sí mismas (…)»[28]. Esto era curioso viniendo de gobierno que había pospuesto el segundo frente basándose en que las tropas británicas estaban «diseminadas a lo ancho de una distancia de unas 6300 millas, desde Gibraltar a Calcuta»[29], y que:

> Tenemos que mantener nuestros ejércitos en Oriente Medio y trazar una línea del Mar Caspio al desierto occidental. (…) Se necesitarán grandes esfuerzos para mantener la fuerza existente en casa mientras se suministran reclutas a Oriente Medio, India y a las demás guarniciones en el extranjero, por ejemplo, Islandia, Gibraltar, Malta, Adén, Singapur, Hong Kong (…)[30].

Churchill no convenció a nadie cuando intentó hacer pasar la Operación Antorcha, el desembarco en el norte francés de África, como «un cumplimiento completo de nuestras obligaciones como aliados hacia Rusia»[31].

La gran estrategia de Gran Bretaña ostentaba un rasgo típico de la guerra imperialista: el desprecio por la vida humana, y especialmente por los civiles. Implicaba el «bombardeo por zonas», es decir, el uso de la RAF para destruir ciudades alemanas en lugar de apuntar hacia objetivos militares específicos. Esta táctica ya la predijo en 1932 el entonces primer ministro Baldwin. Declaró lacónicamente que, dado que «el bombardero siempre consigue llegar», «la única defensa es la ofensiva, lo que significa que uno ha de matar más mujeres y niños, y más rápidamente que el enemigo, si quiere salvarse. Sólo menciono esto (…) para que la gente se dé cuenta de qué es lo que le espera cuando llegue la próxima guerra»[32].

Pese a las dudas iniciales, Churchill recurrió a este método en 1940 porque «no tenemos ningún ejército continental capaz de derrotar al poder alemán, [pero] hay algo que le hará retroceder y lo derrotará, y es un ataque absolutamente devastador, de exterminio, mediante bombarderos muy pesados»[33]. El Mando de Bombarderos tradujo esto a la práctica: «los objetivos son las zonas edificadas, y no, por ejemplo, los muelles o fábricas de aviones (…) Esto ha de quedar muy claro (…)»[34] Tres cuartas partes de las bombas cayeron sobre objetivos civiles;[35]. la intención definitiva era dejar a 25 millones de personas sin hogar, matar a 900 000 y herir a un millón más[36].

Se ha alegado, a modo de defensa, que factores de tipo práctico hacían inevitable el bombardeo por zonas. Las defensas antiaéreas alemanas hacían demasiado costosos los ataques a instalaciones militares a plena luz del día, pero los ataques nocturnos no podían golpear objetivos militares específicos. Las grandes ciudades eran, por tanto, un objetivo más realista[37]. Sin embargo, las capacidades técnicas de los militares británicos habían sido moldeadas por el Imperio y eran inseparables de éste.

Incluso si se pudiera aducir que el bombardeo por zonas era la única táctica viable, este argumento perdió toda credibilidad tras los desembarcos en Normandía en verano de 1944. Y sin embargo, siguieron sin pausa bajo el mando de Arthur «Bombardero» Harris, del Mando de Bombarderos. Se jactaba de que sus chicos habían «destruido, virtualmente, 45 de las 60

ciudades alemanas más importantes. Pese a los desembarcos de distracción hasta ahora hemos conseguido mantener e incluso superar nuestra media de dos ciudades y media arrasadas al mes…»[38]. El 13 de febrero de 1945 bombarderos británicos y estadounidenses generaron una tormenta de fuego que destruyó el centro cultural de Dresde, el Altstadt, así como 19 hospitales, 39 escuelas y áreas residenciales. Instalaciones militares y de transportes clave quedaron intactas. Murieron entre 35 000 y 70 000 personas, de las que sólo 100 eran soldados[39].

La campaña de bombardeo sólo cesó cuando Churchill se dio cuenta de que no quedaría nada que saquear tras la victoria[40]: «… obtendremos el control de una tierra completamente arruinada. No seremos capaces, por ejemplo, de obtener material de construcción para nuestras propias necesidades porque habrá que hacer una reserva temporal para los propios alemanes»[41]. De manera tardía comenzó a defender «una concentración más precisa sobre objetivos militares, como petróleo y comunicaciones, inmediatamente tras la línea de batalla, en lugar de meros actos de terror y destrucción sin sentido, por muy impresionantes que sean»[42].

¿Podría al menos aducirse que todo este sufrimiento aceleró el fin del nazismo? Se aseguraba que el bombardeo por zonas hundiría la moral y ralentizaría la producción de armamento.

Pero la producción alemana en realidad subió bajo la lluvia de bombas: de un índice de 100 en enero de 1942 a 153 en julio de 1943 y a 332 en julio de 1944[43]. Lejos de quebrarse la moral, la población alemana se endurecía. El ministro de Armamento de Hitler escribía que «la pérdida estimada de un 9 por ciento de nuestra capacidad de producción se ha visto ampliamente subsanada por un aumento en el esfuerzo»[44]. Max Hastings llega a la conclusión de que «la principal tarea y el principal logro del Mando de Bombarderos había sido impresionar al pueblo británico y sus aliados, más que dañar al enemigo»[45].

Cuando la derrota alemana llegó, se debió sobre todo al Ejército Rojo, que libró las batallas más importantes en Stalingrado y Kursk (1942-1943). Las muertes militares soviéticas llegaron a 13,6 de 20 millones de combatientes, una proporción de bajas del 68 por ciento. La fuerza militar británica era de 4,7 millones y sus fuerzas sufrieron 271 000 bajas (una

proporción del 6 por ciento)[46]. El rechazo a abrir un segundo frente hasta que Rusia comenzó a ganar en el suyo (y a marchar hacia Europa occidental), así como la deliberada masacre de civiles con mínimas consecuencias militares constituyen la escalofriante prueba del tipo de guerra que libraba Churchill. A su gobierno lo impulsaba, por encima de todo, la necesidad de impresionar a amigos y enemigos con el estatus de gran potencia de Gran Bretaña.

Los motivos de la mayor parte del pueblo británico no eran los mismos que los de su gobierno. Una amplia variedad de escritores expresaron la noción de que «el mundo se enfrenta a un choque de dos ideales irreconciliables: el humanismo y el antihumanismo»[47] La guerra tenía que ver con «aceptar un modo de vida determinado por el amor más que por el poder».[48]. Los voluntarios de Mass Observation hallaron al pueblo en gran parte libre de la jerga patriotera de la primera guerra mundial: «no existe la efusiva dinámica "patriótica" de aniquilar; ni el satisfecho chorreo del primitivo, del violento disfrazado, el antihuno[41a] o el "destruid a esos cerdos"»[49]. Esto no debería interpretarse como un frío distanciamiento, más bien al contrario. En 1938, el 75 por ciento de los encuestados, ante preguntas acerca de política exterior, se mostraba perplejo o no era capaz de realizar ningún comentario. En 1944, el 85 por ciento tenía opiniones definidas y «una mayoría abrumadora se mostraba a favor de una cooperación internacional (…)»[50].

La gente corriente recordaba que durante el decenio de 1930 la política de apaciguamiento caminaba de la mano de ataques hacia los niveles de vida en política interior. Por ello, cuando el apaciguamiento quedó desacreditado, la gente quería enfrentarse a los «pequeños Hitlers de casa» que habían llevado a cabo un *blitzkrieg* contra la clase trabajadora[51]. Un estudio de Mass Observation en Glasgow, en 1941, informaba:

> Los trabajadores no creen que a los empresarios les importen un pimiento los hombres, ni nada excepto salvar su pellejo produciendo, por fin, los barcos, metales, las entregas de cargamentos; y (…) un sorprendente número de trabajadores no cree siquiera que a los empresarios les preocupe salvar el pellejo, porque «se encontrarían igual de felices bajo Hitler»: aquí la propaganda izquierdista ciertamente ha surtido efecto igualando al empresario con amigo del fascismo[52].

Con la experiencia de la guerra de 1914-1918, muchos temían lo que la segunda guerra mundial podía traer. *Ritzkrieg*[42a], un libro satírico de 1940, advertía de que si el *establishment* volvía a salirse con la suya, «la Guerra del Pueblo se habrá convertido en la Guerra de los Mejores del Pueblo, y la paz que le seguirá (…) en un regreso a la Vieja Inglaterra[43a] y al régimen aristocrático, sin alterar una tilde ni una coma»[53] Mass Observation fue testigo de que no era que los «trabajadores estén en contra de la guerra o a favor de la paz. La quieren tanto como cualquiera… [pero] también tienen su guerra propia (…)».[54] Y ahí estaba el quid de la cuestión. La mayoría no luchaba para defender a la Gran Bretaña de los años treinta ni a la del imperio colonial. En 1944 un voluntario de Mass Observer señaló: «[l]as cosas que la gente quiere que se arreglen *en primer lugar* son aquellas que se hicieron mal la última vez (…) la más importante entre ellas es la certeza de un empleo y después la certeza de una casa decente en la que vivir».[55].

De modo que, en lugar de centrarse en los bombardeos por zonas y el Imperio, la gente común se centraba en una lucha por la justicia y por la decencia. Es notable que los habitantes de las ciudades más castigadas por el *Blitz* fueran los menos favorables a emprender represalias. En Londres, donde 1,4 millones de personas (una de cada seis) se había quedado sin hogar, sólo una minoría quería devolver ojo por ojo[56]. Los comentarios individuales registrados por voluntarios de Mass Observation muestran la manera en que las opiniones de la gente corriente chocaban con el enfoque del gobierno:

> OBJETIVOS DE PAZ: una Liga de Naciones armada que preceda al socialismo.
>
> RECONSTRUCCIÓN NACIONAL: a todo hombre que haya sido un trabajador se le debería pagar lo suficiente para vivir cómodamente el resto de su vida.
>
> EL FIN DE LA GUERRA: los financieros (…) hacen que haya guerra, y cuando hayan ganado tanto dinero como quieran, la guerra se acabará[57].

El Partido Laborista intentó hacer de puente sobre el cada vez más amplio abismo que se abría entre la guerra imperial y la guerra popular, como muestra ésta (más bien confusa) contribución de Bevin: «La experiencia de Inglaterra en cuanto a proporcionar libertad es probablemente la mayor. Hemos construido un gran imperio a lo largo de

los últimos trescientos o cuatrocientos años (…)»[58]. Por carentes de sentido que sean, afirmaciones como ésta ilustran que había una conciencia de las dos guerras.

La posición del comunismo británico era incluso más complicada. Al inicio de la guerra Harry Pollitt era su líder y un partidario entusiasta de la guerra popular:

Sea cual sea el motivo de los actuales dirigentes de Gran Bretaña o Francia (…) [p]ara quedarse al margen de este conflicto, contribuir tan sólo con frases revolucionarias mientras la bestia fascista arrasa y pisotea Europa sería una traición hacia todo aquello que nuestros predecesores lucharon por conseguir a lo largo de muchos años de lucha contra el capitalismo[59].

Dado que esto contradecía el pacto Hitler-Stalin, Pollitt fue sustituido. El manifiesto de octubre de 1939 del PC pedía «un movimiento unido del pueblo para exigir el inmediato fin de la guerra (…) para derrocar al gobierno de Chamberlain, para forzar nuevas elecciones y preparar el establecimiento de un nuevo gobierno que declare la paz de inmediato»[60].

En junio de 1941 la línea de Moscú cambió nuevamente y el Partido dio marcha atrás y volvió a apoyar la lucha antifascista, pero tras borrar todas las referencias a la «lucha contra el capitalismo». Pollitt volvió a clamar por la unidad con «todos quienes busquen la derrota de Hitler. La nuestra no es una lucha contra el gobierno de Churchill… ahora es una guerra del pueblo»[61]. Su definición no encaja con la empleada en este libro, pero estos cambios de interpretación en el PC muestran cuán difícil era reconciliar la guerra imperialista y la guerra popular.

También los jefes estaban divididos. Esto surgió en un debate acerca de Comités de Producción Conjunta, entes fundados para impulsar la colaboración entre trabajadores y empresarios. El director de la Federación de Empresarios de Ingeniería insistía en que él no iba a tomar parte «en la entrega de la producción de la fábrica y los problemas concernientes a la producción a delegados sindicales o a nadie más»[62]. Otro director ejecutivo se posicionó en el lado opuesto: «si la industria no planifica la revolución, habrá una revolución. (…) Y sólo podemos evitarla

anticipándonos a ella, satisfaciendo las necesidades del pueblo y de los tiempos, realizando los grandes cambios que se nos va a obligar a hacer, en todo caso, si no los hacemos nosotros»[63].

Por parte de los trabajadores, el Comité de Distrito de Manchester del Sindicato Unido de Ingeniería (AEU) advirtió, con perspicacia, que:

> Trabajamos bajo un sistema capitalista, mucho más organizado para la explotación, incluso, que en tiempos de paz. Toda ventaja que los empresarios puedan procurar de la colaboración y relajación [de la vigilancia sindical] será, y está siendo, adquirida de manera despiadada, por toda la industria. (…) Para los trabajadores se trata realmente de una guerra en dos frentes, o, si se prefiere, en el frente y en la retaguardia.

Pese a estas dudas, la conclusión extraída fue que deberían apoyarse los Comités de Producción Conjunta para aumentar la producción y evitar una victoria nazi[64]. La paradoja se explica, tal vez, por esta opinión recogida por un voluntario de Mass Observation en 1944: «Nada de egoísmo. En las fábricas de Gran Bretaña hombres y mujeres trabajaban muchas horas, no por un jefe, ni por la ventaja personal de nadie, sino por todo el mundo (…)»[65].

La sólida creencia de que la voluntad popular quedaría impresa en la segunda guerra mundial no dependía tan sólo de las ideas. Con un 30 por ciento de la fuerza laboral masculina llamada a filas[66], y una insaciable demanda de producción industrial, la gente corriente tenía una nueva influencia económica y confianza. Los signos de esto eran visibles en todas partes. Cuando londinenses sin techo invadieron las estaciones del metro para emplearlas como refugios, el gobierno se mostró en contra, pero finalmente cedió[67]. Calder señala cómo:

> El Padre John Groser, una de las figuras históricas del Blitz, se tomó la justicia por su mano. Abrió por la fuerza un almacén local. Encendió una hoguera frente a su iglesia y alimentó a los hambrientos. No había ministro del gabinete ni funcionario que se atreviera a entrometerse en su guerra o a denunciar sus acciones «ilícitas». De igual manera, en otro barrio de Londres un funcionario local del Ministerio de Alimentos halló un grupo de personas sin techo de las que nadie se cuidaba. Abrió por la fuerza una isla de casas. Los alojó en ella. Se hizo con muebles «por las buenas o por las malas», les consiguió suministro de electricidad, gas y agua y les compró comida[68].

Fue en la industria donde se expresó con más fuerza el choque entre ambas guerras. La orden del PC de obtener la máxima producción lo llevó a esforzarse «a más no poder para evitar escaseces[69] y los líderes industriales lo elogiaron con recomendaciones positivas.[70]» Hubo un análisis alternativo. En una reunión de delegados sindicales, un orador hizo referencia al apaciguamiento de Hitler en Múnich en 1938: «había *muniqueses*[44a] aún en el Gobierno y aún había *muniqueses* al mando de empresas (…)»[71]. Esta desconfianza era evidentemente una opinión generalizada, y la opinión pública a menudo se posicionaba con los trabajadores durante las disputas industriales[72].

Mientras que las relaciones del PC con Rusia le dieron un cada vez mayor prestigio, que compensó las pérdidas sostenidas por oponerse a las huelgas, su posicionamiento abrió las puertas a otras fuerzas políticas para canalizar el descontento de los trabajadores. El movimiento trotskista era minúsculo, pero su posición en la guerra le permitió liderar una serie de huelgas muy superiores a sus efectivos[73]. Según los historiadores del movimiento, los trotskistas británicos «diferenciaban entre el defensismo[45a] de los capitalistas y el de los trabajadores, que "emana en gran parte de motivos completamente progresistas de conservar sus propias organizaciones de clase y derechos democráticos de la destrucción a manos del fascismo"»[74].

Hubo 900 huelgas en los primeros meses de la guerra. Hacia 1944 la cifra había ascendido a 2000, con 3,7 millones de días de producción perdidos. Esto, pese a los esfuerzos conjuntos del Partido Laborista, el PC y la Regulación 1AA, la cual, al ilegalizar las paradas, ha sido descrita como «el arma antihuelga más poderosa poseída por ningún gobierno desde las *Combination Acts* de 1799»[75]. Un historiador asegura que «el ritmo de la actividad y los debates se incrementó drásticamente, dando a veces un apoyo a agitadores políticos de extrema izquierda [aunque] en aquel momento era demasiado pronto para hablar, como hacían estos agitadores, de un "segundo frente en casa"»[76].

El radicalismo nunca llegó a igualar el vivido durante la primera guerra mundial debido a la «contradictoria dualidad» de la segunda guerra

mundial[77]. Sin embargo, la propia idea de «un segundo frente en casa» habla por sí sola.

El ejército británico de Oriente Medio también experimentó la guerra paralela. Su misión era proteger Egipto y la ruta hacia la India, la «Joya de la Corona» del Imperio. Se ha descrito a sus comandantes en estos términos:

> Casi todos los oficiales eran ingleses altos, de las clases superiores, que acudían a una cena formal vistiendo los mismos pantalones de montar ajustados y de color carmesí que se habían llevado en Crimea. Casi todos habían estudiado en las mismas seis escuelas privadas de élite. (…) Los Rangers de Sherwood, con base en Nottingham, bajo el mando del Conde de Yardborough, habían incluso intentado llevar con ellos a Palestina un grupo de perros de caza pertenecientes al Brocklesby Hunt[78][46a].

Los campos de juego de Eton[47a] demostraron ser una mala preparación para la guerra total. La caída de Tobruk fue, tras la de Singapur, la rendición británica más numerosa de la segunda guerra mundial[79], y los *panzers* alemanes llegaron a acercarse a 10 km de El Cairo. La moral de las «ratas del desierto» británicas debía recomponerse rápidamente, de modo que el mariscal de campo Montgomery motivó a sus tropas dándoles una razón para arriesgar sus vidas.

La recién fundada Army Bureau of Current Affaires («Oficina militar para asuntos de actualidad», ABCA), un ente gobernado por profesores radicales, empeñados en hacer de la segunda guerra mundial una guerra popular[80], les explicó esta razón.

Las Ordenanzas Reales prohibían la actividad política entre los soldados, pero en la cargadísima atmósfera de la época, la línea divisoria entre asuntos de actualidad y política solía diluirse con facilidad.

Se había desarrollado un movimiento entre los soldados rasos y había hallado su voz en la profusión de panfletos y carteles informativos[48a]. Estaban a favor de una guerra popular, en oposición a una guerra imperialista. Por ejemplo, la declaración fundacional del Movimiento Antifascista de los Soldados rezaba:

> Haremos campaña a favor del máximo esfuerzo bélico, expondremos la negligencia y la influencia reaccionaria en los cuerpos de combate. Nuestras noticias acerca de la actualidad

internacional serán desde el punto de vista antifascista… Haremos todo lo posible por acelerar la victoria frente al fascismo, victoria que ha de ir seguida de una Paz Popular[81].

La propia idea de soldados debatiendo abiertamente criterios militares era insubordinación, como lo era también la constante demanda de abrir un segundo frente en oposición a la lentitud de Churchill[82].

Sin embargo, no se detuvo allí. La retórica aliada aseguraba que se trataba de una lucha por la democracia. Si era así, pensaron algunos soldados, la democracia podía y debía practicarse por parte de quienes combatían. A finales de 1943 se fundó en El Cairo un falso Parlamento de los Soldados. Aunque aparecieron otros por todas partes, lo que hizo del egipcio un experimento único fue la carencia de influencia de los oficiales. Se trataba de un «Parlamento de la Tropa, en la tradición de la Revolución inglesa»[83].

El tipo de trabajos realizados se puede calibrar a partir de las proposiciones de ley que «aprobó». El primero pedía la propiedad pública de las empresas. El 1 de diciembre se nacionalizó el comercio de distribución. Siguió una Propuesta de Ley de Restricción de la Herencia[84]. Había también planes para otorgar la independencia a la India, abolir las escuelas privadas y nacionalizar el carbón, el acero, el transporte y los bancos[85]. Se celebraron «elecciones» asamblearias. La candidatura conjunta Laborista/PC obtuvo 119 escaños; Commonwealth (un nuevo partido que se oponía a la coalición de Churchill desde la izquierda) obtuvo 55; los liberales, 38 y los conservadores sólo 17[86]. Simultáneamente, en el Parlamento «real», en Westminster, ni más ni menos que un diputado *tory* presentó una proposición para permitir a los soldados que no estuvieran en activo poder tomar parte en la vida política. Aseguraba que «no puede causar ningún mal y puede hacer mucho bien, y debería ser así por derecho propio, es decir, si realmente estamos luchando por la democracia»[87].

No es sorprendente que se votara en contra de esta «auténtica» proposición. Una guerra imperial requiere un ejército sumiso que siga las órdenes de la clase dominante sin cuestionarlas. Había que silenciar a los partidarios de la guerra popular. En febrero de 1944 el comandante en jefe de las fuerzas de Oriente Medio ordenó «que no debe usarse el nombre de

Parlamento; que no ha de haber publicidad de ningún tipo, excluyéndose incluso a los corresponsales de guerra, y que un oficial de educación del Ejército ha de supervisar y dirigir las sesiones»[88].

Cuando se leyó esto en el Parlamento de El Cairo los soldados votaron una protesta por 600 votos contra 1. El voto discordante era el del brigadier que había presentado la orden. Se transfirió de inmediato a los miembros del comité organizador, uno de ellos el «Primer Ministro». El hombre que propuso la nacionalización de la banca, Leo Abse[49a] fue trasladado de inmediato bajo «arresto abierto» y deportado de regreso a Gran Bretaña.[89],

El Parlamento de la Tropa fue disuelto y se restauró el antiguo orden. Sin embargo el descontento volvió a burbujear. Cuando la noticia de la victoria laborista en Gran Bretaña llegó a Egipto en 1945 los soldados dejaron de saludar a los oficiales durante diez días[90]. La verdadera ira explotó tras el Día de la Victoria sobre Japón, en agosto de 1945, cuando los soldados se dieron cuenta de que con la victoria sobre el Eje no había acabado la guerra. Si el gobierno hubiera considerado la segunda guerra mundial una guerra antifascista, la desmovilización hubiera comenzado al día siguiente de la capitulación del enemigo. Sin embargo, los laboristas se negaron a llevar a sus cansados soldados de regreso a casa. Bevin aseguró en la Cámara de los Comunes[50a], en noviembre de 1945, que «la intención del gobierno de Su Majestad es salvaguardar los intereses británicos en cualquier parte del mundo en que se encuentren»[91] Las tropas británicas debían seguir luchando por el Imperio británico y por los imperios de aquéllos aún incapaces de luchar por sí mismos: Francia y Holanda. Sus colonias vietnamitas e indonesias debían ser violentamente restauradas a manos de sus «legítimos» dueños.[92].

Algunos soldados tenían otras ideas. Prefirieron hacer huelga antes que transportar tropas holandesas a Indonesia[93]. En Jodhpur, la India, 700 miembros de la RAF se amotinaron brevemente[94]. Hacia finales de 1945 había habido protestas en Malta[95], seguidas por las de Ceilán, Egipto y nuevamente la India[96] donde se había reconstituido un nuevo Parlamento de Tropas.[97], En marzo de 1946 se sentenció a diez años a un operador de radar en conexión con huelgas en la RAF en Singapur, y en mayo hubo un

motín a gran escala en Malasia, que acabó en una serie de consejos de guerra[98].

Las huelgas industriales y los motines militares de Gran Bretaña, aunque revelan la existencia de guerras paralelas, fueron incidentes limitados. Más a menudo el conflicto entre quienes daban órdenes y quienes las llevaban a cabo estaba enmascarado, existiendo como ideas divergentes en la cabeza de la gente.

En efecto, muchos ciudadanos comunes tan sólo querían salir del paso sin escoger entre ninguna de ambas guerras. Más que la política o la estrategia, se ha descrito frecuentemente lo que impulsaba a la «pobre maldita infantería» como una mezcla de «coacción, incentivos y narcosis»[99]. Y los sentimientos de esta mujer de Yorkshire fueron, sin duda, comunes entre los civiles:

> Solía ver despegar a nuestros bombarderos, cientos de ellos a intervalos regulares. (…) Me decía, «han traspasado la frontera de Inglaterra y muchos jamás regresarán. Tan sólo salen hacia la muerte». Y cuando pensábamos en toda la pobre gente a la que íbamos a destruir. ¿Cuándo iba a acabar? Era todo tan desesperante… ¿y para qué? Sentías la inutilidad de todo y la tristeza por todas las vidas humanas implicadas en esta guerra infernal, y deseabas con todo tu corazón que se acabara[100].

Sin embargo, había pruebas evidentes de que mucha gente, probablemente la mayoría, veían la guerra de manera muy diferente a como la veía el *establishment*. Un ejemplo fue la recepción que tuvo el Informe Beveridge, en 1942, que sentó las bases para el Estado del Bienestar de posguerra y para el National Health Service[51a] Calder tiene razón al asegurar que «el plan no era tan revolucionario como lo presentaban Beveridge y algunos de sus admiradores».[101]. Por ejemplo, las contribuciones al plan eran sobre una proporción fija, con lo que los pobres pagaban tanto como los ricos, y no proporcionaba más que una red de seguridad. Sin embargo, «tras el primer brillo de presentación, el gobierno hizo esfuerzos extraordinarios para suprimir toda publicidad oficial al informe»[102]. Un resumen escrito por Beveridge para la tropa se retiró dos días después de haberse enviado[103], basándose en que el Informe se había vuelto «controvertido y por tanto contrario a las Ordenanzas Reales»[104],

mientras que Churchill opinaba que era una distracción con respecto al combate.

Lo fascinante es que, pese a todo esto, y como descubrió Mass Observation, la gente corriente lo tomó por «un símbolo de los objetivos de la guerra para Gran Bretaña»[105] Ninguna otra publicación del gobierno ha vendido 635 000 copias ni ha tenido la aprobación del 90 por ciento de los encuestados.[106] *The Times* señalaba que «el público rehúsa aceptar la falsa distinción entre estos objetivos y los objetivos de victoria».[107].

El objetivo último de la guerra (un mundo mejor, más igualitario, más justo, encarnado en el Estado del Bienestar, o un regreso a estructuras de preguerra) fue el tema central de las elecciones de 1945. Churchill esperaba, sencillamente, una «elección caqui» como la que había devuelto al primer ministro de la primera guerra mundial, Lloyd George. Churchill instaba al público a «votar nacional».

El ataque principal de su discurso inaugural se dirigía, en términos velados, contra el Estado del Bienestar: «Aquí, en la Vieja Inglaterra (…) en esta gloriosa isla, cuna y ciudadela de la democracia a escala mundial, no nos gusta que nos reglamenten, nos den órdenes y prescriban cada acción de nuestra vida». El Estado del Bienestar de los laboristas, predijo, «tendrá que apoyarse en algún tipo de Gestapo»[108].

Attlee[52a], en su respuesta, apeló al concepto de «la guerra del pueblo»:

> Insisto en la cuestión fundamental sobre la que tenéis que decidir. ¿Ha de ser gobernado este país, *en la paz como en la guerra*, por el principio de que el bienestar común se antepone al interés privado? (…) ¿O ha de volver la nación a las condiciones de antes (…)? Os pido, electores de Gran Bretaña, a vosotros, los hombres y mujeres que han mostrado al mundo un ejemplo tan brillante, que ante el peligro de muerte os salvasteis, que otorguéis poder al laborismo para guiaros a un mundo pacífico y a un orden social justo[109].

Pese a que el laborismo no cumplió muchas de sus promesas, lo realmente significativo es que reclamó el papel de la guerra popular. Y los resultados fueron elocuentes. Los conservadores de Churchill cayeron hasta los 213 diputados, mientras que el Partido Laborista triunfó con 393 diputados y formó su primera administración con mayoría. El gobierno de coalición (que incluía a los laboristas) había librado una guerra imperialista,

pero en las mentes de millones de votantes el conflicto había sido bastante diferente.

8

EE.UU.: RACISMO EN EL ARSENAL DE LA DEMOCRACIA

Los EE.UU. realizaron una gran contribución al resultado de la segunda guerra mundial. Perdieron la vida 405 000 estadounidenses y el país se gastó la mareante cantidad de 330 000 millones de dólares[1]. Si la cifra de muertos palidece en comparación con la de la Unión Soviética, el papel de los EE.UU. como fuente de armamento fue sobresaliente. A través de la Ley de Préstamo y Arriendo suministró montañas de equipamiento militar y alimentos. La Unión Soviética obtuvo una décima parte de su maquinaria militar de los EE.UU.,[2] y Gran Bretaña recibió dos veces esa cantidad[3].

En algunos aspectos la postura de los EE.UU. parecía un tanto diferente a la de sus aliados. Carecía de grandes colonias[4] y estaba más dispuesto a hablar el lenguaje de la guerra popular. En 1940 el presidente Roosevelt pronunció un famoso discurso asegurando que los EE.UU. eran «el gran arsenal de la democracia». Reprendió a los nazis por haber «proclamado, una y otra vez, que todas las demás razas son inferiores y están, por tanto, sujetas a sus órdenes»[5] Una semana más tarde declaró que su «política nacional» lo era «sin importar los partidismos» y que implicaba «la conservación de las libertades civiles para todos».[6].

Sin embargo no habría que exagerar las diferencias entre los EE.UU. y sus aliados. La implicación de Washington en la segunda guerra mundial formaba parte de lo que Ambrose llama «ascenso hacia el globalismo»[53a]:

> En 1939 (…) los EE.UU. tenían un ejército de 185 000 hombres, con un presupuesto anual de menos de 500 millones de dólares. Estados Unidos no tenía alianzas militares y no había tropas estadounidenses estacionadas en el extranjero. (…) Treinta años después América tenía [un presupuesto militar de] más de 100 000 millones. Los Estados Unidos tenían alianzas militares con 48 naciones, 1,5 millones de soldados, aviadores y marineros estacionados en 119 países[7].

Si antes de la segunda guerra mundial, América había seguido un camino diferente al de las potencias europeas, era uno de colonización interna más que externa, no sólo a través de la conquista del Oeste y la aniquilación de los nativos americanos, sino a través de la explotación de esclavos africanos embarcados hacia su continente. Por tanto, a la cuestión de si el esfuerzo bélico de los EE.UU. tomó un carácter imperialista o popular, la prueba fundamental era el tema doméstico de la raza, que ha sido denominado «la obsesión americana»[8].

Los japoneses

Éste surgió en primer lugar en relación con los japoneses. Aunque el ataque a Pearl Harbor en diciembre de 1941 era creación de Tokio, las autoridades federales se volvieron contra los japoneses residentes en Estados Unidos. La Orden Ejecutiva 9066 de Roosevelt (marzo de 1942) internaba a «todas las personas de origen japonés» en la Zona del Mando de Defensa Occidental (California, Oregón, Washington y Arizona)[9] Esto afectó a 120 000 personas de las que 70 000 eran estadounidenses.[10].

Se había explotado a los asiáticos en el litoral de la Costa Oeste desde mediados del siglo XIX, y se potenciaba el racismo tanto para mantener bajos sus salarios como para dividir a los trabajadores, blancos y no blancos, entre ellos. Los japoneses eran un objetivo habitual. En su campaña hacia la presidencia de 1912, Woodrow Wilson declaró que los japoneses «no podían mezclarse con la raza blanca», y unos años después el gobernador de California insistía en el «principio de conservación de la raza». En un famoso caso en los tribunales a un hombre se le negó la naturalización simplemente porque era «claramente de una raza que no es

caucásica[11]» y hacia 1924 el precedente se había solidificado hasta convertirse en ley nacional. A fin de mantener la «preponderancia racial», desde ese momento sólo las «personas libres blancas» podían optar[12].

El arquitecto de la Orden Ejecutiva 9066, el comandante de la Zona del Mando de Defensa Occidental DeWitt, aclaró que su motivación era genética:

> La raza japonesa es una raza enemiga y aunque muchos japoneses de segunda y tercera generación, nacidos en Estados Unidos, en posesión de la ciudadanía de los Estados Unidos, estén «americanizados», las afinidades raciales permanecen sin diluir. Decir lo contrario es como esperar que hijos nacidos de padres blancos en suelo japonés corten toda afinidad racial y se conviertan en leales súbditos japoneses[13].

Los administradores de la Orden Ejecutiva 9066 pensaban que era una reacción exagerada, pero aceptaban la opinión de que «los rasgos normales caucásicos de tales individuos permiten al americano medio reconocer a individuos particulares mediante la distinción de características faciales menores [pero] el ojo occidental no está capacitado para distinguir a un residente japonés de otro». Esto hacía que «una vigilancia eficaz de los movimientos de particulares japoneses sospechosos de lealtad sea virtualmente imposible»[14].

Una justificación pública para la Orden Ejecutiva 9066 era una necesidad militar. DeWitt aseguraba en voz alta que los japoneses de EE.UU. emitían datos sensibles de inteligencia estadounidense, aunque sabía que era mentira[15], y el director del FBI, el famoso reaccionario [J. Edgar] Hoover, estaba al tanto de que esa aseveración era pura ficción[16]. Para sortear la falta de pruebas se avanzó una sorprendente evidencia, digna de Donald Rumsfeld: «el propio hecho de que no haya habido ningún sabotaje hasta la fecha es una indicación perturbadora y que corrobora que se realizará tal acción»[17]. Aunque las autoridades sugerían que el internamiento era popular, encuestas realizadas en secreto en las áreas afectadas indicaban que sólo un 14 por ciento estaba a favor de esta estrategia[18]. La gente sabía ver a través de los engaños destinados a extender el miedo por parte de políticos y prensa.

La Orden Ejecutiva 9066 se implementó recurriendo a métodos similares a la «arianización» de los nazis. Se hacinó a los japoneses en antiguos establos y porquerizas antes de transferirlos a «centros de realojamiento» a largo plazo como el sombrío campo de Minidoka, Idaho[19]. El término «campo de concentración» se había abandonado con discreción. Llevando poco más que lo que podían cargar, perdieron casas y propiedades por valor de 400 millones de dólares[20] Un motín en un campo fue controlado por soldados que mataron a dos personas e hirieron a muchas más. Cuando un médico reveló que a los manifestantes se les había disparado por la espalda fue despedido.[21].

El internamiento encontró críticas en lugares inesperados. El director de la Autoridad de Realojamiento de Guerra se sentía avergonzado por la política que debía poner en práctica. Creía que «daba credibilidad a los argumentos del enemigo de que libramos una guerra racial; que esta nación predica la democracia y practica la discriminación racial»[22]. Las víctimas de la Orden Ejecutiva 9066 también señalaban la hipocresía de la posición del gobierno: «aunque tenemos la piel amarilla, también somos americanos. [De modo que] ¿cómo podemos decirles a nuestros compañeros en las fuerzas armadas que luchamos por la perpetuación de la democracia, especialmente cuando nuestros padres, madres y familias están en campos de concentración, pese a no habérseles acusado de ningún crimen?»[23].

La diferente manera en que los EE.UU. libraron su guerra en Europa y en Asia también demuestra la influencia de la raza. Un veterano recordaba cómo su sargento de instrucción declaraba: «No vais a Europa, vais al Pacífico. No dudéis en pelear sucio con los *japos*»[24][54a]. Un corresponsal de guerra recuerda: «disparábamos a los prisioneros a sangre fría, arrasábamos hospitales, ametrallamos botes salvavidas (…) ejecutábamos a los enemigos heridos»[25] A veces el único propósito era extraerles los dientes de oro.[26]. Cuando el mismo veterano preguntó por unos disparos que había oído, le respondieron: «sólo una vieja amarilla. Quería que acabáramos con su sufrimiento para unirse con sus ancestros, supongo. De modo que le di el gusto»[27].

Cuando el Mando Británico de Bombarderos pidió a la Octava Fuerza Aérea de los EE.UU. su participación en la Operación *Thunderclap*, cuyo

objetivo era matar a unos 275 000 berlineses, el general estadounidense Cabell protestó asegurando que «ese tipo de planes para matar bebés [constituirían] una mancha en la historia de las Fuerzas Armadas y de los EE.UU.»[28]. Esto no evitó que los EE.UU. tomaran parte en el bombardeo de Dresde, pero las razones fueron estratégicas. Al igual que los británicos, los altos mandos estadounidenses estaban al tanto de que sus fuerzas armadas «son las fichas azules con las que nos acercaremos a la mesa de tratados de posguerra» y que era importante asegurarse «el conocimiento, por parte de los rusos, de su potencia»[29].

En la guerra con Japón las connotaciones raciales eran más evidentes. Los «planes para matar bebés» eran la política estadounidense rutinaria en el teatro asiático, y se denunciaba a quienes decían que eran «antiamericanos» porque, como sugería el *Weekly Intelligence Review* en tonos que recordaban a Stanley Baldwin[55a], «nuestra intención es buscar y matar al enemigo allá donde se encuentre, sea él o ella, en el máximo número posible, en el menor tiempo posible. Para nosotros NO HAY CIVILES EN JAPÓN»[30].

Un ejemplo de lo que esto significó en la práctica fue el bombardeo de Tokio, el 10 de marzo de 1945. Mató a 100 000 personas. El general de las fuerzas aéreas Curtis LeMay lo llamó «el desastre más grande jamás infligido a un enemigo en la historia militar. (…) Hubo más víctimas que en ninguna otra acción militar en la historia mundial»[31]. David Lilienthal, miembro de la Comisión Estadounidense de Energía Atómica, resumió cómo se desarrolló la guerra contra Japón:

> Entonces incendiamos Tokio, no sólo objetivos militares, sino que arrasamos el lugar, de forma indiscriminada. La bomba atómica sólo es la última palabra en esa dirección. Todas las limitaciones éticas de la guerra han desaparecido, no porque *los medios* de destrucción sean más crueles o dolorosos o terribles en su efecto sobre los combatientes, sino porque no hay combatientes individuales. Las vallas han desaparecido. Y fuimos nosotros, los civilizados, los que hemos llevado la conducta vergonzosa hasta las últimas consecuencias[32].

Se trata de un juicio válido acerca de Hiroshima y Nagasaki. Aunque los EE.UU. sabían que Japón estaba pidiendo la paz[33], el secretario de Estado (Stimson) quería utilizar la bomba atómica y «el objetivo más deseable

sería una planta de guerra vital, que emplee a grandes cantidades de trabajadores y esté bien rodeada por las casas de los trabajadores». Un historiador añade: «desprovisto de eufemismos, eso significaba matar en masa a trabajadores y a sus familias, que residían en esas casas»[34].

Harry Truman, el sucesor de Roosevelt, se dio cuenta de que la bomba atómica era «mucho peor que los gases o la guerra biológica, porque afecta a la población civil y la mata al por mayor»[35]. Las bombas atómicas mataron a 200 000 personas a corto plazo, y aniquilaron a los propios servicios médicos que podrían haber ayudado a las víctimas civiles. En Hiroshima:

> De ciento cincuenta doctores en la ciudad, sesenta y cinco ya estaban muertos y los demás estaban heridos. De 1780 enfermeras, 1654 estaban muertas o demasiado malheridas para trabajar. En el hospital más grande, el de la Cruz Roja, sólo seis de 30 doctores estaban en condiciones de trabajar, y sólo diez enfermeras de más de doscientas[36].

Y los efectos de la bomba en la gente desafían, virtualmente, cualquier descripción:

> Su visión era casi insoportable. Sus caras y manos estaban quemadas e hinchadas; y grandes láminas de piel se habían desprendido de sus tejidos y caían colgando como los harapos de un espantapájaros. (…) ¡Y no tenían cara! Sus ojos, narices y bocas se habían quemado, y parecía como si sus orejas se hubieran fundido[37].

Los judíos

Acabar con el Holocausto es quizás el argumento más poderoso para que la segunda guerra mundial sea una «guerra buena». Así pues, ¿cuál fue la actitud de los Aliados hacia la apremiante situación de los judíos? Cuando Hitler se anexionó Austria en 1938, Londres impuso restricciones en el visado para dificultar la huida de los judíos[38]. Para el estallido de la guerra, sólo 70 000 de las 600 000 solicitudes de asilo se habían concedido[39]. Tras 1939 la puerta se cerró completamente, pues se señalaba a todo aquel que procediera de territorio del Eje como enemigo extranjero.

El secretario de Asuntos Exteriores británico vetó el rescate de 70 000 judíos rumanos (rescate plenamente pagado por la comunidad judía estadounidense) porque «si hacemos esto, todos los judíos del mundo querrán hacer ofertas similares con los judíos de Polonia y Alemania. Hitler bien puede ocuparnos (…)»[40].

«Asombrosa, una postura asombrosa», exclamaba un funcionario estadounidense[41] y esto demuestra que los EE.UU. tuvieron un enfoque mejor. En enero de 1944 se constituyó un Comité de Refugiados de Guerra que salvó hasta 250 000 vidas de judíos.[42], Sin embargo, antes de dejarnos llevar por el entusiasmo es importante señalar que el gobierno proporcionó sólo un 9 por ciento del dinero. El resto provino de fuentes privadas[43]. Además, como Wyman aclara en su excelente libro *The Abandonment of the Jews* («El abandono de los judíos»), 1944 era ya demasiado tarde, y el camino hacia la fundación del Comité había sido especialmente penoso. Ya en 1941 las autoridades estadounidenses sabían del exterminio que estaba llevándose a cabo en Europa. En efecto, en julio de 1942 una asamblea de 20 000 personas se reunía en Nueva York para protestar contra el Holocausto, y recibía mensajes de simpatía tanto de Roosevelt como de Churchill[44].

Aun así, Roosevelt designó a Breckinridge Long, a quien Eleanor Roosevelt describió como «un fascista»[45], para supervisar las reglas de inmigración. Su política era «posponer, posponer y posponer la concesión de visados» y así «demorar y detener de manera efectiva [la inmigración] durante un periodo temporal de duración indefinida (…)»[46]. Para contribuir a ello, el formulario de solicitud de visado en los EE. UU. tenía 122 cm de largo y:

> Tenía que rellenar por ambos lados uno de los patrocinadores del refugiado (o una agencia de ayuda al refugiado), jurarse so pena de perjurio y entregar seis copias. Exigía información detallada no sólo acerca del refugiado sino también de los dos patrocinadores estadounidenses que debían testificar que no suponía ninguna amenaza para los Estados Unidos. Cada uno de los patrocinadores debía elaborar una lista de sus residencias y empleadores en los últimos dos años y proporcionar referencias de carácter de dos ciudadanos estadounidenses de buena reputación cuyas actividades pasadas pudieran comprobarse con facilidad[47].

Luego se introdujo una cruel trampa legal[56a]: en los países de Europa controlados por el Eje no había cónsules que emitieran visados, pero a quienes escapaban de esos países hacia otros como España o Portugal se los estimaba «no en grave peligro» y por lo tanto se les denegaban los visados.

Acciones como ésta llevaron a un importante miembro judío socialista del Consejo Nacional Polaco a suicidarse. Explicó así su decisión:

> La responsabilidad del crimen de asesinar a la población judía de Polonia por completo recae en primer lugar sobre los perpetradores, pero (…) por la contemplación pasiva del asesinato de millones de personas indefensas y del maltrato a los niños, mujeres y ancianos, [los Estados aliados] se han convertido en cómplices de los criminales. (…) Ya que no he sido capaz de hacer nada en vida, quizás mediante mi muerte contribuiré a deshacer esta indiferencia[48].

El significado del bienvenido establecimiento del Comité de Refugiados de Guerra hacia el final de la guerra palidece ante la negativa, por parte de los EE.UU., a impedir que el campo de Auschwitz siguiera operando.

A principios de 1944, dos huidos del campo, Vrba y Wetzler, proporcionaron información detallada del mismo. Wyman demuestra que se podrían haber salvado hasta 437 000 vidas si se hubieran bombardeado las vías férreas y los crematorios de Auschwitz[49] pero el Departamento de Guerra declaró que esto era «impracticable».[50], Entre julio y octubre de 1944 «un total de 2700 bombarderos volaron a lo largo o a escasa distancia de ambas vías férreas de camino a objetivos en la región Blechammer-Auschwitz[51], y en varias ocasiones el campo de concentración tembló debido a los ataques a instalaciones cercanas».

El veredicto de Wyman ha sido ampliamente discutido[52]. El argumento en contra, que los aliados occidentales no deseaban verse distraídos de su objetivo principal de derrotar a Alemania, se desploma en comparación con los costosos esfuerzos por evacuar niños españoles durante la guerra civil o para entregar suministros al Alzamiento de Varsovia. Parecería que sólo se llevaron a cabo «acciones humanitarias» cuando era políticamente conveniente. Un convencido partidario de Roosevelt defiende a su héroe enfatizando la «sincera creencia» del presidente «en poner todos los recursos de América y su propia influencia en ganar la guerra»[53]. La pregunta es: ¿qué guerra estaba intentando ganar?

La guerra popular no se centraba en obtener ventajas políticas, sino en la decencia común y en la protección de la vida humana. Las argumentaciones de que no se podía hacer nada para salvar judíos, o de que se trataba de una distracción, se demuestran falsos con el caso de Dinamarca. Aunque bajo dominación alemana, sólo 474 de sus 7000 judíos cayeron en manos de los nazis[54] porque grandes cantidades de ciudadanos los ocultaron cuando comenzaron las detenciones.[55] Después la resistencia organizó una flotilla de pequeños barcos para sacarlos a escondidas a través del Oresund[57a] hacia la neutral Suecia.[56], En Bulgaria, notables partes de la sociedad «se unieron con la singular determinación de proteger a los judíos de Bulgaria de la mayoría fascista proHitler en el parlamento». Como consecuencia, «los vagones de ganado (…) permanecieron vacíos. Los judíos búlgaros lucharon junto a sus compatriotas no judíos en un poderoso movimiento partisano»[57].

El rescate de judíos no era algo absurdo. Como señala un participante, muchos historiadores «cometen un error [cuando] intentan desconectar el rescate de judíos del resto de la resistencia. Era un todo»[58] Muchos que escapaban regresaban posteriormente para luchar.[59]. «Se estima que 1,5 millones de hombres y mujeres judíos se implicaron en combates contra el Eje; las fuerzas armadas de EE.UU. y de Rusia albergaban a medio millón cada una»[60] En Europa oriental había organizaciones clandestinas en siete grandes guetos y en 45 guetos menores. Se dieron alzamientos en cinco campos de concentración y en 18 campos de trabajos forzados.[61]. Contra todo pronóstico hubo rebeliones armadas en los campos de exterminio de Auschwitz, Treblinka y Sobibor.

Incluso la resistencia judía poseía un doble aspecto. En muchos casos, organizaciones judías establecidas intentaron limitar los efectos del nazismo mediante la colaboración. Tzur demuestra que, como las otras, la población judía estaba dividida: «[la resistencia] sólo podía surgir a partir de una ideología activa que presentara a quienes la seguían en oposición a las circunstancias existentes y que creyeran en la posibilidad de cambiar la ecología cultural y política. Por tanto, los resistentes solían tener un pasado de pertenencia a grupos contra el *establishment*»[62]. Un ejemplo opuesto se dio en el gueto de Vilna, en «uno de los capítulos más trágicos de los anales

del Holocausto»[63]. El jefe de la organización judía traicionó al líder del grupo de resistencia armada del gueto y lo entregó a la Gestapo, justo después de que 33 500 de sus 57 000 habitantes hubieran sido enterrados en fosas cercanas[64].

«Doble victoria»: los americanos negros y la guerra

En los EE.UU. la población negra era consciente de la existencia de las dos guerras y así lo expresó. Cuando Roosevelt anunció que estaba defendiendo «la libertad y la democracia», los afroamericanos, que componían una octava parte de su población, no podían sino saber que en 12 estados del Sur sólo el 2 por ciento de los negros con edad legal podía votar, o que los ingresos medios de los negros eran sólo el 40 por ciento de los de los blancos[65]. Puede que recordaran la respuesta del presidente a las docenas de linchamientos en 1933. Cuando el líder de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (NAACP) le pidió que respaldara un proyecto de ley contra los linchamientos, respondió que demócratas racistas sureños «ocupan lugares estratégicos en la mayoría de comités del Congreso y el Senado», y que por tanto «sencillamente no puedo asumir ese riesgo»[66]. Su futuro sucesor, Truman, dijo en 1940: «quiero dejar claro que no abogo por la igualdad social para los negros[58a] Los propios negros lo saben bien (…)».[67].

Las grietas en el edificio del racismo comenzaron a aparecer cuando las fuerzas armadas estadounidenses pasaron de unos cuantos centenares de miles de soldados a más de 14 millones. En 1940 la *Selective Service and Training Act* («Ley de servicio y entrenamiento militar selectivos») abrió las fuerzas a «cualquier persona, sin distinción de raza o color» y prometió que «no habrá discriminación (…)»[68]. Sin embargo, los cuerpos siguieron estando profundamente segregados. En palabras de Roosevelt, «la política del Departamento de Guerra es no mezclar personal alistado blanco y de color en la misma organización regimental»[69]. Es de suponer que la «no

discriminación» sólo se aplicaba dentro de las secciones separadas de blancos y negros, no entre ellas.

La justificación que dio el secretario de Defensa fue que los negros eran «básicamente agrícolas»[70]. Por tanto, «las unidades de negros han (…) sido incapaces de dominar las técnicas de las armas modernas»[71]. En la Marina los negros sólo podían aspirar a ser pinches o cocineros porque, según el secretario de Marina, «sería una pérdida de esfuerzo y de tiempo [entrenar a aquellos que] por causa de su raza y color no podrían llegar a las calificaciones más altas». El almirante Nimitz advertía de que la integración era «el modo soviético, no el americano»[72]. En el ejército, se restringía al 95 por ciento de los negros a tareas de servicios[73], porque, como expresó el general Marshall, la integración habría supuesto «el establecimiento de problemas de vejación racial [que] no puede permitirse que compliquen la tremenda tarea del Departamento de Guerra y, por tanto, pongan en riesgo la disciplina y la moral»[74]. Como la moral de los racistas era prioritaria, los blancos podían dar órdenes a los negros, pero los negros nunca podían dar órdenes a los blancos. De modo que en 1940 sólo había dos oficiales negros en el Ejército[75].

La segregación se aplicaba incluso a las donaciones de sangre. Quienes se oponían decían que esto era «abjurar de los principios por los cuales se libra esta guerra» y la llamaban «política digna de Hitler»[76]. Pero había muchos más ultrajes. Ésta era la experiencia de un soldado negro: «vi prisioneros alemanes libres de moverse por el campo, a diferencia de los soldados negros, cuyos movimientos estaban restringidos. Los alemanes entraban tranquilamente en todos los condenados lugares, como cualquier americano blanco. Nosotros vestíamos el mismo uniforme, pero se nos excluía»[77]. En las ciudades, los prisioneros de guerra alemanes se sentaban en la parte delantera de los autobuses, mientras que se relegaba a los negros a los traseros[78]. Llegó a la conclusión de que los EE.UU. empleaban «dos ejércitos, uno negro y otro blanco»[79]. Cuando surgieron propuestas para refugios antiaéreos segregados en Washington DC, un diario comentó irónicamente: «¿no sería digno de Hitler obligar a los blancos americanos “a un destino mucho peor que la muerte”… a meterse en un refugio de negros?»[80].

Algunos negros radicales respondieron a esta situación rehusando directamente participar en la guerra:

> ¿Por qué debería verter mi sangre por la América de Roosevelt (…) por todo ese Sur a lo Jim Crow[59a] que odia a los negros, por los trabajos sucios y mal pagados por los que los negros han de luchar, por los escasos dólares como alivio, por los insultos, la discriminación, la brutalidad policial y la pobreza perpetua a que se condena a los negros incluso en el más liberal Norte[81]?

Respondiendo al argumento de «salvar la democracia», un periódico negro escribió: «no podemos salvar LO QUE NO EXISTE»[82]. Para una significativa minoría, la segunda guerra mundial fue una «guerra de blancos»[83] El 38 por ciento de la población negra creía que era más importante «hacer que la democracia funcione en casa» que derrotar a alemanes o japoneses.[84]. Un epitafio apócrifo resumía la amargura que se sentía: «aquí yace un hombre negro, muerto luchando contra un hombre amarillo, para proteger al hombre blanco»[85].

Para la mayoría, sin embargo, la segunda guerra mundial personificó dos guerras separadas. El *Pittsburgh Courier*, el semanario negro de mayor tirada, lo explicitó con su popular campaña de la «Doble V»: «La "Doble V" significa victoria contra los enemigos del exterior y victoria contra las fuerzas que, en casa, desean negar a los negros la plena participación en todas las fases de la vida nacional. Por tanto, el negro combate en dos frentes».

Había, sin embargo, diferencias y contradicciones en la campaña. Un artículo del *Courier* aseguraba que «la Doble V es un eslogan victorioso adoptado por la América Negra como expresión de su tradicional patriotismo hacia los ideales (…) expresados por el presidente Roosevelt (…)»[86]. Sin embargo, otros artículos denunciaban que bajo su presidencia «los linchamientos, las leyes "Jim Crow", la discriminación laboral y en la enseñanza y la denegación del sufragio» continuaban. Con un «ejército y una marina anclados en el prejuicio. (…) [N]uestro país aún insiste en resultar vulnerable a los propagandistas del Eje y a sus métodos sucios y eficaces. (…) Si no podemos ejercer la democracia en casa, ¿cómo podemos llevar la antorcha con eficacia a quienes necesitan nuestra ayuda y

que, a su vez, han de ayudarnos?»[87] Un soldado negro lo escribió de manera aún más sucinta: era una cuestión de «linchamiento contra moral».[88][60a].

El choque entre las dos guerras surgió en varias áreas de la sociedad. Por una parte, la América corporativa se benefició como nunca antes. Hubo un creciente aumento en las industrias de defensa, que vieron sus ingresos elevarse un 250 por ciento y los precios un 45 por ciento por encima de los niveles de preguerra. Sin embargo, los salarios se estancaron en un 15 por ciento por encima de la media de 1941[89]. La discriminación en los empleos de defensa hacia los afroamericanos era escalonada. Pese a la escasez de mano de obra, en 1941 más de la mitad de los nuevos empleos en defensa estaban restringidos para los negros, mientras que el 90 por ciento de los que hallaron empleo lo hicieron en servicios mal pagados o trabajos sin cualificación. Para los blancos, la cifra era de sólo el 5 por ciento[90].

En enero de ese año, A. Philip Randolph, el líder socialista del sindicato Hermandad de Camareros de Coches-Cama, declaró que los negros «conseguirán sus derechos en los empleos de Defensa Nacional y en las Fuerzas Armadas de nuestro país»[91] Su «Movimiento Marcha sobre Washington» (MOWM) ha sido descrito como «la primera manifestación a gran escala de los afroamericanos dirigida contra los funcionarios federales»;[92] «uno de los [movimientos negros] más prometedores de la historia de América» y «la primera gran organización negra en que los sindicalistas jugaron un papel de liderazgo».[93].

El propio Randolph argumentaba: «todo el sistema de Defensa Nacional huele y apesta a prejuicio racial, odio y discriminación (…)». Se habían hecho promesas, pero «todo se acaba ahí. No se hace realmente nada para acabar con la discriminación. (…)» De modo que los blancos no debían suplicar educadamente, sino actuar: «el poder y la presión no residen en unos pocos, en la *intelligentsia*, residen en, y fluyen con, las masas. (…) Hacia Washington. (…) Que salgan en enjambres de cada aldea y ciudad. (…) Que vengan en automóviles, autobuses, trenes y a pie. Que vengan aunque el viento sople…»[94]. Pronto las predicciones originales de 10 000 manifestantes crecieron hasta los 100 000.

Como respuesta Roosevelt acusó a los organizadores de ayudar al Eje:

> La amenaza actual a la seguridad nacional no es sólo un asunto de armas y ejércitos. (…) El método es sencillo. Primero hay una diseminación de discordia. Un grupo, no muy extenso, un grupo que puede ser seccional, racial o político, al que se le impulsa a explotar sus prejuicios a través de falsos eslóganes y llamadas viscerales. (…) Como consecuencia de estas técnicas, los programas de armamento pueden verse seriamente demorados. La unidad del propósito nacional puede verse perjudicada (…)[95].

Sin embargo, Roosevelt cambió de opinión. Fundó un Comité de Prácticas Justas en la Contratación (FEPC) para «investigar las quejas» de discriminación y «resolver agravios», y la marcha se canceló. Se aplaudió al FEPC como «el esfuerzo más importante en la historia de este país para eliminar la discriminación en el empleo»[96], pero los presagios eran preocupantes. Mark Ethridge, designado director del Comité, halló que no había poder, «ni siquiera en todos los mecanizados ejércitos de la Tierra, Aliados y Eje, capaces de obligar a los sureños a abandonar el principio de segregación social (…)»[97]. Un desilusionado Randolph se dio cuenta de que el FEPC se enfrentaba a una situación «de la misma cuerda que el nazismo de Hitler, el fascismo de Mussolini o el militarismo de Hirohito»[98]. En cuanto la amenaza de la marcha desapareció, Roosevelt emasculó al FEPC y Ethridge, disgustado, dimitió.

El choque entre la guerra popular y la guerra imperialista en los EE.UU. también podía tomar forma de balas, cuchillos y piedras. Hubo un gran aumento de empleo a no blancos, no tanto gracias al FEPC como por pura necesidad. Por ejemplo, en 1941 no había americanos de origen mexicano en los astilleros de Los Ángeles. Tres años más tarde había 17.000[99]. A escala nacional, durante el mismo periodo un millón de personas se mudaron de casa[100]. En San Francisco, la población negra creció a un ritmo 20 veces mayor que la de los blancos[101]. Todo esto generó tensiones con el alojamiento, y esta tensión causó 242 batallas raciales en 47 ciudades sólo durante 1943[102].

El episodio más dramático se dio en la ciudad de Detroit, famosa por su ingeniería. Hacia mediados de la guerra, negros y blancos del Sur llegaban a un ritmo de 1400 por semana[103]. Los blancos se amotinaron cuando se

aprobó un proyecto de viviendas para negros llamado Sojourner Truth, como la heroína de la guerra de Secesión y exesclava[61a]. La policía local se abstuvo de participar porque, como comentó su jefe, «mis hombres están naturalmente de acuerdo con la multitud blanca»[104]. En consecuencia, 33 de los 38 hospitalizados fueron negros. Sin embargo, de los 104 arrestados, 101 fueron negros[105]. Esto no fue sino el preludio a un choque aún mayor en 1943. Hubo intentos de superar las divisiones y en abril 10 000 trabajadores, blancos y negros, se manifestaron juntos contra la discriminación[106]. Lamentablemente el racismo no es tan fácil de superar. Dos meses después, una pelea entre jóvenes blancos y negros se extendió a tres cuartas partes de la ciudad. Una vez más, el Estado no se convirtió en parte neutral en el conflicto; 34 personas murieron, 25 de ellas negras. El 85 por ciento de los 1500 arrestados fueron de raza negra, y la policía mató a tiros a 17 negros[107].

¿Cabe argumentar que estas divisiones respondían más a una fractura social en las masas que a una división entre un gobierno imperialista y la mayoría del pueblo? Es cierto que el racismo infectaba a la clase trabajadora blanca. Hubo numerosas huelgas para excluir a los negros de puestos de trabajo, por ejemplo[108]. Sin embargo, incluso esas huelgas mostraban una cierta diferenciación social. Había una clara distinción entre la Federación Estadounidense del Trabajo (AFL), cuyos orígenes se encontraban en la élite artesana más privilegiada de los trabajadores, y el Congreso de Organizaciones Industriales (CIO) de base mucho más amplia. Mientras que varios sindicatos de la AFL prohibían la afiliación a los negros de manera oficial, el CIO les daba la bienvenida[109] y creó 85 comités antidiscriminación para oponerse activamente al racismo[110]. En 1943 un delegado, en la convención de Michigan del CIO, señaló perfectamente los orígenes del problema: «dividir a la gente corriente para gobernarla ha sido la clave económica de quienes detentan el control sobre el destino económico de América»[111].

La podredumbre se extendía desde arriba. Las actitudes expresadas por los políticos, hombres de negocios y jefes de las fuerzas armadas hallaban un eco en la sociedad civil. En el tema del alojamiento, por ejemplo, la Asociación Nacional de Agentes Inmobiliarios colocaba a los negros en el

grupo de los destiladores clandestinos, *madames* de burdel y gánsteres, y recomendaba a su agentes de la propiedad que evitaran vender a los afroamericanos «sin importar los motivos ni el carácter del eventual comprador, si el trato podía instigar cualquier forma de deterioro…»[112]. Randolph resumía la manera en que la administración alimentaba el conflicto étnico: «la segregación oficial del negro por parte del gobierno federal en sus fuerzas armadas, los departamentos del gobierno y las industrias de defensa es una de las causas principales de la ola de disturbios raciales que arrasa el país»[113]. En determinadas ocasiones el gobierno podía sofocar los motines por intereses de producción de guerra, pero esto no deshacía la manera en que su política generaba las condiciones para que se dieran esos conflictos.

La escala y localización del enfrentamiento de Detroit, y los del de Harlem, Nueva York, que le siguió[114], demuestran el continuado racismo del Estado, pero también que los negros estaban deseosos de contraatacar. Estos acontecimientos habían tenido lugar en el Norte. Pero la «otra guerra» también explotó en el Sur. Contra un fondo de incremento de linchamientos[115] llegó la resistencia de soldados negros. Se trataba predominantemente de soldados transferidos de ciudades del norte, y no estaban acostumbrados, ni iban a aceptar, a Jim Crow. Hubo un total de más de 200 enfrentamientos entre soldados negros y las autoridades civiles y militares, de los que dos terceras partes se dieron en el Sur[116] Siguió a la propagación de grupos comunitarios negros como la NAACP[117]. (que en los años sesenta pasó a considerarse moderada en comparación con el movimiento Black Power, pero que a menudo representó el papel de liderazgo en la agitación política durante la segunda guerra mundial).

Además había autoorganización. En Fort Bragg, el campo militar más grande del país, se formó un Consejo del Soldado Negro[118] tras una pelea en la que murieron un soldado de color y un policía militar blanco[119]. Un detallado estudio de una «insurrección» de soldados negros en Camp Stewart, Georgia, demuestra cómo nacía una nueva militancia[120]. En esta carta al jefe de la NAACP se describen las condiciones [en que se vivía] en Camp Stewart: «Por favor, por el amor de Dios, ayúdenos. Estos oficiales del viejo Sur nos tienen encerrados en cuarentena como esclavos, baje y

véalo. (…) Realmente odian a la gente de color. Por favor, apele al Depto. de Guerra acerca del trato que se nos da, de inmediato. No somos esclavos»[121].

Numerosas cartas procedentes de este campo de entrenamiento hacen referencia a aislamiento físico, condiciones sanitarias «inenarrables», oficiales blancos pateando a soldados negros y falta de cuidados médicos. Se aseguraba que «al menos 3 hombres mueren cada mes como consecuencia de motines raciales (…) [y] al menos 2 hombres mueren cada mes a causa de sobreesfuerzo»[122].

Tras informes de violencia por parte de soldados blancos contra una mujer negra, una columna de cien negros en «formación militar», armados con rifles, bayonetas y porras formó y llamó a otros a que se les unieran[123] Entonces la Policía Militar comenzó a disparar y el campo «quedó engullido por el tumulto de la batalla».[124]. Finalmente, tras dispararse unas 6000 balas de munición de calibre 30, un policía militar yacía muerto[125]. La batalla en Camp Stewart fue sólo un ejemplo de una masa de conflictos raciales tanto en los EE.UU. como en el extranjero.

El resultado de la segunda guerra mundial tuvo, para los EE.UU., un doble filo. El Estado surgió de ella como superpotencia. Si no fue posible hablar de una victoria para el pueblo en casa, al menos el frente para la justicia y la democracia había avanzado. A partir de 1943 se permitió al personal militar blanco y negro emplear las mismas instalaciones de recreo, aunque en horas separadas[126]. En 1944 se asignaron pelotones de soldados negros a compañías blancas[127] y en 1948 las fuerzas armadas pasaron a ser oficialmente integradas.[128], Pese a todos los obstáculos, la guerra popular había desatado fuerzas imparables. Liderada por figuras como Martin Luther King, la campaña por la igualdad de los negros pronto volvería a prender, y no pasó mucho tiempo hasta que nuevas fuerzas, aglutinadas en torno a Malcolm X y los Panteras Negras, tomaran las armas para hacerla avanzar aún más.

PARTE 3

ALEMANIA, AUSTRIA E ITALIA: BAJO EL EJE

En los países del Eje la guerra popular se libró en las sombras, tras las puertas de las cámaras de tortura. Además de enfrentarse a la ira de sus propios gobiernos, estos movimientos antifascistas sufrían el obstáculo político añadido de desafiar el esfuerzo bélico de su propia nación, así como la falta de una respuesta favorable por parte de los Aliados.

9

ALEMANIA: CONSERVADORES Y ANTIFASCISTAS

Durante el gobierno de Hitler, tres millones de alemanes se convirtieron en prisioneros políticos, y muchas decenas de miles murieron. Como dijo un escritor, «estas cifras revelan el potencial de una resistencia popular en la sociedad alemana… y lo que ocurrió con ella»[1].

Algunas figuras del *establishment*, que compartían clase social y postura política con los gobiernos aliados, tomaron la ruta de la resistencia, pero durante la crisis de Checoslovaquia de 1938 se revelaría el tipo de problemas a que se enfrentaron. Temiendo que el Führer iniciara una guerra global imposible de ganar, influyentes conspiradores conservadores, entre ellos el comandante en jefe del Ejército, planearon arrestarlo. Confiaban en que no habría «ninguna posibilidad de contratiempos» en tanto Gran Bretaña y Francia tuvieran la voluntad de plantar cara a Hitler[2]. Informaron debidamente a ambos países acerca de la conspiración.

Sin embargo, ninguno de ellos estaba con ánimo de deponer al canciller alemán. *Sir Nevile Henderson, embajador de Gran Bretaña en Berlín, escribió que Hitler había «obtenido logros gigantescos en la reorganización militar, industrial y moral de Alemania»*[3]*. Trataba las objeciones checas a la agresión por parte de Hitler como «de base moral incierta»*[4]*, porque los nazis estaban tan sólo «consumando, tras largo tiempo, la unidad de la Gran Alemania»*[5]*. Por encima de todo, Henderson*

quería una Alemania fuerte para hacer retroceder el comunismo: «El principal objetivo de Moscú era embrollar a Alemania y a las potencias occidentales en una ruina común para surgir como el tertius gaudens [el tercero ganador] del conflicto entre ellas»[6]*. De modo que se ignoraron las súplicas de los complotados y se sacrificó Checoslovaquia.*

Una vez comenzó la guerra, los Aliados adoptaron la política opuesta: rendición incondicional. Esto era igualmente fatal para la resistencia conservadora. Todo intento por su parte de animar a quienes preferían la paz con Alemania se encontraría con, en palabras de Churchill, «silencio absoluto»[7]. Esta postura paralizó a la oposición conservadora porque sin un acuerdo previo con Occidente, derrocar a Hitler podría resultar en una toma del poder soviética, algo que temían aún más que al nazismo.

Las tácticas aliadas minaban también la oposición entre los alemanes de a pie. En lugar de unirse al pueblo alemán en un esfuerzo común contra el nazismo, Gran Bretaña y los EE.UU. le propinaban lluvias de fuego acompañadas por octavillas que rezaban: «Nuestras bombas caen sobre vuestras casas y sobre vosotros. (…) No podéis detenernos, y lo sabéis. No os queda esperanza alguna»[8] El Ejército Rojo reforzaba ese mismo mensaje. Se inflamaba un intenso odio hacia los civiles alemanes en los soldados rusos que libraban la «Gran Guerra Patriótica». Llegaban informes a Stalin de que «todas las mujeres alemanas de Prusia oriental que quedaron rezagadas fueron violadas por soldados del Ejército Rojo».[9] La amarga elección para una mujer alemana se expresaba en este chiste: «Mejor un *ruski* en el vientre que un *yanqui* [bombardeándote] en la cabeza».[10]. En suma, los métodos de los Aliados produjeron una irritada cooperación con el régimen de Hitler. Así consiguió éste evitar la revolución que sobrevino al káiser en 1918. Sin embargo, hubo resistencia contra el nazismo, tanto en forma de guerra imperialista como de guerra popular.

La resistencia alemana

La mayoría de historias escritas otorgan el lugar de honor a los conservadores. Gördeler, alcalde de Leipzig y comisario de Precios del Reich, lideraba un grupo de miembros de la élite que aspiraba a sustituir a Hitler, con él mismo como canciller. Los partidarios de Gördeler disfrutaron de la mejor oportunidad para asesinar al Führer porque se mezclaban con los jerarcas nazis. La bomba de Stauffenberg del 20 de julio de 1944 estuvo a pocas pulgadas de tener éxito. Lamentablemente Hitler sobrevivió, la Operación Valquiria fracasó y los conspiradores pagaron con sus vidas.

Su rechazo al nazismo no se basaba en una oposición al imperialismo alemán, sino a un desacuerdo con respecto a la mejor manera de mantenerlo. Al igual que el embajador Henderson, Hassell (el ministro de Asuntos Exteriores «en la sombra» de Gördeler) abogaba por «una Alemania saludable y vigorosa como factor indispensable (…) frente a la Rusia bolchevique»[11] El propio Gördeler quería mantener Austria y parte de Checoslovaquia en poder de Alemania tras la guerra.[12].

La rendición de los Aliados en Múnich podría haber obstaculizado su complot de 1938, pero el pacto Hitler-Stalin, que creían que proporcionaba demasiada influencia a Moscú, los impulsó a una nueva conspiración[13]. Sin embargo, el inicio de la segunda guerra mundial comenzó a demorar toda acción contra el pacto, puesto que parecía que la Wehrmacht conseguía éxitos. Actuaron en verano de 1944 porque, como explica Mommsen, «los generales de la oposición, con escasas excepciones, sólo se decidieron a la acción incondicional cuando el peligro bolchevique amenazó con convertirse en una realidad militar»[14].

En el frente doméstico la resistencia conservadora prefería un gobierno autoritario o una monarquía a la democracia[15]. Creían conveniente «mantener, en el nuevo Estado reconstruido, gran parte de lo realizado por el nacionalsocialismo»[16].

En efecto, Mommsen cree que «los generales que lideraban la oposición en el ejército estaban también profundamente implicados en los crímenes de guerra del Tercer Reich»[17]. Gördeler rechazaba «el parlamentarismo excesivamente democrático y carente de control»[18], y llegó a la conclusión de que una cámara electa sólo debería tener funciones consultivas, sin derechos legislativos independientes.

Tan sólo el minúsculo círculo de Kreisau, entre cuyos miembros se incluían aristócratas, líderes sindicales y socialistas, iba más allá de políticas tan reaccionarias, pero era sólo un grupo de debate. Cuando, durante la represión por la conspiración de 1944, los apresaron, su figura clave, Von Moltke, protestaba: «sólo pensábamos. (…) Estamos fuera de toda acción práctica; nos cuelgan porque pensábamos juntos»[19].

Si la oposición conservadora se puso en marcha por el miedo a la derrota y una preocupación por salvar al imperialismo alemán del desastre al que Hitler lo llevaba, la oposición de los obreros se basaba en un rechazo fundamental a la dictadura nazi, a la guerra y al racismo. Las juventudes comunistas advertían de que a los obreros jóvenes «se los entrena para ser carne de cañón» y de que para evitar la guerra era necesario «llevar a la ruina al fascismo»[20]. El Partido pedía «solidaridad en forma de simpatía y ayuda para nuestros camaradas judíos»[21] mientras que los socialistas pedían «derrocar a todos los partidarios del despotismo y a todas las organizaciones violentas que se oponen a la libertad (…)».[22], En tanto que gran parte de los miembros de la oposición conservadora habían sido nazis pero se habían separado a causa de la mejor política para el capitalismo alemán, la clase trabajadora se resistió al empuje de Hitler desde el principio. La composición social del Partido Nacionalsocialista lo demuestra. En relación a la población total, la clase trabajadora estaba poco representada, con casi la mitad; la clase media-baja era un tercio; mientras que la élite estaba representada en proporción cuatro veces mayor que la de la sociedad en general[23].

Antes de que Hitler accediera a la Cancillería el Partido Comunista (KPD) se enfrentaba valientemente a los nazis en las calles. Tan sólo en Prusia, entre junio y julio de 1932, 82 personas murieron en enfrentamientos políticos, la mayoría de ellas nazis (38) o comunistas (30) [24]. Lamentablemente, la insistencia por parte de Moscú de que los socialistas alemanes (SPD) eran «fascistas sociales» peores que los nazis produjo desastrosas divisiones en la clase trabajadora[25]. Éstas se completaban con la falsa creencia, por parte del SPD, de que la constitución democrática de la Alemania de Weimar restringiría a Hitler («nuestros enemigos perecerán mediante nuestra legalidad»)[26]. Estas locuras

debilitaron fatalmente a la izquierda y posibilitaron que la élite, centrada en el presidente Hindenburg, nombrara canciller a Hitler.

Incluso tras la subida al poder de Hitler, y con ola de represión tras ola de represión, la oposición por parte de la clase trabajadora persistió. Aunque los medios de comunicación controlados por el gobierno de Goebbels consiguieron divulgar con éxito mentiras concernientes a temas de los que la población no tenía conocimiento directo, los nazis obtuvieron malos resultados en las elecciones, patrocinadas por el gobierno, de enlaces sindicales, porque los votantes conocían personalmente a los candidatos. El partido único prohibió otras plataformas, pero la suma de votos negativos y abstenciones, sumados, comprendía tres cuartas partes del resultado final[27]. No se volvieron a realizar elecciones.

Los trabajadores probaron varios métodos para plantar cara a la carnicería nazi. Al carecer de acceso directo al círculo de Hitler, la resistencia de los obreros no podía orquestar fácilmente complots para asesinarlo, aunque varios heroicos individuos lo intentaron. El SPD esperaba capear el temporal manteniéndose pasivo. Aunque extremadamente temeraria, hay que reconocer al KPD su llamada a «una cadena completa de resistencia masiva y lucha de masas (…)»[28] En junio de 1935 sólo del KPD de Berlín distribuyó 62 000 copias de sus escritos. El diario ilegal del SPD tenía una circulación nacional de 250 000 ejemplares.[29]. A veces se podía hacer más. Pese a los peligros, se dieron también huelgas y sabotajes ocasionales en la producción militar[30]. Incluso en los campos de concentración, la izquierda organizó luchas para la supervivencia física y moral. En el campo berlinés de Sachsenhausen, un grupo de comunistas, socialistas y prisioneros sin partido organizaron la distribución equitativa de comida y ropas, educación política, trabajo cultural para la edificación moral e incluso una manifestación de desafío[31].

Hacia 1939 la resistencia popular masiva había sido aplastada. Esto no implicó una aceptación del nacionalsocialismo por parte de la clase trabajadora. Un informe sacado de contrabando y publicado por los socialistas estimaba que «el noventa por ciento de los trabajadores son, sin duda alguna, definitivamente antinazis, [pero no hay] ninguna actitud activa contra las condiciones dominantes»[32]. Pequeños grupos compuestos por

activistas de procedencia diversa, como la Orquesta Roja (una red de espionaje para Rusia), la Rosa Blanca (estudiantes) y los Piratas Edelweiss (compuestos por jóvenes) iban brotando a la luz tan sólo para ser eliminados. La «otra guerra» había quedado reducida a escaramuzas ocasionales. Sin embargo, como ha argumentado Peukert:

> Teniendo en cuenta el doble trauma de 1933 (la derrota sin lucha y la división, inducida mediante el terror, entre los activistas y la comunidad proletaria, políticamente pasiva, la mera cantidad de oposición política, la dedicación y sacrificio de quienes se implicaron en ella y la tenaz determinación con que persistieron en sus operaciones secretas, pese a las derrotas a manos de la Gestapo, son ciertamente logros remarcables. Constituyen un hito inmenso, histórico, con escasa relación con el impacto total de la resistencia proletaria al Tercer Reich[33].

Una comparación en tamaño entre la resistencia conservadora y la resistencia popular resulta reveladora. La primera contaba con unos 200 activistas (aunque en la represión que siguió al complot de julio de 1944 el régimen ejecutó a unos 5000 oponentes)[34]. Hacia el final de la segunda guerra mundial, sólo del KPD se había encarcelado a unos 300 000 miembros, y al menos se había matado a 20.000[35].

Como Peukert sugiere arriba, no se puede decir que la resistencia masiva fuera decisiva, pero fue significativa. La guerra que acabó por destruir al nazismo en parte se libró porque buscaba «solucionar sus antagonismos sociales mediante una expansión territorial dinámica. De modo que Alemania, inevitablemente, fue arrastrada a la guerra con las otras potencias»[36]. De igual manera, como ha demostrado Aly, al temer una repetición de la revolución con que acabó la primera guerra mundial, los nazis evitaron una confrontación con los obreros alemanes a causa de una bajada de su calidad de vida, y esto redujo significativamente la efectividad de la maquinaria bélica alemana[37]. Churchill y Roosevelt pidieron a su nación niveles de sacrificio que Hitler no se atrevió a demandar.

Tras la guerra

El Día de la Victoria en Europa fue el 8 de mayo de 1945 y el golpe fatal lo asestó el imperialismo aliado. Pero el motivo no era liberar a la población alemana. Un portavoz de los EE.UU. explicó: «nuestro propósito al ocupar Alemania no es liberarla, sino tratarla como un Estado enemigo derrotado»[38] Rusia se mostró de acuerdo y llevó a cabo la violenta «limpieza étnica» de 11 millones de alemanes en Europa del Este.[39]. Es más, Stalin no veía razón alguna para poner trabas si «un soldado que ha cruzado miles de kilómetros a través de sangre y fuego y muerte se divierte con una mujer o toma alguna bagatela»[40]. Aunque famoso por sus violaciones masivas, el Ejército Rojo no fue el único ejército ocupante que hizo esto[41].

Más que en el bienestar de la población alemana, mucha de la cual había sido víctima del nazismo, los vencedores estaban interesados en decidir quién tendría la mayor porción del botín. Morgenthau, secretario del Tesoro de los EE.UU., quería desindustrializar Alemania y dividirla en varios pequeños estados[42], pero el Departamento de Estado, que recordaba cómo la primera guerra mundial acabó en una ola de revoluciones por Europa, lo consideró tan sólo un «irreflexivo acto de venganza» que abriría las puertas al comunismo y las cerraría a los planes americanos de reconstrucción[43].

Churchill se mostró de acuerdo en que «infligir humillaciones a Alemania [podría permitir que] los rusos penetraran en un corto espacio de tiempo, si quisieran, hasta las aguas del mar del Norte y del Atlántico»[44]. Por esta razón se permitió al general Dönitz, el sucesor designado por Hitler, continuar al frente del gobierno y dar órdenes. Churchill incluso retuvo aviones de la Luftwaffe y una fuerza de unos 700 000 hombres como seguro en caso de que «fuerzas rusas decidan avanzar más allá de lo acordado»[45]. Tan sólo la extraña alianza entre las protestas de los rusos y del *Daily Mail* pusieron fin a este ultraje, y Dönitz fue finalmente arrestado dos semanas después del Día-VE[62a][46].

El tratamiento de los esbirros de Hitler también se adaptó a consideraciones imperialistas. En Alemania Occidental, los EE.UU. querían llevar ante la justicia a los nazis sin destruir la estructura social alemana, para que Rusia no pudiera aprovecharse del desorden[47]. Esto no era fácil

porque, pese a la creencia popular, el nazismo no era un contagio del exterior, la consecuencia de un líder carismático o de locura colectiva. Aunque el Partido Nazi comenzó como un grupo de chalados contrarrevolucionarios marginales, casi desde el comienzo obtuvo el apoyo de figuras importantes, como el comandante de la primera guerra mundial Ludendorff. Cuando la posición de los partidos tradicionales de clase media quedó destruida, primero por la hiperinflación de 1923 y después por el Crac de Wall Street de 1929, millones de personas votaron por los nazis. Con la economía en una espiral descendente, el *establishment* se dio cuenta de que, por muy desagradables que pudieran resultar personajes pendencieros como Hitler, la alternativa era la descomposición social y la guerra civil. De modo que respaldaron su designación como canciller en 1933. Hitler les demostró su agradecimiento un año después en la «Noche de los Cuchillos Largos», durante la que masacró a todos sus seguidores suficientemente incautos como para creer que el nazismo era una alternativa radical al capitalismo[63a].

Para la segunda guerra mundial, los líderes nazis estaban ya plenamente integrados en la estructura social y su élite. Esto representaba un problema para los Aliados. Cortar de raíz gran parte de las cúpulas sociales en su sector podía desatar fuerzas radicales desde abajo, y debilitar la autoridad. En Alemania Oriental los rusos no tenían estos problemas y emplearon un enfoque diferente. Arrancarían el nazismo de cuajo, no para otorgar el control a los alemanes corrientes, sino para dárselo a Moscú.

Pese a sus enfoques diferentes, las autoridades militares aliadas de ambos sectores eran, por tanto, hostiles a los movimientos espontáneos masivos de comités antifascistas («antifas») que surgieron conforme el Tercer Reich se desintegraba. Estos comités representaban la guerra popular contra el fascismo, largamente reprimida. Uno de sus primeros objetivos era impedir la «Orden Nerón» de Hitler, la autodestrucción suicida de infraestructuras de Alemania. En Leipzig, octavillas del *antifa* urgían a los soldados a desertar, mientras que en Stuttgart desafiaban a los oficiales a favor de la guerra. Este tipo de acciones era todavía peligroso. En Dachau, las SS rechazaron al comité cuando éste asaltó el ayuntamiento. Lo mismo ocurrió en un ataque a los cuarteles de la policía en Düsseldorf. Pero en

sitios como Mulheim y Solingen, los *antifas* se encontraban en el poder cuando llegaron los soldados aliados, de modo que éstos pudieron entrar sin resistencia[48].

La escala del movimiento era impresionante, con más de 120 comités fundados en toda la nación. El *antifa* de Leipzig aseguraba tener más de 150 000 miembros[49] Muchas de estas organizaciones rompieron con las enquistadas barreras de clase para incluir a trabajadores forzados extranjeros y establecieron la unidad de la clase trabajadora en partidos políticos y sindicatos. Sus funciones abarcaban desde la creación de democracia local a la restauración de servicios básicos como el suministro de alimentos.[50]. Un informe oficial de los EE.UU. demuestra que los Aliados tenían una idea muy clara de lo que significaban los *antifas*:

> Denunciar a los nazis, trabajar para evitar un movimiento ilegal nazi clandestino, desnazificación de las autoridades civiles y la industria privada, mejorar el alojamiento y suministrar comida: éstas son las cuestiones principales que preocupan a las recién creadas organizaciones (…)[51].

El que tantos comités adoptaran nombres y políticas similares plantea la pregunta de si había una organización central en funcionamiento[52].

Los comunistas eran prominentes en casi todos los *antifas*[53] pese a la oposición de Moscú.[54], Walter Ulbricht, líder del KPD, criticaba la «creación espontánea de burós del KPD, comités populares y comités de la Alemania Libre»[55], pero no podía hacer nada, dado que el aparato central del KPD no tenía ningún enlace de comunicación con los militantes de base[56]. Una vez estas comunicaciones se restauraron, pudo informar: «hemos clausurado éstos [*antifas*] y dicho a los camaradas que toda actividad ha de canalizarse a través del aparato estatal»[57].

Los Aliados occidentales estaban también desconcertados ante la autoproclamada «lucha sin cuartel contra todos los restos del partido de Hitler en el aparato estatal, autoridades locales y vida pública[58]» de los *antifas*. Las autoridades estadounidenses expulsaron al comité de Leipzig de sus funciones, ordenaron la retirada de todas las octavillas y después lo prohibieron. Cualquier uso posterior del nombre «Comité Nacional de la Alemania Libre» sería duramente castigado[59] El gobierno militar puso fin

a las actividades de los comités que purgaban a los nazis en los puestos de trabajo y luego los abolieron.[60]. Los nazis de Brunswick, que habían sido arrestados por el *antifa*, fueron puestos en libertad por el mando aliado[61]. Cuando el antifa de Frankfurt dio alojamiento a personas sin hogar por causa de los bombardeos en apartamentos de nazis huidos, las autoridades los desahuciaron[62]. Un soldado describía su experiencia de las guerras paralelas en Alemania:

> El crimen de todo esto es que nosotros tomamos una pequeña ciudad, arrestamos al alcalde y otros peces gordos y colocamos a los antifascistas a cargo de la ciudad. Regresamos a la ciudad tres días después y los americanos habían liberado a los funcionarios y los habían puesto nuevamente en el poder. Y habían expulsado a este otro tipo. Y esto ocurría invariablemente[63].

Es importante darse cuenta de que el Gobierno Militar Aliado no se oponía a los *antifas* por simpatía hacia el nazismo. Pero había un enemigo más grande, como explicaba un industrial alemán: «Sinceramente, estamos a la espera de una revolución. (…) No sin razón el Gobierno Militar ha impuesto toques de queda y prohibido las reuniones. Ha evitado una amenaza creciente proveniente de esa dirección»[64]. Se castigaría a los partidarios de Hitler como imperialistas rivales, más que por su papel en la sociedad alemana. No habría guerra popular contra el nazismo en la Alemania conquistada.

De modo que la desnazificación se realizaría según criterios imperialistas, en lugar de realizarla el pueblo. En la Alemania Oriental controlada por los soviéticos se investigaron medio millón de casos (un 3 por ciento de la población)[65]. Moscú se dio prisa para sustituir al antiguo *establishment* alemán por sus propios hombres fuertes, y por tanto el proceso fue exhaustivo. Entre 1945 y 1965 más de 16 000 personas fueron juzgadas, casi 13 000 fueron declaradas culpables y 118 fueron sentenciadas a muerte[66].

En la zona occidental también hubo detenciones masivas, con 100 000 nazis internados sólo en el sector estadounidense[67]. Sin embargo, con el principio de la Guerra Fría, Gran Bretaña, Francia y los EE.UU. se

centraron en el nuevo enemigo y perdonaron al antiguo. De repente se echó el freno al proceso de desnazificación. Eso significó que:

> Casi todos los casos, incluso los de criminales mayores, [se] degradaron a la categoría de obediencia, lo que, a su vez, hacía al acusado susceptible de recibir una amnistía. Esto significaba que incluso la mayoría de los que habían pertenecido a grupos catalogados como organizaciones criminales (SS, Gestapo, etcétera) por el Tribunal de Núremberg fueron exonerados (…)[68].

El impacto de esto a escala local se vio claramente cuando testigos Sinti (gitanos conocidos por su término alemán, *Zigeuner*, «zíngaros») describieron los crímenes de un brutal guardia nazi llamado Himmelheber en un tribunal alemán.

Pese a la muerte de cientos de miles de Sinti y de gitanos durante el Holocausto, Himmelheber fue puesto en libertad tras su apelación, porque «es bien sabido que los testimonios de los *Zigeuner* no son de fiar». Las actitudes racistas continuaron y en 1951 un mando policial aún describía a los Sinti y gitanos como «genéticamente criminales y personas antisociales»[69].

En la zona británica se exoneró al 90 por ciento de encausados nazis[70]. En Alemania Occidental, con una población tres veces mayor que la de la Alemania Oriental, tan sólo se juzgó a 12 500, se condenó a 5000 y sólo se ejecutó a nueve[71]. Tanta indulgencia contrastaba con los tribunales militares nazis, que habían ejecutado a 26 000 personas, pero no se llevó siquiera a juicio a ningún juez ni fiscal de la época[72]. En palabras de un historiador:

> Pronto los tribunales parecieron lavanderías: uno entraba vistiendo una camisa marrón[64a] y salía con una camisa blanca almidonada. Finalmente la desnazificación se había convertido no en la limpieza de nazis de la economía, administración y sociedad alemanas, sino en la limpieza y rehabilitación de los individuos[73].

De acuerdo a las necesidades políticas de las potencias imperialistas, se castigó a los «peces pequeños» mientras que los principales culpables, que pertenecían a las élites, escaparon[74]. Así, en Alemania Occidental, gigantescas empresas como IG Farben (productora del gas empleado en Auschwitz) y la mayoría de bancos salieron virtualmente indemnes de los

procedimientos de descartelización[65a] que a partir de 1947 redujeron su intensidad.[75],

Antes y durante la segunda guerra mundial los alemanes corrientes sufrieron la perversa represión del nazismo. Posteriormente los Aliados impusieron el castigo colectivo en forma de bombardeos por zonas y del perdón a violaciones masivas. Cuando finalmente llegó la oportunidad de distinguir entre quienes habían formado parte del Tercer Reich y quienes habían sido sus víctimas, los Aliados no demostraron el menor interés. La represión de la Gestapo había dejado escaso espacio para el surgimiento de una guerra popular. En consecuencia, cuando en 1945 se vio un esperado final para la abominación nazi, en ambos lados de la Alemania dividida la resistencia popular que finalmente surgió en forma del movimiento *antifa* tuvo pocas opciones ante la suma de los pesos de los conquistadores aliados.

10

AUSTRIA: LA RESISTENCIA Y LA CAPITULACIÓN DE LA CLASE GOBERNANTE

Incluso antes que España, Austria presenció las primeras escaramuzas de la guerra popular cuando en 1934 la clase trabajadora, en Viena, se rebeló contra la dictadura fascista. El telón de fondo de este acontecimiento fue el derrumbamiento del Imperio Austriaco tras la primera guerra mundial y el crac de Wall Street. La clase gobernante se encontraba amargamente dividida en torno a cómo sobrellevarlos. Un bando estaba a favor del *Anschluss*, ceder a las pretensiones de unificación de Hitler. Otra parte creía que la independencia era todavía viable, si se apoyaba en la Italia de Mussolini como contrapeso a la influencia alemana[1]. Esta última facción, los *austrofascistas*, adoptó los métodos italianos, suspendió el Parlamento y declaró ilegales las huelgas.

Tan enconado era el conflicto entre ambas facciones que los pronazis asesinaron al canciller austrofascista Dolfuss, e intentaron tomar el poder. Aunque fracasaron, el sucesor de Dolfuss, Schuschnigg, se encontró en una situación precaria. Sin embargo, pese a sus diferencias, ambas partes estaban de acuerdo en que la debilidad del capitalismo austriaco requería intensificar la explotación de la clase trabajadora mediante una dictadura.

La resistencia comenzó el 12 de febrero de 1934, cuando los trabajadores de Viena levantaron las barricadas. Su lema era: «derriba el fascismo antes de que te aplaste (…) ¡Trabajadores, armaos!»[2]. A esto siguieron cuatro días de lucha en la que el ejército bombardeó barrios de

viviendas protegidas hasta, finalmente, sofocar toda oposición. Un participante trazaba así el balance final: «pese a su derrota, la lucha de febrero tuvo un gran significado histórico incluso más allá de las fronteras de Austria. La clase trabajadora alemana se había rendido a Hitler sin lucha. Ahora, por primera vez, los trabajadores ofrecían resistencia al fascismo con armas en sus manos. ¡Encendieron una luz!»[3].

Una luz que, pese a la represión, siguió brillando. Por ejemplo, la edición de agosto-septiembre de 1937 del diario sindical *Gewerkschaft* («Sindicato») informaba de huelgas en Austro-Fiat, una fábrica de coches, una planta de fabricación de acero, una fábrica de vidrios, un molino textil y 12 establecimientos más[4].

El austrofascismo quedó tocado de muerte cuando Italia entró a formar parte del Eje Roma-Berlín y dio carta blanca a Hitler para asumir el poder. En 1938 Hitler realizó su movimiento. Convocó a Schuschnigg a su refugio en la montaña en Berchtesgaden y le pidió la anexión. Las apuestas eran altas. Como ha sugerido un historiador conservador, incluso «24 horas de resistencia, el lanzamiento de una huelga general y manifestaciones masivas espontáneas de trabajadores podrían haber generado una lucha defensiva común (…)»[5]. Los representantes de los trabajadores pedían exactamente eso. Diez días antes del *Anschluss*, y a considerable riesgo personal, surgieron de la clandestinidad para pedir a Schuschnigg que movilizara la resistencia popular contra el nazismo[6]. Lo único que pedían era la liberación de los prisioneros políticos de izquierda y que se revocaran las leyes antisindicales. Schuschnigg, sin embargo, recordó una terrible frase que Hitler pronunció en su encuentro en Berchtesgaden. En referencia a la revolución española, el Führer le preguntó: «¿quiere convertir Austria en otra España?»[7]. Schuschnigg no quería, y se rehusó a cooperar con los líderes obreros, diciendo que sería como «conspirar con bolcheviques»[8]. Esto dejó a su régimen aislado e incapaz de defenderse.

El 12 de marzo de 1938 las tropas de Hitler rebasaron la frontera. Un activista de izquierdas vio trabajadores con «armas en las manos» dispuestos a luchar «hasta la muerte» por la independencia de Austria. Se les enfrentó la policía, que se burló de ellos: «¿por qué os manifestáis? Schuschnigg ya ha abdicado»[9]. Esto destruyó, finalmente, toda esperanza

de una resistencia unificada. La profundidad de su rendición queda ilustrada por el hecho de que, a diferencia de todos los demás países ocupados por Alemania, Austria carecía de un gobierno en el exilio[10]. Incluso Karl Renner, líder del Partido Socialista abogó por el «sí» en el referendo sobre la anexión dispuesto por Hitler, para disgusto de muchos de sus camaradas.

Sin embargo, sí surgió una «guerra popular» contra el nazismo, aunque la llevó a cabo una pequeña minoría para beneficio de las masas, más que para el suyo propio. Tras la traición de Renner, el otrora sólido e influyente Partido Socialista se dividió[11]. Los cismáticos Socialistas Revolucionarios agrupados en torno al veterano Otto Bauer atrajeron a algunos miembros, pero la mayoría se pasó al Partido Comunista Austriaco (KPÖ). En efecto, seis de cada siete resistentes comunistas eran antiguos socialistas, y constituían el 75 por ciento de quienes escogían la oposición política[12] En palabras de un historiador: «sobre un amplio muestreo de miembros activos de todo tipo de grupos de resistencia clandestinos (…) casi todos los austriacos que resistían activamente contra los nazis estaban afiliados al KPÖ».[13]. Lo que quedaba de la oposición restante tenía, en general, una orientación católica[14]. En efecto, la única gran manifestación contra el nazismo tras el *Anschluss* tuvo lugar en octubre de 1938 bajo el lema «Nuestro Führer es Cristo» (en lugar de Hitler)[15][66a].

Pese a su gran heroísmo, la resistencia austriaca permaneció fraccionada y débil. Un ejemplo de esto se puede hallar en la organización O5, que contactó con los Aliados hacia el fin de la guerra. Al igual que con la oposición conservadora de Alemania, su registro pasado no era muy prometedor. Había muchos austrofascistas y monárquicos en sus filas que manipulaban a espaldas de los miembros de izquierdas. Tan sólo los partisanos de la provincia de Carintia (que consistían principalmente en eslovenos apoyados por las fuerzas de Tito en Yugoslavia) y la resistencia de la clase trabajadora dieron problemas reales a los nazis.

Los que se oponían al nazismo tuvieron que lidiar con el hándicap adicional de la política aliada. En 1943 los ministros de Asuntos Exteriores de EE.UU., Rusia y Gran Bretaña emitieron conjuntamente esta declaración: «Austria fue la primera nación libre en caer, víctima de la agresión nazi»[16]. Quizás esperaban impulsar la separación de Austria con

respecto a Alemania, pero su postura tuvo graves consecuencias a largo plazo. En palabras de un comentarista, «nos disteis una salida histórica y la tomamos»[17]. Otorgar a todos los austriacos estatus de víctima implicó, al acabar la guerra, que se daba el mismo estatus a antiguos austrofascistas y nazis que a los resistentes antifascistas, en una situación en que los primeros superaban enormemente en número a los últimos. Investigadores de la desnazificación de posguerra calcularon que había 100 000 nazis en Austria antes del *Anschluss*, y 700 000 en 1945[18] En el mismo periodo se había asesinado a 5000 resistentes austriacos y se había detenido a 100.000.[19].

Incluso antes de 1949, cuando se permitió el voto a exmiembros de partidos nazis y se convirtieron en un factor electoral importante, políticos importantes empleaban la «teoría de las víctimas» de los Aliados para lavar crímenes fascistas. En 1945 el ministro de Asuntos Exteriores exoneraba a los nazis locales al insistir: «la persecución [de los judíos] la ordenaron las autoridades del Reich alemán y la llevaron a cabo los mismos»[20]. Renner, ahora elevado a canciller por los rusos, describió el antisemitismo austriaco asegurando que «nunca fue muy agresivo»[21]. Quizás aquellos a los que se obligó, en 1939, a limpiar las aceras con cepillos de dientes bajo la lluvia de abusos por parte de quienes pasaban por allí habrían estado en desacuerdo; pero los 70 000 judíos austriacos que murieron en las cámaras de gas no podían objetar nada. Con políticos así al mando, apenas es de extrañar que en 1946 una encuesta registrara que un 46 por ciento de los austriacos se opusieran al regreso de la escasa población judía que había sobrevivido[22]. Había algo de frío cálculo en esto: muchos austriacos pronazis se habían beneficiado de la «arianización» de casas y propiedades judías.

El desmantelamiento de la Wehrmacht propició que muchos miles de soldados de Hitler fueran bienvenidos en Austria como trágicas víctimas, mientras que a los resistentes se les otorgaba un escaso reconocimiento, y a menudo hallaban extremadamente difícil siquiera regresar.

Una historia oral de resistentes austriacos registra numerosos ejemplos de los EE.UU., por ejemplo, demorando su regreso a casa (al ser, en la mayoría de los casos, comunistas)[23]. Una vez regresaban, tenían un estatus de parias. Un revelador ejemplo de esto ocurrió durante la dedicación a un «monumento a los caídos», un acontecimiento dirigido por el máximo

oficial del ejército. Este oficial rehusó que se asociara el recuerdo a los resistentes con la ceremonia, porque «esas personas murieron como quienes rompieron su juramento, y no pertenecen a este monumento»[24].

En Austria, la desnazificación no fue, ni mucho menos, exhaustiva. En la amnistía de 1948 el 90 por ciento de los investigados escapó a su castigo[25]. La Austria de posguerra nunca pasó por el proceso de reeducación que se dio en Alemania, y el resultado ha sido sorprendente. En 1983 tan sólo una campaña de firmas evitó que un hombre implicado en la muerte de aproximadamente 10 000 civiles en Ucrania no llegase a ser presidente del Parlamento. Peor aún, Kurt Waldheim, que estaba acusado de crímenes de guerra por los yugoslavos, y en la lista de sospechosos de crímenes de guerra de EE.UU., fue elegido presidente en 1986[26].

Los testimonios de dos resistentes austriacos muestran cómo veían los antifascistas la «victoria» de la segunda guerra mundial. El primero es el de Josef Hindels, un importante líder sindical que halló asilo en Suecia:

> Pese a la gran, gran alegría que sentí ante la derrota de Hitler y la liberación, tenía muchos motivos para sentirme deprimido. (…) Había esperado poder regresar a casa de inmediato. Pero a lo largo de todo 1945 fracasé, pese a enormes esfuerzos para obtener el permiso necesario para regresar a Austria. Sólo ocurrió en 1946, y aun entonces, se necesitó el denodado esfuerzo de Kreisky [un futuro canciller] para que me concedieran el permiso. Ésa fue mi primera decepción. La segunda fue que se creó un gobierno provisional en Austria con Karl Renner al frente. Yo había pensado que eso era completamente imposible. (…) Para mí, Renner era el hombre que, en 1938, había dado la bienvenida a la anexión de Austria por la Alemania de Hitler. Desde aquel momento lo había dado por políticamente muerto[27].

El segundo testimonio procede de Bruno Furch, a quien liberaron de un campo de concentración en 1945:

> Los dos principales partidos de Austria [el Partido Socialista y el Partido Popular] comenzaron a jugar a un juego repugnante y vil. Lo diré sin medias tintas. Emplearon el legado del gobierno nazi y del fascismo en sus cabezas y sus corazones para librar la Guerra Fría en Occidente. El juego consistía en emplear el legado fundamental del anticomunismo y el antisovietismo para sus propios fines anticomunistas, manteniéndolo vivo, si no en el poder. No se trataba meramente de cortejar el voto de 600 000 miembros del Partido Nazi: eso sólo ocurrió en 1949, durante las siguientes elecciones. No, ya había comenzado en 1945. De modo que no era sólo una cuestión de votos, sino de aprovechar esa fuerza desde el principio.

> En uno de los barrios populares teníamos un joven camarada judío que en 1946 regresó del exilio en Inglaterra a su casa. Pero se suicidó. Ocurrió que se había enamorado de la hija de un alto cargo socialista… Los padres de la chica estaban en contra de la relación y de un eventual matrimonio porque él era judío. El joven, sencillamente, no pudo soportar la idea de que tras la victoria sobre Hitler aún pudiera darse un antisemitismo así en los rangos más altos del nuevo Partido Socialista[28].

Es difícil imaginar un abismo más amplio entre los objetivos del imperialismo y los del antifascismo. La disposición de los Aliados a colaborar tanto con los austrofascistas de antes del *Anschluss* como con exnazis durante la era de la Guerra Fría envenenaría la política austriaca durante décadas.

11

ITALIA: LA CLASE TRABAJADORA Y LAS DOS GUERRAS

Una característica que distinguía la guerra popular con respecto a la guerra convencional era la manera en que combinaba aspiraciones sociales de equidad y emancipación con objetivos políticos, como la independencia y la democracia. Estos aspectos estaban muy marcados en Italia, donde la lucha abierta de las clases trabajadoras era más evidente que en ningún otro lugar[1]. Una razón era que el fascismo se originó allí, de modo que en lugar de una resistencia surgida de golpe frente a la invasión, fue madurando a lo largo de décadas bajo un odiado sistema social que se asoció al capitalismo desde su implementación en 1922[2]. Financieros y empresarios suministraron el 74 por ciento de los fondos del partido fascista[3], y a cambio Mussolini aplastó los sindicatos e impuso draconianos recortes de salarios en 1927, 1930 y 1934[4].

Su régimen fue menos represivo que el de Hitler, pero aun así condenó a 17 000 adversarios políticos al exilio interior; a 60 000, a vigilancia especial y control, e impuso hasta 28 000 años de servidumbre penal entre 1926 y 1943[5] Los trabajadores constituían el 85 por ciento de los convictos.[6]. El líder socialista Matteotti fue asesinado, mientras que Gramsci, fundador del Partido Comunista (PCI), languideció en la cárcel, y tan sólo lo liberaron poco antes de morir. Se ha asegurado que una «infatigable tendencia a la

subversión» sobrevivió en la cultura popular, pero antes de la segunda guerra mundial esto no se tradujo en una resistencia activa[7].

La guerra lo cambió todo. La entrada de Italia tampoco fue suave. Spriano cuenta que el *establishment* barrió a un lado las dudas de Mussolini acerca de la capacidad del país para soportar un gran conflicto. Tras ser testigo del éxito de la *Blitzkrieg* se mostró ansioso por «llegar a tiempo de hacerse con una victoria fácil y aplastante»[8] La guerra produjo notables beneficios a la clase dominante. Hacia 1942 las horas de los ingenieros habían subido a 60 por semana[9]. y el precio de las acciones de Fiat se había elevado un 62 por ciento. Su director se regocijaba con «las formidables conquistas japonesas en el Pacífico y la absorción de los ricos territorios de Rusia en el Eje europeo», puesto que prometían una «expansión de la producción y mercados mayores»[10]. Los Aliados pusieron fin a los rapaces planes de Italia, al igual que con Alemania y Japón. Sin embargo, les llevó hasta 1945 y exigió una fuerza descomunal acabar con la última nación. El régimen de Mussolini se derrumbó dos años antes. ¿Por qué era tan frágil?

Se debía, en parte, al PIB de Italia, que era una tercera parte del de Alemania. Esto hacía a su ejército más vulnerable a la derrota en un conflicto interimperialista. Incluso resulta más significativo que fue la guerra popular la que destruyó el régimen desde dentro. Entre 1938 y 1945 el coste de la vida se multiplicó por 20. Con un racionamiento tremendamente inadecuado por una parte y precios astronómicos en el mercado negro por el otro[11] no resulta sorprendente que muchos de los 150 000 obreros de Turín perdieran de 10 a 15 kilos de peso.[12], Poco a poco, la separación entre la minoría de resistentes, políticamente motivados y endurecidos por la represión, y las masas comenzó a menguar[13].

Esto se vio claramente cuando las huelgas se multiplicaron en el cinturón industrial del norte del país en primavera de 1943. El epicentro fue Turín, donde la floreciente producción bélica de las grandes fábricas generaba un sentimiento de poder general. Al mismo tiempo, los bombardeos aliados habían arrasado 25 000 hogares, pero el Estado no proporcionó refugios antiaéreos[14]. La confianza se combinó con la desesperación para generar acciones de huelga pese a que era un paso

peligroso de tomar bajo el fascismo, especialmente en tiempos de guerra[15]. Una octavilla de enero de 1943 ilustra el sentimiento colectivo:

> ¡Por el pan y la libertad!
> ¡Abajo la jornada de 12 horas y la condenada guerra!
> ¡Exigimos que se desaloje a Mussolini del poder!
> ¡Luchamos por la paz y por la independencia nacional!
> ¡Por un aumento de paga que realmente se pague!
> Acción, huelga, lucha: éstas son las únicas armas que tenemos para salvarnos
> ¡Huelga! ¡Huelga! ¡Huelga[16]!

Estas demandas caían en terreno fértil. Durante el invierno de 1942-1943 los paros aumentaron de dos a cinco al mes[17]. Después, el 5 de marzo, 21 000 trabajadores de Fiat Mirafiori respondieron a la llamada de la célula comunista, compuesta por 80 hombres, y marcharon a la huelga, pese a que la señal para la acción (la sirena de la fábrica) había sido silenciada por la dirección de empresa[18] Para el 15 de marzo el movimiento abarcaba ya a 100 000 mujeres y hombres[19] y para el final del mes todas las fábricas del Piamonte habían cerrado.[20].

Mussolini estaba sorprendido de que «la población fuera tan hostil y contraria al fascismo» y ofreció grandes concesiones[21]. Se dio cuenta de que «este episodio, decididamente feo y extremadamente deplorable, nos ha hecho retroceder de repente 20 años»[22]. Hitler, que sólo un mes antes había perdido la batalla clave de Stalingrado, también comprendía las implicaciones. Juzgaba «impensable que tanta gente pueda hacer huelga y que nadie se atreva a intervenir (…) Estoy convencido de que en las actuales circunstancias, cualquiera que muestre la más mínima debilidad está condenado»[23]. Sus palabras resultaron proféticas.

La huelga de Turín fue la primera parada masiva con éxito en dos décadas, y posiblemente la más importante de toda la guerra a escala mundial. La sorpresa que supuso para el fascismo se vio aumentada por el desembarco angloamericano en Sicilia (el 10 de julio de 1943). Luego el *establishment* entró en pánico. Había recogido los beneficios del fascismo durante 20 años, pero ahora esa asociación era un perjuicio que estaba provocando la revolución y las iras de los Aliados, que avanzaban. A fin de obtener algo de espacio para maniobrar, el gobierno pidió a los alemanes

que aceptara su retirada de la guerra a cambio de ceder sus conquistas en los Balcanes, pero los alemanes lo rechazaron[24]. Aferrándose a otra salida, el gobierno decidió abandonar públicamente a Mussolini y firmar un tratado de paz secreto con los Aliados. El Gran Consejo Fascista votó por 19 a 7 deponer y arrestar al Duce.

La clase dirigente esperaba que el cambio fuese tan sólo cosmético. Pirelli, el magnate industrial, inició conversaciones con los Aliados[25] sobre la base de que «la monarquía, la corona, la Iglesia, el ejército y los líderes de la economía» permanecerían en el poder[26]. Pero había una ligera dificultad a la hora de presentarlo: era el propio monarca, el rey Vittorio Emanuele III, quien había hecho a Mussolini dictador en 1922. El Duce había propagado el mito de que había llegado al poder en un atrevido golpe en que 3000 mártires habían muerto: la Marcha sobre Roma[27]. Pero esto era falso. En palabras de un escritor, «sólo cuando todo hubo acabado comenzó el espectáculo ahora conocido como la Marcha sobre Roma»[28]. Algunos consejeros habían suplicado al rey que hiciera uso del poder de Estado para poner freno a las payasadas de Mussolini, pero el rey se había jactado públicamente de su negativa: «deseo que todos los italianos sepan que no he firmado ningún decreto de estado de sitio»[29]. Esta decisión le dio resultados: con Mussolini como primer ministro, Vittorio Emanuele añadiría emperador de Etiopía y rey de Albania a su lista de títulos. De modo que ahora, incluso con Mussolini formalmente depuesto, el rey insistía en que «no se puede desmantelar el fascismo de un plumazo. Se necesita modificarlo gradualmente a fin de eliminar esos aspectos que se han demostrado nocivos para el país»[30]. Su nuevo primer ministro era el mariscal Badoglio. Sus credenciales antifascistas no eran mucho mejores: también él había apoyado enérgicamente a Mussolini y obtenido la promoción y el título de duque de Addis-Abeba en el proceso.

Si la segunda guerra mundial hubiera sido una guerra sin ambigüedades contra el fascismo, se habría reconocido esta supuesta metamorfosis del gobierno italiano como el fraude que era. Sin embargo, las potencias aliadas recibieron al rey y a Badoglio con los brazos abiertos. No tenían reparos porque, como explica un escritor, «no había prejuicios ideológicos contra las personalidades del régimen fascista»[31]. Ingleses y americanos

compartían el miedo del *establishment* italiano a la revolución, y le perdonaron gustosos sus crímenes pasados, siempre y cuando Italia abandonase la coalición imperialista rival. En efecto, los EE.UU. habían realizado aproximaciones al rey antes y después de la entrada de Italia en la segunda guerra mundial[32]. La admiración de Churchill por el Duce databa de 1927 y seguía sin disminuir cuando, en 1943, despachó con desprecio «los habituales argumentos en contra de tener nada que ver con quienes habían trabajado con, o ayudado a, Mussolini»[33]. El rey tenía otros amigos sorprendentes. Cuando los EE.UU. expresaron sus dudas acerca de su capacidad para mantener el control, Rusia le otorgó pleno reconocimiento diplomático. Fue la primera potencia Aliada en hacerlo[34].

Los manifestantes que, exultantes, celebraron la caída del Duce el 25 de julio de 1943 nada sabían de estos sórdidos juegos. Destrozando los símbolos de la dictadura, celebraban el fin del fascismo y de la guerra. Su alegría fue prematura. El gobierno ordenó a los periódicos «evitar las críticas hacia hombres y acontecimientos del régimen anterior [o hacia] la guerra». Ejercer el «máximo cuidado hacia nuestros aliados alemanes. No pedir la liberación de los prisioneros políticos (…)»[35]. Badoglio, como gobernador militar de Italia, declaró: «es necesario actuar con la máxima energía para evitar que la actual excitación devenga un movimiento comunista o subversivo»[36]. Empleando un lenguaje similar al ya visto en Atenas, se dio órdenes al Ejército y a la Policía de enfrentarse a las celebraciones de júbilo «en formación de combate, abriendo fuego a distancia, pero empleando también morteros y artillería como se procedería contra tropas enemigas»[37]. En la región de Emilia, 11 personas murieron ametralladas en una manifestación a favor de la paz y de la expulsión de la Wehrmacht. En Bari hubo 19 víctimas[38]. La clase dirigente italiana aún dudaba sobre qué bando imperialista convenía más a sus intereses, pero no guardaba duda alguna con respecto a quién era su enemigo real.

En marzo de 1943, Hitler había amonestado al gobierno italiano por su debilidad. Cinco meses después Churchill aplaudía los actos asesinos de un régimen supuestamente posfascista:

> En Turín y Milán se dieron manifestaciones comunistas *que se tuvieron que sofocar por las armas*. Veinte años de fascismo han aniquilado a la clase media. No hay nada entre el rey, con los patriotas que a él se han unido, y que tienen el control absoluto, y el bolchevismo rampante[39].

Los medios de comunicación aliados no podían sino darse cuenta de la hipocresía de tales palabras. La BBC se burlaba del «fracaso» del gobierno italiano para eliminar el fascismo[40], y la revista estadounidense *Life* advertía de que:

> La tendencia evidente dentro del régimen fascista es deshacerse de Mussolini y de los germanófilos, pero preservar el sistema. Ésta es actualmente la idea de los grandes industriales. (…) «En otras palabras, el cambio de un fascismo proalemán a un fascismo pro-Aliado. Los jerarcas fascistas están muy impresionados ante el éxito del giro de 180 grados de Darlan (…)»[41].

El pueblo se enfrentó a la represión con huelgas en demanda de paz, aumentos salariales, retirada de los fascistas y liberación de los prisioneros políticos[42]. Algunos soldados se amotinaron y se negaron a disparar. La Alemania nazi observaba intranquila cómo se desplegaban los acontecimientos, y las ocho divisiones de la Wehrmacht estacionadas en el norte se prepararon para hacerse cargo. El PCI comprendió el peligro y en agosto de 1943 urgió a los italianos a «prepararse para rechazar por la fuerza cualquier intervención alemana [y] organizar la colaboración armada entre el pueblo y el ejército (…)»[43] Esto iba directamente en contra del objetivo gubernamental de conservar lo que quedaba del fascismo.[44].

Badoglio sólo podría haber frenado la amenaza alemana incitando al pueblo, pero en lugar de hacerlo los trató «como se procedería contra tropas enemigas». Impedir la guerra popular implicaba que Badoglio sólo podía moverse de manera ineficaz entre ambos bloques imperialistas, esperando que uno de ellos cancelara al otro. Incluso tras haber sellado en secreto un tratado con los ingleses y americanos que avanzaban desde el sur, no dejó de buscar apoyo alemán desde el norte, diciendo a Ribbentrop: «si este gobierno cae, lo sustituirá uno de tintes bolcheviques». El ministro de Asuntos Exteriores nazi también temía que «el poder pueda recaer en aquéllos con ideas radicales de izquierda»[45].

Sin un tratado de paz y atrapado en una pinza entre ejércitos imperialistas, el pueblo italiano continuó sufriendo. Llovían bombas aliadas: 220 000 milaneses perdieron sus hogares en sólo 5 días durante agosto de 1943. Entre tanto, se dejaba a los alemanes libres para atrincherarse en sus posiciones[46]. Al doble trato del gobierno se le acababa el tiempo. El 8 de septiembre el general Eisenhower, cansado de la pérdida de tiempo de Badoglio, emitió la noticia de un armisticio firmado entre el gobierno italiano y los Aliados[47]. Por sorprendente que resulte, incluso entonces Badoglio intentó seguir haciendo equilibrios. «Lucharemos contra cualquiera que nos ataque», aseguró, sin especificar quién podía ser[48] Otra orden militar era más clara: «bajo ninguna circunstancia se tomará la iniciativa en hostilidades contra tropas alemanas».[49].

Tantas dudas dejaron a las tropas italianas sin preparación para la represalia alemana. El ejército alemán atacó mientras el rey, Badoglio y los ministros de las tres fuerzas armadas huían hacia la seguridad de los Aliados. Sin más instrucciones que no luchar[50] el ejército italiano de un millón de combatientes quedó aniquilado de un día para el otro: se deportó a 615 000 soldados a campos de concentración y 30 000 murieron.[51], Aunque finalmente el rey se la jugó a los Aliados, sus acciones anteriores simbolizan la traición de la clase gobernante al completo, y sellaron el destino de la monarquía en la posguerra[52].

El norte de Italia se veía ahora sujeto a toda la fuerza de la política económica de guerra alemana, que consistía en «hacer recaer la responsabilidad de financiar la maquinaria bélica nazi en los ciudadanos de los países conquistados»[53]. Los nazis extrajeron de Italia 84 000 millones de liras, de un ingreso anual de 130 000 millones de liras[54]. Emplearon a Mussolini como coartada para ello. Una atrevida acción de comandos lo liberó e instaló al frente de un régimen títere: la República de Salò. A partir de ese momento, los resistentes aplicaron un solo término para definir al enemigo: los nazifascistas.

Tras saquear el país, los nazis exigieron: a) su producción fabril; b) ninguna distracción en la lucha contra el avance de los Aliados en el sur; c) mano de obra para la maquinaria bélica alemana. La resistencia de trabajadores y campesinos del norte les privó de las tres cosas.

La diferencia entre esta guerra popular y la guerra imperialista quedó elocuentemente remarcada por Ginzburg[67a], del Partido de Acción, un grupo de republicanos radicales:

> La declaración formal de hostilidades contra Alemania por parte del rey y de Badoglio no era sino un gesto sin significado que no hizo nada por cambiar la situación real de la época.
>
> La verdadera guerra contra los nazis se declaró el 9 de septiembre, después de que se ordenara oficialmente a los soldados dejar las armas. El pueblo italiano se hizo con ellas y valientemente se enfrentó al blindaje de los tanques alemanes. Miles de soldados y civiles se dirigieron a las montañas antes que servir a los alemanes, y se equiparon para una guerra de guerrillas siguiendo el heroico ejemplo de los partisanos rusos y de los Balcanes. (…) La guerra italiana contra la Alemania nazi fue la guerra de un pueblo que aspiraba a la plena libertad política y social. (…) Esta guerra no se declaró con un intercambio de notas diplomáticas sino que se escribió con la sangre de héroes que sacrificaban cada día, que tuvieron un impacto en el futuro, que pesaron en la balanza de la Historia (…)[55].

Una partisana fue testigo del nacimiento de la guerra popular en Turín. En el mismo momento en que el rey y Badoglio buscaban protección, «los jóvenes lanzaron un ataque contra los barracones (…) y nosotros congregábamos una enorme manifestación frente a la Cámara de Trabajo, donde los obreros pedían armas y exhibían pancartas con la frase “convirtamos Turín en Stalingrado”. (…) Era el auténtico ejército de la clase trabajadora en movimiento»[56].

Luchar tanto contra Salò como contra la Wehrmacht otorgó a la lucha de masas un carácter dual: era una batalla por la liberación nacional y una «auténtica guerra civil[57] por la «emancipación de las clases».[58]» Las condiciones en Italia favorecieron este desarrollo. En Francia los nazis se habían derrumbado tan rápidamente al final que la Resistencia no tuvo necesidad de consolidar sus logros antes de la llegada de los Aliados. En contraste, a las tropas inglesas y americanas les llevó desde septiembre de 1943 hasta abril de 1945 llegar a la frontera norte de Italia. Como expresaba, triste, un diplomático británico, «el lento avance Aliado ha contribuido, sin duda, al nacimiento de un gobierno independiente en el norte»[59].

La guerra popular italiana, que fusionó la acción de los obreros en la industria con las acciones militares, era muchísimo más audaz que lo

anteriormente visto en Austria o Alemania. Valiani, del Partido Acción, explica por qué:

> Si el movimiento tomaba a los alemanes por sorpresa, se rendirían y realizarían concesiones. (…) Pero si el movimiento no se extendía y permanecía aislado en una sola ciudad, la Gestapo podría centrar su ataque, deteniendo y deportando gente a Alemania. Esto incluía a miembros de los improvisados comités con los que previamente habían negociado, así como a sospechosos políticos. Paradójicamente, el grado de atrevimiento, la extensión de las huelgas al máximo número posible de localidades, fue un movimiento de precaución[60].

Milán se convirtió en el cuartel del Comité para la Liberación Nacional (CLN) y emuló a Turín poniendo en marcha una huelga clásica, esta vez bajo un régimen alemán. La exigencia era un drástico aumento de los salarios, doblar las raciones, proporcionar aceite y azúcar, el fin de los saqueos, el final del toque de queda y la exclusión de los nazis de los lugares de trabajo[61]. El paro comenzó el 10 de diciembre de 1943 y en pocos días la capital lombarda se había detenido.

Mientras empresarios como Pirelli concedieron aumentos de salario de un 30 por ciento, otros proclamaron su disposición a las concesiones sólo si el comandante alemán, el general Zimmermann, los aprobaba[62]. Éste ordenó el regreso al trabajo. Con los trabajadores sin ceder un ápice, las SS comenzaron a arrestarlos. De modo que se añadió una nueva exigencia a la lista: ¡la liberación de los arrestados! El general Zimmermann prometió vagas concesiones, pero los trabajadores no se dejaron impresionar: «seguiremos hasta la victoria completa. Sus amenazas no nos asustan. ¡Tan sólo concédanos lo que exigimos y regresaremos al trabajo!»[63].

Los acontecimientos en las fábricas Breda Funk muestran la dimensión social. Tras reunir a los 6000 trabajadores en asamblea y prometerles la plena concesión de sus demandas, así como la liberación de los detenidos, el jefe preguntó: «¿vendréis a trabajar mañana?». La atronadora respuesta fue, aun así: «¡No!». Perplejos, los cuadros directivos sugirieron que la mano de obra escogiese representantes para reunirse con el general Zimmermann. Nadie respondió[64]. Finalmente surgió una delegación, con la condición de que tan sólo hablaría con la directiva, y no con los nazis. Esta condición no se cumplió. Cuando la delegación llegó a Breda, los jefes

se hicieron escurridizos, aparecieron los alemanes, cerraron todas las salidas e intentaron comenzar las negociaciones.

Finalmente, para intentar acabar con la huelga en toda la ciudad, los nazis ofrecieron aumentos de sueldo de entre el 40 y el 50 por ciento, así como mejoras en las raciones. ¡Aun así los trabajadores se negaron! Se rodearon las fábricas con carros de combate y los soldados intentaron obligar a la gente a regresar, aunque con escasos resultados[65]. La huelga finalizó al cabo de una semana, pero los implicados dejaron claro que lo hacían porque así lo habían escogido ellos, no debido a la presión nazi.

La resistencia en el lugar de trabajo tan sólo era una forma de guerra popular. Los Grupos de Acción Patriótica (GAP) y los Escuadrones de Acción Patriótica (SAP), comandados por comunistas, operaban en el entorno urbano[66]. Estaban comandados por experimentados antifascistas (muchos de ellos, veteranos de la guerra civil española) u ocasionalmente por soldados que habían conseguido llegar a las montañas, armados, antes de que los alemanes pudiesen capturarlos[67]. Como con el maquis francés, los arrestos y la pena de muerte a los desertores por parte de los nazifascistas estimularon el reclutamiento a gran escala. El diario de un joven describe el dilema al que muchos se enfrentaban: «¿Qué voy a hacer? ¿Presentarme? ¡Nunca! (…) Así que aquí estoy, con 22 años, a la fuga y preguntándome: ¿me matarán a tiros? ¿O debería refugiarme en los bosques?». Pese a que habían tomado a su madre como rehén, escogió una vida de «robar armas, municiones, todo aquello que sirva a la causa (…)»[68]. Sólo en Pavía, el 50 por ciento de los llamados a filas no se presentaron[69].

Numerosas fuentes dan fe de la eficacia de los partisanos. El comandante Aliado, el general Alexander, calculaba que seis de las 25 divisiones de la Wehrmacht estaban ocupadas lidiando con ellos[70]. Desde el bando opuesto, Kesselring, comandante supremo de Alemania para Italia, se quejaba de que desde el inicio de la «guerra de guerrillas ilimitada», en junio de 1944, los 200 000 o 300 000[71] partisanos «constituían una amenaza real para las fuerzas armadas alemanas y jugaron un papel decisivo en la campaña. Eliminar esta amenaza era de vital importancia para nosotros». Consideraba que «las luchas contra las fuerzas regulares

enemigas y contra los grupos de partisanos tenían la misma importancia [de modo que] había que emplear las mejores tropas (…)»[72]. Las guerrillas se adjudicaron 5449 acciones por sorpresa, 218 batallas campales, 458 locomotoras destruidas, 356 puentes volados y 5573 operaciones de sabotaje contra líneas de comunicaciones y de suministro de energía, así como decenas de miles de soldados enemigos muertos[73].

El método de combate guerrillero de la guerra popular era bastante diferente al combate imperialista. Cuando Giovanni Pesce, un partisano, fue a recoger armas del ejército real, un oficial le exigió saber su graduación. Pesce estaba escandalizado: «ni el completo derrumbe del 8 de septiembre ni la insurrección partisana habían alterado un ápice la rígida visión de este hombre de que ha de haber una jerarquía fija e inmutable». Otro partisano se quejaba de «la disparidad social entre oficiales y soldados» que halló, y que contrastaba con «nuestras formaciones, basadas en la democracia absoluta». Los guerrilleros veían «la institución de los oficiales [como] un lío incomprensible. En los *Garibaldini* [el grupo liderado por los comunistas] un oficial comparte pan, mesa y fogata con los demás soldados»[74]. La incomprensión era recíproca. El general Cadorna, enviado al norte a comandar los partisanos en nombre del rey, se vio sorprendido por su implicación política y por la «elección de oficiales por consenso de las bases» que se daba en algunas unidades[75].

El dinero era otro motivo de enfrentamiento. Para el líder del GAP, Cichetti, la idea misma de percibir un salario era ofensiva: «Detestaba la idea de que se me pagara por ser un partisano. No había visto una lira durante seis meses, pero siempre había sido capaz de ir tirando sin tener que recurrir a las leyes del mercado para sobrevivir»[76]. Generalmente se rechazaba la paga mayor para oficiales porque «estamos en una guerra popular, librada por voluntarios motivados por un espíritu altamente patriótico»[77]. A diferencia de los ejércitos profesionales o de conscripción, en los que se ve con malos ojos el debate político, los partisanos eran a la vez un prototipo de estado alternativo y una milicia. En agosto de 1944 un típico acuerdo entre varios grupos partisanos declaraba:

> Lejos de ser una réplica en miniatura de la vieja estructura militar, el ejército partisano es el símbolo de un movimiento independiente que debe su existencia a la voluntad del pueblo, lo que es, por sí mismo, una inequívoca afirmación política. La guerra contra los nazifascistas es tan sólo el paso preliminar de un camino hacia nuestro objetivo definitivo; la reconstrucción radical de la vida política, social y moral de nuestro país… luchamos por la democracia, por la libertad en el sentido más amplio del término, por la justica, la dignidad y el respeto que se debe a todo hombre[78].

Estos principios se podían poner en práctica cuando se expulsaba a las fuerzas del Eje de zonas enteras. Aparecieron quince repúblicas partisanas[79] en lugares como Carnia (150 000 habitantes), Montefiorino (50 000) y Ossola (70 000)[80] Sus administraciones eran bastante diferentes a la de Salò o a la de Badoglio.[81]. En Varzi, por ejemplo, una asamblea masiva eligió un gobierno local purgado de fascistas mediante democracia directa. Los observadores vieron «gentes de todas las razas (…) entrando y saliendo del ayuntamiento. Había campesinos que querían permisos, que venían a recoger su parte de bienes requisados o a protestar por un abuso; burgueses, mujeres partisanas de clase trabajadora, muchas caras nuevas»[82]. Lo que se requisaba se pagaba en especies o con «dinero» partisano, que se podría cambiar cuando el país quedase liberado[83].

Este acuerdo financiero también funcionaba en la República de Val d'Ossola[84], donde se eliminó el crimen, se fundó una «Universidad Popular» frecuentada por todas las clases, se nombró a la primera ministra de Italia y se restauraron los sindicatos[85] Se ha dicho que esta zona fue «la única parte sustancial de la Europa ocupada por Hitler en obtener su independencia y en obtener reconocimiento por parte de Suiza».[86]. Los partisanos esperaban que la República obtuviese una sustancial ayuda del exterior, puesto que su capital, Domodossola, estaba cerca de Milán y podía resultar una útil plataforma para lanzar la ofensiva angloamericana. Pero el representante aliado se mostró desdeñoso: «No deben ustedes pretender estar a cargo de operaciones militares, como Alexander o Eisenhower (…)»[87]. Otro explicaba que la existencia continuada de la República la convertía «no sólo en rival del gobierno italiano en Roma, sino también en rival del ejército italiano (…)»[88] Un líder partisano lamentaba que «la indiferencia mostrada por los Aliados con respecto a los esfuerzos realizados en Domodossola provocó una oleada de hostilidad».[89]. Sin

ayuda exterior, la República fue aplastada tras seis días de intensos combates.

En el debate acerca de la *política de espera* surgen nuevas pruebas de la tensión entre las guerras paralelas. Quienes se oponían a esta política defendían una inmediata guerra popular de liberación; quienes la apoyaban deseaban esperar la salvación por parte de los ejércitos imperialistas.

Battaglia ha parafraseado sus argumentaciones. Los partidarios de la política de espera decían: «es inútil atacar a los alemanes; no somos los suficientes como para hacerlo bien, y lo que es más: todo intento que realicemos tan sólo provocará represalias. Además de sufrir nosotros, la población civil sufrirá, y sufrirá de manera espantosa».

Pasa luego a exponer los errores de estas argumentaciones. «¿Cómo podía la resistencia aumentar en fuerza o extender su alcance si permanecía pasiva, completamente estática? Es más, los partidarios de la política de espera habían fallado estrepitosamente al no reconocer que por razones locales, nacionales, sentimentales y de estricto sentido común, se había vuelto absolutamente necesario luchar contra los alemanes»[90].

Un factor que impelía a la acción independiente era que los Aliados negaron a Italia todo derecho porque había formado parte del Eje. Así, el ministro de Asuntos Exteriores de Churchill expresó su rabia cuando los italianos sustituyeron al mariscal Badoglio: «una nación que se ha rendido incondicionalmente no tiene derecho a presentar un gobierno escogido por ella misma»[91]. Sencillamente, Gran Bretaña no estaba allí para liberar Italia, como admitía Radio Londres: «la liberación de la península no es, ni debe ser, el objetivo definitivo de los Aliados. Se trata tan sólo de un medio para derrotar a Alemania (…)»[92].

Esta actitud llevó a algunos comentaristas a bromear con que Italia estaba ahora bajo dos ocupaciones: en el sur estaban los Aliados apoyados por un rey fascista; en el norte estaban los alemanes apoyados por la República de Salò de Mussolini[93]. Bajo esta perspectiva, la política de espera se limitaba bien a aceptar el nazifascismo o la dominación imperialista Aliada a través del AMGOT (Gobierno Militar Aliado del Territorio Ocupado).

La única alternativa era una lucha de liberación. Una de las formas que tomó esta lucha fueron más huelgas masivas. En primavera de 1944 medio millón de personas dejaron las herramientas en el paro más generalizado de la segunda guerra mundial. Estaba casi igualmente dirigido a convencer a los Aliados de que los bombardeos aéreos a gran escala eran innecesarios[94].

Otro tema relacionado era el «terrorismo». ¿Debían los partisanos atentar individualmente contra nazis tras las líneas, incluso si ello provocaba que los alemanes asesinaran a rehenes y civiles, o debían esperar a ingleses y americanos? Un notable ejemplo de los riesgos que se corrían tras acciones terroristas se dio tras la matanza de 32 guardias de las SS en Roma. En represalia, los nazis ejecutaron a 335 rehenes italianos en las Cuevas Ardeatinas[95]. Para los partidarios de la política de espera, este horrible castigo colectivo demostraba la necesidad de esperar, y, en efecto, algunos campesinos se revolvieron contra los partisanos por miedo a que sus acciones implicaran represalias[96].

Los guerrilleros eran perfectamente conscientes de este problema, pero tenían una solución. Valiani, cuyo Partido de Acción estaba vinculado a los partisanos de Justicia y Libertad, explica que el terrorismo urbano intentaba evitar los castigos colectivos y, a la vez, inspirar a los jóvenes a que se unieran a la lucha[97]. Mientras que, en el frente, las tropas del Eje se enfrentaban a ataques, en las ciudades «el terrorismo no se dirigía contra soldados enemigos, sino contra la maquinaria de la policía, la represión y las represalias. Se adoptó, pese a los riesgos, como un método de autodefensa»[98]. Las acciones con éxito demostraban que el enemigo no era invencible. Pavone ofrece un ejemplo: cuando la policía fascista comenzó una acción antiguerrillera en una zona, el GAP mató a 17 de ellos. Como consecuencia, de los 150 restantes, 100 desertaron de sus puestos, algunos de ellos, incluso, uniéndose a los partisanos[99].

Las acciones públicas eran eficaces en tanto no sustituyeran, o se convirtieran en una alternativa a, acciones masivas como las huelgas. Los partisanos no se atrevieron a aislarse de la población general, de la que dependían para obtener refugio, comida y apoyo general. Un ejemplo de cómo podía funcionar este vínculo se muestra en *Nuestra Lucha*[68a], en

febrero de 1944. Los alemanes querían embarcar mano de obra y maquinaria de Italia para contribuir a su esfuerzo bélico, pero la resistencia respondió: «¡Ni una máquina, ni un obrero han de ir a Alemania! Para conseguir esto, las acciones de la masa de trabajadores [tendrán el apoyo de] escuadrones de defensa armada (GAP) y formaciones partisanas, [que] sistemáticamente interrumpirán y destruirán las comunicaciones con Alemania»[100].

Quizás el argumento más poderoso lo dio un rehén de los nazis: «No abandonéis la lucha. No dejéis que mi situación os refrene. Si sobrevivo, sobrevivo, pero si he de morir cumpliré con mi destino. ¡Lo importante es *que nunca os rindáis*!»[101]. Cualquier duda que pueda surgir ante el empleo del terrorismo como arma en el arsenal de la guerra popular, palidece ante la barbarie del bombardeo indiscriminado tan apreciado por los Aliados.

Más allá de los méritos de este debate, la política de espera convenía a la causa del imperialismo Aliado. El 10 de noviembre de 1944, el general Alexander, comandante de las Fuerzas Aliadas en Italia, anunció que sus tropas no avanzarían ese invierno y que los partisanos debían quedarse quietos, abandonar las acciones ofensivas, regresar a sus hogares y esperar órdenes posteriores[102]. Esta declaración tuvo un efecto devastador para la moral. Los guerrilleros estaban combatiendo en un clima cada vez más difícil contra enormes ejércitos nazifascistas que tenían carta blanca para atacar.

Longo, el comunista más destacado de la resistencia, interpretó la maniobra de Alexander como «un intento, por parte del mando Aliado, de eliminar el movimiento de liberación italiano»[103]. Se ha argumentado, a favor del general, que las defensas alemanas de la Línea Gótica eran inexpugnables y que los comandantes aliados no guardaban «consideraciones políticas; sólo pensaban en interés de los partisanos»[104]. Sin embargo, a Behan le parece extraño que la declaración de Alexander «no se emitió codificada, como era la norma. Peor aún, no se informó ni consultó de antemano a los líderes de la resistencia (…)»[105].

Sugerir, en una Italia septentrional infestada de soldados alemanes y fascistas, que los partisanos abandonasen las operaciones demostraba la falta de sensibilidad hacia las deportaciones de mano de obra hacia

Alemania, los actos cotidianos de represión hacia la población, etc. La respuesta de los guerrilleros fue que «la guerra partisana no constituye, por parte del pueblo italiano ni de los patriotas que se han alzado en armas, un mero capricho, una bagatela de la que uno puede refrenarse a voluntad. Surgió de la necesidad vital de defender nuestra herencia material, moral y social; ésta es la causa suprema por la que hemos estado luchando y debemos continuar luchando día tras día. (…) La guerra ha de continuar»[106]. Ya sea que Alexander estuviera motivado por el disgusto de los políticos hacia la liberación popular italiana o tan sólo por consideraciones militares[107], este episodio es un ejemplo muy gráfico de las dos guerras en la práctica.

Aunque los trabajadores jugaran un papel tan prominente en Italia, ni siquiera aquí la guerra popular fue un fenómeno puramente de clase. Así, los empresarios más astutos del norte se dieron cuenta de que las amargas disputas con su mano de obra invitaban a la intervención nazi, lo que podía llevar a que se llevaran a sus trabajadores (y a sus fábricas) a Alemania[108] Para evitar esto hicieron concesiones y protegieron a «sus» empleados.[109]. Behan describe las «maniobras de esquiva y serpenteo» de Fiat. Incluso mientras producía tanques y partes de cohetes V2 para Alemania, mantenía vínculos con los servicios de inteligencia de EE.UU. y proporcionaba masiva financiación al CLN. El líder de la resistencia en Fiat Mirafiori comprendía que sus empleadores «no tenían escrúpulos a la hora de mirar hacia varias direcciones al mismo tiempo a fin de salvaguardar su interés principal: los beneficios»[110].

De igual manera, y en interés de la unidad nacional, la resistencia italiana unió a multitud de partidos que representaban una constelación de fuerzas de clase. Así, al día siguiente del armisticio del 8 de septiembre de 1943, los cinco principales partidos políticos (comunistas, socialistas, Partido de Acción, democristianos y liberales) formaron el Comitato di Liberazione Nazionale Alta Italia («Comité de Liberación Nacional del Norte de Italia», CLNAI).

Los comités locales se extendieron rápidamente. A su vez, se fundó una estructura militar centralizada, el CVL (Corpo Volontari della Libertà,

«Cuerpo de Voluntarios de la Libertad) para supervisar la actividad partisana».

La relación entre la cúpula y las bases de esta guerrilla popular eran complejas, y la interacción más importante e interesante tenía lugar dentro de la esfera de influencia del PCI. Aunque las estadísticas difieren, está claro que el PCI era la fuerza dominante. Spriano sugiere que entre el 80 y el 90 por ciento de los detenidos políticos eran, en los primeros tiempos, comunistas[111]. Cuando el movimiento antifascista despegó de forma masiva, la influencia del PCI persistió. Hacia octubre de 1944 quizás cinco octavas partes de los partisanos estaban en las Brigadas Garibaldi[112], controladas por los comunistas, y el 60 por ciento de los partisanos que morían tenían vínculos con formaciones comunistas[113]. Incluso los rivales políticos admitían la preponderancia numérica de los comunistas: Valiani, del Partido de Acción, el segundo grupo más importante, estimaba que el 41 por ciento de los partisanos estaban en las *Garibaldini*, por un 29 por ciento que se encuadraban en sus grupos Justicia y Libertad[114]. La afiliación al PCI, que antes de la guerra era de 6000 personas, era de 1,8 millones hacia el final de la misma[115].

Por tanto, las políticas con respecto a la clase trabajadora marcaron el tono del discurso incluso de rivales ideológicos o políticos. Así, Olivelli, líder de los partisanos católicos Llama Verde, daba por sentado que:

> La era del capitalismo que produjo riquezas astronómicas y ha llevado a una miseria inenarrable se encuentra en sus estertores finales. Un régimen sin alma impulsó la extensión de una pobreza increíble, saboteó los esfuerzos productivos del pueblo y provocó deliberadamente la inhumanidad de los hombres contra los hombres; exaltó el culto al poder y la violencia, se manifestó mediante la tiranía y la opresión, y acabó ardiendo en las llamas de la guerra. De las convulsiones finales de esa época nace una nueva era, la era de las clases trabajadoras, infinitamente más justa, más fraternal, más cristiana[116].

Las bases obreras del PCI animaban al partido a reflejar las necesidades de la guerra popular, pero sus líderes sentían otras presiones. Desde 1926 la represión fascista había llevado a este grupo al exilio (en Francia y Rusia). Quedó tan apartado de las bases que, según un académico, «en la mayor parte de ciudades y pueblos nadie [de las bases] había tenido ningún contacto con el aparato del partido durante años (…)»[117]. La máxima

dirección, liderada por Palmiro Togliatti, sin embargo, se orientaba hacia el estalinismo. Togliatti intentó controlar y canalizar los aspectos espontáneos de la lucha hacia estructuras incluso más centralizadas (Los CLNs, el CLNAI y el CVL). Esto se debía, parcialmente, a exigencias de la guerra, que exigía cada vez mayor coordinación conforme aumentaba la escala de los combates. También reflejaba el programa de la cúpula del PCI. Las bases democráticas y las necesidades de centralización de la lucha armada no eran inherentemente antagónicas. Podían reforzarse mutuamente. Sin embargo, la guerra popular sí que entró en conflicto con el centralismo, porque éste respondía a la persecución, por parte de Togliatti, de objetivos de política exterior rusos.

La manifestación más dramática de esto se dio en marzo de 1944, cuando Togliatti se unió al gabinete de Badoglio. El llamado «Giro de Salerno» era algo totalmente inesperado. Dos meses antes, una conferencia del PCI en Bari había criticado duramente a Badoglio[118], y el periódico del PCI, *L'Unità*, había ridiculizado la idea de que el régimen del sur pudiera combatir al nazismo: «¿Cómo podría, un gobierno al que el pueblo le aterroriza, liderar una guerra popular?»[119]. Durante el fascismo, el PCI había sufrido de un modo terrible a manos de gente como Badoglio y el rey, y sin embargo ahora Togliatti escribía: «La clase trabajadora debe abandonar la postura de oposición y crítica que ocupó en el pasado (…)»[120]. No sin razón Broué ha sugerido que el Giro de Salerno representó «la introducción en Italia de un aparato estalinista procedente del exterior, intentando imponerse al verdadero partido, al partido real (…)»[121].

La política de Togliatti se adecuaba a las decisiones tomadas en la Conferencia de Yalta de febrero de 1945[122], en que Stalin, Churchill y Roosevelt dividieron Europa en esferas de influencia. Dado que Italia caía en la esfera de influencia angloamericana, debía sacrificarse a la resistencia a fin de cumplir con el trato que daba a Rusia predominio en el este de Europa. El Giro de Salerno cambió el papel del PCI en la resistencia. La lucha de clases debía ahora sustituirse por la «unidad nacional» con los jefes, la monarquía, los exfascistas y todo aquel que no se encontrara abiertamente en el bando de los nazis. La edición de mayo de 1944 del

periódico de la guerrilla del PCI, *Il Combattente*, insistía en que «todo desacuerdo acerca del régimen que queremos en nuestro país, toda legítima reforma, si no es urgente, debe relegarse a un segundo plano, dejarse de lado, esperar hasta después de la victoria»[123]. Qué contraste con sus propias palabras seis meses antes: «la lucha de campesinos y obreros por sus demandas inmediatas es sacrosanta, inevitable [y] debe vincularse a la lucha armada, sin la cual ambos, tarde o temprano, acabarían asfixiados»[124].

Algunos activistas de base percibieron el movimiento de Togliatti como «un acto de traición»[125]. «Causó perplejidad, especialmente entre quienes habían estado en la cárcel durante años.»[126] Incluso individuos prominentes, como Amendola, admitieron: «conforme el Comité Central llevaba a cabo su actividad política en torno a la línea de acción de unidad nacional, casi todos los grupos con los que estaba en contacto (…) tendían a no comprender o a desaprobarlo»[127]. Scoccimarro hallaba las posiciones de Togliatti «absolutamente inoportunas, y es de desear que no se repitan»[128].

El Partido de Acción, tenazmente republicano, orientado mucho más a la clase media, al trabajador cualificado y más moderado que el PCI[129], se encontraba ahora a su izquierda. Al principio, Valiani pensó que las noticias acerca del Giro de Salerno eran falsas, y resaltó la alegría con que la República de Salò de Mussolini describía la acción del PCI como venderse a la monarquía[130]. El Partido de Acción advirtió a Togliatti que estaba amenazando con dividir el movimiento antifascista.

Una de las consecuencias del Giro de Salerno fue el surgimiento de movimientos revolucionarios fuera del PCI que abogaban por «la lucha de clases extrapolada al plano internacional»[131]. Hacia junio de 1944, el grupo Stella Rossa («Estrella Roja»), que acusaba al PCI de traicionar a la clase trabajadora y unirse a la burguesía, tenía ya tantos miembros como el PCI en la ciudad industrial clave de Turín[132] Bandiera Rossa («Bandera Roja») tenía más combatientes en Roma que el PCI. Este movimiento opinaba que el PCI había perdido su derecho a autoproclamarse comunista.[133].

Sin embargo, Togliatti guardaba un as en la manga: su asociación con la URSS y el Ejército Rojo, que en aquel mismo momento estaba haciendo retroceder a los alemanes en el Frente Oriental. Conforme las tropas rusas se acercaban al campo de concentración de Flossenburg, un prisionero de los *Garibaldini* describía cómo «oía un rugido. (…) Esos cañones eran la voz de Stalin»[134]. Otro prisionero, pese a ser miembro del Partido de Acción, expresaba su decepción por ser liberado por soldados de EE.UU. en lugar de por el Ejército Rojo. El Giro de Salerno de Togliatti se legitimaba gracias al mito de que Rusia representaba «el socialismo realmente existente», o, como expresaba un grafiti, que la URSS «se apoyaba realmente en los pobres, en los humildes, los proletarios y trabajadores (…)»[135]. Antes de la pirueta de Togliatti, se describía a «los jefes» como «vampiros que se alimentan de la mano de obra, que sacan beneficios de la guerra y de la ocupación alemana (…)»[136]. Ahora, ostentando la autoridad soviética, la cúpula del PCI exigía a sus seguidores italianos que se unieran con «industriales, intelectuales, sacerdotes, exfascistas (…) nadie queda excluido»[137]. Por tanto, a quienes alzaran el puño o vistieran símbolos como la hoz y el martillo había que tratarlos «con severidad y hacerlos trabajar en la línea del partido»[138].

A cambio de la financiación, la resistencia aceptaba también los «Protocolos de Roma» que subrayaban: «Conforme el enemigo se retira, todos los componentes [de los partisanos] quedarán bajo el mando directo del Comandante en Jefe [Aliado] (…) y obedecerán cualquier orden suya o del Mando Militar Aliado en su nombre, incluidas las órdenes de disolución y desarme cuando se les pida»[139].

Había límites en cuanto a cuán a la derecha podía escorar el PCI, porque tenía que aplacar a sus miembros, competir con grupos políticos rivales y guardar fuerzas para negociar en la era de posguerra. Los miembros del Partido Comunista con carné eran una minoría, y los partisanos no eran autómatas. Las líneas de comunicación y mando eran difusas; las estructuras jerárquicas formales rara vez correspondían a las anárquicas condiciones del combate sobre el terreno. De modo que el PCI no abandonó del todo el lenguaje radical. Describiendo la cuadratura del círculo, Togliatti seguía pidiendo una «insurrección», pero no sería «socialista ni comunista,

sino de liberación nacional para destruir el fascismo»[140]. De igual manera, el PCI rechazaba la política de espera y «los esfuerzos Aliados para marginar a los partisanos», e impulsaba el establecimiento de CLNs en cada pueblo, barrio y fábrica[141]. Esta institucionalización del movimiento era a la vez una manera de desafiar al AMGOT y al gobierno real, un modo de ejercer control desde arriba y una manera de organizar más eficazmente el combate desde abajo. Sin embargo, persistía una tensa relación entre la guerra popular y las corrientes de la guerra imperialista en el seno del movimiento de resistencia.

Para abril de 1945 la ofensiva de los Aliados parecía estar a punto, por fin, de penetrar en el norte. En aquel momento el CLNAI emitió su Directiva 16, una llamada a «la insurrección nacional». Como nota de realismo, aseguraba que «los Aliados pueden decidir, por una u otra razón, retirar su apoyo en lugar de hacer la contribución que les hemos pedido». Aun así, «las formaciones de partisanos atacarán y eliminarán los cuarteles nazifascistas, liberando ciudades, barrios y pueblos. (…) Proclamaremos una huelga general (…) la culminación de la larga campaña del pueblo por la libertad y la expresión de su determinación inquebrantable»[142].

Durante el mes que se tardó en completar la liberación definitiva de Italia, los dos tipos de guerra se complementaron mutuamente, con los ejércitos Aliados luchando en el frente mientras los partisanos golpeaban desde la retaguardia. Inmensas huelgas generales sacudieron las ciudades del norte industrial, dando al traste con los planes alemanes de aplicar una política de «tierra quemada» destruyendo las infraestructuras del norte. Aun así, la distinción entre ambas guerras populares no desapareció. Un buen ejemplo fue la liberación de Génova, cuya historia ha narrado Basil Davidson, oficial británico de enlace con los partisanos.

Génova era una ciudad portuaria que, junto a Milán y Turín, formaba el «triángulo industrial» que impulsaba su desarrollo económico. En abril de 1945 había más de 15 000 alemanes fuertemente armados ocupándola[143]. En una maniobra similar a la de Von Choltitz en París, el general Meinhold ofreció declarar Génova ciudad abierta si los partisanos permitían a la Wehrmacht retirarse sin problemas. El 23 de abril, el CLN decidió evitar que las fuerzas de Von Choltitz pudieran luchar en ningún otro lugar,

plantándoles cara inmediatamente. En ese momento los partisanos eran unos 6000. Carecían de suministros adecuados por parte de los Aliados y la mayoría apenas iban armados[144]. Sin embargo lucharon contra los nazis hasta llegar a un alto el fuego y el 25 de abril 9000 alemanes se rindieron incondicionalmente. Dos días después, una sección de 7000 soldados intentó romper el cerco, pero finalmente acabó rindiéndose ante una fuerza de 300 soldados de las SAP[145].

El CLN había liberado Génova. En aquel justo momento apareció el Ejército de los EE.UU. encarnado en el general Almond. Al no hablar italiano, sólo podía dirigirse a la cúpula del CLN a través de Davidson.

> «Dígales», me pidió el general Almond, «que mis tropas han liberado su ciudad, y son hombres libres».
>
> Siguió un silencio, que continuó.
>
> El general me miró con cierta sorpresa: ¿no sabía yo hablar italiano[146]?

Davidson, que había luchado junto a los partisanos y sabía lo que habían logrado, no se atrevía a traducir las palabras de Almond. Él mismo continúa:

> Entonces intervino la Providencia. (…) Fuera de la habitación se escuchó repentinamente un ruido atronador de gritos y clamores. Nos abalanzamos sobre los ventanales hacia el balcón que daba a aquella calle con columnatas.
>
> Al mirar hacia abajo, vimos a lo lejos, en la calle, las densas primeras columnas de una multitud de hombres avanzando, y luego vimos que se trataba de una columna, una columna de prisioneros alemanes de a docenas por fila, cientos, miles de ellos, desfilando por la calle desarmados pero escoltados por partisanos armados a ambos lados. Entonces regresamos al salón y el general Almond me calibró con la mirada y dijo: «muy bien»[147].

El ejemplo de Génova se repitió de muchas maneras por todo el norte de Italia. Pese a la desafortunada declaración del general Alexander y a la falta de suministros adecuados de armas a todos excepto a los partidarios de la

política de espera, la resistencia había jugado un papel decisivo en la liberación.

Lo irónico es que no serían los alemanes quienes la desarmaran, sino que se haría desde dentro. La clase trabajadora había sido a menudo la punta de lanza del movimiento, pero el partido al que había sido leal aceptó un retorno a la normalidad capitalista. Al general Almond no le quedó más opción que reconocer la obra del CLN el día en que Génova fue liberada, pero inmediatamente después, un brigadier británico pidió a Davidson que tradujera nuevas palabras: «dígales, por favor, que el comité, este comité, se disuelve a partir de mañana. Todas sus funciones cesan. El AMGOT asume todas sus responsabilidades»[148]. Pero ingleses y americanos carecían de autoridad para respaldar sus órdenes, como explica Davidson:

> Aquellos graves ligures escuchaban en silencio. (…) Ya habían contado con este resultado. Por ello habían lanzado una insurrección y la habían llevado a cabo hasta el final. Y tenían razón. Lo que este CLN había previsto, se aplicaba a otros CLN. Los oficiales del AMGOT podían tener toda la fuerza de los ejércitos Aliados a su disposición, pero se demostró que retirar a personas nombradas democráticamente de sus posiciones de responsabilidad iba mucho más allá de las posibilidades del AMGOT[149].

Ingleses y americanos no podían hacerlo pero, como explica Davidson, los líderes políticos podían. Habían firmado acuerdos y «debían cumplirlos. No se eliminó a las personas nombradas democráticamente, pero tuvieron que ayudar a la eliminación de su movimiento. Se dejó de lado a los CLN hasta que se desvanecieron»[150]. Incluso si el imperialismo robó a la resistencia italiana la posibilidad de transformar la estructura fundamental de su sociedad, sus logros fueron innegables, y completamente diferentes a las obras de los gobernantes, tanto Aliados como del Eje. Pese a los esfuerzos del AMGOT, de los capitalistas y de los exfascistas italianos, la guerra popular dejó una marca indeleble en la política italiana posterior, incluso si esto se vio reflejado, sobre todo, por la reforzada posición del PCI que la había traicionado.

PARTE 4

LA INDIA, INDONESIA Y VIETNAM: ENEMIGOS DIFERENTES

Rara vez se trata a los movimientos anticolonialistas de Asia como parte de la segunda guerra mundial. Sin embargo, aceptar de manera acrítica su estatus subordinado acordado por las potencias imperialistas europeas, o ver la lucha por la libertad como algo exclusivamente occidental es engreído, cuando no directamente racista. Aunque dirigieron sus armas tanto contra sus amos europeos como contra Japón, la potencia del Eje en la región, estos movimientos diferían de los europeos en su forma, pero no en su sustancia.

12

LA INDIA: DE LA HAMBRUNA A LA INDEPENDENCIA

El 3 de septiembre de 1939 los indios se despertaron y supieron que estaban en guerra. Londres no se molestó en pedirles su aprobación, a diferencia de lo que hizo con posesiones como Canadá o Australia[1]. Cuando Churchill dijo en la Cámara de los Comunes que «la India tiene un gran papel que jugar en la lucha mundial por la libertad»[2], eso no incluía la independencia para los 400 millones de indios, una población que excedía el máximo número de personas conquistadas por el Tercer Reich[3].

Una consecuencia de la «lucha por la libertad» fue la hambruna de Bengala de 1943. El virrey la calificó de «uno de los peores desastres que jamás han acontecido a ningún pueblo bajo gobierno británico»[4]. Causó entre 1,5 y 3,5 millones de muertos[5] pese a que los funcionarios habían descrito la cosecha anterior como «buena».[6], Los informes de inteligencia del gobierno contabilizaban

> las recogidas diarias de cadáveres de calles y casas. En Daca, los pobres viven gracias al agua de arroz que buenamente puedan conseguir, puesto que ni siquiera los ricos son capaces de obtener arroz. El cólera, la viruela y el hambre causan diariamente cientos de muertes en las aldeas colindantes. (…) Se ha informado de suicidios y venta de niños[7].

Se trataba de la continuación de un récord vergonzoso: 12 grandes hambrunas desde que había comenzado la colonización[8]. En la década de 1860 un economista indio descubrió la razón: cada año se sacaba de la India

una suma mayor que el valor de la tierra del subcontinente, para financiar la ocupación británica y sus beneficios[9]. Otro factor que contribuía era la costumbre de hacer pagar a la empobrecida India las aventuras asiáticas británicas, como con los dos conflictos anglo-afganos de finales del siglo XIX.[10]

La hambruna de 1943 estaba directamente vinculada a la implicación de la India en la segunda guerra mundial, puesto que, tras comenzar ésta, el número de soldados mantenidos a expensas del país se multiplicó por once[11]. Un año entero antes de que la tragedia golpeara, funcionarios habían advertido a Londres de las consecuencias posibles. A fin de pagar a las tropas habría que aumentar exponencialmente el suministro de dinero[12], y «daría como resultado una posición inflacionaria. Existiría el peligro de una conversión del dinero en bienes, que daría lugar a acaparamientos. Esto, a su vez, daría lugar a hambrunas y motines»[13]. Esta predicción se cumplió entre mayo y octubre de 1943, cuando el precio del arroz se multiplicó por diez[14].

La reticencia de Londres al racionamiento y su vergonzosa respuesta a la conquista japonesa de las vecinas Malasia y Birmania agravaron la situación. En palabras del Congreso Nacional Indio:

> Funcionarios cuya tarea era proteger las vidas de la gente en sus zonas no cumplieron con sus responsabilidades, y, huyendo de sus puestos, buscaron su propia seguridad dejando a la gran mayoría de la gente desprovista de protección. Los arreglos para evacuaciones que se hicieron eran principalmente para las poblaciones europeas, y en cada paso se hacía evidente la discriminación racial[15].

La pérdida de Birmania cortó una importante fuente de arroz, pero en lugar de colocar proveedores alternativos, en Bengala, la zona fronteriza, se instituyó una política de tierra quemada. Se destruyeron puentes y barcas de los habitantes de la zona pese a que, advirtió el Congreso, «la vida es imposible sin ellos (…)»[16]. Ahora era difícil transportar la cosecha al mercado local.

El Secretario para la India era Leo Amery, al que se ha descrito como «un apasionado partidario del imperialismo británico [y de las] políticas de derechas»[17]. Su reacción a los primeros informes de muertes por hambre

queda bien expresada en una carta al virrey que se retiraba, Lord Linlithgow. Amery daba la bienvenida a esta distracción con respecto al movimiento de independencia. La gente «está ahora absorbida por cuestiones como la comida y el coste de la vida», que podían «infundir un tinte de realismo en la política (…)»[18].

Sin embargo, cuando la gravedad de la crisis se hizo patente, Amery también apoyó importaciones urgentes de alimentos. Se calculó el mínimo necesario en el equivalente a un millón de toneladas de cereal a lo largo del año[19] ¿Era coincidencia que ésta fuera *exactamente la misma cantidad* que consumía el ejército en la India?[20] Las súplicas de Amery cayeron en oídos sordos. Londres insistía en que «las demandas de los Servicios de Defensa deben tener prioridad ya sea en el grano indígena o en el importado».[21].

La fraseología de la respuesta del Gabinete de Guerra a las frenéticas peticiones de Amery resultaba chocante:

> Tras cumplir con los requerimientos de Ceilán y Oriente Medio sería extremadamente difícil encontrar barcos que enviar a Australia para recoger cereal [para la India]. Si, pese a todo, el gabinete decidiera que se llevara a cabo alguna medida (…) deberían tomarse medidas ahora para importar no más de 50 000 toneladas a modo de envío simbólico. Éste, sin embargo, no debería embarcarse hacia la India sino a Colombo, y aguardar allí instrucciones[22].

A aquellos que se atrevieran a acusar al gobierno de desear «deliberadamente matar de hambre al pueblo adquiriendo toda la cosecha para el ejército» se los debía perseguir y llevar a juicio[23].

El mariscal de campo Wavell, que sustituyó a Linlithgow como virrey, estaba también exasperado: «es escandaloso que no hayamos realizado ningún progreso con respecto a las importaciones de alimentos tras seis meses de discusión (…)»[24] Señaló «la actitud extraordinariamente diferente hacia alimentar a una población con hambre cuando la hambruna se da en Europa».[25].

Churchill continuó imperturbable. A la administración británica se la vería como «una Edad de Oro con el paso del tiempo[26] y enviar alimentos se interpretaría como un «apaciguamiento» hacia el Partido[77a] del Congreso.[27]» El registro oficial señala que el primer ministro canadiense

tenía 100 000 toneladas de cereal cargadas en un barco con destino a la India, pero «una llamada personal de Winston le disuadió» de enviarlo[28]. Cuando el comandante militar británico para el sudeste asiático ofreció emplear el 10 por ciento de su capacidad de envío para ayudar a Bengala, Churchill le recortó su asignación de carga en un 10 por ciento[29]. Por último, tampoco llegaría ayuda alguna de Gran Bretaña, porque, en palabras de Churchill, desviar barcos a la India podría afectar «las importaciones de alimentos a este país»[30].

Lo que subyace tras todo esto es un racismo muy arraigado. Amery, por ejemplo, creía que el país necesitaba «una transfusión cada vez más fuerte de sangre nórdica, ya sea mediante establecimiento, mediante matrimonios mixtos o de cualquier otra manera (…) a fin de criar un tipo de gobernante nativo más viril»[31]. Aun así, los prejuicios del Secretario para la India no eran nada comparados con los del primer ministro. Éste se quejaba de que los indios «se reproducen como conejos» y dijo: «odio a los indios. Son un pueblo animal, con una religión animal». Amery le llegó a decir a la cara que había adoptado «una actitud comparable a la de Hitler»[32].

La guerra imperialista fue desastrosa para la India, y era evidente que no tenía nada que ver con los objetivos humanitarios públicamente declarados. En palabras de Jawaharlal Nehru, miembro dirigente del Congreso Nacional Indio, Londres simplemente estaba «defendiendo el Imperio británico»[33]. Churchill no se habría mostrado en desacuerdo, al decir: «No me he convertido en el Primer Ministro del Rey para contemplar la liquidación del Imperio británico»[34]. Este enfoque no era exclusivo de los *tories*. La actitud del Partido Laborista apuntó ya en esta dirección durante su primera administración, en 1924. Al tomar posesión de su cargo, el Ministro Colonial pronunció palabras sorprendentemente similares a las de Churchill: «estoy aquí para vigilar que no se cometan tonterías con el Imperio británico»[35]. Durante la segunda guerra mundial, la línea del Partido Laborista con respecto a la India fue indistinguible de la de los conservadores[36].

Lo irónico de la declaración de guerra que Gran Bretaña realiza por la India es que, si se hubiera pedido ayuda para ella, ésta hubiera llegado. Políticos como Nehru tenían un historial antifascista que superaba con

creces el del gobierno británico. Mientras Londres, en la década de 1930, se dedicaba a apaciguar, Nehru había visitado y expresado su apoyo a las Brigadas Internacionales en España, a Checoslovaquia y a la China bajo ataque japonés[37]. Pese a la despótica actuación de Gran Bretaña, continuó abanderando la causa antifascista dentro del Congreso Nacional Indio. Por tanto, decidió no «aprovechar las dificultades británicas. (…) En un conflicto entre democracia y libertad, por una parte, y fascismo y agresión por la otra, nuestras simpatías han de recaer, inevitablemente, en el bando de la democracia»[38].

Lamentablemente, la disposición de un movimiento independentista a cooperar era lo último que deseaba Londres. En lugar de ello, y aprovechando la capa de la segunda guerra mundial, instituyó la Ordenanza de Defensa de la India, que restringía las libertades civiles y atacaba al Congreso[39].

Sin embargo, no todo el mundo compartía el enfoque de Nehru. Había colaboradores como *sir Ramaswami Mudaliar que se jactaba de «haber trabajado duro (...) para instituir un sentimiento de lealtad» a Gran Bretaña*[40]*. Se lo recompensó permitiéndole el acceso al Gabinete de Guerra británico (aunque excluyéndolo de los debates acerca de la India, por supuesto)*[41]*. Sorprendentemente, el PC de la India (PCI) se encontraba en el mismo lado. Ilegal hasta 1939, era el único partido que abogaba por la línea de Frente Popular según la cual «la victoria británica es un fin en el que todo ciudadano debería estar interesado (...)»*[42]*. En el extremo opuesto del espectro se encontraba Subhas Bose cuyo Ejército Nacional Indio, como veremos, luchó codo a codo junto con las tropas japonesas.*

Entre estos dos extremos se situaban el Congreso Nacional Indio y la Liga Musulmana, cuya rivalidad era fruto de la clásica maniobra imperialista de «divide y vencerás»: el Raj británico[78a] *había alimentado deliberadamente las tensiones comunitarias entre la mayoría hindú y la minoría musulmana de 90 millones de personas. Sin embargo, ambas organizaciones veían la guerra como una oportunidad para sacar concesiones a los amos coloniales, aunque divergían completamente en cuanto a sus objetivos. La Liga Musulmana esperaba conseguir la*

aprobación británica para la creación de Pakistán en la posguerra. Por ello se mantenía a distancia de las campañas del Congreso por una India unificada e independiente.

Como la mayor organización anticolonialista, el Congreso Nacional Indio reunía a muchas capas sociales diferentes bajo su programa nacionalista y socialmente transversal. Era menos comunitarista que la Liga Musulmana (su presidente durante la guerra era musulmán) y buscaba la libertad a corto plazo. El Congreso comprendió la dualidad de la segunda guerra mundial y en 1941 aprobó una resolución que expresaba su solidaridad «con los pueblos que han sido agredidos y que luchan por su libertad» contra el Eje, pero afirmaba de igual modo que «una India ocupada no puede ofrecer voluntariamente ni con ganas ayuda a un arrogante imperialismo que es indistinguible con respecto al autoritarismo fascista»[43]*.*

En 1942 Churchill envió a sir Stafford Cripps para resolver un problema de relaciones públicas. El Comité de Relaciones Exteriores del Senado estadounidense quería que la India obtuviera autonomía, «de otra manera, los Estados Unidos estarían luchando tan sólo para salvar el Imperio británico» y los indios morirían «a fin de prolongar el dominio británico sobre ellos»[44]*. Por tanto, el 10 de marzo Roosevelt envió un telegrama a Churchill proponiendo un gobierno indio representativo en la línea de los «procesos democráticos de quienes luchan contra el nazismo». Por cierto, el presidente añadió una reveladora cláusula adicional secreta: «por el amor de Dios, no me meta en esto (…)»*[45]*. A fin de apaciguar a los EE.UU., se envió a Cripps a la India al día siguiente. El primer ministro veía las conversaciones sobre autonomía como un mal necesario: «la misión de Cripps es indispensable para probar lo honesto de nuestros propósitos. (…) Si los partidos indios para cuyo beneficio se ha redactado la rechazan se demostrará al mundo nuestra sinceridad»*[46] *Pero en cuanto pareció que la propuesta de Cripps para un estatus de Dominio*[79a]*. se aceptaría, Churchill le obligó a establecer nuevas cláusulas para garantizar su fracaso.*

El Congreso se encontraba dividido en cuanto a qué hacer a continuación. Su líder, Mahatma Gandhi, propuso una campaña de

desobediencia civil no violenta a favor de la independencia inmediata. Un debate del Comité de Trabajos, el cuerpo supremo directivo del Congreso, muestra la complejidad de la situación:

- *Nehru: Japón es un país imperialista. La conquista de la India se encuentra en sus planes. Si se acepta el enfoque [de Gandhi] nos convertiremos en socios pasivos de las potencias del Eje.*
- *Achut Patwardhan: El gobierno británico se comporta de forma suicida. (...) La actitud [de Nehru] nos llevará a la abyecta e incondicional cooperación con la maquinaria británica (...).*
- *Vallabhbhai Patel: (...) ha quedado claro que la puerta está abierta y nuestras simpatías están con los Aliados. Es hora de cerrar finalmente la puerta ante los repetidos insultos que se han vertido sobre nosotros. Estoy de acuerdo con la propuesta que [Gandhi] extiende ante nosotros*[47]*.*

Gandhi obtuvo la victoria y se aprobó su resolución Abandonen la India el 8 de agosto. Aun así ofrecía apoyo a Gran Bretaña en una genuina guerra por la democracia y los derechos humanos.

> *Una India libre [pondrá] sus vastos recursos en la lucha por la libertad y contra la agresión del nazismo, el fascismo y el imperialismo. (...) Tras la declaración de independencia de la India se formará un gobierno provisional y la India Libre se convertirá en un aliado de las Naciones Unidas [los Aliados] compartiendo con ellos las dificultades y tribulaciones de la empresa conjunta que es la lucha por la libertad. (...) La libertad de la India debe ser el símbolo de, y el preludio a, esta misma libertad para todas las demás naciones asiáticas bajo dominación extranjera. Birmania, Malasia, Indochina, las Indias holandesas, Irán e Irak han de conseguir también su completa libertad*[48]*.*

El movimiento para conseguir hacer realidad la resolución Abandonen la India no se diseñó para resultar provocativo. Se realizaría en «una línea no violenta a la mayor escala posible, a fin de que el país pueda emplear toda la fuerza no violenta que ha reunido durante los últimos 22 años de lucha pacífica. (...) La no violencia es la base de este movimiento»[49]*. Se puso oficialmente a Gandhiji, el profeta de la ahimsa («no violencia») al mando.*

En este punto es fundamental comprender la frágil figura del *Mahatma* («gran alma»). El nacionalismo progresista de Gandhi reunía clases sociales muy diversas bajo el objetivo común de la independencia. Se trataba del punto de apoyo que equilibraba a campesinos, clases medias, ricos industriales y trabajadores. Para presionar a Gran Bretaña había que movilizar a grandes masas de indios pobres; pero esto implicaba correr el riesgo de desatar un radicalismo social que pudiera amenazar a sus compatriotas ricos, minando la unidad del Congreso. Gandhi halló una salida a este *cul-de-sac* a través de una política basada en el propio sacrificio y la *satyagraha* (desobediencia civil) masiva, como la huelga de hambre a título de protesta.

Con su propia persona como centro de los asuntos podía abrir el grifo de la acción popular y cerrarlo en cuanto la militancia se volviese excesiva. Un ejemplo fue la campaña contra la opresiva Ley Rowlatt de 1919. Cuando las manifestaciones masivas que él había impulsado fueron atacadas y contraatacaron, Gandhi «persuadió a la multitud a que se dispersase, reprendiéndoles severamente y amenazando con llevar a cabo una *satyagraha* personal contra ellos si no se comportaban debidamente»[50]. Aunque el énfasis en la integridad moral y espiritual de un líder era poco habitual, el *gandhismo* era en realidad un ejemplo típico de nacionalismo reformista que empleaba el activismo masivo pero temía la lucha de clases y la revolución. Aunque se oponía a la guerra imperialista, se quedaba a una distancia de la guerra popular.

Éste era el espíritu con el que Gandhi se aproximó a «Abandonen la India». En cuanto se adoptó esta política dijo: «la verdadera lucha no comienza en este momento». Ahora tocaba «esperar al virrey y negociar con él (…) Ese proceso probablemente se demorará entre dos y tres semanas»[51]. Los británicos tenían otras ideas: arrestaron a los líderes del Congreso a la mañana siguiente. En el caso de Nehru, la encarcelación duró 1040 días[52]. Cuando violentas protestas tuvieron lugar por la liberación de los líderes, Gandhi se distanció de ellas. Desde la cárcel condenó «los tristes acontecimientos», la «deplorable destrucción» y las «calamidades» causadas por «personas enajenadas por la rabia hasta el punto de perder el autocontrol»[53].

Pero él era el que estaba perdiendo el control. La precaución estaba cediendo lugar a un movimiento popular de resistencia a favor de la democracia y la libertad. La fase inicial se dio en centros urbanos. Estallaron huelgas en Bombay, Calcuta y Delhi. Hacia el 12 de agosto sólo 19 de los 63 molinos de Bombay se hallaban en funcionamiento[54]. Los trabajadores de la gigantesca planta de Tata Steel en Jamshedpur declararon que «no regresarán al trabajo hasta que se forme un gobierno nacional», mientras que la huelga textil de tres meses de duración en Ahmedabad se ganó el apodo de «el Stalingrado de la India»[55] Las clases medias y los estudiantes también jugaron un papel importante. En Patna se ametralló a una multitud en las calles después de que ésta tomara la ciudad.[56] Fue la primera de seis ocasiones en que se empleó de esta manera a la RAF.[57]. Esta masiva represión se complementó con los argumentos del PC indio que, como en Gran Bretaña, promovía la máxima producción para ayudar a Rusia. Juntos, restauraron el orden en las grandes ciudades.

Una segunda fase comenzó a finales de agosto con «una auténtica rebelión campesina»[58]. La lucha era por algo más amplio que la independencia, como demuestran estudios locales. En Satara, un gobierno paralelo (que duró hasta 1946) publicó un periódico quincenal, inauguró escuelas, redistribuyó la tierra, multó a los prestamistas y se dotó de un ejército[59].

Durante septiembre de 1942, 2500 personas del distrito de Medinipur se unieron para evitar que los propietarios de molinos embarcaran las reservas de arroz. Después de que la policía matara a tres manifestantes se fundó otro gobierno paralelo, con departamentos de defensa, finanzas, justicia, educación, etc[60]. Se prohibieron las exportaciones de cereal, se impusieron precios fijos a los comerciantes y parte de los suministros se requisaron y redistribuyeron entre el pueblo[61] Hasta dónde habría superado Medinipur la no violencia de Gandhi queda patente ante los gritos de los estudiantes: «Cortaremos la cabeza de[l rey] Jorge y acabaremos con Inglaterra a espada y fuego».[62]. El objetivo era «saquear los bancos, tesorerías y oficinas postales del gobierno», mientras que «comisarías de policía y tribunales también serán arrasados»[63]. Sin embargo, la influencia del *gandhismo* no había desaparecido del todo. El Mahatma había lanzado un mantra en

relación a Abandonen la India: «hacedlo o morid». Habitualmente se suele hacer énfasis en la primera palabra, que se toma como un militante desafío hacia el dominio británico. Sin embargo, un líder local del Congreso, el Dr. Shivpujan Raj, reveló su otro aspecto cuando reprendió a la multitud: «no es matando sino muriendo que lograremos nuestro objetivo. El líder de la nación así lo ha ordenado. No podemos violar sus deseos». De modo que, dejando las armas, la multitud marchó a manos desnudas hacia las oficinas gubernamentales. Cuando llegaron a ellas siete murieron tiroteados, entre ellos el mismo Dr. Raj. Los demás decidieron «hacer» antes que «morir» y al día siguiente volvieron para saquear el edificio, una comisaría de policía, un almacén de semillas y una estación de ferrocarril (mientras vitoreaban el nombre de Gandhi)[64].

Pese a las apariencias el movimiento había abandonado definitivamente la doctrina de Gandhi y se deslizaba hacia la guerra popular bajo el mando de J. P. Narayan, el «líder único y destacado que surgió del movimiento Abandonen la India»[65]. En septiembre de 1942 informes secretos británicos aseguraban que el Partido Socialista del Congreso, de Narayan, «se mantiene firme (…)»[66]. Narayan expresó claramente la idea de las guerras paralelas.

En 1939 escribió: «No podemos esperar que esta guerra, que en sus orígenes es una guerra de rivalidades imperialistas, cambie, conforme progrese, su carácter imperialista a uno a favor de la democracia y de la paz mundiales». La respuesta a la resolución Abandonen la India le confirmaba esto. India se encontraba ahora «bajo un tipo británico de infierno nazi [y bajo] las salvajes tiranías de los fascistas británicos (…)»[67]. Por lo tanto, era necesaria una guerra diferente:

> La lucha india por la libertad es a la vez antiimperialista (y por tanto también antifascista, pues el imperialismo es padre del fascismo) y un impulso para acabar con la guerra por parte del hombre corriente. (…) Trabajamos para la derrota tanto del imperialismo como del fascismo por parte de la gente corriente del mundo, y mediante nuestra lucha mostramos el camino para acabar con las guerras y la liberación de negros, blancos y amarillos[68].

En respuesta a acusaciones británicas de que el movimiento ayudaba al enemigo, preguntaba:

> ¿Por qué razón debería la liberación de una quinta parte de la humanidad interponerse en su camino? Si [los Aliados] realmente están luchando por los objetivos que aseguran, la lucha de los indios por la libertad no debería perjudicarles, sino ayudarles. Si les perjudica, tan sólo prueba que la base para su guerra es falsa[69].

Narayan criticaba el enfoque oficial del Congreso, que dejaba la resolución Abandonen la India en poco más que una herramienta de regateo con las autoridades. Había habido una deliberada falta de planificación para un movimiento de masas[70] y ahora, «tras fracasar en su objetivo», «se dan la vuelta y desmerecen los sufrimientos y trabajos del pueblo (…)»[71]. Con el objetivo de tapar el vacío de poder, Narayan ofreció consejos detallados acerca de cómo organizarse y librar una guerra de guerrillas contra los británicos, reconociendo que «si esto no es acorde con los principios de Gandhiji, no es mi culpa»[72]. Una de las consecuencias fue el surgimiento de los Azad Dastas, conscientemente creados a semejanza de «las guerrillas europeas (…) o los partisanos rusos»[73].

¿Constituía el movimiento Abandonen la India una guerra popular? Las autoridades coloniales constataron que algunos intereses industriales clave, como los emporios Tata y Birla, apoyaron Abandonen la India hasta el punto de pagar a sus empleados por hacer huelga, en algunos casos durante meses. Sin embargo, los funcionarios británicos creían que con la invasión japonesa como posibilidad clara, los capitalistas indios estaban creando «una póliza de seguros por riesgo de guerra»[74]. El cálculo era que, en caso de victoria [de los japoneses] «podemos esperar su gratitud y que las fábricas se mantengan intactas. Si, sin embargo, ganaran los británicos, no perderíamos nada»[75]. Evidentemente este plan funcionó, y un periodista señalaba: «es desconcertante saber hasta qué punto destacados magnates financieros con afiliaciones al Congreso han cerrado contratos de guerra con el Departamento de Suministros de Delhi»[76].

Más importante aún era, como han señalado varios escritores, que Abandonen la India tenía «el apoyo visible de las clases pobres y trabajadoras, las más afectadas por la inflación y escasez de alimentos de la guerra»[77]. En Patna, un testigo presencial describía el efecto de radicalización que esto tenía. Tras el tiroteo contra una manifestación de estudiantes,

> Todos los símbolos de dominio británico desaparecieron de Patna. No circulaban *rickshaws* ni *ekkas*[80a]. Los estudiantes ya no eran los líderes; el liderazgo había pasado a los conductores de *ekkas* y a los corredores de *rickshaws*, y a gente similar, cuyos conocimientos políticos llegaban sólo hasta aquí: que los británicos eran sus enemigos[78].

Abandonen la India buscaba una guerra real. A finales de agosto de 1942, el virrey Linlithgow escribía a Churchill:

> Estoy enfrentándome a la rebelión más seria, de lejos, desde la de 1857, la gravedad y extensión de la cual hasta ahora hemos ocultado al mundo por razones de seguridad militar. (…) Si la pifiamos en este asunto dañaremos de modo irreparable la India como base de futuras operaciones aliadas (…)[79].

Las estadísticas corroboraban sus palabras. Sólo en la primera semana se atacaron 250 estaciones de tren y 150 comisarías de policía, y se descarrilaron 59 trenes[80] Al cabo de un año se habían destruido 945 oficinas postales y se habían colocado 664 bombas.[81] Las autoridades británicas desplegaron una cantidad ingente de policías armados y 30 000 soldados en 112 batallones.[82] Abrieron fuego en 538 ocasiones; sólo en Bombay más de 100 veces.[83]. Los métodos empleados fueron chocantes. Un oficial de alta graduación de las Provincias Centrales «se jactaba por la tarde en el club de haber matado a tiros, personalmente, a veinticuatro *negratas*»[84][81a]. En la aldea de Chimur arrestaron a todos los hombres adultos y después «los soldados ultrajaron a todas las mujeres hasta quedarse satisfechos. (…) Ninguna mujer se salvó, ni siquiera las embarazadas ni las niñas de 12 o 13 años»[85].

En total hubo casi 100 000 detenciones y entre 4000 y 10 000 muertos[86]. Era una guerra, pero una guerra asimétrica. En comparación con las bajas sufridas por los indios, sólo murieron 11 policías y 63 soldados[87]. Subhas Chandra Bose se dio perfectamente cuenta esta disparidad en poder militar.

El Ejército Nacional Indio (ENI)

Bose era un destacado partidario de la independencia. Escogido dos veces como presidente del Congreso (1938 y 1939) había cumplido once condenas de prisión. La primera respuesta de Bose a la segunda guerra mundial fue similar a la de Narayan: «no podíamos plantearnos apoyar a ningún bando en la guerra europea, dado que ambos eran imperialistas luchando por posesiones coloniales»[88]. En 1940 organizó una masiva manifestación en vistas a una inmediata lucha por la independencia, llamando a Gandhi a «dar el paso y lanzar su campaña de resistencia pasiva. (…) Era el momento de que la India jugara su papel en la guerra»[89] Su argumentación tuvo impacto. Los historiadores han especulado con la posibilidad de que una razón de que Gandhi iniciara Abandonen la India era «evitar los males que percibía en la creciente fuerza de las ideas revolucionarias [y actuar como] válvula de escape para la energía de la juventud».[90].

Tras volver a ser encarcelado, Bose comenzó a dudar del potencial de las fuerzas internas de su país sin ayuda exterior: «no creemos que la India pueda conseguir su libertad sin el empleo de las armas. (…) Debemos luchar contra el enemigo con métodos modernos y con armas modernas»[91]. Continuaba: «no es necesario señalar que, si pudiéramos hacerlo sin ayuda exterior, sería el mejor camino para la India. (…) [Pero] todo movimiento de liberación, a lo largo de la Historia, ha tenido que buscar algún tipo de ayuda exterior antes de conseguir el éxito»[92]. ¿De dónde obtener tal ayuda?

Bose no era remilgado. Escapó de su confinamiento y se dirigió a Moscú. Cuando los soviéticos ignoraron sus súplicas de ayuda contra los británicos se dirigió a Berlín, asegurando que «las potencias del Eje son los mejores amigos que tenemos hoy en día en el mundo»[93]. Hitler era un socio inverosímil. El propio Bose se había puesto furioso ante el discurso de Hitler de 1935 declarando que los blancos estaban destinados a reinar sobre los negros[94], y tal era el racismo del Führer que al principio lamentó las victorias japonesas: «supone la pérdida de todo un continente, algo que es de lamentar, pues es la raza blanca la que lo pierde»[95]. Fue con Tokio, en guerra contra los Aliados desde diciembre de 1941, que Bose cerró el trato.

Si lo que llevó a Bose a esta decisión fueron razones pragmáticas, sobre la base de que «el enemigo de mi enemigo es mi amigo», nunca se supo. En público aceptó la apuesta de Tokio de establecer «un nuevo orden en el este de Asia basado en la libertad, la justicia y la reciprocidad»[96] pese a conocer las atrocidades cometidas en China. Las declaraciones ideológicas de Bose demostraban un oportunismo sorprendente: «nuestra filosofía política debería ser una síntesis entre el nacionalsocialismo y el comunismo. (…) No veo ninguna razón por la que no podamos lograr una síntesis de los dos sistemas que encarne los puntos buenos de cada uno».[97], Coherente en su incoherencia, tras respaldar a las potencias del Eje, en 1945 volvió a mirar hacia Stalin, «el único hombre en Europa que tiene en su mano el destino de las naciones europeas (…)»[98].

La postura pública de Bose hacia el fascismo hace problemática la inclusión de su Ejército Nacional Indio en un libro acerca de la guerra contra el Eje. Sin embargo, su aseveración de que «todo movimiento de liberación, a lo largo de la Historia, ha tenido que buscar algún tipo de ayuda exterior» tiene un cierto mérito. Durante la primera guerra mundial, los partidarios del Alzamiento de Pascua[82a] en Dublín buscaron armas de la Alemania imperial. Un año después Lenin causó una gran controversia cuando aceptó una oferta (de la misma fuente) de un tren sellado para atravesar los frentes de guerra desde Zúrich hasta Petrogrado (San Petersburgo). Sin embargo, y a diferencia de Bose, estos revolucionarios evitaron rendir ningún tipo de homenaje al imperialismo.

El ENI merece tenerse en cuenta porque su historia no se limita al colaboracionismo. El Ejército existía antes de que Bose llegara y sus soldados se presentaron voluntarios por el mismo sentimiento de injusticia política y social que los de cualquier otro movimiento de resistencia. El ENI reclutaba voluntarios de entre los 60 000 soldados indios retenidos como prisioneros de guerra tras la conquista de Singapur por Japón, un acontecimiento que Churchill denominó «el peor desastre y la mayor capitulación de la historia británica»[99].

Para comprender lo dispuestos que estuvieron a firmar en el ENI es necesario examinar los regimientos indios de Gran Bretaña. Amery los describía como «un ejército mercenario»[100], porque era la miseria lo que

llevaba a muchos a alistarse. «Divide y vencerás» era el método empleado para mantener el control. Las unidades se creaban con miembros de «partes distantes del país, preferentemente que hablasen lenguas diferentes tanto entre ellos como con respecto a la población local. Allá donde era posible cada regimiento indio se dividía en unidades hindúes, musulmanas y sikhs»[101]. A esto se añadía una fractura adicional entre las llamadas «razas marciales», de entre las que se reclutaba, y las demás.

Estas tácticas comenzaron a entrar en desuso en la segunda guerra mundial. El reclutamiento se debía realizar más allá de las «razas marciales» y las diferencias comunitarias empalidecían ante el grosero racismo que se encontraba. Los ingresos de un soldado indio raso (un *cipayo*) eran un tercio de los de un soldado británico, y pese al enorme crecimiento del ejército, en las secciones combatientes los oficiales británicos aún superaban a sus equivalentes indios en proporción de 12 a 1 y recibían el doble de paga[102]. Sólo un indio comandaba una brigada, y ninguno mandaba sobre una división. En el famoso juicio mediático de posguerra a soldados del ENI en Delhi un acusado preguntó por qué, si los indios luchaban con tanto coraje como los británicos, «había tanta diferencia en su salario, suministros, alimentos y condiciones de vida»[103].

Eran los soldados rasos, más que los oficiales, los que tendían a firmar por el ENI[104]. En la posguerra, bajo interrogación, los prisioneros capturados confesaban varias razones para unirse. Evitar los campos de prisioneros japoneses (Tokio ofrecía liberar a quienes se unían al ENI) y la expectativa de una inminente derrota británica jugaban un papel. El ENI era también «manifiestamente no comunitario»[105]; en los juicios de Delhi se pudo ver a un hindú, un musulmán y un sikh sentados lado a lado en el banquillo de los acusados. Según un oficial, la oposición al imperialismo *de cualquier lugar del mundo* era el motivo más importante:

> La única solución que pudimos idear para los problemas de nuestro país fue la formación de un cuerpo armado fuerte y bien disciplinado que lucharía por la liberación de la India del dominio extranjero, fuera capaz y estuviese dispuesto a proporcionar protección a nuestros compatriotas contra cualquier posible agresión por parte de los japoneses y pudiese resistir cualquier intento de estos últimos de establecerse como gobernantes del país en lugar de los británicos (…)[106].

Esta actitud independiente se manifestó en las tensas relaciones entre el ENI y los japoneses. Por ejemplo, se necesitaron cinco días de intensas negociaciones para convencer al capitán Mohan Singh, el primer comandante del ENI, de organizarlo. Sospechaba de las intenciones de los japoneses[107] y se negó a permitir el despliegue del ENI en la conquista japonesa de las Indias Orientales Holandesas, insistiendo en que sólo podía luchar contra Gran Bretaña[108]. El asunto llegó a enfrentamiento cuando Mohan Singh exigió una garantía por parte de Japón de que no albergaba designios propios hacia la India. Cuando ésta garantía no llegó, se ordenó la disolución del ENI y fue arrestado[109]. Un oficial japonés explicaba la raíz del desencuentro: «como pueblo colonizado, con un largo historial de opresión, han desarrollado algún tipo de prejuicio, y cada vez que se les ha propuesto la liberación han intentado establecer una igualdad con otras naciones que estaba más allá de su poder (…)»[110].

El capitán Singh carecía de la talla política de Subhas Bose, quien estaba en una mejor posición para obtener cierto grado de independencia para el ENI. A su llegada en 1943 relanzó el movimiento, movilizando el apoyo de la comunidad de indios del sudeste asiático, de tres millones de personas, como contrapeso a la preponderancia japonesa[111]. Por último, más que depender de la conquista japonesa de la India para lograr su objetivo, Bose concibió el ENI para que actuara de catalizador de una revolución desde dentro:

> Vamos a organizar una fuerza de combate suficientemente poderosa como para atacar al ejército británico en la India. Cuando lo hagamos estallará la revolución, no sólo entre la población civil, sino también en el ejército indio que de momento está bajo mando británico. Cuando el gobierno británico se vea, así, atacado por ambos lados, desde dentro y desde fuera de la India, se derrumbará (…)[112].

Los imperialistas de ambos bandos, en la segunda guerra mundial, mostraban el mismo desprecio hacia la guerra popular, de modo que Japón maltrató al ENI. Singh había deseado una tropa de 200 000 hombres, y aun cuando Bose rebajó la cifra a 50 000, los japoneses tan sólo proporcionaron armas ligeras para unos 30.000[113]. La brigada Subhas, por ejemplo, no contaba con artillería, morteros ni equipo de comunicaciones, y su

suministro de ametralladoras era insuficiente[114]. Bose pidió un papel dirigente en el ataque al Raj, para que «la primera sangre vertida en suelo indio sea de un soldado del ENI»[115]. Pero un oficial describió esta «función de primera línea» en la incursión a Imfal como «a) construcción de carreteras o preparación; b) reparación de puentes; c) extinción de incendios en la jungla, y d) conducción de carretas cargadas con raciones para el ejército japonés»[116]. Había tan sólo 8000 soldados del ENI desplegados, contra 230 000 japoneses, y cuando la ofensiva japonesa fracasó, se abandonó a los soldados del ENI y se los dejó morir de hambre; 6000 hombres se rindieron o fueron capturados por los británicos[117].

Hacia el final de la segunda guerra mundial parecía como si la guerra popular hubiera fracasado. Sin embargo, esto era engañoso. La escala de la campaña Abandonen la India de 1942 convenció a Gran Bretaña de que la libertad de la colonia era inevitable, y el virrey advirtió a Churchill que evitara problemas futuros con el Congreso: «sería inteligente, en realidad, iniciar negociaciones antes de que el fin de la guerra traiga la liberación de prisioneros y disturbios (…)»[118]. La predicción de Bose de que el ENI podría prender la mecha de una revolución se cumplió tan sólo tres meses después de su muerte en un accidente de aviación. Las protestas contra el juicio al ENI superaron las barreras comunitarias y en lugares como Calcuta, partidarios de Bose, del Congreso, la Liga Musulmana y comunistas marcharon juntos en masivas manifestaciones que las autoridades apenas pudieron controlar. En palabras de Sarkar:

> El ENI nunca logró mucho en términos puramente militares (…) pero no debemos infravalorar el impacto en la imaginación patriótica de un verdadero ejército combatiendo, aun sin éxito, por la liberación del país (…) el probable vínculo entre la experiencia del ENI y la ola de desafecciones en el Ejército Indio Británico durante el invierno de 1945-1946, que culminó en la gran huelga naval de Bombay de febrero de 1946 fue probablemente la razón más importante tras la decisión británica de realizar una rápida retirada[119].

En Europa y América las dos guerras se libraron sobre todo en paralelo porque ambas combatían contra el mismo enemigo, incluso si poseían motivos muy diferentes para ello. Tuvieron conflictos en diferentes grados de intensidad, pero se necesitó tiempo para ello. La geometría de la

metáfora de las guerras paralelas se rompe en cuanto al caso de la India, porque, aunque había a la vez una guerra popular y una guerra imperialista, las dos se encontraron enfrentadas desde el comienzo. Aun así, los acontecimientos que sacudieron el subcontinente fueron producto de la segunda guerra mundial, tanto como en cualquier otro sitio, y como tales se los debería tratar.

13

INDONESIA: EL EJE Y LOS ALIADOS, UNIDOS CONTRA EL PUEBLO

Los imperialistas resolvieron oficialmente sus diferencias el 16 de agosto de 1945, o «Día de la Victoria sobre Japón», pero la lucha por Indonesia y su isla principal, Java, refuta la noción de que la segunda guerra mundial acabara aquel día. Los combates continuaron, sólo que esta vez no se trataba de Japón *contra* los Aliados, sino de una guerra de ambos contra el pueblo.

Los indonesios tenían muchas razones para querer la libertad. Los Países Bajos habían explotado largamente los abundantes recursos de café y azúcar de un país 60 veces más extenso y siete veces más populoso que el suyo. Se había remodelado por completo la economía de Java para producir cosechas para exportación, a expensas del cultivo de arroz. Durante el siglo XIX esto causó epidemias y hambrunas, pero Holanda dependía tanto de sus ingresos coloniales que la respuesta de las autoridades no fue compadecerse, sino incrementar drásticamente los impuestos sobre la tierra[1]. Pese a toda la retórica acerca de reformas, para inicios del siglo XX las aldeas javanesas pagaban una cuarta parte de sus ingresos a la potencia colonial, contribuyendo a que el ingreso total de Indonesia excediera al de Holanda en un 30 por ciento[2]. A cambio hubo pocos beneficios de la «civilización» que llegaran al Este. Por ejemplo, en entreguerras la población, de 70 millones de personas, contaba con 1030 médicos[3] Sólo

uno de siete millones de indonesios se graduaba de la escuela secundaria.[4] Los beneficios que regresaban a Indonesia se destinaban en gran parte a pagar el ejército holandés[5] a fin de mantener un régimen bajo el cual proponer una huelga estaba penado con cinco años de cárcel.[6].

Pese a este historial, la guerra popular tardó en llegar a Indonesia. En otros lugares, individuos u organizaciones dedicadas y con visión encendían la chispa, pero en Indonesia no había este liderazgo. Esto se debía, en parte, al legado de colonialismo. El nacionalismo se había originado como una idea europea, y tan sólo lo conocía un minúsculo número de indonesios cultivados, la mayoría pertenecientes a la élite, a través de los cuales gobernaban los holandeses. La geografía constituía otro obstáculo:

> [Este] extenso archipiélago se dividía en 200 grupos étnicos o más, que iban de los muy religiosos musulmanes de Aceh, en el extremo norte de Sumatra a las comunidades católicas de Flores y Timor o los balineses hinduistas y las tribus animistas del interior de Kalimantan (Borneo) y Nueva Guinea, así como las más recientes comunidades de inmigrantes, como la china en Kalimantan occidental y los europeos de las ciudades de Java[7].

Por estas razones el nacionalismo tenía dificultades para penetrar y debía competir con ideologías locales. Tras la primera guerra mundial, el Sarekat Islam[83a] atrajo las simpatías de muchos musulmanes, y sus miembros pasaron de 800 000 en 1916 a dos millones en 1919. A mediados de los años veinte el Partido Comunista Indonesio (PKI) lo eclipsó. Fue el primero de tales partidos en fundarse en Asia[8]. Sin embargo, el PKI sufrió un rápido declive tras varios intentos abortados de alzamiento en Sumatra en 1926 y 1927, en los que los holandeses arrestaron a 13 000 comunistas y ejecutaron a varios[9].

Fue necesaria la destrucción de su principal rival para que el nacionalismo indonesio obtuviera algún agarre. Hasta aquel momento, su líder, Sukarno, había temido apelar al pueblo, a fin de evitar que su radicalismo se extendiera a un apoyo al comunismo, al que se oponía: «nosotros los nacionalistas ponemos nuestro énfasis en la lucha nacional»[10]. Con los comunistas desarbolados era más fácil promover la unidad nacional interclasista: «¿[Somos] hostiles a todos los indonesios

ricos? ¡En absoluto! (…) ¿Significan nuestros principios que privilegiamos la lucha de clases? ¡En absoluto!».

Aunque la oratoria de Sukarno atraía a grandes audiencias, el nacionalismo organizado seguía siendo cuestión de una pequeña minoría. Esto facilitaba la represión holandesa. Aun sin desdecir el coraje individual de sus líderes, su debilidad colectiva les animaba a depender de la ayuda exterior. Personas como Mohamed Hatta y Sutan Sjahrir, educados en Holanda, esperaban que la salvación nacional llegara a través de la izquierda socialdemócrata holandesa. En contraste, ya en 1928 Sukarno se orientó más hacia el Este. Preveía «una gran lucha en el Pacífico entre los gigantes imperialistas, América, Japón e Inglaterra, que se enzarzarán en un combate por el saqueo y la dominación»[11]. Esto podía causar «hostilidad entre un pueblo asiático y, por ejemplo, el imperialismo inglés. Y espero que este pueblo asiático reciba ayuda de otros pueblos asiáticos»[12].

Cuando comenzó la segunda guerra mundial, Hatta y Sjahrir, en la misma línea que el Partido del Congreso Nacional en la India, se ofrecieron a apoyar a los Aliados si éstos realizaban concesiones hacia su autonomía.

Éstos no hicieron ninguna. Los holandeses «estaban practicando el mismo tipo de totalitarismo que criticaban», según un líder nacionalista[13]. Esta actitud facilitó a Tokio la conquista del Sudeste Asiático, que consiguió con notable velocidad y pocas tropas. Java tardó sólo ocho días en caer ante el 16.o Ejército, en marzo de 1942. Confirmando las predicciones de Sukarno, se extendió el júbilo. Un almirante japonés encontró «una frenética atmósfera de bienvenida [que] gobernaba la región entera de las Indias Orientales»[14]. Sukarno obtuvo una nueva aparente justificación cuando Japón proclamó su Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental cuyos pueblos, se aseguraba, «disfrutarían de una próspera coexistencia mediante la cooperación y acomodación mutua y, al hacerlo así, impulsarían la paz y prosperidad mundiales»[15]. Tras reunirse con funcionarios japoneses, Sukarno anunció: «la independencia de Indonesia sólo puede lograrse mediante la cooperación con Dai Nippon [Japón] (…)»[16] En poco tiempo movilizaba a sus partidarios con el lema «aniquilaremos América y liquidaremos Inglaterra».[17].

Sin embargo, la «Coprosperidad» resultó tener tanto valor como la tan cacareada Carta del Atlántico de los Aliados. Las nuevas autoridades trataron su territorio conquistado con la misma mezcla de condescendencia y avaricia que ya se había visto bajo dominio holandés. El día en que el comandante del 16.o Ejército anunciaba que «el principal objetivo de la administración militar es dejar que este obediente pueblo se beneficie de las genuinas gracias imperiales»[18] un portavoz más descuidado afirmaba que los indonesios habían sido «unos culíes[84a] perezosos para los holandeses. A partir de ahora hay que convertirlos en trabajadores diligentes para Japón y Asia».[19] Japón se lanzó a conseguir este objetivo mediante lo que un escritor califica de «explotación y persuasión».[20],

La «explotación» se centraba en el arroz, la industria textil y la mano de obra. Al igual que los nazis en Europa, los ejércitos japoneses mantenían su ocupación gracias al saqueo. Al carecer de efectivos suficientes para administrar esto a escala local, emplearon a las mismas élites indígenas que habían empleado los holandeses[21]. En Java esta gente ayudó a los japoneses a requisar hasta el 40 por ciento de las cosechas de los pequeños granjeros, y hasta el 70 por ciento de las de los granjeros más ricos[22]. Dado que se daba dinero en metálico a cambio de este arroz, los grandes terratenientes obtuvieron grandes beneficios y se produjo un intenso acaparamiento. El efecto en los precios (y, por consiguiente, en los sin tierra) fue devastador[23] La mala administración también hizo que miles de toneladas se pudrieran en los almacenes o se las comieran las ratas.[24] Pronto la proporción de muertes con respecto a nacimientos alcanzó «alturas nunca igualadas».[25] Las telas eran tan difíciles de obtener que en algunos lugares las mujeres no podían salir de casa y los agricultores trabajaban completamente desnudos en los campos.[26].

Los japoneses instauraron un sistema de trabajos forzados llamado *Romusha*. Hacia el final de la guerra, toda la mano de obra utilizable de Java, unos 10 millones de personas, había servido en él en algún momento. A los *romusha* se los reclutaba, según un historiador, mediante «engaños increíbles e incluso inmorales».

> Los hombres del pueblo se reunían, pensando que habría una distribución especial [de ropa o comida]. Con astutas palabras, los militares los cargaban en camiones preparados a tal efecto y los transportaban al puerto, donde había barcos aguardando. Se enviaba a los hombres a los campos de batalla de Nueva Guinea, las islas Andamán y Nicobar, a Birmania, etcétera, como trabajadores. Una vez que se iban no tenían ni idea de cuándo regresarían a casa, y no se les daba la oportunidad de despedirse[27].

El maltrato a los *romusha* era tan generalizado que los japoneses tuvieron que instituir una campaña de «No golpeen a los nativos» entre su propia gente[28] Los trabajadores recibían tan sólo entre el 40 y el 60 por ciento de la ración estándar de alimento de un soldado japonés.[29]. Aunque se empleaba a la mayoría localmente, de los cientos de miles enviados al extranjero un gran número (quizás un 50 por ciento) nunca regresó[30].

A veces, el trato que dispensaba Japón a la oposición era incluso más cruel que el de sus socios del Eje. Así, un 27 por ciento de los internados en sus campos de prisioneros de guerra fallecieron, en comparación con el 4 por ciento de los campos de prisioneros alemanes o italianos, mientras que se ejecutó a cientos de javaneses sin juicio[31].

Pese a estos horrores, la «persuasión» habría podido tener éxito, aunque inicialmente el plan era que «de esa manera se inducirá en los habitantes locales un sentimiento de confianza en las fuerzas imperiales, y se evitará el refuerzo prematuro de movimientos de independencia entre los nativos»[32]. Japón cambió de postura cuando su situación militar se deterioró y buscó una alianza con los nacionalistas. La mayoría estaba más que dispuesta a colaborar. Dóciles políticos nacionalistas lideraron las tres campañas japonesas sucesivas para movilizar a los indonesios en el esfuerzo bélico: la Triple A (la «Madre de Asia», Japón; el «Amanecer de Asia», Japón; el «Líder de Asia», Japón)[33]; *Putera* (la «Concentración de la Energía del Pueblo») y *Java Hokokai*. Por ejemplo, Sukarno habló ante 100 000 personas en el lanzamiento de *Putera*. El evento comenzó con una reverencia en dirección al Palacio del Emperador en Tokio y acabó con tres gritos de «¡Banzai!»[34]. Entre ambos, Sukarno aseguró a sus seguidores que los japoneses eran sus «hermanos mayores» y que el pueblo indonesio «seguirá el consejo de sus hermanos mayores. Confiamos en Dai Nippon»[35].

Sukarno se registró como *romusha* para animar a otros[36]. Tras la guerra confesó que conocía el trágico destino de quienes siguieron su consejo: «en realidad fui yo, Sukarno, quien los envió a trabajar. Sí, fui yo. Los embarqué hacia su muerte. (…) Fue terrible, desesperanzador. Y fui yo quien se los dio a los japoneses. Suena terrible, ¿no es cierto?»[37]. ¿Por qué colaboró Sukarno si, como asegura uno de sus apologetas, «nunca fue un lacayo de Japón» y «en ningún momento subordinó su objetivo, la independencia de Indonesia, a los intereses japoneses»[38] Quizás le engañaron con la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental[39]? y con el tipo de propaganda, muy extendida, de que «los hombres amarillos acudirán del norte para liberar al pueblo indonesio de los holandeses. Buscad a los pieles amarillas»[40].

Sin embargo, las verdaderas intenciones de las autoridades de Tokio siguieron siendo las de siempre:

> A fin de permitir a los 50 millones de habitantes de Java que soporten la privación de ropa, que aporten alimentos pese a soportar dificultades y que cooperen con la administración militar en todos los aspectos, la mejor política es indicarles que se les concederá la independencia una vez haya acabado su educación preparatoria para la posguerra[41].

Ni en Vietnam, ni en Camboya, Laos, Filipinas o Birmania se realizó ninguna «educación preparatoria», y sin embargo se les concedió una independencia nominal[42]. En privado, Sukarno se quejaba amargamente de esta diferencia: «va más allá de nuestra comprensión de qué mal somos culpables para que se nos obligue a afrontar tal insulto»[43]. La herida era también personal. Un oficial japonés borracho, que aseguró no reconocer al líder indonesio, le propinó una paliza[44]. En realidad fue la cobarde actitud de los nacionalistas indonesios, en contraste con las posturas más independientes de los nacionalistas de aquellos otros países, la que atrasó el país en su movimiento hacia una limitada independencia.

La experiencia demostró que el progreso no vino de la actitud servil hacia el imperialismo. A su llegada los japoneses no estaban seguros de qué recibimiento tendrían, y dejaron caer banderas japonesas desde sus aviones. Pero en cuanto se sintieron seguros prohibieron ese tipo de símbolos nacionales, todos los partidos políticos y las discusiones de política[45] Sólo

cuando sintieron que su dominio sobre el país estaba en riesgo volvieron a conceder permiso para emplear la bandera y el término «Indonesia».[46].

La adulación por parte de Sukarno (y del movimiento nacionalista en general) era análoga a la de los partidarios de la política de espera en cualquier otro lugar. Temiendo que una movilización masiva pudiera poner en peligro su alianza interclasista, dependió de que una de las potencias imperialistas de la segunda guerra mundial le concediera la independencia. Hatta y Sjahrir eran menos entusiastas que Sukarno con respecto a Japón, dado que les disgustaba intensamente su militarismo. Sin embargo, ambos acordaron una ingeniosa división de tareas: Hatta colaboraría con Sukarno y aprovecharía las oportunidades que surgiesen a través de sus canales; Sjahrir se quedaría aislado de modo que hubiera un líder con el que los Aliados pudieran tratar en caso de derrota japonesa[47]. Ninguno de ellos ofreció una alternativa a apoyarse en una u otra de las potencias imperialistas rivales.

Con los comunistas neutralizados por la represión, no había ninguna otra estrategia disponible. En consecuencia, Indonesia no tuvo «maquis, ni siquiera redes clandestinas de sabotaje, espionaje o subversión»[48]. El único intento serio de construir un movimiento de resistencia bajo ocupación japonesa lo realizó Amir Sjarifuddin, líder del partido legal más a la izquierda de la preguerra. Aceptó 25 000 florines de Holanda para orquestar una campaña[49]. Era improbable que ningún movimiento que ayudara a un regreso de los holandeses obtuviera respaldo, y pronto su organización fue infiltrada por la policía secreta de ocupación y eliminada[50]. Más allá de esto, sólo hubo tres diminutos grupos organizados en Java. Meramente foros de discusión, compuestos sobre todo de estudiantes de Medicina y Derecho, se nutrían exclusivamente de una capa social privilegiada y extraordinariamente pequeña[51]. Hubo casos aislados de resistencia esporádica, como la de los campesinos de Aceh, o un movimiento islámico en Kalimantan del sur[85a], pero como dice un escritor, «ninguna de estas formas de resistencia popular amenazó seriamente el dominio japonés, y todos sufrieron terribles consecuencias»[52].

La decisión de personas como Sukarno o Hatta de ligarse a los faldones del imperialismo japonés no surgió tan sólo de las dificultades de la

resistencia, sino que fue fruto de la elección política. Con la posible excepción de Polonia, en todos los países que hasta ahora hemos considerado, la guerra popular se daba alrededor de temas de cambio social. Pero el énfasis de los líderes nacionalistas en la lucha nacional, hasta llegar a la exclusión de los temas sociales, les restó un importante motivo para que la gente resistiera[53]. En suma, el poder y la brutalidad del imperialismo (tanto del holandés como del japonés), sumado al carácter de los dirigentes indonesios, bloquearon el surgimiento de una guerra popular.

La situación cambió radicalmente durante las últimas etapas de la segunda guerra mundial. La guerra popular seguramente llegó tarde a escena, pero fue capaz de desafiar simultáneamente a los japoneses, a los holandeses y sus aliados británicos y a la élite indonesia. La posición de Japón, cada vez más débil, contribuyó a este giro. Los EE.UU. eran enormemente superiores en poder económico y mano de obra, y Japón sufrió derrotas en Midway (junio de 1942), Guadalcanal (febrero de 1943) y las Aleutianas (agosto de 1943). Ahora se necesitaban las tropas que ocupaban Indonesia en cualquier otro lugar, y pronto quedaron sólo ocho de los 23 batallones originales[54].

El final del dominio japonés fue rápido. Los días 24 y 25 de febrero de 1945 la Fuerza Aérea de los EE.UU. comenzó la serie de ataques que culminarían con la tormenta de fuego sobre Tokio que mató a 100 000 personas (inicialmente, más que en Hiroshima). Cuatro días después, en Java, los japoneses anunciaron la formación de un «Comité de Investigación para la Preparación de la Independencia Indonesia». No sólo su nombre era bastante provisional: no se reunió hasta el 28 de mayo, y consiguió muy poco. Su sucesor, con un nombre ligeramente más atrevido, «Comité Preparatorio para la Independencia», se fundó el 7 de agosto, el día después del ataque a Hiroshima[55]. Finalmente Japón propuso la independencia inmediata, pero antes de que esta maniobra, demasiado obvia, se pudiera llevar a cabo, Japón se rindió. Los términos aceptados el 15 de agosto de 1945 exigían que en Indonesia, Japón debía «mantener el *statu quo*, mantener firmemente la paz y el orden, hasta el día en que se completara la transferencia total a los Aliados»[56]. Previamente Japón había escogido prohibir la bandera indonesia; ahora, en un increíble giro de

360 grados, ¡la volvía a prohibir! La única diferencia era que, esta vez, era a instancias de los Aliados[57].

Incluso si las esperanzas cuidadosamente alimentadas por Sukarno de respaldo por parte de Tokio se habían convertido en polvo, aún dudaba en declarar la independencia[58]. La liberación requeriría una guerra popular desde abajo, y fue en este preciso momento que apareció, en forma de *pemuda* («los jóvenes») un punto subrayado en *Java in a Time of Revolution* («Java en tiempos de la revolución») el clásico de Anderson. «Los jóvenes» puede parecer una categoría ambigua y arbitraria. La diferencia de edad entre la generación de Sukarno y los líderes *pemuda* era de sólo 12 años, por ejemplo[59]. Por ello, un escritor plantea objeciones al empleo del término por Anderson, dado que se trata de «un adjetivo ubicuo, como en "conciencia *pemuda*", "tradición *pemuda*", "nacionalismo *pemuda*" y "revolución *pemuda*" (…) abstracciones sin pruebas reales»[60]. Es válido porque la mancha de represión y colaboración habían incapacitado a la generación que vivió entre la destrucción del PKI en la década de 1920 y 1945. Sólo los jóvenes quedaban libres de ese pasado, y su impacto fue inmediato.

A primera hora del 16 de agosto, un grupo de *pemuda* secuestró a Sukarno y Hatta y les urgió a declarar de inmediato la independencia[61]. Los líderes dieron largas y al final fueron liberados. Pero ese mismo día, más tarde, se acercaron al almirante japonés Maeda, de quien se sabía que era partidario de la causa independentista. Se trataba de uno de varios oficiales que creían que si Tokio otorgaba la independencia, incluso a una hora tan tardía, se aseguraría un aliado a largo plazo. Otros, como Yamamoto, el comandante japonés de Java, tenían intención de hacer cumplir de modo estricto los términos de la rendición. Se rehusó a recibir a Maeda y los nacionalistas indonesios, o siquiera llamar a reunión al Comité Preparatorio. En lugar de ello, desplegó tropas para impedir una concentración masiva en Yakarta e impuso el silencio radiofónico. Enfrentado a un *impasse* y a la fuerza generada por los *pemuda*, Sukarno, pese a sus recelos, proclamó la independencia el 17 de agosto[62].

No quedaba claro que pudiera tener éxito, dado que los antiguos rivales imperialistas habían arreglado sus diferencias. Sukarno podía declararse

presidente, y declarar Indonesia independiente, pero las autoridades japonesas podían permanecer en el poder hasta que regresaran los holandeses. Para evitar esto, el movimiento de jóvenes urbanos cultivados se expandió hasta abarcar milicias armadas e insurrección masiva. Había nacido la guerra popular. Los objetivos eran tanto la pérfida alianza entre tropas británicas, holandesas y japonesas como funcionarios indonesios e individuos que se habían beneficiado de la ocupación.

También había tensiones entre los *pemuda* y el propio gobierno al que tanto habían ayudado a fundar. A escala estatal, los representantes de los jóvenes constituían sólo una sexta parte de los 135 invitados a formar el nuevo Comité Central Nacional Indonesio (KNIP). Los demás, dice Anderson, eran «profesionales que habían sido designados al máximo nivel para las varias organizaciones seudolegislativas y seudopartidistas durante el periodo de ocupación japonesa»[63]. A escala local, Sukarno había declarado que la élite de administradores indonesios que había servido fielmente a sus amos holandeses y japoneses no debía ser tratada «como secretarios, conserjes o capataces, sino que [había que] darles el lugar que se merecen»[64].

Las relaciones internacionales eran otra área controvertida. La cercanía de Sukarno y Hatta con los japoneses los ponía en desventaja a la hora de hablar con los Aliados. En contraste, Sjahrir había mantenido las distancias, y así, en su panfleto *Nuestra Lucha* podía hacer una llamada a la eliminación total de la restante influencia imperialista. La nueva República debía comenzar:

> *Purgándose* a sí misma de las *manchas* del *fascismo* japonés, y frenando las opiniones de aquellos cuyas mentes están todavía bajo la influencia de la propaganda y adoctrinamiento japoneses. Aquellos que han vendido sus *almas* y su *honor* a los fascistas japoneses deben ser excluidos del liderazgo de nuestra revolución [y] se los ha de ver como a *fascistas* por derecho propio (…)[65].

Estas frases le granjearon el apoyo de los *pemuda*, y en noviembre de 1945 urgieron a Sukarno a rebajar su papel de presidente a uno meramente simbólico, y designar a Sjahrir como hombre fuerte en calidad de primer ministro[66].

Nuestra Lucha condenaba a los japoneses, pero daba la bienvenida a sus rivales vencedores de la segunda guerra mundial:

> En tanto el mundo en que vivimos siga dominado por el capital, nos vemos obligados a asegurarnos de no ganarnos la enemistad del capitalismo. (…) Indonesia está geográficamente situada en la esfera de influencia del capitalismo e imperialismo anglosajones; por tanto, el destino de Indonesia depende en última instancia del destino del capitalismo e imperialismo anglosajones. (…) [Indonesia está] en armonía con las ambiciones políticas de ese gran gigante del Pacífico, los Estados Unidos[67].

El momento en que se realizan estas declaraciones es muy importante. En aquel momento todo parecía indicar que el «imperialismo anglosajón» estaba preparándose para invadir el país y prepararlo para el regreso de los holandeses, y Sjahrir había negociado un acuerdo otorgando «reconocimiento, por parte de la República, a todas las reclamaciones de nacionales en el extranjero para la restitución y mantenimiento de sus derechos y propiedades (…)»[68].

Una alternativa comprehensiva tanto a Sukarno como a Sjahrir era la descrita por «el enigmático y legendario[69]» Tan Malaka, un antiguo líder del PKI que había seguido un itinerario personal durante su largo exilio. Su movimiento *Persatuan Perdjuangan* («Unión de Resistencia»-PP) rechazaba ambos bandos imperialistas: «no estamos dispuestos a negociar con nadie más antes de obtener nuestra libertad al 100 por ciento ni antes de que el enemigo haya abandonado nuestras costas y mares por completo. No estamos dispuestos a negociar con un ladrón en nuestra propia casa»[70].

Si se excluían las negociaciones, ¿cómo era posible tratar con el «ladrón» imperialista? La solución de Malaka era implicar al pueblo en una ofensiva basada en un ambicioso programa social y militar. «¿Por qué no deberían confiscarse las fábricas y los grandes terrenos agrícolas antes de obtener al 100 por ciento la libertad? ¿Por qué no deberían distribuirse entre las masas? Si las masas se convierten en sus propietarias, serán capaces de luchar como leones si el enemigo alguna vez regresa.»[71]

La diferencia entre Sjahrir y Tan Malaka tenía que ver con sus interpretaciones de la segunda guerra mundial. El primero la veía como la victoria de un imperialismo sobre otro, y esperaba poder persuadir pacíficamente a los anglosajones en cuanto a la independencia. El segundo

veía la segunda guerra mundial como una guerra popular, «un movimiento revolucionario nacional (…) respaldado por la fuerza, movilizada en pleno, de las esperanzas y energías del pueblo»[72].

A los seis meses de la independencia la estrategia de Sjahrir ya había quedado completamente desacreditada. Hacia febrero de 1946 los británicos habían invadido el país para restaurar el poder a los holandeses, y el gobierno republicano se había visto obligado a huir de Yakarta y refugiarse en la relativa seguridad de la continental Yogyakarta. El PP de Malaka había crecido hasta adquirir proporciones gigantescas. Su manifestación, en la capital, abarcaba 8 km de longitud[73]. Aislado y repudiado, el gobierno de Sjahrir dimitió, y parecía que el programa del PP, de guerra popular, se convertiría en la política gubernamental. Pero nunca sería así. Pese a lo enorme que era, se trataba de un movimiento de muy reciente creación, y carecía del tipo de coherencia organizacional que los experimentados cuadros del partido comunista daban a los demás movimientos de resistencia. Sukarno, desafiante, se dio cuenta de que el PP era demasiado heterogéneo para hacerse con el poder y, aprovechando que su inestable coalición se derrumbaba, renombró a Sjahrir como primer ministro. Arrestó a Tan Malaka bajo acusaciones falsas y el PP se desintegró rápidamente. Parecía que la guerra popular podía crear un Estado independiente, pero carecía de la capacidad para controlarlo.

Sin embargo, éste no era el fin. Los *pemuda* luchaban a escala de comunidad, porque veían la independencia como algo más que simplemente un asunto para políticos nacionales. Una característica de este segundo nivel de acción fueron las llamadas «revoluciones sociales». Por ejemplo, el 1 de septiembre un consejo *pemuda* sugirió que «todas las empresas (fábricas, oficinas, minas, plantaciones, etc.) se tomen por la fuerza a los japoneses (…)». A lo largo de los siguientes 15 días los trabajadores de la radio de Yakarta y del tranvía tomaron el control de las empresas para las que trabajaban[74]. Tan completo fue el proceso en la compañía ferroviaria que para octubre «se anunció formalmente que ninguna de todas las estaciones de tren de Java estaba en manos del ejército japonés; no se permitía a un solo soldado japonés entrar en ninguna estación de tren, oficina o taller»[75]. En Semarang los *pemuda* capturaron edificios gubernamentales mientras

los trabajadores hacían lo mismo en las plantaciones, fábricas y locales[76] Los trabajadores de las refinerías de petróleo de Surabaya fueron los abanderados del proceso de autogestión de ese gran puerto.[77].

El estudio de Lucas sobre la revolución en Pemalang proporciona un sentido a los acontecimientos en la zona rural. El movimiento estaba motivado por la ira hacia los notables que en las aldeas habían administrado las políticas de ocupación de los japoneses[78]. Surgieron grupos *pemuda* con nombres como Movimiento de la Juventud Árabe de Indonesia, Irregulares de la Juventud China, Hizbulá («Ejército de Dios») y el más grande, Generación Juventud Indonesia. La variedad de estos grupos demuestra que, como explicaba un *pemuda*, «la ideología no era importante. (…) Entonces estábamos unidos por el objetivo común de destruir a los grupos de poder corruptos»[79]. Los activistas llevaban a cabo tareas que iban desde la distribución gratuita de ropa, el control sobre el movimiento de bienes, seguridad o puesta en escena de teatro comunitario[80].

Pemalang siguió sufriendo escaseces de arroz, y hubo venganzas contra aquellos funcionarios locales y acaparadores que se percibía como responsables. Un método era el *dombringing*, el desfile público de los culpables vestidos con un collar de arroz mientras la gente golpeaba cacerolas y hacía ruido con maderas. «La esencia, pues, de estas acciones de *dombringing* era el desenmascaramiento y escarnio público y simbólico de los funcionarios, más que el intimidarlos o asesinarlos»[81].

Sin embargo, tampoco se excluía la violencia. Se asesinó a un funcionario por su papel en la distribución de telas durante el periodo japonés, mientras que se incendiaron y saquearon las casas de otros. En la refinería de azúcar local de derrocó a la administración[82]. Como Lucas explica, la fuerza de este movimiento masivo espontáneo hizo posible que virtualmente todos los funcionarios y colaboradores hubieran sido purgados a finales de 1945. Pero la debilidad que sufría a escala nacional la guerra popular, su repentino nacimiento y falta de una organización bien establecida, o cuadros de mando, causó que durante las revoluciones sociales, a menudo «élites alternativas, grupos comunitarios o étnicos» rivales sustituyeran a los «grupos de poder corruptos»[83].

El éxito comparativo de las «revoluciones sociales», sin embargo, no era del agrado del Estado central. Traicionando a quienes le habían llevado al poder, Hatta declaró que existía «demasiada soberanía popular»[84] El resultado en Pemalang fue una serie de arrestos masivos a cargo del TKR (el ejército del nuevo Estado) durante diciembre de 1945. Uno de los carceleros explicaba el propósito de la represión: «se enseñaba una lección al pueblo. (…) Los alineaban en la plaza mayor y los azotaban hasta dejarlos medio muertos».[85]. Muchos revolucionarios pasaron muchos años en cautiverio.

También había un tercer nivel de actividad en la guerra popular. Éste proporcionaba la expresión más clara de la naturaleza dual de la segunda guerra mundial, e implicaba enfrentar a fuerzas imperialistas que recién acababan de solventar sus conflictos. Los antiguos enemigos, Aliados y Eje, se unieron para atacar Indonesia en oleadas sucesivas, con los japoneses de forma visible en la primera, los británicos en la segunda y los holandeses en la tercera. Hablaremos de ellas por turnos.

En los últimos días de su dominio, Tokio había reclutado fuerzas auxiliares locales para ayudar a rechazar la esperada invasión aliada. Una formación era PETA, que había llegado a comprender 35 000 personas en Java y 20 000 en Sumatra[86]. Incluso durante la guerra podía volverse contra su amo, como demuestran los alzamientos de PETA en Blitar, Kroja y Njomplon[87]. Tras la guerra representaba una amenaza real para los japoneses. De modo que antes de que se hubiesen filtrado las noticias de la rendición del Día VJ, «unidades plenamente equipadas, camufladas y listas para el combate del ejército» japonés desarmaron y disolvieron las milicias[88] con el visto bueno de Sukarno.[89] El siguiente servicio que Japón proporcionó fue facilitar el aterrizaje de fuerzas británicas bajo bandera del Mando del Sudeste Asiático de Mountbatten. Esto funcionó sin problemas en todas partes excepto en Surabaya.[90],

Sin embargo, el primer choque se dio en octubre de 1945 en Semarang. Tras la independencia, muchos antiguos milicianos se convirtieron en «irregulares» *pemuda*. Anderson los llama «un enjambre masivo de heterogéneos grupos armados que surgieron de abajo». A menudo liderados por antiguos oficiales, tanto los imperialistas como el gobierno indonesio

hallaron que eran muy difíciles de controlar[91]. Los británicos los veían como «terroristas» o «extremistas». Según los términos de la rendición, los japoneses de Semarang tenían instrucciones de restaurar el orden[92]. Sin embargo, en muchos lugares las tropas japonesas tenían escasa motivación para cumplir las órdenes de sus antiguos enemigos, y muchos se debatían entre la estricta obediencia a los términos de la rendición de los Aliados o facilitar por defecto la independencia de la República Indonesia. Los japoneses se lanzaron contra los indonesios en Semarang porque en nueve ocasiones diferentes los británicos se lo ordenaron, y también porque los *pemuda* habían desarmado por la fuerza a una fuerza japonesa en la zona. La situación se agravó hasta llegar a cinco días de amargos combates que finalmente dejaron a Tokio al mando, pero al coste de unos 2000 indonesios muertos contra unos 500 de los japoneses[93].

El japonés no era el único ejército imperialista con problemas en Java. Tras desembarcar, Gran Bretaña se dio cuenta de que era muy débil para controlar todo el territorio, de modo que confinó sus fuerzas a las ciudades clave. En una maniobra conciliadora (aunque hipócrita) el teniente general *sir Philip Christison otorgó de facto reconocimiento a la República, prometiendo que «los británicos no tenemos ninguna intención de entrometernos en los asuntos internos de Indonesia (…)»*[94].

Londres había encargado a las fuerzas de Mountbatten tres tareas: la primera, desarmar y repatriar a los japoneses; la segunda, rescatar a los prisioneros Aliados de los campos de prisioneros japoneses, ahora amenazados por los indonesios; tercero: preparar el terreno para el regreso de los holandeses[95]. El primer objetivo se abandonó casi de inmediato, porque con sólo 45 000 soldados Gran Bretaña era demasiado débil para enfrentarse sola a los indonesios hostiles. Japón había necesitado 70 000 soldados sólo para mantener Java, y eso cuando la población cooperaba. La Batalla de Semarang causó un mayor acercamiento entre los antiguos enemigos. Cuando llegó un oficial británico a investigar los crímenes de guerra de los japoneses, el comandante Tull lo apartó[96] e informó de que los japoneses «lucharon con increíble gallardía (…)». El propio asesor político de Mountbatten alababa su «devoción al deber[97]» y Christison fue

aún más lejos, al recomendar a un mayor japonés para la Orden[86a] del Servicio Distinguido[98].

De modo que en lugar de repatriar a las fuerzas vencidas como se proponía originalmente, Mountbatten ordenó a Christison «rearmar a los *japos* y ponerlos bajo su mando» para emplearlos en combate y en papeles de apoyo junto a las tropas anglo-holandesas que combatían por toda la isla[99]. Para un oficial británico, se trataba de una «situación de *Alicia en el País de las Maravillas*»[100]. Esta política provocó malestar en parte de los rangos inferiores. En enero de 1946, un tal sargento primero Barker escribía lo siguiente a Ernest Bevin, secretario de Asuntos Exteriores:

> Dos centinelas *japos* custodian la puerta de este cuartel en el momento de escribirle, con rifles británicos cargados y una ametralladora Bren con 13 cargadores. Dormimos seguros, pensando «Diantres, ¿cómo hemos caído TAN bajo? Nuestros camaradas prisioneros de guerra torturados deben estar retorciéndose en sus tumbas en la jungla; ¿para qué murieron?»[101].

El segundo objetivo británico tenía que ver con los prisioneros de guerra. Muchos indonesios eran francamente hostiles hacia estos holandeses, eurasiáticos y sus familias. Un informe británico advertía, con los típicos términos racistas, que sin protección los nativos «saltarían a saciar su gusto por el asesinato y el saqueo (…)»[102]. Pero el riesgo de violencia era real. Por ejemplo, en Bandung, entre noviembre de 1945 y marzo de 1946 se secuestró o asesinó a 1500 personas, incluidos chinos, a los que se veía como aliados de los holandeses[103].

De este modo se podía presentar el rescate de los prisioneros como la cara humanitaria de la misión británica. La verdad era más complicada, porque, como explica un escritor, se pretendía que pocos internos abandonasen Indonesia: «a la gran mayoría (…) se la reuniría en zonas en que se les podría administrar tratamiento médico (…) a fin de que pudieran, a su debido tiempo, retomar sus vidas de antes de la guerra en un país en que los británicos estaban restaurando la autoridad holandesa»[104]. La violencia contra civiles inocentes era lamentable, pero el hecho de que los británicos estuvieran allí para imponer el antiguo régimen era sin duda una

provocación. Una promesa de acabar con el colonialismo podría haber enterrado definitivamente las hostilidades.

Entre octubre y noviembre de 1945 el tema de la evacuación de prisioneros precipitó el enfrentamiento más importante de la guerra de independencia. El puerto de Surabaya era un punto de tránsito designado para los antiguos prisioneros de Japón, y, de manera única en Java, esta ciudad tenía una clase trabajadora de tradición militante, asociada al empleo en su gran base naval[105]. Cuando los británicos desembarcaron el 25 de octubre ignoraron los numerosos posters que rezaban «Recordad la Carta del Atlántico» porque, como escribía un oficial, «mis órdenes eran entrar en Surabaya y asegurar la posición. Toda persona que no fuera Aliada y transportaba armas era un blanco al que disparar»[106]. Los *pemuda* tenían otras ideas. Habían obtenido por azar un gran cargamento de armas japonesas porque un engreído oficial naval holandés, resentido por tener que apoyarse en los británicos, se había salido del guión y había exigido que los japoneses le rindieran las armas a él. Como no tenía donde guardarlas, habían caído en manos indonesias[107].

Cuando el brigadier general británico Mallaby se dio cuenta de que no tenía manera de desarmar a los *pemuda*, decidió en su lugar dar prioridad a la evacuación de los antiguos prisioneros. Se dejó de lado el tema de las armas y se formaron comités conjuntos anglo-indonesios. El plan de Mallaby quedó hecho añicos cuando, al día siguiente, las autoridades británicas en Yakarta dejaron caer octavillas advirtiendo a todos los indonesios que rindieran sus armas en 48 horas o los atacarían. Un testigo presencial describía la reacción de los indonesios: «Por todas partes la gente decía lo mismo: "por supuesto, los Aliados no son nuestros enemigos, pero… ¡lucharemos!"»[108]. El resultado fue un alzamiento en el que alrededor de 140 000 soldados del TKR indonesio y *pemudas* atacaron a la 49.a Brigada India de Infantería, de unos 4000 efectivos[109]. Esta última podría haber sido aniquilada si Sukarno no hubiera ayudado nuevamente a las fuerzas de ocupación y pedido un alto el fuego.

Esta vez la autoridad del presidente indonesio había sido desafiada. Un popular presentador radiofónico local llamado Bung Tomo empleó su emisora radiofónica Alá por la Rebelión para advertir a los «líderes del

pueblo indonesio [de que] si negocian con los británicos y holandeses, cabe la posibilidad de que nuestro pueblo vuelva a quedar desnudo (…)»[110] El alto el fuego de Sukarno se rompió casi de inmediato; Mallaby resultó muerto y el presidente tuvo que intervenir una segunda vez: «he ordenado que cese el fuego contra los Aliados (…) no hay razón todavía para que grupos de entre el pueblo se tomen la ley por su mano (…)».[111].

El nuevo alto el fuego duró hasta que los prisioneros quedaron embarcados y a salvo. Después, los británicos lo rompieron. Para vengar a Mallaby, Christison anunció: «voy a llevar todo el peso de mis fuerzas navales, aéreas y terrestres y todas las armas de la guerra moderna contra ellos hasta aplastarlos»[112]. La represalia contra Surabaya duró tres semanas y la han resumido en estos términos:

> Ahora las fuerzas británicas comprendían 6000 Seaforth Highlanders[87a] reforzados por 24 000 soldados «curtidos por la batalla» de la 5.a División, 21 tanques *Sherman*, ocho aviones *Thunderbolt*, 16 aviones *Mosquito* y artillería de división. Las fuerzas indonesias no se podían enumerar ni pedirles responsabilidades. Tomaron forma desde dentro y en contra de la historia imperialista, holandesa, japonesa y ahora, accidentalmente, británica. Expresaron el espíritu de Surabaya y el ideal de la *merdeka* [liberación]. Sus víctimas no fueron bien contabilizadas. Los británicos contaron 1618 cadáveres y otros 4697 indonesios que murieron posteriormente por sus heridas[113].

Aunque a corto plazo Gran Bretaña ganó, la batalla popular de Surabaya aseguró el triunfo del pueblo a largo plazo.

En otras zonas, Christison ordenó la destrucción de Bekasi, donde 20 soldados británicos habían sobrevivido a un accidente aéreo pero habían sido atacados por indonesios. Ataques por tierra y aire dejaron 200 edificios incendiados y muchos muertos. Como un historiador explica, «aunque la ocupación británica de Indonesia había asumido el carácter de una guerra, estaba claro que no se trataba a los indonesios capturados como prisioneros de guerra, como los británicos habían tratado a los japoneses en Birmania. A los indonesios capturados ofreciendo resistencia armada se los ejecutaba a tiros de manera rutinaria»[114].

Fueron acontecimientos como éstos los que llevaron a Nehru a decir que «… hay una peligrosa similitud entre estas guerras de intervención realizadas por Gran Bretaña y esa otra guerra de intervención que libraron

la Italia fascista y Alemania (…)»[115]. Hacia el final de la ocupación, en 1946, las fuerzas británicas habían tenido unas 2400 bajas, pero habían infligido muerte y heridas a un número estimado de 31 000 *pemuda*[116].

Holanda fue el último y más débil de los tres imperialismos en actuar. Su gobierno no había aprendido nada de su propia ocupación a manos de los nazis, y el representante holandés llegó a decir de los javaneses: «somos su padre y su madre, no pueden hacer nada sin nosotros»[117]. Se debiera a la arrogancia, a una proclividad natural o a un intento de prolongar la ayuda británica provocando problemas, los soldados holandeses se comportaron de un modo horrible siempre que les fue posible. Un mayor británico se quejaba de que disparaban «contra jóvenes y niños». «Las decapitaciones y las extremidades rotas [se daban] casi cada hora. Las heridas por armas de fuego, generalmente en el estómago o las piernas, [eran] tan frecuentes que eran comunes»[118]. Era a esos soldados que los británicos querían entregar Indonesia.

Se puede aducir que emplear la frase «una guerra *popular* contra el imperialismo» en el contexto de Indonesia es inexacto. ¿No se trataba sencillamente de una guerra nacional por la independencia? Se trataría de una interpretación errónea porque la línea divisoria estaba trazada entre los militantes *pemuda* y tanto los imperialistas como personas como Sukarno, un hombre que colaboró con los japoneses primero y con los británicos después (como su papel en Surabaya demuestra). La hostilidad del nuevo gobierno indonesio hacia las «revoluciones sociales» quedó de manifiesto cuando el representante del gobierno en Sumatra pidió una intervención extranjera contra sus propios «jóvenes irresponsables». Pidió al comandante británico que «los trate con severidad. (…) Si las tropas Aliadas les enseñan una lección, su posición sería mucho más segura»[119].

La guerra imperialista que comenzó con la invasión de Java en 1942 no se había desvanecido en 1945. Tan sólo acabó en 1947, pero aunque no hay espacio aquí para proporcionar los detalles, al final, las fuerzas unidas de Japón, Gran Bretaña y Holanda fracasaron en su intento de aplastar la guerra popular. Tras una prolongada lucha, Indonesia consolidó su independencia.

14

VIETNAM: LA RUPTURA ANTIIMPERIALISTA

Poco después del fin oficial de la segunda guerra mundial, el general Vo Nguyen Giap, del Ejército de Liberación Vietnamita, se encontró con el general Leclerc el (mal llamado) «liberador de París»[1] y lo felicitó con estas palabras: «el primer resistente de Vietnam se alegra de conocer al primer resistente de Francia».[2], En 1946 los franceses regresaron para bombardear el puerto de Hai Phong, matando a 6000 civiles en un intento de restaurar su antiguo dominio. La respuesta de Vietnam duró 30 años y no sólo expulsó a los franceses sino que también humilló a los Estados Unidos, la mayor superpotencia del mundo[3]. El contraste entre la retórica de Giap y la guerra popular que se vio obligado a llevar a cabo simboliza el acertijo que fue la segunda guerra mundial. ¿Se trataba de una lucha por la libertad o para preservar el orden establecido?

La Indochina francesa había comprendido las tres provincias de Vietnam (Tonkín en el norte, Annam en el centro y Conchinchina en el sur) así como Camboya y Laos. Francia declaraba al mundo que sus funcionarios estaban realizando una «inmensa tarea (…) por el bien de la población indochina»[4] En París el lenguaje era diferente: «Ningún país del mundo (…) ofrece tantos recursos. (…) ¡Hay tantas compañías para crear! ¡Tantas brillantes operaciones financieras a realizar! ¿A qué estáis esperando? ¡Adelante!».[5]. Hacia la década de 1930 las «brillantes» operaciones financieras habían concentrado dos tercios de la producción de la colonia en manos extranjeras[6] y proporcionaban a los civiles europeos

ingresos 102 veces superiores a los de los campesinos.[7], Un régimen así dependía, inevitablemente, de la espada, de modo que más de la mitad de los 42 000 residentes europeos eran soldados[8].

El impacto de este trasfondo colonial en el periodo de la segunda guerra mundial es motivo de debate. Según el Partido Comunista de Indochina (PCI) el crecimiento de una clase dirigente nativa fue tan escaso que se borró toda división social de importancia entre los vietnamitas. Su líder, Ho Chi Minh, dijo que por tanto seguía «las instrucciones del *Manifiesto Comunista*: el proletario de cada país debe (…) erigirse en clase directora del país, constituirse como nación»[9][88a]. Si hubiera sido verdad, habría dirigido una guerra popular con sus trasfondos social y económico, y habría hecho honor al famoso dictado de Marx, «Trabajadores del mundo, ¡Uníos!». Sin embargo, la premisa del PCI de que era posible «injertar el comunismo en el patriotismo[10]» era falsa.

Aunque escaso en número, los terratenientes y empresarios vietnamitas ricos tenían ingresos superiores, en realidad, a los de los civiles europeos, y unas 122 veces superiores a los de los campesinos vietnamitas[11]. La segunda guerra mundial amplió aún más esta brecha de varias maneras. Dado que la colonia quedó aislada de Francia, tuvo que proporcionar sus propios administradores, y el número de cargos intermedios y altos se dobló. Hacia 1944 los directores ejecutivos de 75 de las 92 corporaciones que operaban eran vietnamitas[12]. Los franceses habían aumentado deliberadamente el poder de los terratenientes locales para proporcionar a su régimen una base social doméstica, y en el sur, apenas 6200 personas poseían el 45 por ciento de la tierra cultivada como arrozales. En el valle del Río Rojo el 2 por ciento de las familias poseían el 50 por ciento de la tierra[13]. La llegada de la guerra mundial añadió aumentos de precio de los alimentos, acaparamiento, especulación, fabulosos beneficios para la minoría y la caída en la miseria de la mayoría.

Establecer la dimensión social no implica infravalorar la importancia de la cuestión nacional. ¡Desde 1941, Vietnam se encontró oprimido no por una potencia imperialista, sino por dos! Japón veía Vietnam como un importante lugar desde el que ensayar su campaña hacia China. Mientras que Tokio derrocó las administraciones europeas de Filipinas, Malasia,

Birmania e Indonesia, en Indochina firmó un acuerdo con la Francia de Vichy. Se permitió al gobernador general Jean Decoux, un partidario acérrimo de Pétain que encarceló a judíos y gaullistas, permanecer en el cargo a cambio de permitir la instalación de bases japonesas[14]. Para los diplomáticos de Vichy era «un milagro haber mantenido, en medio de la esfera de control japonesa, una "isla" pacífica y próspera en la que las ideas y la civilización occidental se han implantado con éxito»[15]. Por sorprendente que resulte, cuando se liberó Francia, De Gaulle retuvo los servicios de Decoux. Temía que perturbar el régimen de Decoux abriese el camino a una intervención de los chinos y a sus aliados estadounidenses más incluso que a los amigotes de Pétain que tanto le disgustaban.

De modo que es al gobierno de la Francia Libre al que hay que hacer responsable de la hambruna de Tonkín de 1944-1945. Como en Atenas o Bengala, se trata de una hambruna creada por el hombre. Una distribución equitativa de la comida podría haber evitado las muertes por hambre[16] incluso pese a que el mal tiempo y las plagas habían reducido las cosechas de arroz del norte a una quinta parte.[17] Pero el ejército francés embarcaba diez o más cargamentos de arroz procedentes del área afectada cada día.[18], Acaparadores y especuladores, muchos de ellos nativos, completaron el trabajo. En Hanói, la capital de Tonkín, el precio del arroz subió un 373 por ciento en tan sólo tres meses[19]. Algunos funcionarios describían que veían «cadáveres apergaminados, a los lados de las carreteras, vestidos tan sólo con un puñado de paja a modo de ropa o de mortaja funeraria. Uno se siente avergonzado de ser humano»[20] Las estimaciones acerca del número de víctimas llegan a los dos millones.[21].

Después los japoneses hicieron de lado lo que quedaba de poder francés en la zona. En noviembre de 1944, con los EE.UU. empeñados en reconquistar Filipinas, el Ejército Meridional japonés transfirió sus cuarteles generales de Manila a Saigón, y el 9 de marzo tomó el control completo de Vietnam[22]. La toma de poder de Tokio tuvo un impacto político importante, aunque las víctimas de la hambruna apenas notaron las diferencias, puesto que el arroz se siguió requisando[23].

Los japoneses restauraron al emperador Bao Dai, de Annam, devolviéndolo a su palacio de Hue y dotándole de una ficticia

independencia y poderes nominales sobre todo Vietnam. Al colaborar con el Eje, Bao Dai y los varios partidos nacionalistas que trabajaban con él renunciaron a cualquier posibilidad de liderar una eventual guerra popular. Facilitaron al PCI convertirse en el líder indiscutible de la lucha por la independencia.

Sin embargo, el PCI no adoptó esta postura de manera directa. Su estrategia fue pasando gradualmente de la sumisión a los Aliados a la guerra popular abierta contra ellos. Para comprender por qué, es necesario seguir el tortuoso camino del Partido bajo el doble impacto de la represión francesa y la política estalinista.

La declaración fundacional del PCI, en 1930, aspiraba a «independizar completamente Indochina», derrotando «al imperialismo francés y al feudalismo y la burguesía reaccionaria vietnamitas». El PCI debía «confiscar todas las plantaciones y propiedades pertenecientes a los imperialistas y a la burguesía reaccionaria vietnamita y distribuirlos entre los campesinos pobres»[24]. Estas aspiraciones proporcionaron al Partido unos difíciles inicios, y ese mismo año la derrota de la revuelta Nghe-Tinh llevó a la detención de miles de comunistas.

Una década más tarde, el PCI se comprometía lealmente a adoptar las políticas de Frente Popular de la Internacional Comunista, que eran exactamente las opuestas a su postura de 1930:

1. Por el momento, el Partido no debería realizar exigencias demasiado radicales (independencia nacional, parlamento, etc.). Hacerlo sería otorgar ventaja al fascismo japonés. Tan sólo debería exigir derechos democráticos, libertad de organización, libertad de reunión, libertad de prensa y libertad de opinión, amnistía General para todos los detenidos y libertad para que el Partido emprenda su actividad dentro de la legalidad.
2. Para conseguir este objetivo el Partido debe esforzarse por organizar un amplio Frente Nacional Democrático. Este Frente debería acoger no sólo a personas de Indochina sino también a franceses progresistas residentes en Indochina; no sólo a trabajadores, sino también a la burguesía nacional.

3. El Partido debe adoptar una actitud flexible y con tacto hacia la burguesía nacional, esforzarse en llevarla hacia el Frente y mantenerla allí (…).

Si los burgueses del país eran ahora aliados bienvenidos, los trotskistas, que aún defendían muchas posiciones por las que el propio PCI abogaba en 1930, eran el enemigo: «no puede haber ningún compromiso, ninguna concesión. Hemos de hacer todo lo posible por desenmascararlos como agentes del fascismo y aniquilarlos políticamente»[25].

Pese a revisar sus posturas y realizar acercamientos hacia los franceses, el PCI no escapó a la represión anticomunista que siguió al pacto Hitler-Stalin[26] Los arrestos interrumpieron hasta tal punto los vínculos internos que el aparato central del Partido ya no ejercía la autoridad monolítica típica de las organizaciones comunistas.[27]. Los dirigentes fueron incapaces de evitar que se arrastrara a miembros del Partido a fallidas revueltas contra los franceses en Bac Son, en el norte, y en Cochinchina, en el sur. Marr describe cómo se aplastó esta última revuelta:

> [E]mplearon aviones, carros acorazados y artillería para destruir aldeas enteras. (…) A falta de suficientes grilletes y cadenas, se perforaron los pies y manos de los detenidos con cable de telégrafo. Cuando todas las prisiones estuvieron llenas, los franceses amontonaron a los detenidos en barcos anclados en el río Saigón. Nadie sabe cuánta gente murió en este «terror blanco», pero seguramente el número asciende a más de dos mil. Se arrestó a unos ochocientos; algunos murieron posteriormente en la cárcel o ejecutados. En el otro bando, murieron tres franceses y treinta milicianos o notables vietnamitas[28].

Estas experiencias reforzaron la poca disposición del PCI a participar en una guerra popular.

Como prueba de las dificultades por las que pasaba el PCI, Ho Chi Minh se vio obligado a vivir en el exilio, entre 1911 y 1941, con varios alias. Uno de los líderes de la oposición al colonialismo lo rechazó con estas palabras: «no deberíamos residir en el extranjero e intentar introducir en el país nuestro liderazgo. Lo que deberíamos hacer es regresar a la patria». Ho le contestó que era algo inútil dado que «los combatientes locales están vigilados de cerca y perseguidos sin tregua en su propia tierra»[29].

La segunda guerra mundial le hizo cambiar de perspectiva. Entonces Ho publicó su *Carta desde el extranjero*:

> Ahora ha llegado la oportunidad de nuestra liberación. La misma Francia es incapaz de ayudar a los colonos franceses a gobernar nuestro país. Con respecto a los japoneses, por una parte empantanados en China y por la otra atacados por las fuerzas americanas y británicas, ciertamente no pueden emplear toda su fuerza contra nosotros. Si todo nuestro pueblo se une con solidez podemos conseguir vencer a los ejércitos mejor entrenados de los franceses y de los japoneses. ¡Compatriotas, levantaos[30]!

Incluso entonces el progreso era lento. En vísperas de obtener el poder en la revolución de agosto de 1945, el Partido no contaba con más de 5000 miembros, un tercio de ellos encarcelados. Su ejército era del mismo tamaño[31]. Los japoneses tenían 57 000 soldados en Vietnam, y miles de soldados veteranos Aliados esperaban para aplastar cualquier movimiento independentista de posguerra[32]. Estas condiciones llevaron al PCI a adoptar una estrategia de precaución.

Relativizando la iniciativa popular, Ho advirtió contra una lucha masiva demasiado precipitada, puesto que «es probable que lleve a la dispersión de recursos humanos y físicos»[33]. En lugar de ello, abogaba por un plan en tres fases, siguiendo el modelo del PC chino. Primero, el cuadro del Partido debía establecer una base revolucionaria en un lugar aislado[34]. Después se debía reclutar a los campesinos, y en la fase final el Partido lanzaría un ataque contra las ciudades y se haría con el poder. Ho Chi Minh había sido un funcionario de la Komintern durante muchos años, y pese a que aún lanzaba alabanzas al proletariado, en la práctica relegó las acciones de masas a aprobar las acciones del Partido y despreció la clase trabajadora urbana.

El primer paso, aún tentativo, de su programa fue la formación de una «Brigada Armada de Propaganda para la Liberación de Vietnam». El nombre expresaba a las claras el objetivo final, pero eludía expresamente la confrontación directa. En las propias palabras de Ho, «el nombre (…) demuestra que se da mayor importancia a su acción política que a su acción militar»[35]. Después, en mayo de 1941, tomó la decisión de crear el Viet Nam Doc Lap Dong Minh [Hoi], o «Liga para la Independencia de Vietnam», más conocido como Vietminh. Marr explica que éste puso a:

> [T]rabajadores y campesinos codo a codo con aquellos terratenientes, capitalistas, mandarines, soldados, intelectuales, tenderos y empleados cada vez más opuestos a la ultrajante conducta de franceses y japoneses, y los preparó para la lucha por la liberación nacional de Vietnam. (…) El Vietminh se identificaba por completo con uno de los bandos de la confrontación mundial, aquellos que pronto se autodefinieron como los Aliados[36].

El precio de buscar la amistad con esta facción (que, recordémoslo, incluía a los franceses de De Gaulle) era diferir las demandas de la clase trabajadora y de los campesinos pobres a favor de una «revolución de liberación nacional»[37]. Por tanto el Vietminh renunció a la redistribución de la tierra, un asunto crucial, pues proporcionaba el modo de vida del 90 por ciento de la población. Según Neale, se puede explicar parcialmente la postura del PCI a través de sus orígenes sociales:

> Primero reclutó hombres educados. (…) Después, estos hombres reclutaron y lideraron a los aldeanos que conocían… Eran la minoría decente de la clase de los terratenientes. Odiaban la corrupción y la brutalidad de su clase. Querían barrer por completo el antiguo orden y sustituirlo por un Estado industrial moderno. (…) Esto implicó que el Partido Comunista fuera siempre profundamente ambivalente hacia las reformas agrarias[38].

Tan intensos fueron los esfuerzos de Ho por forjar una alianza interclasista que en el extranjero no había una opinión uniforme acerca de si era comunista o no. *The Times*, por ejemplo, publicó este informe: «En este momento parece haber tan sólo dos partidos de cierta importancia: el Viet-Min [*sic*] y los comunistas»[39]. La estrategia «frentista» de Ho llegó incluso a la disolución formal del PCI (noviembre de 1945), la cual, como señala un escritor, «fue un gesto sin precedentes ni paralelismos en la historia del movimiento comunista internacional»[40].

Sin embargo, modificar sus políticas no garantizaba el apoyo Aliado. Con Rusia fuera de su alcance, Ho recurrió a señores de la guerra vinculados a Chiang Kai-shek, el líder nacionalista chino. Operaban en la frontera chino-vietnamita y podían proporcionar armas y un refugio seguro si fuera necesaria una retirada. Con la esperanza de conseguir su apoyo, Ho se estableció en una cueva de Cao Bang, una zona montañosa[41]. La precariedad de la situación de Ho quedó de relieve cuando un señor de la guerra previamente colaborador lo tuvo encerrado un año. Dado que la ayuda china se mostró inviable[42] buscó fuentes alternativas de ayuda. En

un determinado momento incluso se mostró «dispuesto a darme la mano con los franceses que estén real y sinceramente decididos a resistir a los japoneses (…)».[43], El general Giap se apresuró a contactar con el comandante francés Reul, pero las posibilidades de llegar a un acuerdo fueron escasas[44].

Otra opción era la ayuda norteamericana. Había indicios de que EE.UU. podría ayudar al Vietminh y oponerse a la restauración del colonialismo francés. Cuando Roosevelt trató el tema de Vietnam con Stalin en la Conferencia de Teherán, en septiembre de 1943, acordaron «[al] 100 por ciento que Francia no debía regresar a Indochina». El presidente añadió que los EE.UU. estaban considerando, junto a su cliente chino, «un sistema de fideicomiso que tendría la tarea de preparar al pueblo para la independencia en un periodo definido de tiempo, de unos 20 a 30 años»[45]. Era el tipo de paternalismo que encajaba perfectamente en los planes de posguerra. Las posesiones europeas en Asia se abrirían y quedarían expuestas al abrumador dominio económico de EE.UU., con cuatro policías, en definitiva, controlando el mundo: Rusia, Gran Bretaña, EE.UU. y China. Francia no formaba parte, todavía, de ese futuro[46].

Pero la amistad estadounidense hacia el Vietminh tendría una corta vida. Conforme la segunda guerra mundial se acercaba a su fin, comenzaron a soplar los vientos de la Guerra Fría. La China nacionalista de Chiang se derrumbaba, mientras que se requería a la Francia de De Gaulle para contrarrestar la influencia de Rusia en Europa. Por tanto, cuatro días antes de su muerte en abril de 1945, Roosevelt finiquitó su plan de fideicomiso[47]. Hacia mayo del mismo año, el secretario de Estado de los EE.UU. aseguraba, de manera poco sincera, que su gobierno había sido «completamente inocente de toda postura oficial (…) que cuestionase, siquiera por implicación, la soberanía francesa sobre Indochina»[48].

Estas arenas movedizas en la política del gobierno de los EE.UU. sembraron la confusión en el teatro político del este asiático. Por ejemplo, la Fuerza Aérea estadounidense realizó muchas misiones para ayudar a los franceses durante su breve resistencia al golpe de estado de Japón del 9 de marzo[49]. Y sin embargo, agentes de la OSS trabajaron después conjuntamente con Ho Chi Minh e incluso lo alistaron como agente[50]

incluso se envió en paracaídas un equipo a las órdenes del mayor Allison Thomas para entrenar a los combatientes del Vietminh.[51]; Aunque los EE.UU. sólo proporcionaron el 12 por ciento de sus armas[52], el empuje psicológico al Vietminh fue considerable, dado que se asociaba a los victoriosos estadounidenses[53].

Hacia el Día V-J, los EE.UU. habían cambiado decisivamente su apoyo hacia las reclamaciones francesas y habían abandonado a Ho. El mayor Thomas era el oficial mejor situado para aceptar la rendición japonesa de Hanói, pero sus superiores le prohibieron hacerlo «bajo ninguna circunstancia». Thomas halló las noticias «sorprendentes» y «extremadamente descorazonadoras», pero discernía el razonamiento tras estas órdenes. América no podía permitirse que la vieran colaborando con Ho porque «los franceses eran nuestros aliados y el Vietminh era un partido secreto que operaba contra los franceses (…)»[54].

Así pues, pese a todos sus esfuerzos, Ho fracasó en su intento de conseguir apoyo consistente por parte de los Aliados relevantes (Francia, China o los EE.UU.). Aun así, perseveró en su estrategia de espera, fuertemente vinculada a un esperado desembarco aliado. Incluso en la tardía fecha del 12 de marzo de 1945 el Comité Central del PCI decía:

> no deberíamos esperar tan sólo a que los Aliados tengan una presencia firme, sino que deberíamos esperar incluso a que comiencen su avance. Al mismo tiempo debemos esperar a que los japoneses envíen tropas al frente para interceptar las fuerzas Aliadas, dejando relativamente expuesta su retaguardia, antes de lanzar la insurrección general[55].

Aun así, el enfoque de Ho no estaba atado de pies y manos al imperialismo. Ho no era tan ingenuo como para tomarse en serio anuncios como la Carta del Atlántico, así que, mientras esperaba a los Aliados, ideaba un movimiento de masas para contrarrestar cualquier reimposición del dominio francés.

Entre tanto, el Vietminh evitaba, por norma general, todo conflicto con las tropas japonesas. Entre marzo y mayo sus operaciones costaron a Tokio 50 hombres[56]. Tonnesson sugiere que los japoneses lo consideraban «una molestia», pero en absoluto comparable a la resistencia de Yugoslavia o al Ejército Rojo chino: «los escasos choques no son más que incidentes

aislados. Nunca hubo suficientes combates como para hablar de lucha armada»[57].

Todo cambió cuando lo inminente de la derrota ablandó la opresión japonesa. De repente surgió un vacío de poder que permitió que las aspiraciones de los vietnamitas corrientes hallaran una vía para expresarse. El Vietminh aprovechó esto pese a su minúsculo tamaño y a su orientación en pequeñas organizaciones militares. Se convirtió en el punto de partida para una guerra popular en el norte, así como en una fuerza de gran tamaño en el sur. Marr describe así la compleja relación entre el masivo movimiento popular de las bases y la mucho más fina capa de comunistas:

> Mientras que la mayoría de revueltas de agosto fueron provocadas por lemas del Vietminh (creados o simplificados por experimentados miembros del PCI), y pese a que casi todo el mundo acabó identificándose con la bandera del Vietminh, que pronto se convirtió en el estandarte nacional, muchos grupos locales autodenominados Vietminh no tenían ni idea de lo que esta organización defendía, y mucho menos poseían la menor conexión con el Tong Bo (Cuartel General). Los cientos de «comités populares» y «comités revolucionarios» que sustituyeron a los mandarines y consejos reales (…) distaban mucho de ser apéndices de la autoridad central del PCI o de sus cuadros directivos. Muchos de estos comités buscaban venganza por «injusticias pasadas, o proyectaban radicales aspiraciones sociales revolucionarias (…)»[58].

La guerra popular estalló porque a gran escala nadie hizo caso de la política oficial del PCI. En un claro rechazo a la política de compromiso entre clases, muchos exigieron la redistribución de tierras e iniciaron «un giro en cuanto a la propiedad, de abajo hacia arriba, que ningún gobierno podía controlar»[59]. Las autoridades francesas de Tonkín notaron la aceleración de este ritmo, con sólo cuatro incidentes registrados entre 1942 y 1943, y 80 en 1944[60]. En las zonas con hambruna, el Vietminh local proporcionaba una expresión organizada a la extendida necesidad de grano. Las manifestaciones armadas, con lanzas y machetes, se convirtieron en algo habitual, y sólo en el delta del río Rojo se vieron afectados más de 75 almacenes[61].

Hacia verano de 1945 este furioso descontento se había intensificado y el PCI había tenido que darle respuesta. En junio el Vietminh declaró una «zona liberada» en el norte, y 100 000 personas, una de cada diez personas

de la zona, se enroló en su milicia[62] Por aquella misma época el Vietminh tenía sólo 80 000 miembros en todo el resto del país. El 12 de agosto ordenó una «sublevación general» y al siguiente día la «Orden Militar N.º 1» ordenó un ataque a los japoneses con el objetivo de apoderarse de sus armas.[63].

Sin embargo, la capacidad del PCI de controlar y dirigir la guerra popular seguía siendo limitada. En especial, la dificultad para comunicarse a través de un país en forma de franja de 1650 km de longitud implicó que entre finales de 1940 y junio de 1945 ¡no hubiera contacto directo entre la cúpula directiva del norte y la de Cochinchina[64]! Varias corrientes diferentes, en el sur, desafiaban el liderazgo de la organización del Vietminh. Una de ellas era la Juventud de Vanguardia. Originalmente una asociación deportiva y de escultismo inspirada en el modelo francés, la guerra la politizó y gozaba de un seguimiento masivo, pero carecía de la coherencia del Vietminh debido a su gran variedad de corrientes políticas y sectas religiosas, que luchaban por predominar entre sus filas.

Otro rival era el trotskismo, que rechazaba la estrategia de alianza interclasista del PCI por fases (de la base revolucionaria, al campo y finalmente, las ciudades). Esta corriente tenía muchos partidarios en Cochinchina, y en las elecciones de 1939 al Consejo Colonial eclipsó a los comunistas, al atraer a la inmensa mayoría de votantes[65]. El líder trotskista, Ta Thu Thau, rechazaba la posibilidad de «injertar el comunismo en el patriotismo». Insistía en que había que escoger entre «socialismo o nacionalismo» porque, aunque el mundo estaba «políticamente dividido en naciones, tiende a formar un todo económico (…)». Así pues, la división entre explotadores y explotados era mayor que la existente entre Estados capitalistas. En Vietnam eso significaba que los trabajadores se enfrentaban a un enemigo con dos cabezas: el colonialismo «que arrastra tras de sí a la burguesía nativa»[66] Ta Thu Thau creía que la segunda guerra mundial presentaba una oportunidad «para aprovecharse de la guerra entre las naciones capitalistas de cara a la emancipación del proletariado».[67]. Para que esto ocurriera había que dar prioridad a exigencias claras de clase.

La repentina rendición de Japón arruinó la estrategia de Ho Chi Minh de cooperación con las fuerzas Aliadas en avance como paso para obtener

poder eventualmente. El Vietminh triunfó, pero los acontecimientos se dieron en el orden inverso al esperado por sus dirigentes. Como explica Tonnesson, el PCI se encontró:

> al margen, en agosto, cuando de repente se presentó la oportunidad de una clásica revolución urbana. En Hanói, Hue y muchos centros provinciales la Revolución de Agosto la llevaron a cabo, de manera más o menos espontánea, jóvenes entusiastas y cuadros de segunda fila mientras los líderes del partido seguían atrapados en su «capital de la guerra», un remoto lugar apartado que llamaban Tan Trao[68].

Fue el nacionalista Partido Democrático el que llamó en Hanói a la primera manifestación masiva, el 16 de agosto, insistiendo en que sólo una «revolución de todos los ciudadanos» bastaría para frustrar las ambiciones de las varias fuerzas imperialistas. Sin embargo, una partidaria del Vietminh se impuso a este partido. Ella dio la cara y guió a la multitud, que la vitoreaba por su organización. Como único partido organizado a escala nacional, disciplinado y con cuadros de la mezcla revolucionaria, el PCI y su frente Vietminh tenían el as en la manga. Rápidamente se puso al tanto del tiempo perdido. Desafiando la política de espera de la cúpula central, el Comité Regional Comunista llamó a una toma del poder. El 19 de agosto una multitud de 200 000 personas lo lograba mientras las desmoralizadas tropas japonesas se hacían a un lado[69].

Nuevamente, de manera contraria a las ideas de Ho, las acciones en las ciudades inspiraron al campo, y no a la inversa. Los activistas rurales acudían en gran número a Hanói en busca de consejo, seguidos por decenas de miles de aldeanos[70]. Al mismo tiempo la revolución reventaba las limitaciones de la política del PCI. Marr escribe que pese a la determinación, por parte de los líderes del Vietminh, de evitar demandas radicales:

> Los acontecimientos en muchas zonas rurales de Vietnam a finales de agosto fueron mucho más allá de la transferencia política de poder, implicando conductas socialmente revolucionarias cuyas consecuencias nadie podía prever en aquel momento. La administración establecida por el Vietminh en Hanói se vio prisionera de los miles de comités revolucionarios que surgían por el país como autoridad dirigente[71].

Las contradicciones abiertas entre lo que el pueblo entendía como objetivo de la segunda guerra mundial y el PCI trajeron a colación la cuestión de la tierra. El 30 de julio de 1945, el Partido reiteraba su programa, como la conservación de los títulos ya existentes de propiedad rural:

> Tras la victoria de la Revolución, cuando nuestro país obtenga su independencia, las tierras de los ricos no se distribuirán entre los pobres. Tan sólo confiscaremos las tierras de los agresores y traidores. Todo aquel que diga que las tierras de los ricos se deben distribuir entre los pobres está deliberadamente dividiendo el frente popular unido y ciertamente merece un castigo[72].

Pero la revolución ignoraba tales restricciones. En el norte de Annam y Tonkín, los comités distribuyeron la tierra y confiscaron las riquezas de los pudientes. En otros lugares 30 000 mineros formaban una «comuna de trabajadores» estableciendo igual paga para todos, y controlando no sólo la explotación de las vetas, sino también servicios públicos, vías férreas y telégrafos. Esta organización sobrevivió hasta que el Vietminh arrestó a su cúpula, en noviembre de 1945[73].

Aún más problemáticos resultaron para el PCI los acontecimientos en el sur, donde la competencia era más fuerte. Cuando Japón se rindió, los comunistas se movilizaron hasta una ciudad a 40 km de Saigón. Pretendían llegar a ella posteriormente[74]. Pero unos 100 000 marcharon por la capital de Cochinchina tras una pancarta de un «Frente Unido Nacional»[75] y la Juventud de Vanguardia los lideró hasta hacerse con el poder.[76] Durante algún tiempo pareció que el PCI había perdido la iniciativa por completo.[77],

En medio de este torbellino eran populares los eslóganes trotskistas: «¡La tierra para los trabajadores! ¡Nacionalización de las fábricas bajo control de los obreros! ¡Comités populares!»[78]. Estos lemas reflejaban e inspiraban las acciones de los sin tierra en las provincias de My Tho, Tra Vinh, Sa Dec, Long Xu Yen y Chau Doc[79]. Los trabajadores del barrio de Phu Nhuan declararon a su comité «la única autoridad legal de la zona», un ejemplo que se siguió en muchos más sitios[80] En tres semanas se fundaron más de 150 comités revolucionarios diferentes.[81].

Pero el PCI, con sus raíces estalinistas, no estaba dispuesto a abandonar el sur a terceros. Después de que medio millón de personas marchasen hacia Saigón el 25 de agosto, se formó un Comité Ejecutivo Meridional Provisional para unir a las varias corrientes en un solo cuerpo. El Vietminh maniobró rápidamente para obtener la mayoría de puestos[82], y luego se volvió hacia sus rivales. Siguiendo el criterio de Ho Chi Minh de que «todo aquel que no siga la línea establecida por mí será golpeado»[83], se ejecutó a varios trotskistas, de los que la víctima más notable, por temprana, fue Ta Thu Thau.

Además de tomar las riendas de la revolución, Ho cortejaba a los imperialistas. El 2 de septiembre emitía desde Hanói la «Declaración de Independencia de la República Democrática de Vietnam» (RDV). Ésta comenzaba con una cita directa de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de 1776, seguida de palabras directamente extraídas de la Declaración de los Derechos del Hombre de Francia de 1791[84]. Ho predecía que, dado que «las naciones Aliadas (…) han reconocido los principios de autodeterminación e igualdad de las naciones, no se negarán a reconocer la (…) independencia de un pueblo que ha luchado codo con codo con los Aliados contra los fascistas durante estos últimos años»[85].

Siguiendo esta misma línea en Cochinchina, Tran van Giau, el líder del Comité Ejecutivo Provisional, desalentó lo único que podía contener al imperialismo: la actividad de masas[86]. Anunció el desarme de todas las organizaciones no gubernamentales el 7 de septiembre, diciendo: «a aquellos que llamen al pueblo a las armas y, sobre todo, a luchar contra los Aliados imperialistas se los considerará saboteadores y provocadores»[87]. Esto ocurría el día después del desembarco de tropas Aliadas, pero antes de que pudieran establecer su autoridad.

En Hanói la RDV sobrevivió, no tanto a través de una alianza con el imperialismo como debido a discusiones entre las potencias Aliadas, que proporcionaron un descanso. Roosevelt estaba decidido a apuntalar a China, y al comandante estadounidense, el general Wedemeyer, se le ordenó «evitar actividades políticas por parte de británicos y franceses en las áreas bajo su control»[88]. En cambio, al comandante de las tropas británicas, el general Gracey, se le ordenó «liberar territorio Aliado hasta donde sus

recursos se lo permitan»[89]. Evidentemente, el «Aliado» era Francia, y el territorio en cuestión debía «liberarse» de los propios vietnamitas. Para resolver esta cuestión, los EE.UU. y Gran Bretaña llegaron a un acuerdo en la Conferencia de Potsdam. Se dividió Vietnam en «el teatro de operaciones chino», al norte del paralelo 16, y el Mando sobre el Sudeste Asiático de Mountbatten en el sur. De Gaulle estaba decepcionado, pero era demasiado débil para intervenir. Pensó, correctamente, que esas divisiones «comprometían fatídicamente» los esfuerzos imperialistas[90].

Ho tuvo suerte de que a los chinos les interesase más la corrupción y el saqueo que la ocupación a largo plazo de Vietnam del Norte, por lo que tácitamente reconocieron el gobierno de Hanói[91]. En Cochinchina la historia era completamente diferente. Aunque los vietnamitas recordaron al general Gracey que «lucharon codo con codo con los Aliados contra los fascistas», su respuesta no pudo ser más contundente: «al llegar me recibió el Vietminh con felicitaciones, saludos de "bienvenido" y ese tipo de cosas. Era una situación muy desagradable y pronto los despaché. Obviamente eran comunistas»[92].

Gracey no tuvo escrúpulos a la hora de seguir las instrucciones de Mountbatten de «emplear las tropas japonesas y francesas para hacer cumplir sus órdenes»[93] Tuvo una unidad japonesa para ayudar a sus Gurkhas a expulsar al Comité Ejecutivo Provisional de sus cargos.[94]. El 21 de septiembre prohibió todas las manifestaciones, procesiones y reuniones públicas, así como la posesión de armas por parte de cualquier vietnamita. Al día siguiente de imponerse la ley marcial, se enviaron a las calles de la capital meridional grupos descritos por *The Times* como «miembros del maquis francés»[95] En realidad la mayoría eran soldados franceses y legionarios vinculados al régimen de Vichy desde la época de Decoux. Algunos eran incluso miembros de las Waffen-SS recién liberados de los campos de prisioneros de guerra de los japoneses.[96]. Tomaron la ciudad «al asalto, insultando, golpeando, deteniendo y ofendiendo de cualquier otra manera a cualquier nativo con el que se encontraran»[97].

En respuesta, el Vietminh llamó a la huelga general. Lo que siguió fue la guerra abierta. Un testigo presencial recordaba: «el golpeteo de las armas de fuego y el retumbar de los morteros pronto se extendieron por toda la

ciudad, conforme escuadrones armados del Vietminh atacaban el aeropuerto, incendiaban el mercado central y asaltaban la prisión local para liberar a cientos de internos vietnamitas»[98]. Poco después se asesinaba a numerosos civiles franceses.

Dado que las fuerzas francesas eran tan caóticas, Gracey las retiró (esperando la llegada de unidades de Francia, previstas para el 5 de octubre) y se apoyó más en los japoneses. Se los desplegó en misiones de combate. La historia oficial de la 20.a División India recuerda que «todo el trabajo sucio, luchar y desarmar a los annamitas (vietnamitas) se asignó a los soldados japoneses»[99]. Así, una extraña coalición entre los vencedores Aliados y los vencidos miembros del Eje, entre carceleros japoneses y colaboradores encarcelados, trabajó codo con codo para expulsar a los vietnamitas de su propio territorio. Hacia febrero de 1946 las tropas británicas habían perdido 40 hombres, los franceses, 106 y Japón, 110. En el bando contrario, habían muerto al menos 3026 vietnamitas, de los cuales 1825 fueron víctimas de los franceses, 651 de las tropas británicas y 550 murieron a manos de los japoneses[100]. Las últimas tropas británicas se retiraron en marzo de 1946, dejando a los franceses en control de la zona al sur del paralelo 16 y con la determinación de extender su poder hacia el norte.

El intento de Ho de enlazar ambas guerras se demostró inútil. Cortejar al imperialismo para que ayudase en su independencia no dio frutos. Aunque atrasar la acción de masas proporcionó la victoria en Hanói, dejó al enemigo en el poder en el sur. Como ya vimos en el comienzo de este capítulo, la presencia de las dos guerras se resumió en la contradicción entre las esperanzas del general Giap y sus acciones finales.

Ahora se puede profundizar más sobre esto. A principios de septiembre de 1945, Giap argumentaba:

> Las grandes potencias del frente democrático han declarado que luchaban por la igualdad entre las naciones, así que no hay razón alguna para que ayuden al imperialismo francés a regresar y oprimir y explotar al pueblo vietnamita.
>
> «Ni nosotros ni el mundo podemos imaginar que tras haber, por propia voluntad, luchado en el bando Aliado contra los fascistas japoneses en Indochina, tras haber contribuido con huesos y sangre a la lucha de los Aliados en el frente del Pacífico,

> los Aliados nos considerarían dignos tan sólo de vivir bajo el yugo de la esclavitud de los colonialistas franceses, los mismos que acordaron dejar que el Japón fascista ocupara Indochina para convertirla en una base desde la que atacar las Filipinas, Malasia, Birmania, el sur de la China (…)»[101].

Y sin embargo, se trata del mismo hombre que diseñó con brillantez la derrota de los franceses en Dien Bien Phu, en 1954, y la eventual derrota de los estadounidenses que invadieron después. La guerra de Vietnam, de treinta años de duración, se convirtió en el episodio antiimperialista más importante del siglo XX y un estimulante ejemplo de guerra popular. El resultado final fue un país independiente, aunque regido por una dictadura de capitalismo estatal. En el proceso, muchas de las exigencias sociales y económicas de la gente corriente quedaron sin respuesta, y en el desafío plantado por Ta Thu Thau sobre «nacionalismo o socialismo», el gobierno acabó firmemente apostando por el primero. En Vietnam, como en otros sitios, la segunda guerra mundial vio cómo se fundían elementos políticos, sociales y económicos causando resultados impredecibles. La política inicial de Ho Chi Minh de apoyarse en diferentes potencias imperialistas resultó ser un error, y acabó aceptando a regañadientes que la guerra popular era la única solución al problema de la independencia: «hemos ganado la guerra. Pero nosotros, los países pequeños y sometidos, no tenemos ningunas porción, o es una porción muy, muy pequeña, en la victoria de la libertad y la democracia. Probablemente, si queremos tener una porción suficiente, debamos luchar todavía más»[102].

CONCLUSIÓN

La visión convencional de la guerra contra el Eje admite la coexistencia de ejércitos oficiales y la resistencia; de generales y soldados; de ricos y pobres; pero enfatiza su armonía y esfuerzo conjunto para acabar con los peligros de los regímenes del Eje. Sin embargo, las diferencias entre los participantes no eran variaciones sobre un tema común, sino que reflejaban procesos fundamentalmente contradictorios a escala de objetivos, ideología, tácticas y estructuras militares y sociales. Entre 1939 y 1945 las guerras paralelas no eran una excepción a la norma sino que se daban de modo general, si no universal. La apariencia de unidad tan sólo cubría superficialmente las fisuras: la noción de la segunda guerra mundial como un «todo único» era un mito conveniente.

Un ejemplo de la disparidad entre los dos elementos era la presunta oposición conjunta al fascismo. Durante la guerra civil española, los Aliados occidentales escogieron a Franco antes que a la República, y continuaron apoyándolo tras la segunda guerra mundial. El conflicto con Alemania tan sólo comenzó una vez que las políticas de apaciguamiento se demostraron ineficaces para frenar la expansión territorial de Hitler hacia las esferas de influencia británica y francesa. Durante y tras la guerra, los Aliados estuvieron encantados de colaborar con el Eje, bien indirectamente (tomemos por ejemplo el caso de Darlan, el abandono al alzamiento de Varsovia o las milicias colaboracionistas en Grecia), bien directamente (empleando tropas japonesas en Indonesia y Vietnam). De modo que, pese a la habitual identificación de ambas, la guerra popular antifascista no se correspondía a la guerra de los gobiernos aliados contra el Eje.

Las guerras paralelas también divergían de otras maneras. Las clases dirigentes aliadas combatían por defender su *statu quo* privilegiado de amenazas internas y externas, mientras que la lucha armada popular

combatía por una liberación humana real y comprehensiva, así como por un futuro más democrático y justo. Los imperialistas sacrificaron indiscriminadamente vidas para conseguir sus fines; los partisanos y las guerrillas defendían a la población local de las agresiones y lamentaban profundamente los riesgos que sus acciones implicaban para los civiles. Los soldados convencionales estaban sujetos a una rígida jerarquía y juraban obediencia ciega; los combatientes de la guerra popular, ya fuese en el Parlamento de los Soldados de El Cairo, en los guetos de Detroit o en las montañas de Grecia, Yugoslavia e Italia, eran voluntarios conscientes, guiados por un compromiso ideológico.

El lector puede preguntar, con razón, si caracterizar la segunda guerra mundial como guerras paralelas en el bando Aliado no constituye la imposición de un constructo teórico general sobre lo que son sencillamente acontecimientos dispares. ¿Por qué no narra sencillamente los hechos, como hacen la mayoría de historias convencionales (aunque, al hacerlo, pasen del extremo de asignar una sola etiqueta a todo el conflicto entre 1939 y 1945 al otro extremo de pulverizar el periodo histórico en una serie de acontecimientos sin relación entre ellos, sólo conectados por las acciones militares)?

En cierto sentido, cada acontecimiento histórico es único y desafía comparaciones con cualquier otro, porque las circunstancias nunca se repiten exactamente de la misma manera. Los conceptos globales no hacen sino meter con calzador toda la riqueza de detalles en un marco analítico. La historia, empero, y sobre todo la historia moderna, consiste en interacciones que no se limitan con un lugar y época, y que no se comprenden si no es en relación con un marco más amplio. La segunda guerra mundial fue el ejemplo más gráfico posible. Fue «el acontecimiento único más grande de la historia humana, librada en seis de los siete continentes de la Tierra y en todos su océanos»[1]. Por ello, junto a los detalles, un debate acerca de las conexiones entre sus múltiples episodios revela una verdad histórica. Existió algo que podemos denominar la segunda guerra mundial, de modo que se deberían investigar sus características subyacentes. Y el descubrimiento de guerras paralelas dentro

de ella muestra, por emplear el lenguaje de la dialéctica, que la segunda guerra mundial representa una «unidad de opuestos».

No hay nada sorprendente en la idea de que diferentes secciones de la sociedad tuvieran intereses diferentes o se comportaran de maneras distintas; ni en que la declaración formal de guerra no suspendiera automáticamente estas diferencias. Lo que tuvo de único la segunda guerra mundial fue que estas tensiones se expresaron en guerras paralelas en lugar de hacerlo como tensiones internas de la misma guerra. Para comprender por qué, es necesario trazar brevemente la historia a largo plazo del Estado, la guerra, las armas y el pueblo.

En la Edad Media el poder militar del Estado estaba descentralizado, con barones que poseían pequeños ejércitos y un vínculo no muy fuerte con el monarca. Las guerras implicaban a cantidades más bien pequeñas de personas, porque los métodos primitivos de transporte y un gobierno central débil impedían formar ejércitos nacionales a largo plazo y proporcionarles suministros. La situación cambió en 1789. Con la Revolución francesa, cuyo lema era «Libertad, Igualdad, Fraternidad», surgió la nación moderna.

La «Fraternidad» incluía la idea de que toda guerra (o, al menos, las guerras defensivas, y a partir de ese momento se describiría a todas las guerras como «defensivas») era por el pueblo; pero era algo profundamente ambiguo. La fraternidad quedaba simbolizada en la recién fundada nación-estado que las masas defendían de las aristocracias vecinas.

Pero esa misma institución era la encarnación de los intereses de la clase dirigente, lo que el *Manifiesto comunista* de Marx denomina «un comité administrativo de los negocios de la clase burguesa». En tanto los estados nacionales mantenían la libertad con respecto a la opresión extranjera, representaban los intereses de las masas y del pueblo; en tanto eran un instrumento de la clase dirigente, protegían el capitalismo de casa de sus competidores extranjeros.

El año 1789 supuso también una revolución en cuanto a la organización de los ejércitos. La unión de las monarquías de Europa fue vencida por una estrecha alianza entre el gobierno francés y el pueblo. Esto implicaba la *levée en masse* («leva masiva»). Esta movilización a una escala antes nunca conocida fue la base para la *Grande Armée* («Gran Ejército») de Napoleón,

de un cuarto de millón de soldados, un cuerpo que demostró la eficacia de los grandes ejércitos, pero que también colisionó contra los límites técnicos de la época. Los ejércitos de mercenarios liderados por aristócratas se tambalearon ante el Goliath napoleónico, y en 1812 sus cientos de miles de soldados, a pie y a caballo, derrotaron a Rusia en Borodino y tomaron Moscú. Sin embargo, unas líneas de comunicación demasiado largas, el mal tiempo y el hambre acabaron derrotando a la *Grande Armée*. Sólo sobrevivieron 90 000 personas, y Napoleón comentó, apesadumbrado, que «un ejército marcha sobre su estómago». Los avances en las fuerzas productivas no habían sido capaces de seguir el ritmo de los avances de las fuerzas destructivas.

La Revolución industrial del siglo XIX allanó estos obstáculos. Ahora las tropas y los suministros se transportaban rápidamente en ferrocarril y la escala de las acciones de guerra creció exponencialmente. Esto hizo posibles las batallas más grandes del siglo XIX, Gettysburg (1863) y Sadowa/Koeniggratz (1866). Éstas contaron con 170 000 y 425 000 combatientes, respectivamente. Para la primera guerra mundial, Rusia desplegó un ejército de 16 millones de hombres, y Alemania uno de 13 millones. También las armas fueron más mortíferas. Los mosquetes de la era napoleónica tenían un alcance de 140 metros y una cadencia de disparo de dos balas por minuto. Los rifles de la primera guerra mundial tenían un alcance de una milla[89a] y una cadencia de disparo de diez balas por minuto; las ametralladoras, de 400 por minuto[2]. Sólo en la batalla del Somme el número de bajas ascendió a 1,9 millones; tan sólo el primer día los británicos dispararon un total de 943 837 proyectiles, con un peso de 40 000 toneladas[3]. La guerra total, declarada por los gobiernos pero sostenida por pueblos enteros, había llegado.

Durante la Revolución Francesa nadie podía saber si el concepto de guerra nacional del pueblo perduraría, o si dependía de una coyuntura política específica, la lucha a muerte entre la sociedad aristocrática y las fuerzas de la Modernidad. En un clarividente párrafo que escribió por esa época, Clausewitz señaló que la guerra contemporánea, pese a ser «un asunto de toda la Nación, ha adquirido una naturaleza completamente nueva», pero se preguntaba si:

> todas las guerras a partir de ahora se llevarán a cabo con todo el poder de los estados y, por tanto, sólo se darán a cuenta de grandes intereses que afecten muy de cerca al pueblo, o si gradualmente volverá a surgir la separación entre los intereses del gobierno y los de la gente (…)[4].

Hacia el siglo XX la amenaza del *Ancient Régime* había sido casi completamente destruida, y el capitalismo, en su fase imperialista, estaba plenamente establecido. En Europa se empleaba habitualmente el nacionalismo para dividir y gobernar sobre la clase trabajadora; la explotación a manos de un capitalista local era casi idéntica a la explotación a manos de un capitalista extranjero, de modo que era de esperar que la disposición de la gente común a sacrificarse por la defensa de «su Estado» disminuyese. Sin embargo, una tendencia compensatoria ejerció también influencia. La naturaleza depredadora de la competencia capitalista y de los Estados capitalistas llevó a mucha gente a apoyar a sus gobiernos nacionales contra la agresión exterior. Por tanto, en 1914 la pregunta que había formulado Clausewitz acerca de la estabilidad del consenso entre gobierno y pueblo en tiempos de guerra seguía sin resolverse.

La primera guerra mundial comenzó con un entusiasmo frenético, simbolizado en el famoso lema del póster de reclutamiento de Kitchener: «¡Tu país te necesita!»[90a]. Sin embargo, hacia 1918 millones de personas se habrían mostrado de acuerdo con la máxima bolchevique de que «el patriotismo oficial es sólo una máscara para ocultar los intereses de los explotadores»[5]. La separación entre pueblos y gobiernos que había postulado Clausewitz se manifestó en revoluciones que acabaron con la guerra, al derrocar gobiernos en Rusia, Alemania y Austria. Entre tanto, en los países vencedores, motines, huelgas masivas y ocupaciones de fábricas eran el pan de cada día. La primera guerra mundial no creó una guerra popular que discurriera *en paralelo* a la guerra imperialista, sino su opuesto: levantamientos populares *para detener* una guerra imperialista.

La segunda guerra mundial difirió notablemente de la primera guerra mundial en muchos otros aspectos. En primer lugar, dado que el terrible recuerdo de 1914-1918, las promesas rotas de reformas en la posguerra y la crisis socioeconómica de entreguerras dejaron una profunda huella en la gente, los gobiernos Aliados de 1939 sabían que repetir ideas simplistas en

torno al patriotismo no tendría éxito. De modo que en documentos como la Carta Atlántica enfatizaban incluso más insistentemente la lucha por la libertad y hacían promesas incluso más generosas de mejoras en la posguerra, todo para poner en marcha a la población y evitar la repetición de las revueltas de 1917-1919.

Aunque las intenciones de los gobiernos Aliados eran tan imperialistas como antes, las expectativas populares de liberación y reformas se encontraban a un nivel más alto que durante la primera guerra mundial, y eran más difíciles de refrenar.

En segundo lugar, el fascismo y el comunismo establecieron un contexto ideológico nuevo. El fascismo era un intento explícitamente contrarrevolucionario de quebrar la organización de las clases trabajadoras en el propio país, así como una política de agresiva expansión a costa de potencias imperialistas ya establecidas. El primer elemento era algo nuevo y motivó a la gente corriente a luchar contra el fascismo y a defender sus libertades y derechos. El segundo elemento no era nuevo, y a este respecto la segunda guerra mundial fue, como la primera guerra mundial, otra vuelta en la carrera por la ventaja competitiva.

En tercer lugar, había diferencias a escala militar. La primera guerra mundial implicó batallas a gran escala basadas en las trincheras, que establecieron frentes militares claramente delineados y bastante estáticos. Las técnicas de *Blitzkrieg* de la segunda guerra mundial hicieron de las batallas algo mucho más móvil, llevando el bombardeo aéreo y la ocupación enemiga a millones de personas. Alemania y Japón desplazaron deliberadamente el coste de la guerra a aquéllos a los que conquistaron. Las consecuencias fueron hambrunas y reclutamiento forzoso de mano de obra; este último jugó un papel decisivo a la hora de que los jóvenes se unieran a grupos partisanos. Lo inmediato de la agresión de los países del Eje, ya fuera en forma de bombardeos sobre Londres o en forma de ocupación directa, significaba que los combates no se reservaban sólo a las acciones de los gobiernos, sino que se convirtieran en una necesidad urgente para la gente corriente.

En cuarto lugar, la toma por parte del Eje de grandes porciones de terreno solía verse acompañada del surgimiento de colaboracionistas. El

instinto de supervivencia de las clases dirigentes se vio complementado por su deseo de que la Gestapo les ayudara a desmantelar los movimientos de la clase obrera. Ese colaboracionismo hizo pedazos la ilusión de la unidad nacional y la hegemonía ideológica de las que generalmente disfruta el capitalismo. Incluso aquellas élites gobernantes que preferían el imperialismo de los Aliados temían la movilización de los pobres de su país. El resultado fue una política de espera que permitió que florecieran nuevas fuerzas políticas. En Asia, un factor adicional fue que la rápida derrota del Eje debilitó los Estados coloniales y abrió las puertas a la independencia.

En resumen, junto a una brutal guerra imperialista, la situación era favorable como nunca antes para movimientos que buscaran, desde la base, la libertad nacional y social. Que parte de la lucha entre 1939 y 1945 fuese más allá de la tradicional defensa del Estado capitalista no fue, por tanto, una aberración, sino la consecuencia lógica del desarrollo previo de acontecimientos.

La guerra popular tenía debilidades y puntos fuertes. En tanto que amalgama de lucha de clases y de nación, no era viable durante un tiempo excesivamente prolongado. A menudo sus fuerzas se disolvían rápidamente (por ejemplo, en Alemania o Francia).

Incluso allá donde obtenía el poder estatal (p. ej., Yugoslavia o Vietnam) los nuevos gobiernos reafirmaban el «Estado nacional» como un comité de dirección del capitalismo, y el «pueblo» se convertía en sujeto de explotación. Y su impacto en la derrota militar del Eje es discutible. Keegan es, con toda seguridad, demasiado crítico cuando escribe que la contribución de los movimientos de resistencia a la victoria Aliada fue mínima y que «debe percibirse, desde un punto de vista objetivo, como meras bravuconadas irrelevantes e inútiles»[6]. En enero de 1944 los partisanos yugoslavos tenían comprometidas a 15 divisiones alemanas, y la resistencia francesa bloqueó el movimiento de otras 12 durante el Día D[7]. Sin embargo, estos logros palidecen ante los cientos de divisiones desplegadas por los gobiernos Aliados, que disfrutaban de las inestimables ventajas de los impuestos, el respaldo de los ricos, las industrias

armamentísticas y la «fuerza legítima» de ejércitos convencionales bien equipados.

Pero la guerra popular no quedaba confinada tan sólo a los movimientos de resistencia. Millones de personas, en los ejércitos convencionales, estaban decididas a enfrentarse a la opresión del Eje (y, por ende, a todo tipo de opresión). Los gobiernos lo comprendieron perfectamente y, de modo colectivo, se pusieron el traje de antifascistas. Overy tiene razón al afirmar que para la gente corriente «la creencia de que luchaban en el bando correcto les proporcionó un poderoso armamento moral»[8]. Este armamento se empleó contra Alemania, Italia y Japón, pero podía volverse contra los Aliados.

A la pregunta «¿fue la segunda guerra mundial una guerra imperialista o una guerra popular?», la respuesta es «fue ambas cosas». Pero eso no significa que el equilibrio entre ambos aspectos fuera el mismo en todas partes. Las variaciones se debieron en parte a factores subjetivos como los comunistas. Mientras el pacto Hitler-Stalin estuvo en vigencia, los PC denunciaron el carácter imperialista de la segunda guerra mundial, pero tras el comienzo de la Operación Barbarroja se movieron rápidamente para encabezar la guerra popular. A partir de ese momento, el prestigio que les daba su asociación con el victorioso Ejército Rojo les ayudó a obtener seguidores. La disposición de los comunistas a tomar el liderazgo, pese al gran riesgo personal que corrían, surgía de un auténtico compromiso con el progreso social y la justicia. Pero éste se vio moderado por el servilismo de sus líderes hacia Moscú, que a menudo se demostró dañino para los propios movimientos que había contribuido a generar. Eso no significa que la guerra popular fuera un constructo manipulado por los comunistas. Es importante recordar que abarcaba movimientos tan diversos como Abandonen la India (al que el PC indio se oponía) y la campaña «Doble V» en los EE.UU.

Los factores objetivos también jugaron un papel. Los países atrapados entre bloques imperialistas (Yugoslavia, Grecia, Polonia y Letonia) proporcionaron la mayor variedad de relaciones entre la guerra popular y la guerra imperialista. En Yugoslavia, Mihailović temía más a los partisanos que al enemigo, y colaboraba con este último. Esto dejó a los británicos y rusos pocas más opciones que respaldar a los partisanos de Tito, la única

fuerza que se oponía el Eje. De modo que, en definitiva, las fuerzas de la guerra popular y de la guerra imperialista colaboraron juntas. En Grecia, el EAM/ELASS, de influencia comunista, recibió algún que otro apoyo por parte de los Aliados. Sin embargo, debido a que el «acuerdo de los porcentajes» asignaba Grecia al bando británico, Churchill bombardeó Atenas y restauró la odiada monarquía. Aquí, las oposición entre ambas guerras fue total y violenta.

En Polonia, las despiadadas maniobras de Stalin y el carácter indiscriminado de la violencia nazi unieron a los polacos vinculados al imperialismo con la mayoría de la población en un objetivo común. La consecuencia fue el levantamiento de Varsovia, que reflejó ambos tipos de guerra, pero que Stalin abandonó a la represalia nazi. Letonia se encontró tan aplastada entre dos bloques imperialistas rivales que su población escogió identificarse con una u otra de las dos lamentables alternativas: de modo que la guerra popular nunca se materializó.

En las patrias de las potencias Aliadas a veces era difícil distinguir entre quienes se oponían al fascismo y quienes apoyaban al imperio. En los EE.UU. la fisura fue a lo largo de líneas raciales, con disturbios y enfrentamientos armados en casa. En Gran Bretaña los resultados de las elecciones de 1945 confirmaron que la población y la clase dirigente habían estado librando guerras paralelas y separadas. La mayor separación se vio en Francia, donde no sólo la clase dirigente estaba dividida en torno a De Gaulle o Pétain, sino que la resistencia creció independientemente de ambos.

La situación en los países del Eje era en general menos favorable a las guerras paralelas. En Alemania tan sólo surgió una oposición entre las clases dirigentes en los momentos en que los intereses imperiales de la nación se veían en peligro. Esta oposición no veía con buenos ojos la guerra popular. Es más: la represión restringió tanto la acción de masas desde abajo que tan sólo pudo surgir una vez el régimen nazi quedó aplastado desde el exterior. En ese momento las dos guerras se manifestaron como un choque entre las potencias Aliadas y el movimiento de resistencia antifa. En Austria se podría haber dado un proceso semejante si los Aliados, en un intento de dividirla de Alemania, no hubieran identificado a su clase

dirigente (con su repugnante historial de fascismo y colaboracionismo) con la causa antinazi. Era allí, por tanto, difícil que la guerra popular se abriera paso.

Italia fue la excepción porque el régimen de Mussolini cayó antes de que los Aliados llegaran al Norte. La guerra popular pudo, por tanto, oponer un desafío importante tanto a los ocupantes nazis como a los colaboracionistas de la República de Salò.

Aunque el general Alexander casi invita a los nazis a destruir el CLNAI, y aunque la disolvieron apresuradamente en cuanto acabó la guerra, la resistencia italiana dejó un duradero legado político.

En Asia la relación entre guerra imperialista y guerra popular quedó condicionada por el debilitamiento de las potencias colonialistas europeas, y la falsa aseveración, por parte de los japoneses, de ser antiimperialistas. En la India la resistencia tomó la forma de una lucha declaradamente anticolonialista (Abandonen la India) o bien de un intento de emplear el ejército japonés como palanca para expulsar a Gran Bretaña (el Ejército Nacional Indio). Tras las dudas iniciales de Sukarno, la guerra popular en Indonesia implicó la lucha armada contra todas las potencias imperialistas presentes (japoneses, británicos y holandeses). El Partido Comunista vietnamita buscó el apoyo de los Aliados, pero al fracasar en su intento de obtenerlo se lanzó a la presión masiva desde abajo para desarrollar una poderosa lucha antiimperialista.

En definitiva, la segunda guerra mundial fue muy diferente de ninguna otra guerra. Trajo consigo horrores inimaginables (el Holocausto, la aniquilación nuclear, grandes hambrunas y muertes de civiles a una escala gigantesca), pero también se la recuerda como la «guerra buena» que destruyó el fascismo y el nazismo. Como demostró Clausewitz, la guerra no es tan sólo un asunto técnico, sino que refleja corrientes políticas más profundas, de modo que estas características de la segunda guerra mundial persistieron tras 1945. Si podemos invertir, por un momento, el aforismo, en tiempo de paz, «la política fue una continuación de la guerra, una manera de realizar lo mismo por otros medios». De modo que incluso después de que las armas callaran la competición entre bloques imperialistas continuó. La consecuencia fue la Guerra Fría. Por su parte, la guerra popular se

transmutó en una lucha con éxito, a veces violenta, por la descolonización, así como en un movimiento por el establecimiento de estados del bienestar y condiciones de vida decentes.

En el siglo XXI todos estos elementos siguen presentes. El imperialismo sobrevive en intervenciones como las de Irak o Afganistán, acompañado por la masacre doméstica causada por la crisis económica. Por suerte, la guerra popular también sobrevive en forma de lucha contra las guerras imperialistas, antirracismo y antifascismo, así como en la defensa de los logros del estado del bienestar transmitida desde 1945. Como escribió recientemente un veterano de la segunda guerra mundial, «la resistencia llegó en un momento determinado de la historia (…) el pueblo tuvo que contraatacar contra una situación que halló intolerable. Pero hoy en día nos enfrentamos a situaciones intolerables, y contra ellas necesitamos el mismo tipo de respuesta»[9].

AGRADECIMIENTOS.

Estoy en deuda con mucha gente por su generosa ayuda en este libro. Agradecimientos especiales a Nick Howard, Neil Davidson, Manfred Ecker, Owen Gower, Gordon Davie, Gajendra Singh, Nelly y David Bouttier y Charlotte Bence.

CRONOLOGÍA.

Año	*Imperialismo / guerra imperialista*	*Interacción*	*Movimientos populares / guerra popular*
1931	Los japoneses invaden Manchuria.		
1933	Hitler se convierte en canciller de Alemania.		
1934	Schuschnigg sustituye al asesinado canciller austriaco.		Alzamiento vienés contra el fascismo. Masiva manifestación antifascista en París.
1935	Invasión italiana de Abisinia.		
1936	El rey griego entrega el poder al fascista Metaxás. Golpe de estado de Franco en España.		Revolución española.
1937		Los estalinistas dirigen la contrarrevolución en Barcelona.	
1938	Los japoneses extienden la ocupación a China. Violación de Nanjing. Alemania se anexiona Austria (marzo). Apaciguamiento en Múnich (septiembre).		
1939			
Enero			
Febrero			
Marzo	Checoslovaquia desmembrada. Polonia participa.		
Abril		Acaba la guerra civil española con victoria de Franco.	
Mayo			
Junio			
Julio			

Año	*Imperialismo / guerra imperialista*	*Interacción*	*Movimientos populares / guerra popular*
Agosto	Pacto Hitler-Stalin.		
Septiembre	Comienza la segunda guerra mundial. Alemanes y rusos parten Polonia. Periodo de la guerra falsa.		
Octubre			
Noviembre	Guerra ruso-finesa.		
Diciembre			
1940			
Enero			Se forma la ZWZ (base del Ejército Nacional polaco).
Febrero			
Marzo			
Abril	Los nazis ocupan Dinamarca.		Comienza el rescate de judíos daneses.
Mayo	Evacuación británica de Dunquerque. Churchill, primer ministro.		
Junio	Italia se suma a la guerra en el bando del Eje. Alemania derrota a Francia. Acaba la guerra falsa.	De Gaulle llama a la resistencia desde la emisora de la BBC.	Comienzo de la resistencia francesa.
Julio	Los Estados del Báltico se convierten en parte de la URSS.		
Agosto	Rusia completa la absorción de Letonia.		
Septiembre	Comienza el *Blitz* sobre Gran Bretaña.		
Octubre			
Noviembre			

Año	*Imperialismo / guerra imperialista*	*Interacción*	*Movimientos populares / guerra popular*
Diciembre			
1941			
Enero			Movimiento «Marcha sobre Washington».
Febrero			Ho Chi Minh regresa a Vietnam del exilio.
Marzo	Yugoslavia se une al Eje; contragolpe de estado al día siguiente.		
Abril	El Eje invade Yugoslavia y Grecia. Yugoslavia, desmembrada.		Mihailović da inicio a la resistencia *chetnik*.
Mayo	Alemania completa la ocupación de Grecia.		Se forma el Vietminh.
Junio	Rusia deporta a muchos letones. Alemania invade Rusia (*Barbarroja*).		Los comunistas de todo el mundo promueven la resistencia.
Julio	Comienza la invasión japonesa de la Indochina francesa.		Alzamiento popular en Montenegro.
Agosto	Carta del Atlántico (EE.UU. y Gran Bretaña). Primera fase del Holocausto completa en Letonia.		
Septiembre			Se funda el EAM/ELAS.
Octubre	El gobierno ruso comienza a ser evacuado de Moscú.		
Noviembre		Guerra civil entre partisanos y *chetniks*.	
Diciembre	Los japoneses atacan Pearl Harbor e Indonesia. EE.UU. entra en guerra.		

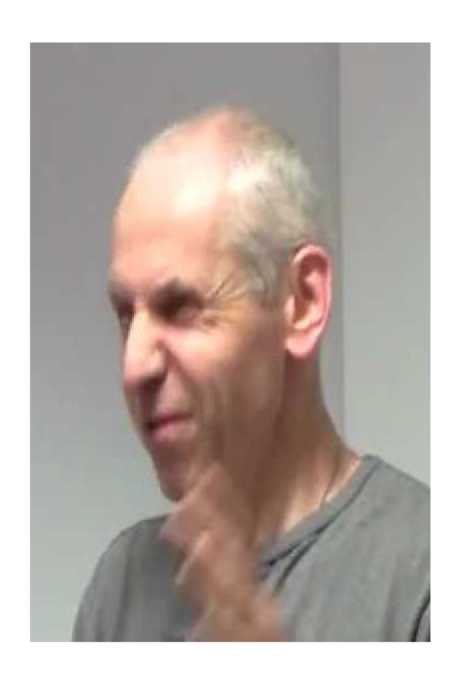
Año	*Imperialismo / guerra imperialista*	*Interacción*	*Movimientos populares / guerra popular*
1942			
Enero			
Febrero	Orden de internar a los japoneses de EE.UU.; Java y Singapur caen ante el avance japonés.		Se crea el Ejército Nacional Indio
Marzo	Misión de Cripps en la India. Se interna a los japoneses de EE.UU. Japón toma Java.	Conflicto étnico en Detroit.	Campaña «Doble Victoria» en EE.UU.[1]
Abril			
Mayo			
Junio			
Julio	Primera batalla de El-Alamein. Las tornas se giran contra el Eje en el norte de África.		
Agosto			Se aprueba la resolución «Abandonen la India».
Septiembre			El liderazgo de Abandonen la India pasa a los socialistas del Congreso [Nacional Indio].
Octubre			
Noviembre	Desembarco anglo-americano en Argel (Operación Antorcha).		Grecia: destrucción del viaducto de Gorgopotamos.
Diciembre			«Parlamento» de los soldados británicos en El Cairo.[2]

1. En este caso Gluckstein emplea el nombre entero, «Doble Victoria»; en el resto del libro ha empleado su versión popular, «Doble V». (*N. del T.*)
2. En este caso Gluckstein pone comillas sobre Parlamento, mientras que no es así en el resto del libro. (*N. del T.*)

Año	*Imperialismo / guerra imperialista*	*Interacción*	*Movimientos populares / guerra popular*
1943			
Enero			
Febrero	Derrota alemana en Stalingrado.		
Marzo			Huelgas masivas en Italia.
Abril		Se disuelve el Parlamento de los soldados en El Cairo.	Alzamiento del Gueto de Varsovia.
Mayo			
Junio			
Julio	Derrota alemana en Kursk. Tormenta de fuego sobre Hamburgo. Mussolini, sustituido.	El nuevo gobierno reprime los estallidos de alegría de los italianos.	Los italianos celebran el tan esperado fin del fascismo y de la guerra.
Agosto			
Septiembre	Eisenhower emite la rendición de Italia. Los alemanes ocupan el norte.		Comienza la lucha partisana en el norte de Italia.
Octubre	Italia declara la guerra a Alemania.		Córcega se convierte en la primera parte de la Francia liberada.
Noviembre		Conferencia de Teherán. Los Aliados apoyan a los partisanos de Tito.	
Diciembre			
1944			
Enero	El Ejército Rojo entra en Polonia. Comienza la ofensiva japonesa sobre Imfal.		El ENI entra en acción en Imfal.

Año	*Imperialismo / guerra imperialista*	*Interacción*	*Movimientos populares / guerra popular*
Febrero	La conferencia de Yalta corrobora las esferas de influencia.		
Marzo		«Giro de Salerno» de Togliatti.	
Abril		Purgas derechistas en el ejército griego.	
Mayo			
Junio	Desembarcos en Normandía: Día D.		La resistencia francesa inicia alzamientos y revueltas para apoyar al Día D.
Julio		La «Operación Valquiria» fracasa en su intento de asesinar a Hitler.	Polonia: Operación Burza («Tempestad»)
Agosto			París, liberada. Comienza el Alzamiento de Varsovia.
Septiembre			El ELAS se hace con el control de la mayor parte de Grecia.
Octubre	«Acuerdo de los porcentajes» entre Churchill y Stalin. Los británicos desembarcan en Grecia.	La hostilidad rusa ayuda al aplastamiento del Alzamiento de Varsovia.	Grecia y Yugoslavia, liberadas.
Noviembre		Alexander ordena el alto el fuego a los partisanos.	
Diciembre	Los alemanes lanzan la «batalla del Saliente» en las Ardenas. Comienza la hambruna de Tonkín.	Batalla por Atenas. El ELAS, destruido.	

Año	*Imperialismo / guerra imperialista*	*Interacción*	*Movimientos populares / guerra popular*
1945			
Enero	El Ejército Rojo toma Varsovia.		
Febrero	Tormenta de fuego sobre Dresde.		
Marzo	Japón toma el control directo de Indochina. El Ejército Rojo entra en Austria.		
Abril	Hitler se suicida. Roosevelt muere. Le sustituye Truman.	Los partisanos matan a Mussolini.	Insurrección nacional italiana.
Mayo	Día de la Victoria en Europa (Día V-E).	Masacre de argelinos que se manifestaban en Setif con motivo del Día V-E.	Movimiento *Antifa* en Alemania.
Junio			El Vietminh crea una Zona Liberada en el norte de Vietnam.
Julio	Declaración de Potsdam.		Los laboristas derrotan a Churchill en las elecciones generales.
Agosto	Bombas atómicas sobre Japón. Día V-J (15 del mes).		Independencia de Indonesia. Revolución en Vietnam.
Septiembre	Los Aliados desembarcan en Saigón.	Combates en Saigón: los vietnamitas contra Francia, Gran Bretaña y Japón.	Ho declara la independencia de Vietnam.
Octubre		Batalla de Semarang, Indonesia.	
Noviembre		Batalla de Surabaya.	Juicio del ENI en Delhi.
Diciembre			



DONNY GLUCKSTEIN (1956).Es profesor de historia en Edimburgo y miembro del Partido Socialista de los Trabajadores (Socialist Workers Party). Es autor de *La Comuna de París: Una revolución en la Democracia, La tragedia de Bujarin* y *Los soviéticos occidentales: Consejos de Trabajadores Versus Parlamento 1915-1920*. Co-autor, junto con Tony Cliff de *Una historia marxista* y *Lucha marxismo y Sindicatos: La huelga general de 1926*.

NOTAS

[1] Las cifras a favor de la paz con Hitler eran de un 20 por ciento en 1941 y de un 15 por ciento en 1945. H. Cantril, *The Human Dimension: Experiences in Policy Research*, Rutgers University Press, Nueva Jersey, 1967. <<

[2] Mass Observation, informe 301A, junio de 1940. Primer informe semanal de moral, p. 4. <<

[3] Ídem, informe 301A, junio de 1940. Primer informe semanal de moral, p. 34. <<

[4] Ídem, informe 2131, julio de 1944, p. 2. <<

[5] Ídem, informe 2149(1), mayo de 1945. Cambios de perspectiva durante la guerra, p. 8. <<

[6] D. Loza, *Fighting for the Soviet Motherland. Reflection from the Eastern Front*, University of Nebraska Press, Nebraska, 1998. <<

[7] Loza, 1998. <<

[8] Estudio de la Internet Movie Data Base en www.imdb.com. Realizado el 20 de enero de 2008. Se contabilizaron 2256 películas bélicas de las que se tomó como muestra un 10 por ciento. <<

[9] Citado en H. T. Cook y T. F. Cook, *Japan at War: An Oral History*. The New Press, Nueva York, 1992. <<

[10] J. G. Royde-Smith (ed.) en *Encyclopaedia Britannica on line*, Academic Edition, «primera guerra mundial», p. 50 y gráfico 4. Consultada el 15 de enero de 2008. <<

[11] Agence France Presse (AFP), noticia del 4 de abril de 1995. <<

[12] Según un equipo de epidemiólogos estadounidenses e iraquíes. D. Brown, «Iraq War: Study Claims Iraq's "Excess" Death Toll Has Reached 655 000» («Guerra de Irak: un estudio asegura que el número de muertos "excedente" ha alcanzado los 655 000»). En *Washington Post*, 11 de octubre de 2006[1N]. <<

[13] I. C. B. Dear y M. R. D. Foot (eds.), *The Oxford Companion to the Second World War*, Oxford University Press, Oxford, 1995. La *Enciclopedia Británica* sitúa la cifra entre 35 y 60 millones de personas. <<

[14] S. Terkel, *The Good War: an Oral History of World War Two*. Pantheon Books, Nueva York, 1984. Existe una edición de The New Press, Nueva York, 1997. <<

[15] Loza, 1998. <<

[16] Estrenada el 27 de mayo de 1943. También conocida como *Preludio a la guerra*, fue la película oficial del gobierno de los EE.UU. acerca de la segunda guerra mundial, y se empleó en el entrenamiento del ejército estadounidense antes de exhibirse públicamente. <<

[17] A. Tusa y J. Tusa, *The Nuremberg Trial*, Scribner Book Company, Londres, 1983. Existen al menos 7 ediciones más de este libro, todas en inglés. <<

[18] M. Gilbert, *The Holocaust: The Jewish Tragedy*, Collins, Londres, 1987. <<

[19] Vittorio Mussolini (hijo del *Duce*) citado en R. Cameron, *Appeasement and the Road to War*, Pulse Publications, Fenwick, 2002. Véase también T. Behan, *The Italian Resistance*, Pluto Press, Londres, 2009. <<

[20] Según el Tribunal para Crímenes de Guerra de Tokio, 1946. Los detalles, en S. H. Harris, *Factories of Death*, Routledge, Londres, 1994. Chang sitúa las cifras entre 260 000 y 350 000 muertes (I. Chang, *The Rape of Nanking*, Basic Books, Harmondsworth, 1997). Japón también lanzó una investigación de guerra biológica durante la cual se infectó deliberadamente a prisioneros de guerra británicos con carbunco, tifus y tétanos, y a menudo se los diseccionaba mientras aún estaban vivos (citado en Harris). <<

[21] *The Times*, 25 de agosto de 1941. <<

[22] Maisky, embajador soviético en Gran Bretaña, citado en *The Times*, 25 de septiembre de 1941. <<

[23] *The Times*, 10 de septiembre de 1941. <<

[24] Winston S. Churchill, *La segunda guerra mundial*, vol. 2, Edhasa, Madrid, 2002. Trad.: Alejandra Devoto. <<

[25] Churchill, vol. 2, 2002. <<

[26] A. MacLeish, citado en H. Zinn, *La otra historia de los Estados Unidos*, Siglo XXI Editores, México, 1999. Trad.: Toni Strubel. <<

[27] C. Hull, citado en Zinn, 1999. <<

[28] Carl von Clausewitz, *De la guerra* (2 vols.), Ediciones Ministerio de Defensa, Madrid, 1999. Dirigida y traducida por Michael Howard y Peter Paret. <<

[29] Clausewitz, 1999. <<

[30] Emisión de la BBC, Londres, 22 de junio de 1941. <<

[31] J. Stalin, 6 de noviembre de 1942, citado en A. Marwick y W. Simpson (eds.), *War, Peace and Social Change: Europe 1900-1955*[2N], Open University Press, Buckingham, 1990. <<

[32] L. Trotski, *Writings 1939-1940*, Pathfinder Press, Nueva York, 1973. Existen numerosas traducciones en acceso gratuito *on-line*, de entre las que destaca la del Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones León Trotsky, de Argentina: es.scribd.com/doc/16189 247/Bronstein-LevD-Trotsky-Escritos-19381 940-VI y en www.1j4.org/trotsky/ceip/escritos/libro6/index.htm <<

[33] Trotski, 1973. <<

[34] Trotski, 1973. <<

[35] H. Zinn, *Sobre la guerra. La paz como imperativo moral*, Debate, Barcelona, 2007. Trad.: Ramón Vilà Vernis. <<

[36] El destacado es mío. H. Michel, *The Shadow War*[3N], Harper & Row, Nueva York, 1972.<<

[37] Deberían mencionarse otras dos interpretaciones de la segunda guerra mundial. La primera la adelanta Arno Mayer en *Why Did the Heavens Not Darken*?,[4N] Pantheon Books, Nueva York, 1988. Mayer ve la segunda guerra mundial como el punto final de una «Guerra de los Treinta Años» en Europa, y subraya los elementos de continuidad con la primera guerra mundial y su resultado. El mérito de esta tesis está en su explicación del trasfondo de la segunda guerra mundial. Sin embargo, no abarca el carácter único del periodo 1939-1945 que la hizo tan diferente a las guerras anteriores o posteriores, y que es el tema de este libro. La segunda interpretación la ofrece Ernest Mandel en *El significado de la segunda guerra mundial*, Fontamara, México, 1991 (Trad.: Berenice López García). Su argumentación es cercana a la nuestra, puesto que percibe la segunda guerra mundial como «un asunto polifacético», y lleva esta argumentación hasta el extremo de afirmar que se trató de «la suma de cinco conflictos diferentes: guerra interimperialista, autodefensa de la Unión Soviética, una guerra justa del pueblo chino, de las colonias asiáticas y de liberación nacional». Interpretar el papel de Rusia como fundamentalmente socialista es un error que impide ver correctamente qué ocurrió en numerosos ejemplos. Además, en lugar de ver la segunda guerra mundial como una «suma» de conflictos, el propósito del presente libro es enfocar las contradicciones internas que precipitaron el enfrentamiento entre la guerra interimperialista y la guerra popular dentro de una «unidad de opuestos» dialéctica.<<

[38] J. Newsinger, *The Blood Never Dried: A People's History of the British Empire*, Bookmarks, Londres, 2006. <<

[39] C. L. Sulzberger y Stephen E. Ambrose, *American Heritage New History of World War II*, Viking, Nueva York, 1997. <<

[40] Según Sulzberger y Ambrose, 1997. <<

[41] Citado por Zinn, 2007. <<

[42] Citado en Sulzberger y Ambrose, 1997. <<

[43] Citado en Sulzberger y Ambrose, 1997. <<

[44] La lista de países que proporcionarían aún más pruebas de la existencia de guerras paralelas sería coincidente con la propia segunda guerra mundial. Incluye a Albania, Argelia, Bélgica, Birmania, China, Checoslovaquia, Dinamarca, Holanda, Líbano, Noruega, Filipinas, Eslovaquia y Siria. Sin duda podrían añadirse otros a la lista. <<

[1] Citado en D. Wingate Pike, «Franco and the Axis Stigma» («Franco y el Estigma del Eje»), en *Journal of Contemporary History*, vol. 17, n.º 3, julio de 1982. <<

[2] M. Wolff. Citado por S. Terkel, Nueva York, 1984. <<

[3] A. H. Landis, *The Abraham Lincoln Brigade*, The Citadel Press, Nueva York, 1967. John Ciardi y M. Wolff en Terkel, Nueva York, 1984. <<

[4] Wingate Pike, 1982. <<

[5] Estos aviones se concedieron incluso en número superior al demandado por Franco. En un par de semanas se había trasladado a 15 000 soldados, con un efecto devastador en el sur de España. <<

[6] M. Tuñón de Lara, J. Aostegui, A. Viñas, G. Cardona y J. Bricall, *La guerra civil española, 50 años después*, Ed. Labor, Barcelona, 1985. Véase también J. Coverdale, *La intervención fascista en la Guerra Civil española*, Alianza Editorial, Madrid, 1979. Trad. Fernando Santos Fontenla. <<

[7] Discurso en Santa Cruz de Tenerife, el 18 de julio de 1936, en www.generalisimofranco.com. <<

[8] Citado en R. Fraser, *Recuérdalo tú y recuérdalo a los otros* (2 vols.), Crítica, Barcelona, 1979. Existe una edición de Grijalbo, 1997. <<

[9] A. Durgan, *The Spanish Civil War*, Palgrave, Houndmills, 2007. <<

[10] Citado en Fraser, 1979. <<

[11] H. Graham, *La República española en guerra: 1936-1939*. Debate, Madrid, 2006. Trad.: Sandra Isabel Souto Kustrin. <<

[12] A. Durgan, 2007. <<

[13] Tuñón de Lara *et al*., 1979. <<

[14] Wingate Pike, 1982. <<

[15] Tuñón de Lara *et al*., 1979. <<

[16] M. García, *Prisionero de Franco: anarquistas en lucha contra la dictadura*, Anthropos, Barcelona, 2011. <<

[17] A. Durgan, 2007. <<

[18] Decreto de Colectivización de Cataluña, 24 de diciembre de 1936, citado en Fraser, 1979. <<

[19] G. Orwell, *Homenaje a Cataluña*, Debate, Barcelona, 2011. Trad.: Miquel Temprano García. Existen numerosas ediciones de esta obra en castellano, por ejemplo, la de La Llevir-Virus (2000) y la de Destino (2003). <<

[20] Citado en Fraser, 1979. <<

[21] A. Durgan, 2007. <<

[22] El tema lo había sacado a colación ya el 22 de julio, en Moscú, el líder comunista francés Thorez. Véase Tuñón de Lara *et al*., 1979. <<

[23] Tuñón de Lara *et al*., 1979. <<

[24] Resolución de la Conferencia del Partido Laborista, citada en *The Times* el 21 de julio de 1936. Lamentablemente no se mantuvo esta postura y el partido cayó en el no intervencionismo. <<

[25] T. Buchanan, *Britain and the Spanish Civil War*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997. <<

[26] H. Graham, 2006. <<

[27]*The Times*, 3 de octubre de 1936. <<

[28] Arthur Bryant, biógrafo y confidente del primer ministro *tory* Stanley Baldwin, citado en D. Little, «Red Scare, 1936: Anti-Bolshevism and the Origins of British Non-Intervention in the Spanish Civil War» («Miedo Rojo, 1936: el antibolchevismo y los orígenes del no intervencionismo británico en la guerra civil española»), en *Journal of Contemporary History*, vol. 23, n.º 2, abril de 1988. <<

[29] Véase P. Broué y E. Temimé, *La Revolución y la guerra de España* (2 vols.), Ed. Fondo de Cultura Económica, México 1971. Trad.: Francisco González Aramburo. Existe una reedición de 1989 y una versión *on-line* de pago en es.scribd.com/doc/22605 487/Broue-Pierre-y-Temime-Emile-La-Revolucion -y-la-guerra-de-Espana-1061. <<

[30] G. Warner, «France and Non-Intervention in Spain, July-August 1936» («Francia y el no intervencionismo en España, julio-agosto de 1936»), *International Affairs*, vol. 38, n.º 2, 1962. <<

[31] El secretario de Estado en funciones, William Phillips, citado en G. Finch, «The United States and Spanish Civil War» («Los Estados Unidos y la guerra civil española»), *American Journal of International Law*, vol. 31, n.º 1, enero de 1937. <<

[32] Citado en H. Jablon, «Franklin D. Roosevelt and the Spanish Civil War» («Franklin D. Roosevelt y la guerra civil española»), *Social Studies*, 56:2, febrero de 1965. <<

[33] G. A. Stone, *Spain, Portugal and the Great Powers, 1931-1941*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2005. <<

[34] Véase D. Tierney, «Franklin D. Roosevelt and Covert Aid to the Loyalists in the Spanish Civil War» («Franklin D. Roosevelt y la ayuda encubierta a los lealistas en la guerra civil española»), *Journal of Contemporary History*, vol. 39 (3), 2004. <<

[35] A. H. Landis, 1967. <<

[36] A. Durgan, 2007. Véase también G. A. Stone, 2005. <<

[37] H. Thomas, *La guerra civil española*, Grijalbo, Madrid, 1977. Existe una edición de DeBolsillo (2003) más fácil de conseguir. <<

[38] A. Durgan, 2007. <<

[39] Véase G. Howson, *Armas para España*, Ediciones Península, Barcelona, 2000. <<

[40] Citado en A. H. Landis, 1967. <<

[41] Donald Renton, en I. MacDougall (ed.), *Voices from the Spanish Civil War. Personal recollections of Scottish Volunteers in Republican Spain, 1936-1939*, Polydor, Edimburgo, 1986. <<

[42] P. Preston, crítica de *B. Bolleten, La guerra civil española: Revolución y contrarrevolución*[5N]*,* en *The English Historical Review*, octubre de 1993.
<<

[43] G. A. Stone, 2005. <<

[44]*The Times*, 9 de octubre de 1940. <<

[45]*The Times*, 19 de julio de 1941. <<

[46] Ibíd. <<

[47] *Sir* Samuel Hoare, citado en G. A. Stone, 2005. <<

[48] Véase R. Wigg, *Churchill y Franco: la política británica de apaciguamiento y la supervivencia del régimen, 1940-1945*, Debate, Madrid, 2005. <<

[49] R. Wigg, 2005. <<

[50] R. Wigg, 2005. <<

[51] G. A. Stone, 2005. <<

[52] R. Wigg, 2005. <<

[53] R. Wigg, 2005. <<

[1] A. Donlagic, Z. Atanackovic y D. Plenca, *Yugoslavia in the Second World War*, Medunarodna Stampa-Interpress, Belgrado, 1967. <<

[2] T. Judah, *The Serbs*, Yale University Press, New Haven, 1997. <<

[3] H. Williams, *Parachutes, Patriots and Partisans: The Special Operations Executive and Yugoslavia, 1941-1945*, C. Hurst & Co. Publishers, Londres, 2004. <<

[4] P. Auty, *Tito*, Ed. Bruguera, Barcelona, 1971. Existe una edición de Ed. San Martín, Madrid, 1974. <<

[5] H. Williams, 2004. <<

[6] Milan Grol, un ministro del gobierno, en una reunión del Gobierno Real el 28 de abril de 1941. Donlagic *et al*., 1967. <<

[7] M. Djilas, *Memoir of a Revolutionary*, Houghton Mifflin Harcourt, Nueva York, 1973. <<

[8] M. Djilas, 1973. <<

[9] Quisling fue el notorio líder de los nazis noruegos cuyo nombre se convirtió, en lengua inglesa, en sinónimo de colaboracionista. [Véase nota del traductor correspondiente.] <<

[10] T. Judah, 1997. <<

[11] T. Judah, 1997. <<

[12] K. Ford, *OSS and the Yugoslav Resistance*, Texas A&M University Press, Texas, 1992. <<

[13] A. Donlagic et al., 1967. <<

[14] H. Williams, 2004. <<

[15] H. Williams, 2004. <<

[16] C. Wilmot[6N],*The Struggle for Europe*, Collins, Hertfordshire, 1997.<<

[17] K. Ford, 1992. <<

[18] W. Jones, *Twelve Months with Tito's Partisans*, Bedford Books, Bedford, 1946. <<

[19] M. Djilas, 1973. <<

[20] M. Djilas, 1973. <<

[21] M. Djilas, 1973. <<

[22] P. Auty, 1971. <<

[23] M. Djilas, *Wartime with Tito and the Partisans*, Secker & Warburg, Londres, 1977. Existe una reedición de 1980 y una edición de Mariner Books de 1980. <<

[24] Véase B. Davidson, *Special Operations Europe: Scenes from the Anti-Nazi War*, Monthly Review Press, Nueva York, 1980. Existe una edición británica de Irwin *Pub* del mismo año. <<

[25] Stjepan Radic, citado en T. Judah, 1997. <<

[26] W. Jones, 1946. <<

[27] T. Judah, 1997. <<

[28] M. Djilas, 1973. <<

[29] M. Djilas, 1973. <<

[30] Proclama del PCY de junio de 1942, citada en Donlagic *et al*., 1967. <<

[31] P. Auty, 1971. <<

[32] H. Williams, 2004. <<

[33] H. Williams, 2004. <<

[34] Para la directiva de Keitel, véase P. Auty, 1971. Véase también H. Williams (2004), T. Judah (1997) y K. Ford (1992). <<

[35] H. Williams, 2004. <<

[36] H. Williams, 2004. <<

[37] M. Djilas (2), 1977. <<

[38] M. Djilas (2), 1977. <<

[39] P. Auty, 1971. <<

[40] A. Donlagic *et al*., 1967. <<

[41] K. Ford, 1992. <<

[42] K. Ford, 1992. <<

[43] Farish, citado en K. Ford, 1992. <<

[44] K. Ford, 1992. <<

[45] Son las cifras para 1944. Mihailović afirmaba haber movilizado a 57 440 hombres y poder movilizar a más de 450 000, aunque el oficial de enlace de EE.UU. estimaba que había probablemente menos de 35 000 enrolados. K. Ford, 1992. <<

[46] H. Williams, 2004. <<

[47] K. Ford, 1992. <<

[48] A. Donlagic *et al*., 1967. <<

[49] A. Donlagic *et al*., 1967. <<

[50] W. Jones, 1946. <<

[51] H. Williams, 2004. <<

[52] P. Auty (1971) y K. Ford (1992). Estas cifras son inevitablemente imprecisas y motivo de debate. <<

[53] A. Donlagic *et al*., 1967. <<

[54] M. Djilas (2), 1977. <<

[55] M. Djilas (2), 1977. <<

[56] M. Djilas (2), 1977. <<

[57] B. Davidson, 1980. <<

[58] M. Djilas (2), 1977. <<

[59] P. Auty, 1971. <<

[60] K. Ford, 1992. <<

[61] K. Ford, 1992. <<

[62] B. Davidson, 1980. <<

[63] Eden, el 3 de enero de 1943, citado en E. Barker, «Some Factors in British Decision-making over Yugoslavia, 1941-4» («Algunos factores en la toma británica de decisiones con respecto a Yugoslavia, 1941-1944»), en P. Auty y R. Clogg (eds.), *British Policy towards Wartime Resistance in Yugoslavia and Greece*, Macmillan, Londres, 1975. Existe una edición americana de Barnes, Nueva York, 1975. <<

[64] P. Auty y R. Clogg, 1975. <<

[65] El énfasis es mío. Citado en E. Barker, en P. Auty y R. Clogg (1975) y en B. Davidson (1980). <<

[66] E. Barker, en P. Auty y R. Clogg, 1975. <<

[67] H. Williams, 2004. <<

[68] K. Ford, 1992. <<

[69] 28 de noviembre de 1943. Citado en A. Donlagic *et al*., 1967. <<

[70] P. Auty, 1971. <<

[71] K. Ford, 1992. <<

[72] G. Kolko, *Políticas de guerra: el mundo y la política exterior de los Estados Unidos, 1943-1945*, Grijalbo, Madrid, 1974. El autor emplea la reedición revisada y con nuevo prólogo de 1990 (Random House, Nueva York) de la que no hay versión en castellano. <<

[73] G. Kolko, 1974. <<

[74] R. Medvedev, *Let History Judge: The Origin and Consequences of Stalinism*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1972. <<

[75] P. Auty, 1971. <<

[76] M. Djilas (2), 1977. <<

[77] Tito, diciembre de 1942, citado en A. Donlagic *et al*., 1967. <<

[78] A. Donlagic *et al*., 1967. <<

[79] P. Auty, 1971. <<

[80] M. Djilas (2), 1977. <<

[81] P. Auty, 1971. <<

[82] P. Auty, 1971. <<

[83] M. Djilas (2), 1977. <<

[1] Véase C. Tsoucalas, *The Greek Tragedy*, Penguin Books, Harmondsworth, 1969, y E. Thermos, «From Andartes to Symmorites: Road to Greek Fratricide» («De *andartes* a *simorites*: el camino al fratricidio griego»), en *The Massachussets Review*, vol. 9, n.º 1, 1968. Se puede leer en www.jstor.org/disco ver/10.2307/25087 687?uid=2 129&uid=70&uid=4&sid=21101797935 947 (inglés). <<

[2] M. Mazower, *Inside Hitler's Greece*, Yale University Press, Yale, 1993; C. Tsoucalas, 1969, y E. C. W. Myers, *Greek Entanglement*, R. Hart-Davis, Londres, 1955. Existe una reedición revisada, por Sutton Publishing Ltd., 1985. <<

[3] «The Communist Party History of Giannis Ioannidis» («La historia del Partido Comunista de Giannis Ioannidis»), en P. Auty y R. Clogg, 1975. <<

[4] Véase Tsoucalas, 1969. <<

[5] C. Woodhouse, *The Apple of Discord*, Hutchinson, Londres, 1948. Existen reediciones posteriores. <<

[6] *New York Times*, 30 de enero de 1941, citado en Tsoucalas, 1969. <<

[7] Citado en L. Baerentzen, *British Reports on Greece, 1943-1944*, Museum Tusculanum Press, Copenhague, 1982. <<

[8] Citado en W. Deakin, E. Barker, J. Chadwick (eds.), *British Political and Military Strategy in Central, Eastern and Southern Europe in 1944*, Palgrave Macmillan, Houndmills, 1988. <<

[9] Yugoslavia se conquistó en una semana, pero se tardó cerca de un mes en subyugar Grecia. Esta prolongada lucha retrasó la Operación Barbarroja, lo que implicó que la Wehrmacht se viera atrapada por el terrible invierno ruso, con resultados decisivos para la guerra en general (D. Eudes, *The Kapetanios*, NLB, Londres, 1972). <<

[10] C. Tsoucalas, 1969. <<

[11] M. Mazower, 1993; C. Tsoucalas, 1969; D. Eudes, 1972. <<

[12] D. Glinos, «What is the National Liberation Front (EAM) and what does it want?» («¿Qué es el Frente de Liberación Nacional [EAM] y qué quiere?»), en R. Clogg, 1975. <<

[13] C. Woodhouse, 1948. <<

[14] D. Glinos, en R. Clogg, 1975. Véanse también M. Mazower, 1993, y E. C. W. Myers, 1955. <<

[15] Al principio Sarafis fue apresado por las fuerzas del ELAS, y hubo que convencerle de que aceptase el mando, aunque posteriormente se unió al KKE. Véase S. Sarafis, *ELAS: Greek Resistance Army*, Merlin Press, Londres, 1980, trad. Sylvia Moody. <<

[16] M. Mazower, 1993. <<

[17] Zachiaridis, citado en D. Eudes, 1972. <<

[18] Acuerdo de Caserta, 26 de septiembre de 1944, en C. Woodhouse, 1948, y R. Clogg, 1975. <<

[19] M. Mazower, 1993. <<

[20] C. Woodhouse, 1948, y M. Mazower, 1993. <<

[21] E. C. W. Myers, 1955. <<

[22] Según Spiro Meletzis, fotógrafo oficial de la Resistencia, citado en J. Hart, *New Voices in the Nation. Women and the Greek Resistance, 1941-1964*, Cornell University Press, Ithaca, 1996. <<

[23] E. C. W. Myers, 1955. <<

[24] M. Mazower, 1993. Sin embargo vale la pena señalar que Aris llevó a cabo la muerte del comandante del EKKA, Psarros, en abierto desafío a otros líderes del ELAS, por una disputa entre facciones que se tocará posteriormente. Véase C. Tsoucalas, 1969, y S. Sarafis, 1980. <<

[25] C. Woodhouse, 1948. <<

[26] C. Woodhouse: «The Situation in Greece-January to May, 1944» («La situación en Grecia, enero-mayo de 1944»), en L. Baerentzen, 1982, y C. Woodhouse, 1948. Véase también M. Mazower, 1993. <<

[27] D. Glinos, «What is the National Liberation Front (EAM) and what does it want?» («¿Qué es el Frente de Liberación Nacional [EAM] y qué quiere?»), en R. Clogg, 1975. <<

[28] C. Tsoucalas, 1969, y L. S. Stavrianos, «The Greek National Liberation Front (EAM): A Study in Resistance Organization and Administration» («El Frente de Liberación Nacional griego (EAM): un estudio sobre organización y administración de la Resistencia»), en *Journal of Modern History*, vol. 24, n.º 1, marzo de 1952. <<

[29] M. Hadas, «OSS Report of 13 September 1944» («Informe del OSS de 13 de septiembre de 1944»), en R. Clogg, 1975. <<

[30] D. Eudes, 1972. <<

[31] J. Hart, 1996. Hart calcula que sólo en el Peloponeso un 25 por ciento de los líderes del EAM eran comunistas. <<

[32] S. Sarafis, 1980. <<

[33] J. Hart, 1996. <<

[34] C. Woodhouse, 1948. <<

[35] D. Eudes, 1972. <<

[36] S. Sarafis, 1980, y D. Eudes, 1972. <<

[37] Declaraciones de una mujer ateniense que contaba con 12 años de edad en 1941, citada en J. Hart, 1996. <<

[38] J. Hart, 1996. <<

[39] J. Hart, 1996. <<

[40] J. Hart, 1996. <<

[41] M. Mazower, 1993, y J. Hart, 1996. <<

[42] Citado en J. Hart, 1996. <<

[43] L. S. Stavrianos, «The Greek National Liberation Front…», 1952. <<

[44] Citado en J. Hart, 1996 <<

[45] Citado en J. Hart, 1996. Mazower realiza una argumentación idéntica en M. Mazower, «Structures of Authority in Greek Resistance, 19411 944» («Estructuras de autoridad en la resistencia griega, 1941-1944») en T. Kirk y A. McElligott, *Opposing Fascism*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999. <<

[46] J. Hart, 1996. En el Ejército Democrático, el sucesor del ELAS en la guerra civil a partir de 1945, las mujeres eran una parte importante de las fuerzas combatientes y participaban en los mismos términos que los hombres (A. Nachmani, «Civil War and Foreign Intervention in Greece, 1946-1949» [«Guerra civil e intervención extranjera en Grecia, 1946-1949 »], en *Journal of Contemporary History*, vol. 25, 1990). <<

[47] C. Woodhouse: «The Situation in Greece…», en L. Baerentzen, 1982.
<<

[48] Este patrón lo inauguró el pueblo de Kleitsos, en Euritania, el 11 de octubre de 1942, y se extendió rápidamente a las zonas y barrios del EAM y, finalmente, a todas las áreas controladas por la Resistencia. Véase L. S. Stavrianos, «The Greek National Liberation Front…», 1952; M. Mazower, 1993; J. Hart, 1996, y S. Sarafis, 1980. <<

[49] D. Eudes, 1972. <<

[50] M. Mazower, 1993. <<

[51] L. S. Stavrianos, «The Greek National Liberation Front…», 1952. <<

[52] M. Mazower, 1993. <<

[53] C. Woodhouse: «The Situation in Greece…», 1982. <<

[54] C. Woodhouse, 1948. <<

[55] Citado en C. Tsoucalas, 1969. <<

[56] C. M. Woodhouse, «Summer 1943: The Critical Months» («Verano de 1943: los meses críticos»), en P. Auty y R. Clogg, 1975. <<

[57] Compárense las cifras ofrecidas por Sarafis, de 19 355 (S. Sarafis, 1980) y el recuento de la suma de resistentes de 25 000 (E. C. W. Myers, 1955). <<

[58] Esto según Sarafis (1980). Myers sugiere que la Resistencia destruyó o dañó un total de 150 locomotoras, más de 100 puentes volados y más de 250 barcos de más de 68 000 toneladas hundidos (E. C. W. Myers, 1955). <<

[59] S. Sarafis, 1980, E. C. W. Myers, 1955. <<

[60] E. C. W. Myers, 1955. <<

[61] E. C. W. Myers, 1955. <<

[62] L. S. Stavrianos, «The Greek National Liberation Front…», 1952. <<

[63] E. C. W. Myers, 1955. Véase también M. Mazower, 1993. <<

[64] C. M. Woodhouse, «Summer 1943…», en P. Auty y R. Clogg, 1975. <<

[65] E. C. W. Myers, 1955. <<

[66] S. Sarafis, 1980. <<

[67] C. M. Woodhouse, 1948. Véase también M. Mazower, 1993. <<

[68] S. Sarafis, 1980. <<

[69] C. M. Woodhouse, 1948. Véase también M. Mazower, 1993. <<

[70] Según informes estadounidenses citados en L. S. Stavrianos, «Two points of view: I. The Inmmediate Origins of the Battle for Athens» («Dos puntos de vista. I. Los orígenes inmediatos de la batalla por Atenas»), en *American Slavic and East European Review*, vol. 8, n.º 4, 1949. <<

[71] C. Woodhouse: «The Situation in Greece…», en L. Baerentzen, 1982, y E. C. W. Myers, 1955. <<

[72] W. Churchill, 2002. <<

[73] Véase D. Eudes, 1972, y el relato de Myers como líder de la operación, en E. C. W. Myers, 1955, y S. Sarafis, 1980. <<

[74] Citado en W. Deakin, «Resistance in Occupied Central and Southeastern Europe» («La resistencia en la Europa central y del sudeste ocupada»), en W. Deakin *et al.*, 1988. Tras el acontecimiento, tanto Woodhouse como Myers abogaron, en términos similares, por un cambio de política. Myers escribió: <<

> Mientras la estrategia Aliada en los principales frentes de batalla fue defensiva, todo acto de sabotaje, casi cada explosión en territorio ocupado por el enemigo cosechó una recompensa moral desproporcionada en cuanto al beneficio material, enorme incluso cuando este último lo era por sí mismo, y justificaba plenamente nuestra política. Cuando los Aliados pasaron a la ofensiva, sin embargo, estas explosiones que tanto hacían subir la moral y la propaganda pasaron a tener menos importancia (…) pero para entonces era ya demasiado tarde como para enviar de regreso a casa a los miles de combatientes de las fuerzas guerrilleras (…) (E. C. W. Myers, 1955).

[75] Citado en S. Sarafis, 1980. <<

[76] Citado en C. Tsoucalas, 1969. <<

[77] C. Woodhouse, 1948. <<

[78] La acción angloamericana se llevó a cabo en abierto desafío a un acuerdo unánime entre los partidos políticos griegos, ¡incluyendo a los realistas! Véase L. S. Stavrianos, «The Mutiny in the Greek Armed Forces, April 1944» («El motín en las fuerzas armadas griegas, abril de 1944»), en *American Slavic and East European Review*, vol. 9, n.º 4, 1950. <<

[79] C. Tsoucalas, 1969. <<

[80] L. S. Stavrianos, «The Mutiny…», 1950. <<

[81] Churchill, 14 de abril de 1944, citado en C. Tsoucalas, 1969. <<

[82] Tsoucalas ofrece la cifra de 20 000 (C. Tsoucalas, 1969), mientras que Thermos sugiere 12 000 (E. Thermos, «From Andartes…», 1968). <<

[83] D. Eudes, 1972. <<

[84] Neubacher, 14 de septiembre de 1944, citado en W. Deakin *et al*., 1988.
<<

[85] W. Deakin *et al*., 1988. <<

[86] M. Mazower, 1993. <<

[87] Citado en W. Deakin *et al*., 1988. <<

[88] Citado en L. Karliaftis, «Trotskysm and Stalinism in Greece» («Trotskismo y estalinismo en Grecia»), en *Revolutionary History*, vol. 3, n.º 3, 1991. Véase también la traducción [al inglés] en S. Vukmanovic, *How and Why the People's Liberation Struggle of Greece met with Defeat*, The Merlin Press Ltd., Londres, 1989. <<

[89] Citado en C. Tsoucalas, 1969. <<

[90] S. Vukmanovic, 1989. <<

[91] R. Clogg, 1975. <<

[92] C. Woodhouse, 1948. <<

[93] R. Clogg, «”Pearls from Swine”: the FO papers, SOE and the Greek Resistance» («”Margaritas de parte de los cerdos”: los papeles del Ministerio de Asuntos Exteriores, el SOE y la resistencia griega»), en P. Auty y R. Clogg, 1975. <<

[94] Citado en C. M. Woodhouse, «Summer 1943…», en P. Auty y R. Clogg, 1975. <<

[95] K. Pyromaglou, citado en L. S. Stavrianos, «Two points of view…», 1949. <<

[96] La cúpula del KKE había utilizado el PEEA como palanca para obtener ministros en el gobierno de El Cairo. De esta manera la primera reunión del PEEA fue también la última. L. S. Stavrianos, «The Greek National Liberation Front…», 1952. <<

[97] R. Clogg, 1975, y S. Sarafis, 1980. <<

[98] R. Clogg, 1975. <<

[99] D. Eudes, 1972. <<

[100] C. Woodhouse, 1948. <<

[101] C. Tsoucalas, 1969. <<

[102] M. Mazower, 1993. <<

[103] C. Woodhouse, 1948. <<

[104] D. Eudes, 1972. Véase también S. Vukmanovic, 1989. <<

[105] S. Sarafis, 1980. <<

[106] C. Woodhouse, 1948. <<

[107] C. Tsoucalas, 1969. <<

[108] Citado en L. S. Stavrianos, «Two points of view…», 1949. <<

[109] Citado en W. Deakin *et al*., 1988. <<

[110] W. Deakin *et al*., 1988. <<

[111] General Alexander, citado en T. D. Sfikas, «The People at the Top Can Do These Things, Which Others Can't Do: Winston Churchill and the Greeks, 1940-45» («La gente con poder puede hacer este tipo de cosas, que otros no pueden: Winston Churchill y los griegos, 1940-1945»), en *Journal of Contemporary History*, vol. 26, 1991. <<

[112] R. Clogg, 1975. <<

[113] J. Iatrides (ed.), *Ambassador MacVeagh Reports: Greece, 1933-1947*. Princeton University Press, Princeton, 1960. <<

[114] T. D. Sfikas, «The People…», 1991. <<

[115] R. Clogg, 1975. <<

[116] http://politikokafeneio.com/Forum/viewtopic.php?=114 187&sid =040bbd798e8d1b12e85459 197e9d8b1b, consultado el 8 de agosto de 2009. <<

[117] Citado en T. D. Sfikas, «The People…», 1991. <<

[118] *The Times*, 6 de diciembre de 1944. <<

[119] L. S. Stavrianos, «Two points of view…», 1949. <<

[120] Profesor Svolos, citado en J. Iatrides, 1960. <<

[121] M. Mazower, 1993. <<

[122] El énfasis es mío. L. S. Stavrianos, «Two points of view…», 1949. <<

[123] *The Times*, 6 de diciembre de 1944. <<

[124] E. Thermos, «From Andartes…», 1968. <<

[125] *The Times*, 21 de diciembre de 1944. <<

[126] A. Nachmani, «Civil War…», 1990. <<

[127] *The Times*, 6 de diciembre de 1944. <<

[128] *The Times*, 9 de diciembre de 1944. <<

[129] *The Times*, 14 de diciembre de 1944, editorial. <<

[130] Véase el informe de Charles Edson, OSS, en R. Clogg, 1975, y en C. Woodhouse, 1948. <<

[131] J. Iatrides, 1960. <<

[132] *The Times*, 21 de diciembre de 1944. <<

[133] C. Woodhouse, 1948. <<

[134] Citado en L. S. Stavrianos, «Two points of view…», 1949. <<

[135] Ibíd. Stavrianos señala que Churchill ganó la votación por 279 a 30, pero nota que «aunque había 450 miembros presentes, sólo votaron 309». <<

[136] M. Mazower, 1993. <<

[137] *The Times*, 1 de enero de 1945. <<

[138] Consúltese el texto del acuerdo de Varkiza en C. Woodhouse, 1948; R. Clogg, 1975, y S. Sarafis, 1980. <<

[139] E. Thermos, «From Andartes…», 1968. <<

[140] C. Tsoucalas, 1969, y E. Thermos, «From Andartes…», 1968. <<

[141] Citado en E. Thermos, «From Andartes…», 1968. <<

[142] J. Hart, 1996. <<

[143] Senador McGee al Senado, 17 de febrero de 1965, citado en T. Gitlin, «Counter-Insurgency: Myth and Reality in Greece» («Contrainsurgencia: mito y realidad en Grecia»), en D. Horowitz (ed.), *Containment and Revolution: Western Policy Towards Social Revolution, 1917 to Vietnam*, Anthony Blond, Londres, 1967. <<

[144] J. Hart, 1996. <<

[145] D. Eudes, 1972. <<

[146] *New Republic*, 15 de septiembre de 1947, citado en E. Thermos, «From Andartes…», 1968. <<

[1] J. Rothschild, *East Central Europe Between the Two World Wars*, University of Washington Press, Seattle, 1974. <<

[2] Véase J. Ciechanowski, *The Warsaw Uprising of 1944*, Cambridge University Press, Cambridge, 1974. Existen reediciones. <<

[3] V. I. Lenin, *Selected Works*, Lawrence and Wishart, Londres, 1943[7N].
<<

[4] V. I. Lenin, 1943. Para una discusión acerca del debate entre Lenin y Luxemburgo sobre la cuestión nacional, T. Cliff, *International Struggle and the Marxist Tradition, Selected Writings*, vol. 1, Turnaround, Londres, 2001[8N]. <<

[5] Véase A. Read y D. Fisher, *The Deadly Embrace: Hitler, Stalin and the Nazi-Soviet Pact of 1939-1941*, W. W. Norton & Co. Inc., Londres, 1988, y B. Newman, *The History of Poland*, Hutchinson, Londres, 1940 (existen rediciones posteriores). <<

[6] N. Ascherson, *The Struggles for Poland*, Michael Joseph, Londres, 1987.
<<

[7] W. Borodziej, *The Warsaw Uprising of 1944*, Wisconsin University Press, Madison, 2007. <<

[8] Citado en A. Rossi, *The Russo-German Alliance*, Chapman & Hall, Londres, 1950. <<

[9] A. Read y D. Fisher, 1988, y A. Rossi, 1950. <<

[10] A. Read y D. Fisher, 1988. <<

[11] A. Rossi, 1950. <<

[12] Véase A. Read y D. Fisher, 1988. <<

[13] A. Rossi, 1950. <<

[14] N. Davies, *Varsovia, 1944*, Planeta, Barcelona, 2005. Trad.: J. M. Madariaga. <<

[15] A. Read y D. Fisher, 1988. <<

[16] En su respuesta al telegrama de Ribbentrop felicitándole por su 60.o aniversario, en A. Rossi, 1950. <<

[17] N. Davies, 2005. <<

[18] W. Borodziej, 2007. <<

[19] A. Rossi, 1950. <<

[20] G. Sanford, *Katyn and the Soviet Massacre of 1940*, Routledge, Londres, 2005. <<

[21] G. Sanford, 2005. <<

[22] Véase W. Borodziej, 2007, y J. Rose, introducción para M. Edelman, *The Ghetto Fights: Warsaw, 1941-1943*, Bookmarks, Londres, 1995. <<

[23] Según informó Goebbels; véase N. Davies, 2005. <<

[24] G. Godden, *Murder of a Nation. German Destruction of Polish Culture*, Burns & Oates, Londres, 1943, y W. Borodziej, 2007. <<

[25] Citado en A. Read y D. Fisher, 1988. <<

[26] N. Ascherson, 1987. <<

[27] Véase G. Sanford, 2005. <<

[28] Véanse las diferentes estimaciones en G. Sanford, 2005. También T. Bor-Komorowski, *The Secret Army*, Macmillan, Londres, 1950. <<

[29] M. J. Chodakiewicz, *Between Nazis and Soviets: Occupation Politics in Poland*, Lexington Books, Maryland, 2004. <<

[30] T. Bor-Komorowski, 1950, y N. Davies, 2005. <<

[31] J. Gumkowski y K. Lesyczynski, *Poland Under Nazi Occupation*, Polonia Publishing House, Varsovia, 1961. <<

[32] J. Karski, *Historia de un estado clandestino*, El Acantilado, Barcelona, 2011. Trad.: Agustina Luengo. <<

[33] J. Karski, 2011. <<

[34] W. Borodziej, 2007, y N. Davies, 2005. <<

[35] J. Ciechanowski, 1974. Ciechanowski demuestra el predominio de los partidarios de Pilsudski en un ejército en que «el 65 por ciento de los comandantes de división y de brigada habían servido en la primera guerra mundial en las Legiones de Pilsudski». <<

[36] J. Ciechanowski, 1974. <<

[37] N. Davies, 2005. <<

[38] T. Bor-Komorowski, 1950. La mayoría de las estimaciones ofrecen cifras más bajas, en torno a los 200 000, con la adición de auxiliares. <<

[39] T. Bor-Komorowski, 1950. <<

[40] N. Ascherson, 1987. <<

[41] J. Ciechanowski, 1974. <<

[42] Citado en J. Karski, 2011. <<

[43] N. Ascherson, 1987, y W. Borodziej, 2007. <<

[44] J. Karski, 2011, y W. Borodziej, 2007. <<

[45] W. R. C. Lukas, en «The Big Three and the Warsaw Uprising» («Los tres grandes y el Alzamiento de Varsovia»), en *Military Affairs*, vol. 45, n.º 1, octubre de 1975, menciona 300, mientras que T. Bor-Komorowski, 1950, asegura que eran 168 en 1941. Véase también G. Godden, 1943. <<

[46] Citado en W. J. Rose, *The Rise of Polish Democracy*, G. Bell & Sons, Londres, 1944. <<

[47] T. Bor-Komorowski, 1950. <<

[48] W. Borodziej, 2007. <<

[49] J. Karski, 2011. <<

[50] N. Ascherson, 1987. <<

[51] Véase W. J. Rose, 1944, y M. Gilbert, *The Righteous: The Unsung Heroes of the Holocaust*, Henry Holt & Co. Londres, 2003. Existen varias reediciones. <<

[52] M. Gilbert, 1987. <<

[53] M. Gilbert, 1987. <<

[54] H. Langbein, *Against All Hope*, Constable, Londres, 1994. <<

[55] J. Hanson, *The Civilian Population and the Warsaw Uprising of 1944*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004. <<

[56] J. Hanson, 2004. Véase también W. Borodziej, 2007. <<

[57] J. Ciechanowski, 1974. <<

[58] T. Bor-Komorowski, 1950. <<

[59] Ibíd. <<

[60] Véase T. Bor-Komorowski, 1950, así como J. Ciechanowski, 1974, para un debate detallado. <<

[61] W. Borodziej, 2007. <<

[62] N. Ascherson, 1987, y J. Ciechanowski, 1974. <<

[63] W. R. C. Lukas, 1975. <<

[64] J. Karski, 2011. <<

[65] T. Bor-Komorowski, 1950. <<

[66] N. Ascherson, 1987, y J. Ciechanowski, 1974. <<

[67] W. Borodziej, 2007. <<

[68] J. Ciechanowski, 1974. <<

[69] Véase J. Ciechanowski, 1974. <<

[70] T. Bor-Komorowski, 1950, y J. Ciechanowski, 1974. <<

[71] J. Ciechanowski, 1974. <<

[72] N. Ascherson, 1987. <<

[73] Citado en J. Hanson, 2004. <<

[74] T. Bor-Komorowski, 1950. <<

[75] T. Bor-Komorowski, 1950. <<

[76] J. Ciechanowski, 1974. <<

[77] J. Ciechanowski, 1974. <<

[78] J. Ciechanowski, 1974. <<

[79] Citado en J. Ciechanowski, 1974. <<

[80] Citado en J. Ciechanowski, 1974. Bor-Komorowski (1950) ofrece una traducción alternativa. <<

[81] Citado en J. Ciechanowski, 1974. <<

[82] Véase W. Borodziej, 2007, y T. Bor-Komorowski, 1950. <<

[83] T. Bor-Komorowski, 1950. <<

[84] T. Bor-Komorowski, 1950. <<

[85] J. Ciechanowski, 1974. <<

[86] J. Ciechanowski, 1974, y W. Borodziej, 2007. <<

[87] Citado en W. Borodziej, 2007. <<

[88] Citado en W. Churchill, 2002. <<

[89] N. Davies, 2005. <<

[90] J. Ciechanowski, 1974. <<

[91] G. Kolko, 1974. <<

[92] T. Bor-Komorowski, 1950. <<

[93] T. Bor-Komorowski, 1950. <<

[94] N. Davies, 2005, y T. Bor-Komorowski, 1950. <<

[95] Véase N. Davies, 2005; W. Churchill, 2002, y W. Borodziej, 2007. <<

[96] W. Borodziej, 2007 y N. Davies, 2005. <<

[97] Citado en J. Hanson, 2004. <<

[98] Citado en J. Hanson, 2004. <<

[99] J. Hanson, 2004. <<

[100] N. Ascherson, 1987. <<

[101] W. Borodziej, 2007. <<

[102] N. Davies, 2005. <<

[103] T. Bor-Komorowski, 1950. <<

[104] T. Bor-Komorowski, 1950. <<

[105] J. Hanson, 2004. Véase también Davies, 2005. <<

[106] W. Churchill, 2002. <<

[107] Citado en W. Churchill, 2002. <<

[108] Para más detalles véase N. Davies, 2005. <<

[109] Citado en W. Borodziej, 2007. <<

[110] I. Geiss y W. Jacobmeyer (eds.), *Deutsche Politik in Polen*, Leske und Budrich, Opladen, 1980. <<

[111] Citado en W. Churchill, 2002. <<

[112] Citado en W. Churchill, 2002. <<

[113] N. Davies, 2005. <<

[114] Citado en W. Churchill, 2002. <<

[115] W. R. C. Lukas, 1975, y N. Davies, 2005. <<

[116] Véase N. Davies, 2005. <<

[117] W. Churchill, 2002. <<

[118] W. R. C. Lukas, 1975. <<

[119] N. Davies, 2005. <<

[120] W. Churchill, 2002. <<

[121] I. Deutscher, *Stalin: A Political Biography*, Oxford University Press, Oxford, 1966. Existe una edición previa de 1949. <<

[122] Citado en T. Bor-Komorowski, 1950. <<

[1] G. Kurt Piehler, prólogo a V. O. Lumans, *Latvia in World War II*, Fordham University Press, Nueva York, 2006[9N]. <<

[2] Citado en I. Feldmanis, «Latvia Under the Occupation of National Socialist Germany 1941-45» («Letonia bajo la ocupación de la Alemania nacionalsocialista, 1941-1945»), en A. Caune *et al*., *The Hidden and Forbidden History of Latvia Under Soviet and Nazi Occupations 1940-1991 . Selected Research of the Comission of the Historians of Latvia*, Institute of the History of Latvia, Riga, 2005. <<

[3] El énfasis es mío. Citado en R. Griffin (ed.), *Fascism*, Oxford Paperbacks, Oxford, 1995. <<

[4] A. Zunda, «Resistance Against Nazi Occupation in Latvia: Positions in Historical Literature» («Resistencia contra la ocupación nazi en Letonia: posturas en la literatura histórica»), en A. Caune *et al*., 2005. <<

[5] Citado en G. P. Bassler, *Alfred Valdmanis and the Politics of Survival*, University of Toronto Press, Toronto, 2000. <<

[6] Citado en G. P. Bassler, 2000. <<

[7] G. P. Bassler, 2000. <<

[8] D. Bleiere *et al*., *History of Latvia: the 20th Century*, Jumava, Riga, 2006. <<

[9] I. Feldmanis, 2005. <<

[10] I. Feldmanis, 2005. <<

[11] Miervaldis Birze, citado en M. Vestermanis, «The Holocaust in Latvia: A Historiographic Survey» («El Holocausto en Letonia: una investigación historiográfica», en *Symposium of the Historians of Latvia*, vol. 2. <<

[12] Tribunal Europeo de los Derechos Humanos, caso Kononov vs. Letonia. Solicitud n.º 36 376/04. Juicio de 17 de mayo de 2010, sección 152. <<

[13] G. P. Bassler, 2000. <<

[14] G. Swain, «The Disillusioning of the Revolution's Praetorian Guard: The Latvian Riflemen, Summer-Autumn 1918» («El desencanto de la Guardia Pretoriana de la Revolución: los fusileros letones, verano-agosto de 1918»), en *Europe-Asia Studies*, vol. 51, n.º 4, junio de 1999. <<

[15] G. P. Bassler, 2000. <<

[16] V. O. Lumans, 2006. <<

[17] M. M. Laserson, «The Recognition of Latvia» («El reconocimiento de Letonia»), en *The American Journal of International Law*, vol. 37, n.º 2, abril de 1943. <<

[18] G. P. Bassler, 2000. <<

[19] G. Swain, *Between Stalin and Hitler: Class War and Race on the Dvina, 1940-1946*, Routledge, Abingdon, 2004. <<

[20] Exhibición del Museo de la Ocupación de Letonia, Riga. <<

[21] V. Lacis, ministro de Interior, citado en A. Plakans (ed.), *Experiencing Totalitarianism: The invasion and occupation of Latvia by the USSR and Nazi Germany, 1939-1991*: a *Documentary History*, Authorhouse, Bloomington, 2007. <<

[22] A. Plakans, 2007; V. Nollendorfs *et al*., *The Three Occupations of Latvia, 1940-1991*, Occupation Museum of Latvia, Riga, 2005; G. Swain, 2004. <<

[23] A. Plakans, 2007. <<

[24] G. Swain, 2004. <<

[25] G. Swain, 2004. <<

[26] G. Swain, 2004. <<

[27] D. Bleiere *et al*., 2006; G. Swain, 2004. <<

[28] G. Swain, 2004. <<

[29] A. Plakans, 2007. <<

[30] A. Senn, «The Sovietization of the Baltic States» («La sovietización de los Estados bálticos»), en *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, mayo de 1958. <<

[31] G. Swain, 2004. <<

[32] D. Bleiere *et al*., 2006. <<

[33] Swain cita 14 194 (2004), mientras que Nollendorfs sugiere 15 500 (2005). <<

[34] T. Puisans (ed.), *Unpunished Crimes: Latvia under three Occupations*, Memento & Daugavas Vanagi, Estocolmo, 2003. Véase también D. Bleiere *et al*., 2006, y Nollendorfs, 2005. <<

[35] A. Podolsky, «Problems of Collaboration and Rescuing Jews on Latvian and Ukrainian Territories During Nazi Occupation: An Attempt at Comparative Analysis» («Problemas de colaboracionismo y rescate de judíos en territorios letón y ucraniano durante la ocupación nazi: un intento de análisis comparativo»), en *The Holocaust Research in Latvia*. Materials of an International Conference, 12-13 de junio de 2003, Riga, y 24 de octubre de 2003, Riga, y «Holocaust Studies in Latvia, 2002-2003» (*Symposium of the Commission of Historians in Latvia*, vol. 12). <<

[36] S. Dimanta e I. Zalite, «Structural Analysis of the Deportations of the 1940s» («Análisis estructural de las deportaciones de la década de 1940»), en T. Puisans, 2003. <<

[37] D. Bleiere *et al*., 2006. <<

[38] D. Bleiere *et al*., 2006. Esto implicaba el 2 por ciento de los judíos de Letonia, contra el 0,8 por ciento de la población general. S. Dimanta e I. Zalite, 2003. <<

[39] M. Dean, *Collaboration in the Holocaust*, Palgrave Macmillan, Houndmills, 2000. <<

[40] D. Bleiere *et al*., 2006. <<

[41] D. Bleiere *et al*., 2006; G. Swain, 2004. <<

[42] D. Bleiere *et al*., 2006. <<

[43] M. Dean, 2000. <<

[44] A. Stranga, «The Holocaust in Occupied Latvia, 1941-1945» («El Holocausto en la Letonia ocupada, 1941-1945»), en A. Caune *et al*., 2005. <<

[45] M. Dean, 2000. <<

[46] A. Stranga, 2005. <<

[47] D. Erglis, «A Few Episodes of the Holocaust in Krustpils» («Algunos episodios del Holocausto en Krustpils»), en A. Caune *et al*., 2005. <<

[48] R. Viksne, «Members of the Arajs Commando in Soviet Court Files: Social Position, Education, Reasons for Volunteering, Penalty» («Miembros del Comando Arajs en los archivos de los tribunales soviéticos: posición social, educación, razones para presentarse voluntarios, castigo»), en A. Caune *et al*., 2005. <<

[49] A. Stranga, 2005. <<

[50] R. Viksne, 2005. <<

[51] R. Viksne, 2005. <<

[52] G. Swain, 2004. <<

[53] D. Bleiere *et al*., 2006. Véase también A. Podolsky, 2003. <<

[54] Las instrucciones del Ostland Reichskommissar acerca de los objetivos de su tarea en los Estados bálticos y Bielorrusia, 8 de mayo de 1941, en A. Plakans, 2007. Véase también A. Dallin, *German Rule in Russia 1941-1945* , Westview, Londres, 1981 (existen numerosas ediciones anteriores y posteriores), así como D. Bleiere *et al*., 2006. <<

[55] I. Feldmanis, 2005. <<

[56] D. Bleiere *et al*., 2006. Plakans sugiere que la cifra era de 12 000 (2007). <<

[57] G. Swain, 2004. <<

[58] G. Swain, 2004. <<

[59] Citado en F. Gordon, «A Tragedy of False Premises» («Una tragedia de premisas falsas»), en T. Puisans, 2003. <<

[60] A. Aizsilnieks, «The Exploitation of Latvia’s Economy» («La explotación de la economía letona»), en T. Puisans, 2003. <<

[61] A. Aizsilnieks, 2003. <<

[62] G. Swain, 2004. <<

[63] Citado en G. Swain, 2004. <<

[64] Comentario de un estonio anónimo citado en T. P. Mulligan, *The Politics of Illusion and Empire: German Occupation Policy in the Soviet Union, 19421 943*, Praeger, Nueva York, 1988. <<

[65] A. Aizsilnieks, 2003, en T. Puisans, 2003. <<

[66] Es interesante señalar que la Administración Propia lituana consiguió impedir la formación de una legión similar allí. I. Feldmanis, 2005. <<

[67] I. Feldmanis, «Waffen-SS Units of Latvians and Other Non-Germanic Peoples in World War II: Methods of Formation, Ideology and Goals[10N]» («Unidades Waffen-SS de letones y otros pueblos no germánicos en la segunda guerra mundial: métodos de formación, ideología y objetivos»), en A. Caune *et al*., 2005. <<

[68] G. P. Bassler, 2000. <<

[69] D. Bleiere *et al*., 2006. <<

[70] T. P. Mulligan, 1988, y D. Bleiere *et al*., 2006. <<

[71] G. P. Bassler, 2000. <<

[72] J. Mezaks, «Latvia Throughout History» («Letonia a lo largo de la Historia»), en T. Puisans, 2003. <<

[73] Feldmanis, «Waffen-SS Units…», 2005. <<

[74] D. Bleiere *et al*., 2006; J. Riekstins, «The June 1941 Deportation in Latvia» («La deportación de junio de 1941 en Letonia»), en A. Caune *et al*., 2005. <<

[75] A. Zunda, 2005. <<

[76] G. P. Bassler, 2000. <<

[77] A. Bilmanis, *A History of Latvia*, Princeton University Press, Princeton, 1951. <<

[78] D. Bleiere *et al*., 2006. <<

[79] D. Bleiere *et al*., 2006. <<

[80] A. Plakans, 2007 <<

[81] A. Bilmanis, 1951. <<

[82] A. Zunda, 2005. <<

[83] G. Swain, 2004. <<

[84] G. Swain, 2004. <<

[85] G. Swain, 2004. <<

[86] V. O. Lumans, 2006. <<

[87] A. Zunda, 2005. <<

[88] G. Swain, 2004. <<

[89] D. Bleiere *et al*., 2006. <<

[90] G. Swain, 2004. <<

[91] A. Bilmanis, 1951. <<

[92] A. Dundurs, «Latvia under the Communists» («Letonia bajo el comunismo»), en *The Furrow*, marzo de 1951. <<

[93] H. Strods, «Latvia’s National Partisan War, 1944-1956» («La guerra partisana nacional de Letonia, 1944-1956»), en T. Puisans, 2003. <<

[94] G. P. Bassler, 2000. <<

[95] Citado en G. P. Bassler, 2000. <<

[96] Citado en G. P. Bassler, 2000. <<

[1] J. F. Sirinelli (ed.), *La France de 1914 à nos jours*, Presses Universitaires de France, París, 1993. <<

[2] J. F. Sirinelli, 1993. <<

[3] J. F. Sirinelli, 1993; F. Knight, *The French Resistance*, Lawrence & Wishart. Ltd., Southampton, 1975. <<

[4] Citado en J. F. Sirinelli, 1993. <<

[5] C. De Gaulle, *Memorias de guerra*, Luis de Caralt, Barcelona, 1955. Existe una edición de La Esfera de los Libros, Madrid, 2005, mucho más fácil de conseguir. <<

[6] F. Broche, G. Caitucoli, J.-F. Muraccioli, *La France au combat: de l’appel du 18/06 à la victoire*, Perrin, París, 2007. <<

[7] Extracto del discurso de M. Serrault al Senado francés, 19 de marzo de 1940, citado en F. Knight, 1975. <<

[8] F. Broche *et al*., 2007, y C. Tillon, *Les FTP*, Juilliard, París, 1962. <<

[9] Y. Durand, *La France dans la Deuxième Guerre Mondiale*, Armand Colin, París, 1989. Existen numerosas reediciones. <<

[10] O. Paul, *Farewell France*, Gollancz, Londres, 1940. <<

[11] C. De Gaulle, 1955. <<

[12] C. De Gaulle, 1955. <<

[13] T. Draper, *The Six Weeks' War: France, May 10-June 25, 1940*, Viking Press, Nueva York, 1944. <<

[14] C. De Gaulle, 1955. <<

[15] W. Churchill, 2002. <<

[16] Ybarnegaray, citado en W. Churchill, 2002. <<

[17] Gabriel Péri, citado en *The Times*, 5 de octubre de 1938. <<

[18] Citado en A. Rossi, *La physiologie du Parti Communiste Français*, Editions Self, París, 1948. <<

[19] F. Broche *et al*., 2007. <<

[20] F. Broche *et al*., 2007. <<

[21] F. Broche *et al*., 2007; véase también C. De Gaulle, 1955. <<

[22] F. Broche *et al*., 2007. <<

[23] C. De Gaulle, 1955. <<

[24] C. De Gaulle, 1955. <<

[25] Véase A. Prost, *La Résistance, une histoire sociale*, Ed. de l'Atelier, París, 1997. <<

[26] F. Knight, 1975. <<

[27] I. Birchall, *Bailing out the System*, Bookmarks, Londres, 1986. Para un apasionante relato de seis miembros de la Resistencia, véase H. Frenay, *Volontaires de la nuit*, Robert Laffont, París, 1975. <<

[28] J.-F. Muraccioli, 2007. <<

[29] C. De Gaulle, 1955. <<

[30] F. Broche *et al*., 2007. <<

[31] Citado en H. Michel y B. Mirkine-Guetzévich, *Les idées politiques et sociales de la Résistance*, Presses Universitaires de France, París, 1954. <<

[32] Citado en H. Michel y B. Mirkine-Guetzévich, 1954. <<

[33] Citado en H. Michel y B. Mirkine-Guetzévich, 1954. <<

[34] Miembros de Action Française, por ejemplo. Véase H. Noguères, *La vie quotidienne des resistants de l'armistice a la Liberation, 1940-1945*, Hachette Literature, París, 1984. <<

[35] H. Noguères, 1984. <<

[36] H. Michel y B. Mirkine-Guetzévich, 1954. <<

[37] Citado en H. Michel y B. Mirkine-Guetzévich, 1954. <<

[38] Citado en H. Michel y B. Mirkine-Guetzévich, 1954. <<

[39] H. Michel y B. Mirkine-Guetzévich, 1954. <<

[40] Citado en H. Michel y B. Mirkine-Guetzévich, 1954. <<

[41] C. De Gaulle, 1955. <<

[42] Citado en H. Michel y B. Mirkine-Guetzévich, 1954. <<

[43] L. Moulin, *Jean Moulin*, Presses de la Cité, París, 1999. <<

[44] C. De Gaulle, 1955. <<

[45] C. De Gaulle, 1955. <<

[46] C. De Gaulle, 1955. <<

[47] L. Moulin, 1999. <<

[48] Citado en L. Moulin, 1999. <<

[49] Citado en H. Noguères, 1984. <<

[50] H. Noguères, 1984. <<

[51] J. F. Sirinelli, 1993; F. Broche *et al*., 2007. <<

[52] L. Moulin, 1999. <<

[53] F. Broche *et al*., 2007. <<

[54] A. L. Funk, *The Politics of Torch*, University Press of Kansas, Kansas, 1974. <<

[55] A. L. Funk, 1974. <<

[56] Citado en A. L. Funk, 1974. <<

[57] A. L. Funk, 1974. <<

[58] C. De Gaulle, 1955. <<

[59] Lo amplio de la Resistencia queda ilustrado por el hecho de que su asesino fuera un realista, aunque sus motivaciones exactas nunca han quedado del todo dilucidadas. <<

[60] A. L. Funk, 1974. <<

[61] A. L. Funk, 1974. <<

[62] Detalles en F. Knight, 1975. <<

[63] Y. Durand, 1989. <<

[64] Véase, por ejemplo, la carta de De Gaulle al CNR del 10 de mayo de 1943, reimpresa en L. Moulin, 1999, y la del propio Moulin. <<

[65] G. Bidault, *Resistance*, Widenfeld & Nicolson, Londres, 1967. <<

[66] F. Broche *et al*., 2007. <<

[67] H. Frenay, 1975. <<

[68] F. Broche *et al*., 2007. <<

[69] F. Broche *et al*., 2007; C. De Gaulle, 1955. <<

[70] H. Chaubin, *Résistance et Liberation de la Corse, Office National des Anciens Combattants et Victimes de Guerre*, París, s.f. Además hubo 637 italianos y 72 soldados franceses muertos. <<

[71] *Le Patriote*, 10 de septiembre de 1943. <<

[72] C. De Gaulle, 1955. <<

[73] F. Broche *et al*., 2007. <<

[74] C. Tillon, 1962. <<

[75] Citado en C. Tillon, 1962. <<

[76] F. Broche *et al*., 2007. <<

[77] C. Tillon, 1962. <<

[78] C. Tillon, 1962. <<

[79] C. Tillon, 1962. <<

[80] C. Tillon, 1962. <<

[81] C. De Gaulle, 1955. <<

[82] C. De Gaulle, 1955. <<

[83] C. De Gaulle, 1955. <<

[84] C. De Gaulle, 1955. <<

[85] Véase I. Birchall, *Workers Against the Monolith: The Communist Parties since 1943*, Longwood Publishing Group, Londres, 1974. <<

[86] S. Hessel, ¡*Indignaos*!, Destino, Barcelona, 2011. <<

[1] H. Dalton, *The Fateful Years: Memoirs 1931-1945*, Frederick Muller, Ltd., Londres, 1957. <<

[2] Citado en M. Parker, *The Battle of Britain*, Headline, Londres, 2000. <<

[3] E. Bevin, *The Job to be Done*, Heinemann, Londres, 1942. <<

[4] *Britain under Fire*, Londres. <<

[5] Citado en T. Harrisson, *Living Through the Blitz*, Penguin Books Ltd., Londres, 1978. <<

[6] T. Harrisson, 1978. <<

[7] V. Brittain, *England's Hour*, Futura Publications, Londres, 1981. <<

[8] Harold Nicholson parafraseando las opiniones de Clement Attlee, líder del Partido Laborista. Citado en T. Harrisson, 1978. <<

[9] Citado en M. Parker, 2000. <<

[10] Churchill, 18 de junio de 1940, citado en I. Montagu, *The Traitor Class*, Lawrence & Wishart, Londres, 1940. <<

[11] Extractos de declaraciones a la prensa de Winston Churchill, enero de 1927 (Archivos Churchill, CHAR 9/82B). <<

[12] *The Times*, 9 de mayo de 1936. <<

[13] Citado en I. Birchall, 1986. <<

[14] *The Times*, 26 de septiembre de 1921. <<

[15] Citado en M. MacAlpin, *Mr. Churchill's Socialists*, Lawrence & Wishart, Londres, 1941. <<

[16] *The Times*, 26 de noviembre de 1938. <<

[17] Véase por ejemplo su discurso en el Parlamento citado en *The Times*, 13 de noviembre de 1936. <<

[18] W. Churchill el 13 de mayo de 1940 en *The Times*, 14 de mayo de 1940. El autor ha añadido la itálica en las partes más conocidas del discurso. <<

[19] Citado en V. Brittain, 1981. El autor ha añadido la itálica en las partes más conocidas del discurso. <<

[20] V. Brittain, 1981. El autor ha añadido la itálica en las partes más conocidas del discurso. <<

[21] *The Times*, 28 de octubre de 1940. <<

[22] Citado en A. Calder, *The People's War*, Panther, Londres, 1971. <<

[23] Véase D. Edgerton, *The Warfare State, Britain: 1920-1970*, Cambridge University Press, Cambridge, 2006. <<

[24] D. Edgerton, 2006. <<

[25] Las cifras son de 1938. F. McDonough, «Why Appeasement?» («¿Por qué apaciguamiento?»), en *Britain, 1918-1951*, Oxford University Press, Oxford, 1994 (existen varias reediciones). Véase también G. C. Peden, «The Burden of Imperial Defence and the Continental Commitment Reconsidered» («La carga de la defensa del Imperio y la dedicación al continente, repensadas»), en *The Historical Journal*, vol. 27, n.º 2, 1984. <<

[26] B. Farrell, «Yes, Prime Minister: Barbarossa, Whipcord and the Basis of British Grand Strategy, Autumn 1941» («Sí, Primer Ministro: Barbarroja, "Whipcord" y la base de la gran estrategia británica, otoño 1941»), en *The Journal of Military History*, vol. 57, n.º 4, octubre de 1993. <<

[27] L. Woodward, *British Foreign Policy in the Second World War*, vol. 2, Her Majesty's Stationary Service, Londres, 1971. <<

[28] L. Woodward, *British Foreign Policy in the Second World War*, vol. 1, Her Majesty's Stationary Service, Londres, 1970. <<

[29] L. Woodward, 1971. <<

[30] Directiva a los representantes británicos asistentes a una conferencia en Moscú, en L. Woodward, 1971. <<

[31] Citado en L. Woodward, 1971. <<

[32] Citado en M. Hastings, *Bomber Command*, Michael Joseph Publishers, Londres, 1979. <<

[33] Citado en M. Hastings, 1979. <<

[34] M. Hastings, 1979. <<

[35] M. Hastings, 1979. <<

[36] M. Hastings, 1979. <<

[37] Véase, por ejemplo, M. Middlebrook, *The Battle of Hamburg*, Penguin Books, Hammondsworth, 1980 (existe una reedición de Casell, 2000). <<

[38] El énfasis es mío. Citado en M. Hastings, 1979. <<

[39] Las cifras son objeto de mucho debate. McKee opina que probablemente murieron 70 000 (A. McKee, *Dresden, 1945: The Devil's Tinderbox*, E. P. Dutton Inc., Nueva York, 1982). Weidauer ofrece cifras de entre 35 000 y 250 000, aunque argumenta que esta última cifra es una burda exageración (W. Weidauer, *Inferno Dresden*, Dietz Werlag, Berlín, 1990). Véase también F. Taylor, *Dresden*, Bloomsbury, Londres, 2004. <<

[40] F. Taylor, 2004. <<

[41] Citado en McKee, 1982. <<

[42] Ibíd. <<

[43] M. Hastings, 1979. <<

[44] Citado en M. Hastings, 1979. <<

[45] M. Hastings, 1979. <<

[46] Cifras calculadas a partir de R. Goralski, *World War II Almanac*, Hamish Hamilton, Londres, 1981. <<

[47] M. Rader, *No Compromise*, Victor Gollancz, Londres, 1939. <<

[48] V. Brittain, 1981. <<

[49] Mass Observation, FR89, abril de 1940. <<

[50] Mass Observation, FR2067, «The Mood of Britain, 1938 and 1944» («El estado de ánimo de Gran Bretaña, 1938 y 1944»), marzo de 1944. <<

[51] Véase R. Croucher, *Engineers at War*[11N], Merlin, Londres, 1982. <<

[52] Mass Observation, FR600, «Preliminary report on morale in Glasgow» («Informe preliminar sobre la moral de Glasgow»), marzo de 1941. <<

[53] M. Barsley, *Ritzkrieg: the Old Guard's Private War*, K. G. Saur, Londres, 1940. <<

[54] Mass Observation, FR600. <<

[55] Mass Observation, FR2067. <<

[56] A. Calder, 1971. <<

[57] Mass Observation, FR1401, septiembre de 1942. <<

[58] E. Bevin, 1942. <<

[59] Citado en J. Attfield y S. Williams (eds.), *1939, the Communist Party of Great Britain and the War*, Lawrence & Wishart, Londres, 1984. <<

[60] Attfield & Williams, 1984. <<

[61] J. Mahon, *Harry Pollitt: A Biography*, Lawrence & Wishart, Londres, 1976. <<

[62] A. Calder, 1971. <<

[63] A. Calder, 1971. <<

[64] R. Croucher, 1982. <<

[65] Mass Observation, FR2067. <<

[66] A. Calder, 1971. <<

[67] V. Brittain, 1981; A. Calder, 1971. <<

[68] A. Calder, 1971. <<

[69] *Daily Worker*, 3 de noviembre de 1943, citado en S. Bornstein[12N] y A. Richardson, *War and the International*, Socialist Platform, Londres, 1986. <<

[70] Mass Observation, FR600. <<

[71] R. Croucher, 1982. <<

[72] A. Calder, 1971. <<

[73] Para más detalles véase S. Bornstein y A. Richardson, 1986. <<

[74] S. Bornstein y A. Richardson, 1986. <<

[75] M. Davis, *Comrade or Brother? The History of the Labour Movement*, Pluto Press, Londres, 1993. <<

[76] R. Croucher, 1982. <<

[77] Véase R. Croucher, 1982. <<

[78] J. Bierman y C. Smith, *The Battle of Alamein: Turning Point, World War II*, Viking Books, Londres, 2002. <<

[79] J. Bierman y C. Smith, 2002. <<

[80] R. Kisch, *The Days of the Good Soldiers*, Journeyman Press, Londres, 1985. <<

[81] R. Kisch, 1985. <<

[82] R. Kisch, 1985. <<

[83] R. Kisch, 1985. <<

[84] R. Kisch, 1985. <<

[85] R. Kisch, 1985. <<

[86] R. Kisch, 1985. <<

[87] R. Kisch, 1985. <<

[88] D. N. Pritt, diputado, informando sobre las acciones del Comandante en Jefe en la Cámara de los Comunes, *The Times*, 26 de abril de 1944. <<

[89] *The Times*, 6 de julio de 1944. <<

[90] R. Kisch, 1985. <<

[91] *The Times*, 22 de noviembre de 1945. <<

[92] Durante la guerra Eden realizó un especial esfuerzo con respecto a Indonesia para los holandeses. Véase L. Woodward, 1971. <<

[93] *The Times*, 12 de noviembre de 1945. <<

[94] *The Times*, 17 de noviembre de 1945. <<

[95] *The Times*, 20 de diciembre de 1945. <<

[96] *The Times*, 25 de enero de 1946. <<

[97] R. Kisch, 1985. <<

[98] Véase R. Kisch, 1985. <<

[99] John Keegan, «Towards a Theory of Combat Motivation» («Hacia una teoría de la motivación de combate»), en P. Addison y A. Calder (eds.), *Time to Kill. The Soldier's Experience of War in the West*, Pimlico, Londres, 1997. <<

[100] C. y E. Townsend (eds.), *War Wives*, Grafton Books, Londres, 1990. <<

[101] A. Calder, 1971. <<

[102] A. Calder, 1971. <<

[103] Ibíd. <<

[104] R. Kisch, 1985. <<

[105] Mass Observation, FR1647. <<

[106] A. Calder, 1971. <<

[107] *The Times*, 19 de febrero de 1943. <<

[108] *The Times*, 5 de junio de 1945. <<

[109] El énfasis es mío. *The Times*, 25 de junio de 1945. <<

[1] N. A. Wynn, *The African-American Experience during World War II*, Rowman & Littlefield *Pub*. Inc., Lanham, 2010. <<

[2] G. Kolko, 1974. <<

[3] R. Overy, *Por qué ganaron los Aliados*, Tusquets, Barcelona, 2005. <<

[4] Aunque gobernaba en áreas como las Filipinas o Puerto Rico, por ejemplo. <<

[5] F. D. Roosevelt, discurso del 29 de diciembre de 1940 en www.americanrhetoric.com/speeches/PDFFiles/FDR%20-%20Arsenal%20of%20De mocracy.pdf, consultado el 23 de junio de 2008. <<

[6] F. D. Roosevelt, discurso de las «Cuatro Libertades», 6 de enero de 1941, en www.americanrhetoric.com/speeches/PDFFiles/FDR%20-%20Four%20Freedoms.pdf. <<

[7] S. Ambrose, *Rise to Globalism*, Penguin Books, Hammondsworth, 1993.
<<

[8] S. Terkel, *Race*: *How Blacks and Whites Think and Feel about the American Obsession*, Sinclair-Stevenson, Nueva York, 1992. <<

[9] Citado en P. Smith, *Democracy on Trial*, Simon & Schuster, Nueva York, 1995. <<

[10] P. Smith, 1995. <<

[11] P. Irons, *Justice at War*, University of California Press, Berkeley, 1983.
<<

[12] Ley Johnson-Reed, citada en M. A. Jones, *American Immigration*, University of Chicago Press, Chicago, 1960 [existe una segunda edición de 1992 con notables cambios]. <<

[13] Informe De Witt, citado en P. Smith, 1995. <<

[14] P. Irons, 1983. <<

[15] P. Irons, 1983. <<

[16] P. Irons, 1983. <<

[17] Coronel Bendetsen, uno de los subordinados de De Witt, citado en P. Irons, 1983. <<

[18] P. Smith, 1995. <<

[19] J. Dower, *War without Mercy: Race and Power in the Pacific War*, Pantheon Books, 1993 [e-book; existen numerosas ediciones impresas] así como testimonios orales, Wing Luke Museum, Seattle, EE.UU.. <<

[20] P. Irons, 1983. <<

[21] P. Smith, 1995. <<

[22] P. Smith, 1995. <<

[23] P. Smith, 1995. <<

[24] S. Terkel, 1984. <<

[25] N. Ferguson, «Prisoner Taking and Prisoner Killing in the Age of Total War: Towards a Political Economy of Military Defeat» («Toma de prisioneros y ejecución de prisioneros en una época de guerra total: hacia una economía política de derrota militar»), en *War in History*, 2004, 11 (2). <<

[26] S. Terkel, 1984. <<

[27] S. Terkel, 1984. <<

[28] R. Schaffer, *Wings of Judgment*, Oxford University Press, Oxford, 1985.
<<

[29] General David M. Schlatter, ayudante del Jefe de Estado Mayor del Aire, Octava Fuerza Aérea, citado en R. Schaffer, 1985. <<

[30] Coronel Harry F. Cunningham, citado en R. Schaffer, 1985. <<

[31] R. Schaffer, 1985. <<

[32] Citado en R. Schaffer, 1985. <<

[33] G. Alperovitz, «Hiroshima: Historians Reassess» («Hiroshima: los historiadores reevalúan», en *Foreign Policy*, n.º 99, 1995. <<

[34] 31 de mayo de 1945, reunión del Comité Interino y su equipo de consejeros científicos. B. J. Bernstein, «Truman and the A-Bomb: Targeting Noncombatants, Using the Bomb, and His Defending the “Decision”» («Truman y la bomba atómica: los no combatientes como objetivo, el uso de la bomba y su defensa de la “decisión”»), en *Journal of Military History*, vol. 62, n.º 3, julio de 1998. <<

[35] B. J. Bernstein, 1998. <<

[36] J. Hersey, *Hiroshima*, DeBolsillo, Barcelona, 2009. <<

[37] M. Hachiya, *Diario de Hiroshima*, Ediciones Turner, S. A., Madrid, 2005. Existe una edición de Emecé, Buenos Aires, 1957 (reed. 1963), así como una de Círculo de Lectores, Barcelona, 2005. <<

[38] L. London, *Whitehall and the Jews, 1933-1948: British Immigration Policy, Jewish Refugees and the Holocaust*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000. <<

[39] L. London, 2000. <<

[40] Citado en D. S. Wyman, *The Abandonment of the Jews: America and the Holocaust, 1941-1945*. Pantheon Books, Nueva York[13N], 1984. Existen reediciones posteriores. <<

[41] L. London, 2000. <<

[42] R. Beir, *Roosevelt and the Holocaust*, Barricade Books, New Jersey, 2006. <<

[43] R. Beir, 2006. <<

[44] D. S. Wyman, 1984. <<

[45] R. Beir, 2006. <<

[46] R. Beir, 2006. <<

[47] D. S. Wyman, 1984. <<

[48] D. S. Wyman, 1984. <<

[49] D. S. Wyman, 1984. <<

[50] Citado en D. S. Wyman, 1984. <<

[51] D. S. Wyman, 1984. <<

[52] Véase, por ejemplo, un útil sumario en R. Beir, 2006; y en J. H. Kitchens, «The Bombing of Auschwitz Re-examined» («El bombardeo sobre Auschwitz, nuevamente examinado»), en *The Journal of Military History*, vol. 58, n.º 2, abril de 1994. <<

[53] R. Beir, 2006. <<

[54] J. Barfod, *The Holocaust Failed in Denmark*, Narayana Press, Copenhague, 1985. <<

[55] Véase E. Levine, *Darkness over Denmark: The Danish Resistance and the Rescue of the Jews*, Holiday House, Nueva York, 2000. <<

[56] J. Barfod, 1985. Véase también M. Goodman, «Resistance in Germanoccupied Denmark» («Resistencia en la Dinamarca ocupada por los alemanes»), en R. Rohrlich (ed.), *Resisting the Holocaust*, Berg Publishers, Oxford, 1998. <<

[57] R. Rohrlich, 1998. <<

[58] Jorgen Kieler citado en E. Levine, 2000. <<

[59] Levine, por ejemplo, calculó que más del 10 por ciento de la Brigada Danesa estaba compuesta por judíos (E. Levine, 2000). <<

[60] M. Cohen, «Culture and Remembrance» («Cultura y recuerdo»), en R. Rohrlich, 1998. Aunque menos del 1 por ciento de la población francesa, los judíos constituían el 20 por ciento del maquis (R. Rohrlich, 1998). <<

[61] R. Rohrlich, 1998. <<

[62] E. Tzur, «From Moral Rejection to Armed Resistance» («Del rechazo moral a la resistencia armada»), en R. Rohrlich, 1998. <<

[63] A. Foxman, citado en E. Sterling, «The Ultimate Sacrifice» («El sacrificio definitivo»), en R. Rohrlich, 1998. <<

[64] R. Rohrlich, 1998. <<

[65] C. L. R. James *et al*., *Fighting Racism in World War II*[14N]*,* Monad Press, Nueva York, 1980. Hay varias reediciones. <<

[66] Citado en R. Beir, 2006. <<

[67] C. L. R. James *et al*., 1980. <<

[68] A. R. Buchanan, *Black Americans in World War II*, Clio Books, Santa Barbara, 1977. <<

[69] A. R. Buchanan, 1977. <<

[70] D. Kryder, *Divided Arsenal: Race and the American State During World War II*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000. <<

[71] N. A. Wynn, 2010. <<

[72] A. R. Buchanan, 1977. <<

[73] N. A. Wynn, 2010. <<

[74] A. R. Buchanan, 1977. <<

[75] C. L. R. James *et al*., 1980. <<

[76] *The Pittsburgh Courier*, 7 de febrero de 1942. <<

[77] Dempsey Travis, citado en S. Terkel, 1984. <<

[78] S. Terkel, 1984. <<

[79] Dempsey Travis, citado en S. Terkel, 1984. <<

[80] *Crisis*, citado en A. R. Buchanan, 1977. <<

[81] C. L. R. James *et al*., 1980. <<

[82] C. L. R. James *et al*., 1980. <<

[83] Véase H. Clayton, «White Man's War» («Una guerra de blancos») en *The Pittsburgh Courier*, 28 de febrero de 1942. <<

[84] C. L. R. James *et al*., 1980. Wynn describe otra encuesta: «de 1008 negros entrevistados en Nueva York, el 42 por ciento creía que era más importante asegurar una democracia en casa que derrotar a Alemania o Japón, cuando los entrevistaba alguien de raza negra. Esta cifra caía al 34 por ciento cuando el entrevistador era blanco» (N. A. Wynn, 2010). <<

[85] N. A. Wynn, 2010. <<

[86] «Victory at Home, Victory Abroad Sweeps Nation» («"Victoria en casa, Victoria en el extranjero" triunfa por toda la nación»), *The Pittsburgh Courier*, 21 de marzo de 1942. <<

[87] F. Bolden, «U. S. Generously Supplies Propaganda Material for Axis Enemies» («Los EE.UU. suministran generosamente material para la propaganda del Eje»), *The Pittsburgh Courier*, 28 de marzo de 1942. <<

[88] «Lynching vs. Morale-A Soldier Writes a Letter» («Linchamiento contra moral: un soldado escribe una carta»), en *The Pittsburgh Courier*, 14 de noviembre de 1942. <<

[89] R. Boyer y H. Marais, *Labor's Untold Story*, United Electrical, Radio & Machine Workers of America, Nueva York, 1955 [existe una reedición de 1979]. <<

[90] D. Kryder, 2000. <<

[91] A. R. Buchanan, 1977. <<

[92] D. Kryder, 2000. <<

[93] C. L. R. James *et al*., 1980. <<

[94] Citado en C. L. R. James *et al*., 1980. <<

[95] Citado en D. Kryder, 2000. <<

[96] A. R. Buchanan, 1977. <<

[97] Mark Ethridge citado en N. A. Wynn, 2010; Véase también C. L. R. James *et al*., 1980, y *The Pittsburgh Courier*, 4 y 18 de julio de 1942. <<

[98] C. L. R. James *et al*., 1980. Tras un año, y con las elecciones de mitad de mandato[15N] ya pasadas. D. Kryder, 2000. <<

[99] N. A. Wynn, 2010. <<

[100] D. Kryder, 2000. <<

[101] N. A. Wynn, 2010. <<

[102] N. A. Wynn, 2010. <<

[103] D. Kryder, 2000. <<

[104] H. Cayton, «America's Munich» («El Múnich de América»), *The Pittsburgh Courier*, 14 de marzo de 1942. <<

[105] «Detroit Rioters Quelled» («Los causantes de los disturbios de Detroit, sofocados»), *The Pittsburgh Courier*, 7 de marzo de 1942. <<

[106] C. L. R. James *et al*., 1980. <<

[107] C. L. R. James *et al*., 1980, y N. A. Wynn, 2010. Véase también R. Hofstadter y M. Wallace, *American Violence: A Documentary History*, Knopf, Nueva York, 1970 [existen numerosas reediciones]. <<

[108] Entre los ejemplos se encuentran los astilleros de Mobile, Alabama. Véanse A. R. Buchanan, 1977, y N. A. Wynn, 2010 para la huelga en Detroit Packard. Véase A. R. Buchanan, 1977, para la US Rubber Company, Hudson Naval Ordinance, etcétera. <<

[109] C. L. R. James *et al.*, 1980. <<

[110] N. A. Wynn, 2010. <<

[111] C. L. R. James *et al*., 1980. <<

[112] «*Ghetto* Document Exposed» («Documento del gueto, al descubierto»), *The Pittsburgh Courier*, 9 de octubre de 1943. <<

[113] «Racism: Cause and Cure» («Racismo: causa y cura»), *The Pittsburgh Courier*, 10 de julio de 1943. <<

[114] Para detalles acerca de Harlem, véase N. A. Wynn, 2010, y A. R. Buchanan, 1977. <<

[115] Véase «1942 in Retrospect» («1942 en retrospectiva»), *The Pittsburgh Courier*, 2 de enero de 1943. <<

[116] D. Kryder, 2000. <<

[117] D. Kryder, 2000. <<

[118] «Soldiers Organize Council at Fort Bragg» («Soldados organizan un Concejo en Fort Bragg»), *The Pittsburgh Courier*, 25 de abril de 1943. <<

[119] D. Kryder, 2000. <<

[120] D. Kryder, 2000. <<

[121] Citado en D. Kryder, 2000. <<

[122] Citado en D. Kryder, 2000. <<

[123] D. Kryder, 2000. <<

[124] D. Kryder, 2000. <<

[125] D. Kryder, 2000. <<

[126] A. R. Buchanan, 1977. <<

[127] N. A. Wynn, 2010. <<

[128] C. L. R. James *et al*., 1980. <<

[1] P. Hoffmann, «The Second World War, German Society and Resistance to Hitler» («La segunda guerra mundial, la sociedad alemana y la resistencia a Hitler»), en D. Clay Large (ed.), *Contending with Hitler*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991. <<

[2] Halder, citado por W. Churchill, 2002. <<

[3] N. Henderson, *Failure of a Mission*, G. P. Putnam & Sons, Londres, 1940. <<

[4] N. Henderson, 1940. <<

[5] El énfasis es mío. N. Henderson, 1940. <<

[6] N. Henderson, 1940. <<

[7] Según Peter Hoffmann, esto estuvo implícito en la política británica desde el principio. Véase P. Hoffmann, «The Second World War, German Society and Resistance to Hitler» («La segunda guerra mundial, la sociedad alemana y la resistencia a Hitler»), en M. Laffan (ed.), *The Burden of German History*, Methuen Books, Londres, 1989. Churchill asegura que el concepto lo formuló Roosevelt en 1943, y que el primer ministro lo escuchó «con cierto sentimiento de asombro (…)» (W. Churchill, 2002). <<

[8] Citado en D. Gluckstein, *The Nazis, Capitalism and the Working Class*, Bookmarks, 1999 [existen varias reediciones]. <<

[9] Citado en A. Beevor, *Berlín. La Caída, 1945*, Planeta, Barcelona, 2006.
<<

[10] Citado en G. MacDonogh, *Después del Reich*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2010. <<

[11] H. Graml, «Resistance Thinking on Foreign Policy» («El pensamiento de la resistencia en política exterior»), en H. Graml *et al*., *The German Resistance to Hitler*, Batsford, Londres, 1970. <<

[12] Graml, en H. Graml *et al*., 1970. <<

[13] Graml, en H. Graml *et al*., 1970. <<

[14] H. Mommsen, «Social Views and Constitutional Plans of the Resistance» («Opiniones sociales y planes constitucionales de la resistencia»), en H. Graml *et al*., 1970. <<

[15] La restauración fue la propuesta constitucional de Oster, Schulenburg y Heinz. Véase H. Mommsen, en H. Graml *et al*., 1970. <<

[16] Citado por Momsen, en H. Graml *et al*., 1970. <<

[17] H. Mommsen, «The Political Legacy of the German Resistance: A Historiographical Critique» («El legado político de la resistencia alemana: una crítica historiográfica»), en D. Clay Large, 1991. <<

[18] Citado por Momsen, en H. Graml *et al*., 1970. <<

[19] Citado en E. Gerstenmaier, «The Kreisau Circle» («El círculo de Kreisau»), en H. Royce, E. Zimmermann y H.-A. Jacobsen, *Germans Against Hitler*, Press and Information Office of the Federal German Government, Bonn, 1960. <<

[20] *Guardia Joven*, citada en D. Gluckstein, 1999. <<

[21] Citado en D. Gluckstein, 1999. <<

[22] *Romper las cadenas*, declaración del SPD del 18 de junio de 1933, citada en D. Gluckstein, 1999. <<

[23] D. Gluckstein, 1999. <<

[24] D. Gluckstein, 1999. <<

[25] Para un debate completo al respecto, véase D. Gluckstein, 1999. <<

[26] Otto Wels, citado en D. Gluckstein, 1999. <<

[27] G. Gross, *Der Gewerkschaftliche Widerstandskampf der Deutschen Arbeiterklasse Während der Faschistischen Vertrauensräte Wahlen, 1934*, Verlag Tribüne, Berlín, 1962. <<

[28] Citado en D. Gluckstein, 1999. <<

[29] D. Gluckstein, 1999. <<

[30] Véanse como ejemplos los de D. Gluckstein, 1999. <<

[31] L. Crome, *Unbroken. Resistance and Survival in the Concentration Camps*, Schocken Books, Londres, 1988. <<

[32] Informe procedente de Alemania central en diciembre de 1937, en *Berichte der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands*. <<

[33] D. Peukert, «Working Class Resistance: Problems and Options» («Resistencia de la clase obrera: problemas y opciones»), en D. Clay Large, 1991. <<

[34] G. MacDonogh, 2010, e I. C. B. Dear y M. R. D. Foot (eds.), 1995. <<

[35] E. D. Weitz, *Creating German Communism, 1890-1990: From Popular Protest to Socialist State*. Princeton University Press, Princeton, 1997. Una fuente ofrece una cifra de 100 000 muertos (L. Niethammer, U. Borsdorf, P. Brandt *et al*., *Arbeiterinitiative: Antifaschistische Ausschüsse und Reorganisationen der Arbeiterbewegung in Deutschland*, Peter Hammer Verlag, Wuupertal, 1976). <<

[36] L. Niethammer, U. Borsdorf, P. Brandt *et al*., 1976. <<

[37] Véase G. Aly, *Hitler's Beneficiaries: How the Nazis Bought the German People*. Verso, Londres, 2007. <<

[38] JCS 1067, la directiva estadounidense clave acerca de operaciones de ocupación, citada en H. Koehler, *Deutschland auf dem Weg zu sicht selbst*, Hohenheim Verlag, Stuttgart, 2002. <<

[39] Esto se debate en amplitud en G. MacDonogh, 2010. Véase también E. Mandel, 1991. <<

[40] Citado en G. MacDonogh, 2010. <<

[41] También hubo violaciones por parte de tropas estadounidenses y francesas. Véase G. MacDonogh, 2010. <<

[42] Véase G. Kolko, 1974. <<

[43] G. Kolko, 1974. <<

[44] Citado en G. Kolko, 1974. <<

[45] Citado en G. Kolko, 1974. <<

[46] G. MacDonogh, 2010. <<

[47] Véase L. Niethammer, U. Borsdorf, P. Brandt *et al*., 1976. <<

[48] L. Niethammer, U. Borsdorf, P. Brandt *et al*., 1976. <<

[49] L. Niethammer, U. Borsdorf, P. Brandt *et al*., 1976. <<

[50] Para un debate completo sobre este fenómeno véase L. Niethammer, U. Borsdorf, P. Brandt *et al*., 1976. <<

[51] Citado en D. Gluckstein, 1999. <<

[52] L. Niethammer, U. Borsdorf, P. Brandt *et al*., 1976. <<

[53] L. Niethammer, U. Borsdorf, P. Brandt *et al*., 1976. <<

[54] L. Niethammer, U. Borsdorf, P. Brandt *et al*., 1976. <<

[55] Citado en L. Niethammer, U. Borsdorf, P. Brandt *et al*., 1976. <<

[56] Véase L. Niethammer, U. Borsdorf, P. Brandt *et al*., 1976. <<

[57] Citado en L. Niethammer, U. Borsdorf, P. Brandt *et al*., 1976. <<

[58] Panfleto emitido en Leipzig, véase L. Niethammer, U. Borsdorf, P. Brandt *et al*., 1976. <<

[59] L. Niethammer, U. Borsdorf, P. Brandt *et al*., 1976. <<

[60] L. Niethammer, U. Borsdorf, P. Brandt *et al*., 1976. <<

[61] L. Niethammer, U. Borsdorf, P. Brandt *et al*., 1976. <<

[62] L. Niethammer, U. Borsdorf, P. Brandt *et al*., 1976. <<

[63] S. Terkel, 1984. <<

[64] Citado en L. Niethammer, U. Borsdorf, P. Brandt *et al*., 1976. <<

[65] G. MacDonogh, 2010. <<

[66] *Brown Book: War and Nazi Criminals in West Germany*, National Council of the National Front of Democratic Germany, Dresde, 1965[16N].
<<

[67] J. Herz, «Denazification and Related Policies» («Desnazificación y políticas relacionadas»), en J. Herz (ed.), *From Dictatorship to Democracy*, Greenwood Press, Westport, 1982, y G. MacDonogh, 2010. <<

[68] J. Herz, 1982. <<

[69] O. v. Mengersen, *The Impact of the Holocaust: Sinti and Roma in Germany: Past and Present*, Heidelberg, 2010. <<

[70] Las cifras equivalentes de las zonas estadounidense y francesa eran apenas algo más de un tercio y poco más de la mitad, respectivamente. M. Fulbrook, *Germany, 1918-1990: The Divided Nation*, Fontana, Londres, 1991 [hay varias reediciones]. <<

[71] *Brown Book*, 1965. <<

[72] Herz, en J. Hertz, 1982. <<

[73] M. Fulbrook, 1991. <<

[74] M. Fulbrook, 1991. <<

[75] M. Fichter, «Non-State Organizations-Problems of Redemocratization» («Organizaciones no estatales: los problemas de la redemocratización»), en J. Hertz, 1982. <<

[1] K. von Schuschnigg, *Réquiem por Austria*, Los libros de nuestro tiempo, Barcelona, 1947. <<

[2] *Die Rote Fahne*, 10 de febrero de 1934. <<

[3] J. Hindels, *Österreichs Gewerkschaften in Widerstand, 1934-1945*, Europaverl, Viena, 1976. <<

[4] J. Hindels, 1976. <<

[5] O. Molden, citado en J. Hindels, 1976. <<

[6] Véase S. Bolbecher *et al.*, *Erzählte Geschichte: Berichte von Widerstandkämpfern und Verfolgten*, Österreichischer Bundesverlag, Viena, s.f. <<

[7] K. von Schuschnigg, 1947. <<

[8] Informe de la reunión citado en J. Hindels, 1976. Irónicamente, se acabó liberando a muchos prisioneros de izquierdas gracias a la petición de Hitler a Schuschnigg de que se liberase a todos los prisioneros políticos. Sin embargo, mientras que todos los prisioneros nazis permanecieron en libertad, a los de izquierdas se los vigiló de cerca y poco después la Gestapo los arrestó. <<

[9] Véanse los testimonios de H. Pepper y F. Danimann en S. Bolbecher *et al.*, s.f. <<

[10] Véase la argumentación de W. Neugebauer, *Der Österrichische Widerstand, 1938-1945*, Edition Steinbauer, Viena, 2008. <<

[11] Véase T. Kirk, «Nazi Austria: the Limits of Dissent» («La Austria nazi: los límites de la disensión»), en T. Kirk y A. McElligott, 1999. <<

[12] W. Neugebauer, 2008. <<

[13] Kirk, en T. Kirk y A. McElligott, 1999. <<

[14] Véase W. Neugebauer, 2008. <<

[15] W. Neugebauer, 2008. <<

[16] Citado en S. Bolbecher *et al*., s.f. <<

[17] O. Rathkolb, citado en J. Miller, *One, by One, by One: Facing the Holocaust*, Simon and Schuster, Nueva York, 1990. <<

[18] W. Garscha, «Entnazifizierung und gerichlicht Ahndung von NSVerbrechen» («Desnazificación y sanciones penales a los nacionalsocialistas»), en E. Talos (ed.), *NS-Herrschaft in Österreich*. ÖBV & HPT, Viena, 2001. Los tribunales registraron 536 000, de los cuales 98 000 eran «ilegales», es decir, prohibidos bajo el austrofascismo. <<

[19] W. Neugebauer, 2008. <<

[20] Citado en B. Bailer-Galanda, «Die Opfer des Nationalsozialismus und die so genannte Wiedergutmachung» («Las víctimas del nacionalsocialismo y la supuesta reparación»), en E. Talos, 2001. <<

[21] B. Bailer-Galanda en E. Talos, 2001. <<

[22] Ibíd. <<

[23] Véase S. Bolbecher *et al*., s.f. <<

[24] W. Neugebauer, 2008. <<

[25] W. Garscha en E. Talos, 2001. <<

[26] Detalles en J. Miller, 1990. <<

[27] S. Bolbecher *et al*., s.f. <<

[28] S. Bolbecher *et al*., s.f. <<

[1] L. Longo, *Sulla via dell’insurrezione nazionale*, Editori Riuniti, Roma, 1971. <<

[2] Aunque ya escasos en la fundación del partido fascista, en 1919, poco antes del ascenso al poder de Mussolini, en 1922, el congreso del partido hacía tiempo que ya no estaba dominado por «trabajadores, artesanos o pequeñoburgueses, sino por miembros de las clases altas, de la aristocracia, industriales, terratenientes (…)». De Felice, citado en J. Baglieri, «Italian Fascism and the Crisis of Liberal Hegemony: 1901-1922» («El fascismo italiano y la crisis de hegemonía liberal: 1901-1922»), en S. Larsen *et al.*, *Who were the Fascists: social roots of European Fascism*, Universitetsforlaget, Bergen, 1980. <<

[3] T. Behan, 2009. <<

[4] T. Abse, «Italian Workers and Italian Fascism» («Trabajadores italianos y fascismo italiano»), en R. Bessel (ed.), *Fascist Italy and Nazi Germany*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996. <<

[5] P. Morgan, «Popular attitudes and resistance to Fascism in Italy» («Actitudes populares y resistencia al fascismo en Italia»), en T. Kirk y A. McElligott, 1999. <<

[6] T. Behan, 2009. <<

[7] P. Morgan, en T. Kirk y A. McElligott, 1999. <<

[8] P. Spriano, *Storia del Partito comunista italiano*, Einaudi, Turín, 1976 [existen numerosas reediciones]. <<

[9] T. Behan, 2009. <<

[10] Citado en P. Spriano, 1976. <<

[11] P. Spriano, 1976, y T. Behan, 2009. <<

[12] T. Behan, 2009. <<

[13] P. Spriano (1976) cita informes oficiales de diversos puntos de Italia expresando hostilidad popular hacia el nuevo movimiento. <<

[14] T. Behan, 2009. <<

[15] L. Longo, 1971. <<

[16] Octavilla de enero de 1943 de origen desconocido, citada en P. Spriano, 1976. <<

[17] R. Battaglia, *The story of the Italian Resistance*, Long Acre, Londres, 1957. [Existen numerosas ediciones en italiano.] <<

[18] Tim Mason dedica un interesante debate acerca de los detalles de esta huelga y las posibles distorsiones realizadas en los informes, debidas a necesidades políticas del PC italiano. Véase T. Mason, *Nazism, Fascism and the Working Class*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995. <<

[19] P. Spriano, 1976. <<

[20] R. Battaglia, 1957. <<

[21] Comentarios de Mussolini recogidos en P. Spriano, 1976. <<

[22] Citado en T. Behan, 2009. <<

[23] Citado en P. Spriano, 1976, y T. Behan, 2009. <<

[24] E. Agarossi, *A Nation Collapses*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000. <<

[25] T. Behan, 2009. <<

[26] Citado en I. C. B. Dear y M. R. D. Foot, 1995. <<

[27] D. Mack Smith, *Mussolini*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1989. Trad.: Mercedes Pizarro. <<

[28] D. Guerin, *Fascismo y gran capital*, Fundamentos, Madrid, 1973. Trad.: Daniel de la Iglesia. <<

[29] I. S. Munro, *Through Fascism to World Power: a History of the Revolution in Italy*, A. Maclehose & Co., Londres, 1933. <<

[30] Citado en P. Spriano, 1976. <<

[31] E. Agarossi, 2009. <<

[32] E. Agarossi, 2009. <<

[33] W. Churchill, 2002. <<

[34] T. Behan, 2009. <<

[35] P. Spriano, 1976. <<

[36] P. Spriano, 1976. <<

[37] Citado en C. Pavone, *Una guerra civile: saggio storico sulla moralità nella Resistenza*, Bollati Boringhieri, Turín, 1991. <<

[38] P. Spriano, 1976. <<

[39] El énfasis es mío. W. Churchill, 2002. <<

[40] C. Pavone, 1991. Behan (2009) señala que el grupo dirigente se dio cuenta de que eran necesarias algunas concesiones, y así «la democracia comenzó a filtrarse por las fisuras», aunque los cambios fueron mínimos. <<

[41] Citado en P. Spriano, 1976. <<

[42] P. Spriano, 1976, y C. Pavone, 1991. <<

[43] «Memorando acerca de la urgente necesidad de organizar una defensa nacional contra la ocupación y el riesgo de golpe de estado por parte de los alemanes», 30 de agosto de 1943, citado en L. Longo, 1971. <<

[44] L. Valiani, *Tutte le strade conducono a Roma*, Mulino, Bolonia, 1983.
<<

[45] Citado en P. Spriano, 1976. <<

[46] Véase R. Lamb, *War in Italy, 1943-1945: a brutal story*, Penguin Books, Londres, 1993. <<

[47] Para todos los detalles, véase E. Agarossi, 2009. <<

[48] C. Pavone, 1991. <<

[49] E. Agarossi, 2009. <<

[50] E. Agarossi, 2009; T. Behan, 2009. <<

[51] R. Battaglia, 1957. Es notable que se ofreciera a los prisioneros la libertad si se unían al régimen títere de Salò, pero sólo un 1,3 por ciento aceptara (T. Behan, 2009). <<

[52] C. Pavone, 1991. <<

[53] G. Aly, 2007. <<

[54] G. Aly, 2007. <<

[55] L. Ginzburg, *Scritti*, Giulio Einaudi Editore, Turín, 1964. <<

[56] Citado en C. Pavone, 1991. <<

[57] Dante Livio Bianco, de los Partisanos Justicia y Libertad de Piemonte, citado en C. Pavone, 1991. <<

[58] Citado en C. Pavone, 1991. <<

[59] Noel Charles, en L. Mercuri (ed.), *Documenti sull'Italia nella Seconda Guerra Mondiale (1): 1943-1945*, Foggia, Bastogi, 1995. <<

[60] L. Valiani, 1983. <<

[61] *La Nostra Lotta*, enero de 1944, n.º 2, citado en L. Longo, 1971. <<

[62] *La Nostra Lotta*, citado en L. Longo, 1971. <<

[63] *La Nostra Lotta*, citado en L. Longo, 1971. <<

[64] *La Nostra Lotta*, citado en L. Longo, 1971. <<

[65] Ibíd. <<

[66] Para un informe completo, véase T. Behan, 2009. <<

[67] L. Valiani, 1983. <<

[68] Diario de Fausto Lucchelli, citado en G. Guderzo[17N]. <<

[69] G. Guderzo, *L’altra guerra: neofascisti, tedeschi, partigiani, popolo in una provinvia padana, Pavia, 1943-1945*, Il Mulino, Bolonia, 2002. <<

[70] T. Behan, 2009. <<

[71] Battaglia (1957) sugiere un número menor, de entre 150 000 y 200.000. <<

[72] Citado en L. Mercuri, 1995. <<

[73] L. Lewis, *Echoes of Resistance: British involvement with the Italian partisans*, Costello, Turnbridge Wells, 1985. <<

[74] Citado en C. Pavone, 1991. <<

[75] C. Pavone, 1991. <<

[76] Citado en C. Pavone, 1991. <<

[77] Portavoz comunista en Turín, citado en C. Pavone, 1991. <<

[78] Citado en R. Battaglia, 1957. <<

[79] T. Behan, 2009. <<

[80] Véanse detalles en R. Battaglia, 1957, y L. Lewis, 1985. <<

[81] G. Guderzo, 2002. <<

[82] G. Guderzo, 2002. <<

[83] G. Guderzo, 2002. <<

[84] Véase L. Lewis, 1985. <<

[85] T. Behan, 2009. <<

[86] R. Lamb, 1993. <<

[87] MacCaffery, citado en R. Lamb, 1993. Véase también T. Behan, 2009.
<<

[88] Informe de un sargento a Anthony Eden, citado en B. Davidson, 1980.
<<

[89] L. Valiani, 1983. <<

[90] R. Battaglia, 1957. <<

[91] Documento del 11 de junio de 1944, en L. Mercuri, 1995. <<

[92] Citado en C. Pavone, 1991. <<

[93] Véase C. Pavone, 1991. <<

[94] L. Valiani, 1983. <<

[95] R. Lamb, 1993, y T. Behan, 2009. <<

[96] G. Guderzo, 2002, y C. Pavone, 1991. <<

[97] L. Valiani, 1983. <<

[98] L. Valiani, 1983. <<

[99] C. Pavone, 1991. <<

[100] L. Longo, 1971. <<

[101] Citado en C. Pavone, 1991. <<

[102] Véase R. Battaglia, 1957, y R. Lamb, 1993. <<

[103] L. Longo, 1971. <<

[104] R. Lamb, 1993. <<

[105] T. Behan, 2009. <<

[106] *Atti de Comando Generale del C. V. L.*, datado el 2 de diciembre de 1944, en L. Longo, 1971. Traducción al inglés en B. Davidson, 1980. <<

[107] Véase también el debate en B. Davidson, 1980, y R. Lamb, 1993. <<

[108] Véase por ejemplo R. Battaglia, 1957. <<

[109] G. Guderzo, 2002. <<

[110] Citado en T. Behan, 2009. <<

[111] P. Spriano, 1976, y C. Pavone, 1991. <<

[112] B. Davidson, 1980. <<

[113] D. Sassoon, *The Strategy of the Italian Communist Party: from the Resistance to the Historic Compromise*, Palgrave Macmillan, Londres, 1981. <<

[114] L. Valiani, 1983. Lewis (1985) ofrece cifras diferentes: PCI, 38 por ciento; Brigadas Autónomas (no políticas), 30 por ciento; democristianos y Partido de Acción, 12-13 por ciento cada uno, y un 17 por ciento los de tendencia desconocida. Véase también T. Behan, 2009. <<

[115] D. Sassoon, 1981. <<

[116] R. Battaglia, 1957. <<

[117] P. Broué, «The Italian Communist Party, the War and the Revolution» («El Partido Comunista italiano, la guerra y la revolución»), en *Through Fascism, War and Revolution: Trotskysm and Left Communism in Italy, Revolutionary History*, vol. 5, primavera de 1995. <<

[118] P. Broué, 1995. <<

[119] Citado en C. Pavone, 1991. En noviembre de 1943, el PCI declaraba: «Badoglio y sus generales no pueden liderar la lucha. Tan sólo las fuerzas lideradas por el Comité de Liberación Nacional pueden hacer eso» (*La Nostra Lotta*, noviembre de 1943, en L. Longo, 1971). <<

[120] Citado en D. Sassoon, 1981. <<

[121] P. Broué, 1995. <<

[122] D. Sassoon, 1981. <<

[123] «Hail the Government of National Unity» («Saludamos al gobierno de unidad nacional») *Il Combattente*, mayo de 1944, citado en L. Longo, 1971. <<

[124] *Il Combattente*, diciembre de 1943, citado en L. Longo, 1971. <<

[125] C. Pavone, 1991. <<

[126] C. Pavone, 1991. <<

[127] Citado en A. Peregalli, «The Left Wing Opposition in Italy during the period of the Resistance» («La oposición de izquierdas en Italia durante la época de la resistencia»), en *Revolutionary History*, vol. 5, primavera de 1995. <<

[128] Citado en T. Behan, 2009. <<

[129] Véase T. Behan, 2009. <<

[130] L. Valiani, 1983. <<

[131] A. Peregalli, 1995. <<

[132] A. Peregalli, 1995. <<

[133] A. Peregalli, 1995. <<

[134] Citado en C. Pavone, 1991. <<

[135] Citado en C. Pavone, 1991. <<

[136] *L'Unità*, marzo de 1944; L. Longo, 1971. <<

[137] *La Nostra Lotta*, septiembre de 1944; L. Longo, 1971. <<

[138] *La Nostra Lotta*, agosto de 1944; L. Longo, 1971. <<

[139] Citado en T. Behan, 2009. <<

[140] Citado en L. Longo, 1971. <<

[141] Véase L. Longo, 1971. <<

[142] Citado en R. Battaglia, 1957. <<

[143] R. Battaglia, 1957. <<

[144] R. Battaglia, 1957. <<

[145] R. Battaglia, 1957. <<

[146] B. Davidson, 1980. <<

[147] B. Davidson, 1980. <<

[148] B. Davidson, 1980. <<

[149] B. Davidson, 1980. <<

[150] B. Davidson, 1980. <<

[1] A. Read y D. Fisher, *The Proudest Day*, Jonathan Cape, Londres, 1997.
<<

[2] *Hansard*, 11 de marzo de 1942. <<

[3] Aproximadamente 350 millones. <<

[4] P. French, *Liberty or Death: India's Journey to Independence and Division*, Flamingo, Londres, 1998. <<

[5] C. Bates, *Subalterns and Raj: South Asia since 1600*, Routledge, Londres, 2007; J. Newsinger, 2006. <<

[6] N. Mansergh (ed.), *The Transfer of Power, 1942-7*, HMSO, Londres, 1977. <<

[7] N. Mansergh, 1977. <<

[8] A. Read y D. Fisher, 1997. <<

[9] A. Read y D. Fisher, 1997. <<

[10] A. Read y D. Fisher, 1997. <<

[11] En el inicio de la guerra había 60 000 soldados británicos y 160 000 indios. Hacia el final de la guerra había 2,5 millones en total, y la carga económica era casi cinco veces más pesada que en 1939. Esta cifra hace referencia a 1943-1944. «War Cabinet, WM (42) 105th Conclusions, minute 2» («Gabinete de Guerra, WM (42) 105.a conclusiones, minuta 2»), en N. Mansergh, 1977. <<

[12] Véase «War Cab Paper, WP (42) 328 Sterling Balances» («Papeles del Gabinete de Guerra, WM (42) 328, equilibrios esterlinos»), en N. Mansergh, 1977. <<

[13] «War Cabinet, WM (42) 105th Conclusions, minutes 1 & 2» («Gabinete de Guerra, WM (42) 105.a conclusiones, minutas 1 y 2»), en N. Mansergh, 1977. <<

[14] J. Newsinger, 2006. <<

[15] Citado en «Government of India, Home Dept., to Secretary of State, 1 May 42» («Gobierno de la India, Departamento de Interio, al Secretario de Estado, 1 de mayo de 1942» en N. Mansergh, 1977, vol. 2. <<

[16] Véase «Marquess of Linlithgow to Mr. Amery, 11 July 1942» («Marquesa de Linlithgow al Sr. Amery, 11 de julio de 1942», en N. Mansergh, 1977, vol. 2. <<

[17] *Dictionary of National Biography*, citado en francés. <<

[18] N. Mansergh, 1977. <<

[19] Véase N. Mansergh, 1977. <<

[20] N. Mansergh, 1977. <<

[21] N. Mansergh, 1977. <<

[22] N. Mansergh, 1977. <<

[23] N. Mansergh, 1977. <<

[24] N. Mansergh, 1977. <<

[25] S. Sarkar, *Modern India*, 1885-1947, Palgrave Macmillan, Houndmills, 1989. <<

[26] N. Mansergh, 1977. <<

[27] P. French, 1998. <<

[28] N. Mansergh, 1977. <<

[29] J. Newsinger, 2006. <<

[30] N. Mansergh, 1977. <<

[31] N. Mansergh, 1977. <<

[32] Citado en P. French, 1998. <<

[33] Citado en G. P. Pradhan, *India's Freedom Struggle: An Epic of Sacrifice and Suffering*, Sangam, Delhi/Londres, 1990. <<

[34] Citado en S. Sarkar, 1989. <<

[35] Jimmy Thomas en 1924, citado en T. Cliff y D. Gluckstein, *The Labour Party: A Marxist History*, Bookmarks, Londres, 1988. <<

[36] P. French, 1998; J. Newsinger, 2006. <<

[37] Véase S. Gopal, *Jawaharlal Nehru, a Biography*, Oxford University Press, Delhi, 1989. <<

[38] Citado en R. C. Majumdar, *History of the Freedom Movement in India*, K. L. Mukhopadhyay, Calcuta, 1971. <<

[39] S. Sarkar, 1989. <<

[40] N. Mansergh, 1977. <<

[41] Véase papel del Gabinete de Guerra WP (42) 395, en N. Mansergh, 1977. Posteriormente la política británica fue demasiado incluso para Mudaliar, y abogó por llegar a un compromiso con el Congreso. <<

[42] N. Mansergh, 1977. <<

[43] Citado en P. N. Chopra (ed.), *Historic Judgment on Quit India Movement: Justice Wickenden's Report*, Delhi, 1989. <<

[44] Citado en R. C. Majumdar, 1971. <<

[45] R. C. Majumdar, 1971. <<

[46] A. Read y D. Fisher, 1997. <<

[47] N. Mansergh, 1977. <<

[48] N. Mansergh, 1977. <<

[49] N. Mansergh, 1977. <<

[50] A. Read y D. Fisher, 1997. <<

[51] P. N. Chopra, 1989, y G. Pandey, *The Indian Nation in 1942*, K. P. Bagchi para Centre for Studies in Social Sciences, Calcuta, 1988. <<

[52] P. French, 1998. <<

[53] N. Mansergh, 1977, y G. Pandey, «The Revolt of August, 1942 in eastern UP and Bihar» («La revuelta de agosto en Uttar Pradesh oriental y Bihar», en G. Pandey, 1988. <<

[54] P. N. Chopra (ed.), *Quit India Movement, vol. 2: Role of Big Business*, Interprint, Delhi, 1991. <<

[55] S. Sarkar, 1989. <<

[56] P. French, 1998. <<

[57] P. French, 1998, y A. Read y D. Fisher, 1997. <<

[58] S. Sarkar, 1989. <<

[59] Véase G. Omvedt, «The Satara Prati Sarkar» («El Satara Prati Sarkar»), en G. Pandey, 1988 y G. P. Pradhan, 1990. <<

[60] H. Sanyal, «Quit India Movement in Medinipur District» («El movimiento Abandonen la India en el barrio de Medinipur»), en G. Pandey, 1988. <<

[61] H. Sanyal, en G. Pandey, 1988. <<

[62] H. Sanyal, en G. Pandey, 1988. <<

[63] H. Sanyal, en G. Pandey, 1988. <<

[64] H. Sanyal, en G. Pandey, 1988. Citado en P. N. Chopra, 1989. <<

[65] R. C. Majumdar, 1971. <<

[66] P. N. Chopra, 1991. <<

[67] J. Narayan, *Selected works*, Manohar, Nueva Delhi, vol. 3, 2003. <<

[68] J. Narayan, 2003. <<

[69] J. Narayan, 2003. <<

[70] J. Narayan, 2003. <<

[71] J. Narayan, 2003. <<

[72] J. Narayan, 2003. <<

[73] «The ABC of Dislocation» («El ABC de la dislocación»), citado en P. N. Chopra, 1991. <<

[74] P. N. Chopra, 1991. <<

[75] P. N. Chopra, 1991. <<

[76] P. N. Chopra, 1991. <<

[77] C. Bates, 2007. <<

[78] Citado en G. Pandey, 1988. <<

[79] N. Mansergh, 1977. <<

[80] A. Read y D. Fisher, 1997, y R. C. Majumdar, 1971. <<

[81] S. Sarkar, 1989. <<

[82] R. C. Majumdar, 1971, y J. Newsinger, 2006. <<

[83] R. C. Majumdar, 1971. <<

[84] P. N. Chopra, 1991. <<

[85] P. N. Chopra, 1991. <<

[86] Las últimas cifras, según Nehru. Citado en P. N. Chopra, 1989. <<

[87] R. C. Majumdar, 1971, y S. Sarkar, 1989. <<

[88] A. Read y D. Fisher, 1997. <<

[89] R. C. Majumdar, 1971. <<

[90] R. C. Majumdar, 1971. <<

[91] T. R. Sareen, *Indian National Army, a Documentary Study*, Gyan Publishing House, Nueva Delhi, 2004. <<

[92] Citado en K. K. Ghosh, *The Indian National Army. Second Front of the Indian Independence Movement*, Meenakshi Prakashan, Meerut, 1969. <<

[93] T. R. Sareen, 2004. <<

[94] G. P. Pradhan, 1990. <<

[95] M. Gupta y A. K. Gupta, *Defying Death: Struggles against Imperialism and Feudalism*, Tulika, Nueva Delhi, 2001. <<

[96] T. R. Sareen, 2004. <<

[97] T. R. Sareen, 2004. <<

[98] Citado en A. Read y D. Fisher, 1997. <<

[99] Citado en N. Tarling, *A Sudden Rampage: The Japanese Occupation of Southeast Asia, 1941-1945*, C. Hurst & Co. Publishers, Londres, 2001. <<

[100] Citado en N. Tarling, 2001. <<

[101] A. Read y D. Fisher, 1997. <<

[102] Cifra de 1941. K. K. Ghosh, 1969. <<

[103] Citado en K. K. Ghosh, 1969. <<

[104] K. K. Ghosh, 1969. <<

[105] S. Sarkar, 1989. <<

[106] Citado en K. K. Ghosh, 1969. <<

[107] T. R. Sareen, 2004. <<

[108] K. K. Ghosh, 1969. <<

[109] T. R. Sareen, 2004. <<

[110] Memorias del Tte. General Kawabe, en T. R. Sareen, 2004. <<

[111] R. Dayal (ed.), *We Fought Together for Freedom: Chapters of the Indian National Movement*, Oxford University Press, Delhi, 1995. <<

[112] Citado en K. K. Ghosh, 1969. <<

[113] T. R. Sareen, 2004. <<

[114] A. Read y D. Fisher, 1997. <<

[115] Citado en R. Dayal, 1995. <<

[116] P. Heehs, «India's Divided Loyalties» («Las lealtades divididas de la India»), en *History Today*, julio de 1995. <<

[117] P. French, 1998, y A. Read y D. Fisher, 1997. <<

[118] Citado en S. Sarkar, 1989. <<

[119] S. Sarkar, 1989. <<

[1] M. C. Ricklefs, *A History of Modern Indonesia*, Stanford University Press, Stanford, 2001. <<

[2] M. C. Ricklefs, 2001, y T. Friend, *The Blue-Eyed Enemy: Japan against the West in Java and Luzon, 1942-1945*, Princeton University Press, Princeton, 1988. <<

[3] M. C. Ricklefs, 2001. <<

[4] B. Dahm, *Sukarno and the Struggle for Indonesian Independence*, Cornell University Press, Ithaca, 1969. <<

[5] T. Friend, 1988. <<

[6] B. Dahm, 1969. <<

[7] R. Cribb y C. Brown, *Modern Indonesia. A History since 1945*. Longman, Londres, 1995. <<

[8] M. C. Ricklefs, 2001. <<

[9] Para detalles, véase H. Benda, «The Communist Rebellions of 19261 927 in Indonesia» («Las rebeliones comunistas de 1926-1927 en Indonesia»), en *The Pacific Historical Review*, vol. 24, n.º 2, mayo de 1955, y M. C. Ricklefs, 2001. <<

[10] Citado en B. Dahm, 1969. <<

[11] B. Dahm, 1969. <<

[12] B. Dahm, 1969. <<

[13] M. H. Thamrin, citado en N. Tarling, 2001. <<

[14] Almirante Maeda, citado en B. Dahm, 1969. <<

[15] Citado en N. Tarling, 2001. <<

[16] Citado en B. Dahm, 1969. <<

[17] Citado en B. Dahm, 1969. <<

[18] Citado en S. Sato, *War, Nationalism and Peasants*, M. E. Sharpe, Armonk, NY, 1994. <<

[19] Citado en S. Sato, 1994. <<

[20] M. Nakamura, «General Imamura and the Early Period of Japanese Occupation» («El general Imamura y el periodo inicial de ocupación japonesa»), en *Indonesia*, vol. 10, octubre de 1970. <<

[21] N. Tarling, 2001. <<

[22] B. Anderson, *Java in a Time of Revolution: Occupation and Resistance, 1944-1946*, Cornell University Press, Londres, 1972. <<

[23] S. Sato, 1994. <<

[24] R. Cribb y C. Brown, 1995. <<

[25] B. Anderson, 1972. <<

[26] S. Sato, 1994. <<

[27] T. Friend, 1988. <<

[28] S. Sato, 1994. <<

[29] S. Sato, 1994. <<

[30] Ésta es la estimación de Friend, aunque las cifras de Sato oscilan entre el 15 y el 20 por ciento (S. Sato, 1994). <<

[31] T. Friend, 1988. <<

[32] «Principles Governing the Administration of Occupied Southern Regions» («Criterios de gobierno de la Administración de las Regiones Meridionales ocupadas»), 20 de noviembre de 1941, citado en S. Sato, 1994. Véase también M. Nakamura, 1970. <<

[33] S. Sato, 1994. <<

[34] S. Sato, 1994. <<

[35] B. Dahm, 1969. <<

[36] S. Sato, 1994. <<

[37] T. Friend, 1988. <<

[38] B. Dahm, 1969. <<

[39] Su papel se discute en M. Nakamura, 1970. <<

[40] B. Dahm, 1969. <<

[41] Citado en N. Tarling, 2001. <<

[42] B. Dahm, 1969. <<

[43] T. Friend, 1988. <<

[44] M. Nakamura, 1970. <<

[45] B. Dahm, 1969 y N. Tarling, 2001. <<

[46] T. Friend, 1988. <<

[47] M. C. Ricklefs, 2001 <<

[48] B. Anderson, 1972. <<

[49] N. Tarling, 2001. <<

[50] Se perdonó la vida a Sjarifuddin tras las súplicas de Sukarno y Hatta. B. Anderson, 1972. <<

[51] B. Anderson, 1972. <<

[52] M. C. Ricklefs, 2001. <<

[53] Véase la cita de Sukarno antes mencionada en B. Dahm, 1969. <<

[54] B. Siong, «Captain Huyer and the Massive Japanese Arms Transfer in East Java in October 1945» («El capitán Huyer y la masiva transferencia de armas en Java Oriental en octubre de 1945»), en *Bijdragen tot de taal-,Land- en Volkenkunde*, n.º 159, (2003), n.º 2/3, descargado de www.kitlv-journals. nl. Consultado el 12 de enero de 2010. <<

[55] S. Sato, 1994. <<

[56] B. Anderson, 1972. <<

[57] T. Friend, 1988. <<

[58] B. Anderson, 1972. <<

[59] Calculado a partir de una muestra de T. Friend, 1988. <<

[60] T. Friend, 1988; véase también M. C. Ricklefs, 2001. <<

[61] B. Anderson, 1972. <<

[62] B. Anderson, 1972; B. Dahm, 1969. <<

[63] B. Anderson, 1972. <<

[64] Citado en B. Anderson, 1972. <<

[65] B. Anderson, 1972. <<

[66] R. Cribb y C. Brown, 1995. <<

[67] B. Anderson, 1972. <<

[68] J. Suryomenggolo, «Workers' Control in Java, Indonesia, 1945-1946» («El control a los trabajadores en Java, Indonesia, 1945-1946») en I. Ness y D. Azzelini (eds.), *Ours to Master and to Own: Workers' Control from the Commune to the Present*, Haymarket Books, Chicago, 2011. <<

[69] B. Anderson, 1972. <<

[70] G. M. Kahin, *Nationalism and Revolution in Indonesia*, Cornell University Press, Chicago, 1970. <<

[71] Citado en G. M. Kahin, 1970. <<

[72] B. Anderson, 1972. <<

[73] B. Anderson, 1972. <<

[74] B. Anderson, 1972 <<

[75] J. Suryomenggolo, 2011. <<

[76] B. Anderson, 1972. <<

[77] B. Anderson, 1972. <<

[78] Véase A. Lucas, «Social Revolution in Pemalang, Central Java, 1945» («Revolución social en Pemalang, Java central, 1945»), en *Indonesia*, vol. 24, octubre de 1977. <<

[79] A. Lucas, 1977. <<

[80] A. Lucas, 1977. <<

[81] A. Lucas, 1977. <<

[82] A. Lucas, 1977. <<

[83] M. C. Ricklefs, 2001. <<

[84] B. Anderson, 1972. <<

[85] A. Lucas, 1977. <<

[86] M. C. Ricklefs, 2001. <<

[87] M. C. Ricklefs, 2001. <<

[88] B. Siong, «Captain Huyer…», 2003. <<

[89] B. Anderson, 1972. <<

[90] Hubo un tiroteo en Semarang, pero fue porque los japoneses confundieron a los *gurkas* británicos con indonesios. B. Siong, «Captain Huyer…», 2003. <<

[91] B. Anderson, 1972. <<

[92] H. B. Siong, «The Secret of Major Kido; the Battle of Semarang, 15-19 October 1945» («El secreto del mayor Kido; la Batalla de Semarang, 1519 de octubre de 1945»), en *Bijdragen tot de taal-, Land- en Volkenkunde*, n.º 152, (1996), n.º 3, descargado de www.kitlv-journals. nl. Consultado el 12 de enero de 2010. <<

[93] B. Anderson, 1972. <<

[94] Citado en B. Anderson, 1972. <<

[95] Véase R. McMillan, *The British Occupation of Indonesia, 1945-1946: Britain, the Nederlands and the Indonesian Revolution*, Routledge, Londres, 2005. <<

[96] H. B. Siong, «The Secret of Major Kido…», 1996. <<

[97] H. B. Siong, «The Secret of Major Kido…», 1996. <<

[98] R. McMillan, 2005. <<

[99] Citado en R. McMillan, 2005. <<

[100] Ibíd. <<

[101] Citado en R. McMillan, 2005. <<

[102] Citado en R. McMillan, 2005. <<

[103] T. Friend, 1988. <<

[104] R. McMillan, 2005. <<

[105] T. Friend, 1988. <<

[106] R. McMillan, 2005. <<

[107] B. Siong, «Captain Huyer…», 2003. <<

[108] Citado en B. Anderson, 1972. <<

[109] R. McMillan, 2005; B. Anderson, 1972. <<

[110] Citado en B. Anderson, 1972. <<

[111] Citado en B. Anderson, 1972. <<

[112] Citado en B. Anderson, 1972. <<

[113] T. Friend, 1988. <<

[114] R. McMillan, 2005. <<

[115] Citado en R. McMillan, 2005. <<

[116] R. McMillan, 2005; véase también B. Anderson, 1972. <<

[117] R. McMillan, 2005. <<

[118] Citado en R. McMillan, 2005. <<

[119] Citado en R. McMillan, 2005. <<

[1] Según Léon Blum, citado en A.-G. Marsot, «The Crucial Year: Indochina 1946» («El año crucial: Indochina, 1946»), en *Journal of Contemporary History*, vol. 19, n.º 2, abril de 1984. <<

[2] P. Franchini, *Les mensonges de la guerre d’Indochine*, Perrin, París, 2005. <<

[3] D. Marr, *Vietnam 1945: the Quest for Power*, University of California Press, Berkeley, 1995; K. Ruane, *War and Revolution in Vietnam*, UCL, Londres, 1998. <<

[4] Notas del Gobierno Provisional Francés a los EE.UU., 20 de enero de 1945, en G. Porter (ed.), *Vietnam: the Definitive Documentation on Human Decisions*, Heyden, Londres, 1979. <<

[5] Cita procedente de un prospecto del siglo XIX. Las dos últimas palabras, en inglés en el original. Citado en P. R. Feray, *Le Viêt-Nam au XX e siècle*, Presses Universitaires de France, París, 1979. <<

[6] P. R. Feray, 1979. <<

[7] Estos últimos constituían el 90 por ciento de la población. Las cifras son de 1931, P. R. Feray, 1979. <<

[8] La cifra es de 1937, P. R. Feray, 1979. <<

[9] P. Xanh, *Ho Chi Minh: the Nation and the Times, 1911-1946*, Thé Gioi Publishers, Hanoi, 2008. <<

[10] S. Tonneson, *The Vietnamese Revolution of 1945*, Sage Publications, Londres, 1991. <<

[11] La cifra es de 1940. P. R. Feray, 1979. <<

[12] Le Manh Hung, *The Impact of World War II in the Economy of Vietnam*, Eastern Universities Press by Marshall Cavendish, Singapur, 2004. <<

[13] J. Neale, *The American War*, Bookmarks, Londres, 2005; P. Ripert, en *Histoire de la guerre d'Indochine* (Maxi livres-Succès du livre, París, 2004) especifica que un 2,5 por ciento de la población poseía el 50 por ciento de las tierras. <<

[14] S. Tonneson, 1991. <<

[15] Ibíd. <<

[16] Le Manh Hung, 2004. <<

[17] D. Marr, 1998. <<

[18] D. Marr, 1998. <<

[19] Le Manh Hung, 2004, y D. Marr, 1998. <<

[20] Citado en Le Manh Hung, 2004. <<

[21] Ho Chi Minh, *Obras escogidas*, Akal, Madrid, 1976. <<

[22] Le Manh Hung, 2004. En la mayoría de casos, el golpe japonés del 9 de marzo de 1945 apenas se enfrentó a resistencia alguna por parte de los franceses. R. Spector, 1982[18N]; D. Marr, 1998. <<

[23] Le Manh Hung, 2004. <<

[24] El énfasis es mío. Ho Chi Minh, 1976. <<

[25] Ho Chi Minh, 1976. <<

[26] S. Tonneson, 1991. <<

[27] D. Marr, 1998. <<

[28] D. Marr, 1998. <<

[29] Phan Chu Trinh y Ho Chi Minh, citados en P. Xanh, 2008. <<

[30] Ho Chi Minh, 1976. <<

[31] P. R. Feray, 1979. <<

[32] N. Van, *Revolutionaries they could not break: the fight for the Fourth International in Indochina, 1930-1945*, Index Books, Londres, 1995. <<

[33] Citado en P. Xanh, 2008. <<

[34] P. Xanh, 2008. <<

[35] Se le dio inicio en diciembre de 1944. Ho Chi Minh, 1976. <<

[36] D. Marr, 1998. <<

[37] D. Marr, 1998. <<

[38] J. Neale, 2005. <<

[39] Citado en D. Horowitz, 1967. <<

[40] P. R. Feray, 1979. <<

[41] P. Xanh, 2008; S. Tonneson, 1991. <<

[42] R. Spector, «Allied Intelligence and Indochina, 1943-1945» («Inteligencia aliada e Indochina, 1943-1945»), en *The Pacific Historic Review*, vol. 51, n.º 1, febrero de 1982. <<

[43] G. Porter, 1979. <<

[44] J. Valette, *Indochine, 1940-1045: Français contre Japonais*, SEDES, París, 1993. <<

[45] Citado en A. W. Cameron (ed.), *Viet-Nam Crisis. A Documentary History. Vol. 1*, Cornell University Press, Ithaca, 1971. <<

[46] Véase S. Tonneson, 1991. <<

[47] K. Ruane, 1998. <<

[48] Citado en A. W. Cameron, 1971. <<

[49] R. Spector, 1982. <<

[50] R. Spector, 1982. <<

[51] R. Spector, 1982. <<

[52] R. Spector, 1982. <<

[53] R. Spector, 1982. <<

[54] Informe sobre la «Misión Ciervo» de la OSS, mayor Allison K. Thomas, 17 de septiembre de 1945, en G. Porter, 1979. <<

[55] Instrucciones del Comité Permanente del Comité Central del PCI, 12 de marzo de 1945, en G. Porter, 1979. <<

[56] D. Marr, 1998. <<

[57] S. Tonneson, 1991. <<

[58] D. Marr, 1998. <<

[59] D. Marr, 1998. <<

[60] S. Tonneson, 1991. <<

[61] D. Marr, 1998. <<

[62] G. Porter, 1979. Conclusiones de la Conferencia del Comité del Viet Minh para establecer una «zona libre», 4 de junio de 1945. También D. Marr, 1998. <<

[63] Orden de Levantamiento General por Vo Nguyen Giap, representante del Comité Ejecutivo Provisional de la Zona Libre, 12 de agosto de 1945. También en D. Marr, 1998. <<

[64] D. Marr, 1998. <<

[65] R. Morrock, «Revolution and Intervention in Vietnam» («Revolución e intervención en Vietnam»), en D. Horowitz, 1967. <<

[66] Citado en N. Van, 1995. <<

[67] Tranh Dau, citado en N. Van, 1995. <<

[68] S. Tonneson, 1991. <<

[69] D. Marr, 1998. <<

[70] D. Marr, 1998. <<

[71] D. Marr, 1998. <<

[72] Citado en S. Tonneson, 1991. <<

[73] N. Van, 1995. <<

[74] D. Marr, 1998. <<

[75] D. Marr, 1998. <<

[76] D. Marr, 1998. <<

[77] D. Marr, 1998, y S. Tonneson, 1991. <<

[78] N. Van, 1995. <<

[79] N. Van, 1995. <<

[80] N. Van, 1995. <<

[81] N. Van, 1995. <<

[82] D. Marr, 1998. <<

[83] P. R. Feray, 1979. <<

[84] A. W. Cameron, 1971. <<

[85] A. W. Cameron, 1971. <<

[86] Véase por ejemplo D. Marr, 1998. <<

[87] Citado en N. Van, 1995. <<

[88] Citado en R. Spector, 1982. <<

[89] General *sir* William Slim, comandante en jefe de las fuerzas terrestres aliadas del sudeste asiático, al general Gracey, 28 de agosto de 1945, citado en J. Springhall, «"Kicking out the Vietminh": How Britain Allowed France to Reoccupy South Indochina, 1945-1946» («"Echando a patadas al Vietminh": cómo Gran Bretaña permitió a Francia reocupar el sur de Indochina, 1945-1946»), en *Journal of Contemporary History*, vol. 40, n.º 1, enero de 2005. <<

[90] C. De Gaulle, 1955. <<

[91] D. Marr, 1998. <<

[92] J. Springhall, 2005. <<

[93] Mounbatten el 24 de septiembre de 1945, citado en J. Springhall, 2005.
<<

[94] D. Marr, 1998. <<

[95] *The Times*, 25 de septiembre de 1945. <<

[96] J. Springhall, 2005. <<

[97] D. Marr, 1998. <<

[98] Citado en J. Springhall, 2005. <<

[99] Citado en J. Springhall, 2005. <<

[100] J. Springhall, 2005. <<

[101] G. Porter, 1979. <<

[102] D. Marr, 1998. <<

[1] J. Keegan, *The Second World War*, Pimlico, Londres, 1997. <<

[2] H. Strachan, *La primera guerra mundial*, Crítica, Barcelona, 2004. <<

[3] D. Mitchell, *1919: Red Mirage*, J. Cape, Londres, 1970. <<

[4] C. v. Clausewitz, 1999. <<

[5] Citado en T. Cliff, *Trotsky*, Bookmarks, Londres, 1993. <<

[6] J. Keegan, 1997. <<

[7] *European Resistance Movements 1939-1945. Presentations at the First International Conference on the history of Resistance Movements*, Londres, 1960. <<

[8] R. Overy, 2005. <<

[9] S. Hessel, *Engagez-vous*!, Ed. de l'Aube, La Tour d'Aigues, 2011. [Existen dos ediciones en euskera, *Konprometitu zaitezte!: Gilles Vanderpootenekin solasean*, Alberdania, Irún, 2011, y Erein, Donosti, 2011.] <<

[1a] La serie *Band of Brothers* se tradujo en España como *Hermanos de sangre*; en Latinoamérica, como *Hermandad en la trinchera* o *Banda de hermanos*. El título parafrasea el discurso de San Crispín de *Enrique V*, de William Shakespeare, acto IV, escena III (*We few, we happy few, we band of brothers*…). (*N. del T.*)<<

[2a] Organización de investigaciones sociales fundada en 1937 por el antropólogo Tom Harrisson, el poeta Charles Madge y el cineasta Humphrey Jennings, dedicada a «tomar el pulso» de la opinión pública británica a través de cuestionarios y observación directa realizada por voluntarios. (*N. del T.*)<<

[3a] Louis «Studs» Terkel fue un escritor, historiador y presentador estadounidense, autor de *The Good War: an Oral History of World War Two*, recibió en (1985) el Premio Pulitzer. (*N. del T*.)<<

[4a] Lamentablemente, en la traducción se pierde el juego de palabras original: *The business of America is business*. (*N. del T*.)<<

[5a] La frase original que cita Gluckstein (*peace in our time*) es incorrecta y un error muy frecuente en los historiadores angloparlantes, pues es virtualmente idéntica a una plegaria del Libro de Oración Común protestante (*Give peace in our time, O Lord*). La frase correcta del discurso de Chamberlain fue *I believe it is peace for our time* («creo que significa paz para nuestra época»), y la he traducido en consonancia. (*N. del T.*)<<

[6a] Literalmente, «espacio vital»; parte clave de la doctrina nacionalsocialista alemana. (*N. del T.*)<<

[7a] Nueva alusión al discurso de San Crispín de *Enrique V* de Shakespeare. Véase nota del T. del prefacio.<<

[8a] En el caso del idioma inglés, *people's* no sólo significa «popular», sino también «del pueblo». Gluckstein hace referencia a la obsesión del estalinismo por el concepto de «el pueblo» como sinónimo de «el proletariado». (*N. del T.*)<<

[9a] Andréi Vlásov, general soviético que tras ser capturado por las SS, y tras haber criticado anteriormente el régimen de Stalin, formó para los alemanes el RONA (Ejército de Liberación Nacional Ruso). Tras la caída del III Reich fue ejecutado junto con un gran número de sus voluntarios. Gluckstein emplea adecuadamente la frase «el uniforme del general Vlásov», puesto que el RONA no existió durante la mayor parte de la guerra, y consistió tan sólo en un gran aparato de propaganda y un parche en el uniforme de sus miembros, diseminados en varias unidades de la Wehrmacht. De hecho, el RONA como unidad de combate sólo funcionó fugazmente en los últimos días de la guerra, en febrero de 1945. (*N. del T.*)
<<

[10a] A lo largo de todo el libro se hace referencia al «pacto Hitler-Stalin». En historia e historiografía en castellano se conoce más habitualmente a este tratado como «pacto RibbentropMolotov», nombres de los dos ministros de Asuntos Exteriores que lo firmaron. (*N. del T.*)<<

[11a] Es interesante notar que la palabra original empleada por Gluckstein para el bando de Franco (*nationalists*, es decir, «nacionalistas») ha cobrado un significado radicalmente distinto en España hoy en día, donde sólo se consideran como tales los nacionalismos periféricos. Por ello, y por la larga tradición de denominar «nacionales» a los mismos combatientes (así se autodenominaron y su terminología persistió tras su victoria), y a fin de evitar confusiones, he traducido el bando franquista como «nacional» (comillas incluidas). (*N. del T.*)<<

[13a] En más de una ocasión, el autor emplea el adjetivo *quisling* (un neologismo) para referirse a los colaboracionistas, tanto personas como instituciones. Esto hace referencia, obviamente, a Vidkun Quisling, político noruego que dio un golpe de estado en 1940 amparado y apoyado por los nazis para instaurar un gobierno títere del III Reich. En general he optado por una traducción directa (colaboracionistas, gobierno títere o colaboradores) por varias razones: mayor claridad expositiva, la posibilidad de que el lector español no esté familiarizado con la historia de Quisling, etc. (*N. del T.*)<<

[14a] V. nota p. 40. (*N. del T.*)<<

[15a] Ministerio de Asuntos Exteriores británico. (*N. del T.*)<<

[16a] Miembro del Partido Conservador inglés. (*N. del T.*)<<

[17a] V. nota p. 40. (*N. del T.*)<<

[18a] En español en el original. (*N. del T.*)<<

[19a] Hace referencia al bombardeo nazi de Rotterdam en mayo de 1940, que arrasó la casi totalidad de la ciudad antigua. (*N. del T*.)<<

[20a] La traducción habitual de *Battle of the Bulge* es «Batalla de las Ardenas». Sin embargo, y para evitar la duplicación, vierto una segunda traducción empleada a veces, «Batalla del Saliente». Se trata de una traducción históricamente correcta, pues *Bulge* («saliente») hacía referencia a la profunda hendidura que sufrieron las líneas aliadas tras la primera ofensiva alemana. (*N. del T.*)<<

[21a] Personaje histórico, católico (y posible protoanarquista) que intentó volar el Parlamento británico el 5 de noviembre de 1605. Tras su ejecución se ha convertido en símbolo para republicanos, anarquistas y librepensadores, así como icono nacional. El 5 de noviembre se celebra la *Guy Fawkes Night* encendiendo hogueras. Su figura y su causa inspiraron al escritor anarquista Alan Moore para el protagonista de su novela gráfica *V de Vendetta*, que a su vez inspiró la iconografía de instituciones anarquistas populares como Anonymous y a cientos de miles de ciudadanos en las protestas contra los causantes de la crisis mundial. (*N. del T.*)<<

[22a] En realidad Sanacja era un partido político, es decir, la plataforma desde la que Pilsudski impulsó su regreso a la vida política y, posteriormente, la dictadura. (*N. del T.*)<<

[23a] Pēteris Stucka (1865-1932), abogado y político letón. Primer ministro y presidente de Letonia (15 de enero-22 de mayo de 1919). (*N. del T.*)<<

[24a] Se los llamaba así por vestir un hábito negro (monacal) sobre el que colocaban un manto blanco con la cruz negra característica. (*N. del T.*)<<

[25a] *Quisling regimes*, en el original. (*N. del T*.)<<

[26a] Sucedáneo, títere, sustituto, en alemán. (*N. del T*.)<<

[27a] Nombre germánico de la ciudad actualmente conocida como Gdansk (hoy en día, Polonia), tal y como se menciona en el testimonio. (*N. del T.*)
<<

[28a] Literalmente, «guerra relámpago», el nombre que se dio al ataque combinado de aviación, artillería e infantería propio de Alemania durante la segunda guerra mundial. (*N. del T.*)<<

[29a] Empleo la traducción más habitual del original francés (*Quoi qu'il arrive, la flamme de la résistance française ne doit pas s'éteindre et ne s'éteindra pas*). La traducción de Gluckstein (*Whatever happens, the fire of the French resistance shines and flames*) podría re-traducirse como «Pase lo que pase, el fuego de la resistencia francesa brilla y arde». (*N. del T.*)<<

[30a] Francotiradores y partisanos. (*N. del T*.)<<

[31a] Conseil National de la Résistance (Consejo Nacional de la Resistencia), organización que agrupó a casi todos los grupos de resistentes franceses a partir de junio de 1943. (*N. del T.*)<<

[32a] Edificio que alberga al Ayuntamiento de París. (*N. del T.*)<<

[34a] Nombre que se da al periodo, entre septiembre de 1940 y mayo de 1941, en que la aviación alemana bombardeó de forma continuada y sostenida Gran Bretaña. (*N. del T.*)<<

[35a] El *East End* es la zona centro-este de Londres, y comprende el extremo oriental de la City y los barrios de Whitechapel, Shoreditch, Aldgate East y Hoxton, entre otros. Se trata de una de las zonas económicamente menos favorecidas de la capital británica. (*N. del T.*)<<

[36a] El *West End* es, en términos informales, la zona de alto *standing* económico que queda al oeste de Charing Cross. Históricamente acomodado, alterna barrios de clase media-alta con barrios de lujo y centros de oficinas. Cubre aproximadamente los barrios de Bloomsbury, Covent Garden, Holborn, Mayfair, Marylebone, Fitzrovia, Westminster y St. James's. (*N. del T.*)<<

[37a] Aunque habitualmente se traduce como «La Batalla de Inglaterra», una traducción más correcta sería «la batalla por Gran Bretaña». Sin embargo, se ha convertido en una frase hecha y aceptada en los libros de Historia, de modo que vierto la traducción más habitual. (*N. del T.*)<<

[38a] «Armada Real», el nombre oficial de la armada británica. (*N. del T.*)<<

[39a] Royal Air Force, «Real Fuerza Aérea», rama aérea de las fuerzas armadas británicas. (*N. del T.*)<<

[40a] Literalmente, «guerra de asientos», nombre dado en Alemania a la «guerra falsa» (equivalente a las expresiones *phoney war* de los ingleses o *drôle de guerre* de los franceses). (*N. del T.*)<<

[41a] «Huno» era el término despectivo empleado hacia los alemanes durante la primera guerra mundial e incluso, a escala militar, durante la Segunda. Existen multitud de libros de memorias de combatientes, especialmente pilotos de la RAF, en que se menciona el término para describir al enemigo, p. ej.: Al Deere, piloto del 59 Squadron, en Leighton, D. y Hastings, M., *Battle of Britain*, 1980, Wordsworth Editions-Wordswoth Military Library, p. 108. (*N. del T.*)<<

[42a] *Ritzkrieg* (palabra compuesta por el alemán *krieg*, «guerra», y el nombre del hotel que simbolizaba el más alto estatus económico) era también el término peyorativo con que los londinenses de a pie hacían referencia a la particular manera en que la élite adinerada proseguía su tren de vida de excesos y fiestas en medio del *Blitz*. V. www.spywriter.wordpress.com/2011/10/30/ ritzkrieg-of-wartime-london/. (*N. del T.*)<<

[43a] Se pierde en la traducción el matiz de la frase *Olde England*, escrita al modo antiguo, que acentúa la referencia medievalista de la frase. (*N. del T.*)
<<

[44a] Es imposible la traducción exacta de *Municheers*, es decir, los partidarios del apaciguamiento de Hitler en Múnich. Sin embargo, como *quisling*, ha pasado a formar parte del léxico habitual en libros de Historia de la segunda guerra mundial. La traducción «muniqueses» con itálica pretende dar una idea de lo peyorativo del término. (*N. del T.*)<<

[45a] Nombre dado a la postura de la mayoría de dirigentes socialistas ante el estallido de la primera guerra mundial, opuesto a los «internacionalistas», que defendían la no participación en el conflicto. (*N. del T.*)<<

[46a] El Brocklesby Hunt es el club de caza más antiguo de Gran Bretaña, y data de al menos 1700. Se dedica a la crianza de perros pura raza Foxhound desde al menos 1746, y a muchas otras actividades relacionadas con la cinegética y con la hípica. (*N. del T.*)<<

[47a] Una de las instituciones de enseñanza privada de élite de Gran Bretaña. (*N. del T.*)<<

[48a] No existe traducción para *wall newspaper*, una gaceta de una sola plana diseñada para colgarse en paredes o tablones de anuncios. (*N. del T.*) <<

[49a] Leopold Abse (1917-2008) es una figura famosa en Gran Bretaña, aunque para una parte de los lectores españoles resulte desconocida. Abogado galés de origen judío, fue miembro del Ayuntamiento de Cardiff por el Partido Laborista, diputado y defensor de los derechos de los homosexuales y autor de varios libros. Su hijo Tobias es un reputado historiador marxista. (*N. del T.*)<<

[50a] Cámara Baja del Parlamento británico, equivalente al Congreso de los Diputados. La Cámara Alta es la Cámara de los Lores. (*N. del T.*)<<

[51a] El NHS es el equivalente británico a nuestro sistema de Seguridad Social. (*N. del T.*)<<

[52a] Clement Attlee (1883-1967), político laborista y Primer Ministro británico (1945-1951). (*N. del T.*)<<

[53a] El libro de Stephen Ambrose y Douglas Brinkley se titula *Rise to Globalism: American Foreign Policy since 1938*. Al no estar traducido al castellano he realizado una traducción ajustada al significado de la frase. (*N. del T.*)<<

[54a] Las cursivas son mías, para acentuar el carácter peyorativo del original *Japs*. (*N. del T.*)<<

[55a] *Véase* p. 120. (*N. del T.*)<<

[56a] En el original, *Catch-22* hace referencia a una trampa de razonamiento circular de la que es imposible escapar. La frase entró en el lenguaje a partir de la novela homónima de Joseph Heller, considerada un clásico antibelicista y una de las novelas más importantes del siglo XX. (*N. del T.*) <<

[57a] El estrecho del Sund, también llamado «el Oresund», separa ambas naciones, concretamente la isla danesa de Selandia de la provincia sueca de Escania. (*N. del T.*)<<

[58a] La cita original es bastante difícil de traducir sin que se pierdan sus tremendas connotaciones racistas. La última frase (*The Negro himself knows better than that*) está estructurada a modo de regañina infantil, con lo que se acentúa su carácter paternalista. (*N. del T.*)<<

[59a] La frase *Jim Crow* hace referencia a las leyes de segregación vigentes en el Sur desde 1876 hasta 1965, llamadas «Leyes Jim Crow». Se cree que el origen del nombre está en una antigua caricatura de tintes racistas aparecida en 1832, y que hacia 1838 «Jim Crow» era ya un término despectivo hacia los negros en el sur de los EE.UU. (*N. del T.*)<<

[60a] La palabra original, *morale*, hace referencia a la moral de las tropas, no a la cualidad moral o ética entendida como tal. (*N. del T.*)<<

[61a] Isabella Bomefree (o Baumfree) fue una abolicionista y feminista afroamericana que adoptó el nombre de Sojourner Truth (literalmente, «que reside en la verdad»). Durante la guerra civil o de Secesión, hizo acopio de víveres para el ejército de la Unión. Nació posiblemente en 1797 y murió en 1883. (*N. del T.*)<<

[62a] Día de la Victoria en Europa. (*N. del T.*)<<

[63a] Purga realizada por Hitler, mediante las SS y la Gestapo, contra dirigentes y miembros de las SA (los «camisas pardas» de Röhm) entre el 30 de junio y el 2 de julio de 1934. Murieron al menos 85 personas (entre ellas, el propio Röhm), miles fueron detenidas y cientos ejecutadas sumariamente. (*N. del T.*)<<

[64a] Probablemente el autor hace referencia a las «camisas pardas» de las SA o a las camisas marrones de las Juventudes Hitlerianas. (*N. del T.*)<<

[65a] Procesos de fragmentación de grandes conglomerados financieros o industriales. (*N. del T.*)<<

[66a] La traducción al inglés del lema en alemán ya es bastante equívoca, pero al pasarlo al castellano lo resulta aún más. *Führer* significa «guía, líder», y la frase alemana original, que jugaba con el doble sentido, significaba «nuestro líder es Cristo», frase que se presta mucho menos a una mala interpretación. (*N. del T.*)<<

[67a] Se trata de Leone Ginzburg (1909-1944) escritor, editor, periodista, profesor y líder antifascista italiano, héroe de la resistencia y marido de la también célebre escritora Natalia Ginzburg (1916-1991). (*N. del T.*)<<

[68a] *La Nostra Lotta* («Nuestra Lucha») fue uno de los varios diarios clandestinos (de los que quizá el más conocido sea *L'Unitá*) que circularon en Italia durante la ocupación alemana. (*N. del T.*)<<

[77a] El Partido del Congreso es el nombre no oficial del Congreso Nacional Indio o CNI. (*N. del T.*)<<

[78a] Nombre que se da a la administración colonial de la India entre 1858 (tras el motín de 1857) y 1947, fecha de la independencia de India, Pakistán y Bangladesh. (*N. del T.*)<<

[79a] Dominio (en inglés, *dominion*) es un término que designa territorios nominalmente británicos pero con un alto grado de autonomía. A partir de 1948, su significado cambia y pasa a denominar naciones independientes que mantienen al monarca británico como jefe de Estado. (*N. del T*.)<<

[80a] Los *rickshaws* son elementos identificativos de las grandes urbes asiáticas gracias a la literatura y al cine. Se trata de carricoches ligeros y descubiertos, de un eje, de los que tira un corredor, y que se emplean como taxis. Los *ekkas* son carromatos similares pero de los que tira un único caballo. En esta Nota del Traductor me desvío levemente del texto original, que aclara a los lectores angloparlantes el significado de *ekka* pero no el de *rickshaw*, que ha pasado al léxico común inglés. (*N. del T.*)<<

[81a] El término original es el despectivo *niggers*, popularizado en el profundo sur estadounidense por miembros del Ku Klux Klan y demás racistas. La traducción es por tanto subjetiva, aunque es el término más vertido para la palabra. (*N. del T.*)<<

[82a] El lunes de Pascua de abril de 1916 tuvo lugar el *Easter Rising*, la rebelión más seria hasta aquel entonces contra el dominio británico. Se la considera el punto de partida de la independencia de Irlanda y de los *problemas* posteriores en Irlanda del Norte. (*N. del T.*)<<

[83a] Sarekat Islam fue una cooperativa de mercaderes de *batik* (un tipo de tejido propio de la zona) que ejercía de partido político y sindicato. (*N. del T.*)<<

[84a] Nombre dado a la mano de obra esclava o semiesclava del Sudeste Asiático. (*N. del T*.)<<

[85a] Kalimantan del Sur es el actual Borneo Meridional, una provincia de Indonesia. (*N. del T.*)<<

[86a] La DSO (*Distinguished Service Order*) es una de las máximas condecoraciones de las fuerzas armadas británicas y de la Commonwealth. (*N. del T.*)<<

[87a] Los *Seaforth Highlanders* fueron un regimiento del ejército británico asociado a grandes zonas de las *Highlands* («Tierras Altas») de Escocia. Se disolvieron en 1961. (*N. del T.*)<<

[88a] De: Marx, K. *El manifiesto comunista. El Capital*, Prisa Innova (Col. «Libros que cambiaron el mundo»). Trad.: no consta. 2009.<<

[89a] Es de suponer que Gluckstein se refiere a rifles específicos de francotirador (e incluso así una milla es una distancia un tanto exagerada) o a la distancia máxima de alcance del arma, que no era generalmente efectiva. Hoy en día, los rifles de francotirador más modernos, como el H&K PSG-1 o el Remington TWS 700 alcanzan una distancia efectiva de unos 1100 metros, es decir, notablemente inferiores a la milla (1,5 km). (*N. del T.*)<<

[90a] Existen dos versiones, igualmente famosas, del famoso póster de reclutamiento de Kitchener. Gluckstein hace referencia a la segunda versión, menos conocida, con la imagen del ministro apuntando un dedo hacia el lector y la frase *Your country needs you* («Tu país te necesita», sin signos de exclamación). La primera variante, y la más famosa, está encabezada por la palabra *BRITONS* (literalmente, «britanos», un modo anticuado y que apelaba a un pasado romántico para designar a los británicos) seguida por el mismo retrato de Kitchener y la frase: *Wants you*! («¡Te [re]quiere!»). En la parte inferior del texto se lee: *Join your country's army! God save the King* («Uníos al ejército de vuestro país. Dios salve al Rey»). Ambas versiones, obra del artista gráfico británico Alfred Leete, son fácilmente consultables hoy en día por internet. (*N. del T.*)<<

[1N] El artículo se puede leer *on-line* en la URL http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2006/10/10/AR2006101001442.html. El estudio del que habla se puede descargar de forma gratuita en http://www.brusselstribunal.org/pdf/lancet111006.pdf. Ambos están en inglés. (N. del T.) <<

[2N] Todas las referencias que he hallado de este libro insisten en que las fechas del título son 1900-1955, en lugar de 1900-1945 como cita Gluckstein. (*N. del T.*) <<

[3N] El título completo es *The Shadow War. European Resistance*, 1939-1945. (*N. del T*.) <<

[4N] El título completo: *Why Did the Heavens Not Darken? The Final Solution in History*. (*N. del T.*)<<

[5N] Publicado por Alianza Editorial (1989, 1997, 2004). (*N. del T.*) <<

[6N] Errata en el original, en el apellido del historiador (se lee «Wilmott»). (*N. del T.*) <<

[7N] Dado que Gluckstein no especifica año de publicación ni ciudad, es casi imposible saber si se trata de la misma edición, aunque es la que más se acerca en términos de búsqueda. Propongo su sustitución por las *Obras completas* publicadas por Akal, Madrid, 1977. (*N. del T*.) <<

[8N] Es posible que esta selección se encuentre en castellano, o exista alguna similar en archivos *on-line*. Tony Cliff es el *nom de plume* de Yigael Gluckstein, padre del autor del presente libro. (*N. del T.*) <<

[9N] La referencia de Gluckstein es errónea. Lumans sólo ha escrito *Latvia in World War II* (no existe ningún volumen llamado «at World War I». Además carece de editorial y lugar, aunque la fecha de publicación (2006) es correcta. (*N. del T*.) <<

[10N] Errata en el original («World War I»); es evidente que las Waffen-SS no existían en el primer conflicto mundial. (*N. del T.*). <<

[11N] Hay una discrepancia entre el título que he hallado (mismos año y autor) y el que da Gluckstein, que parece estar equivocado. (*N. del T.*) <<

[12N] Errata en el original, «Bernstein». (*N. del T.*) <<

[13N] Me permito corregir la entrada de Gluckstein; no he hallado ni una sola edición de 1984 (ni de años posteriores) proveniente de Massachusetts (que, por otro lado, es un estado, no una ciudad). (*N. del T.*) <<

[14N] Errata en el original («World War I»). (*N. del T.*) <<

[15N] En los EE.UU., las elecciones de mitad de mandato (*midterm elections*) se realizan justo a mitad del mandato presidencial de cuatro años, y escogen miembros del Congreso y del Senado. (*N. del T.*) <<

[16N] Todos los datos de esta referencia son dudosos, desde la ciudad de publicación hasta la autoría de la misma (en algunas referencias aparece como editorial Zeit im Bild). (*N. del T.*) <<

[17N] Gluckstein no especifica la obra de Guderzo, que bien pudiera ser la de la siguiente entrada o *Compagni di viaggio* (UNICOPLI, Milán, 2007), biografía, o *C. V. L. Comando Divisione Valle Versa «Dario Varni»: diario storico* (Istituto Nazionale per la storia dei movimenti di liberazioni in Italia, Pavia, 1960). (*N. del T.*) <<

[18N] Aparece la referencia abreviada antes de la bibliográfica completa. En este caso, véase ref. 42. (*N. del T.*) <<